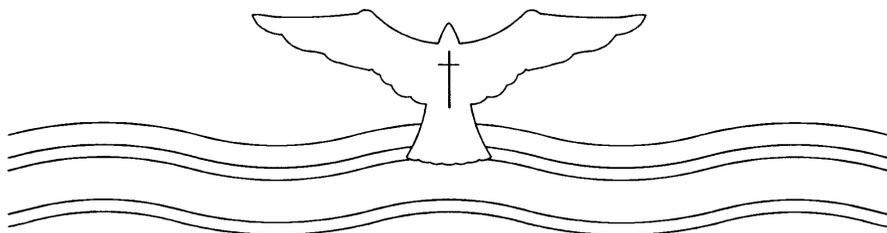


JOSÉ MANUEL ALONSO AMPUERO

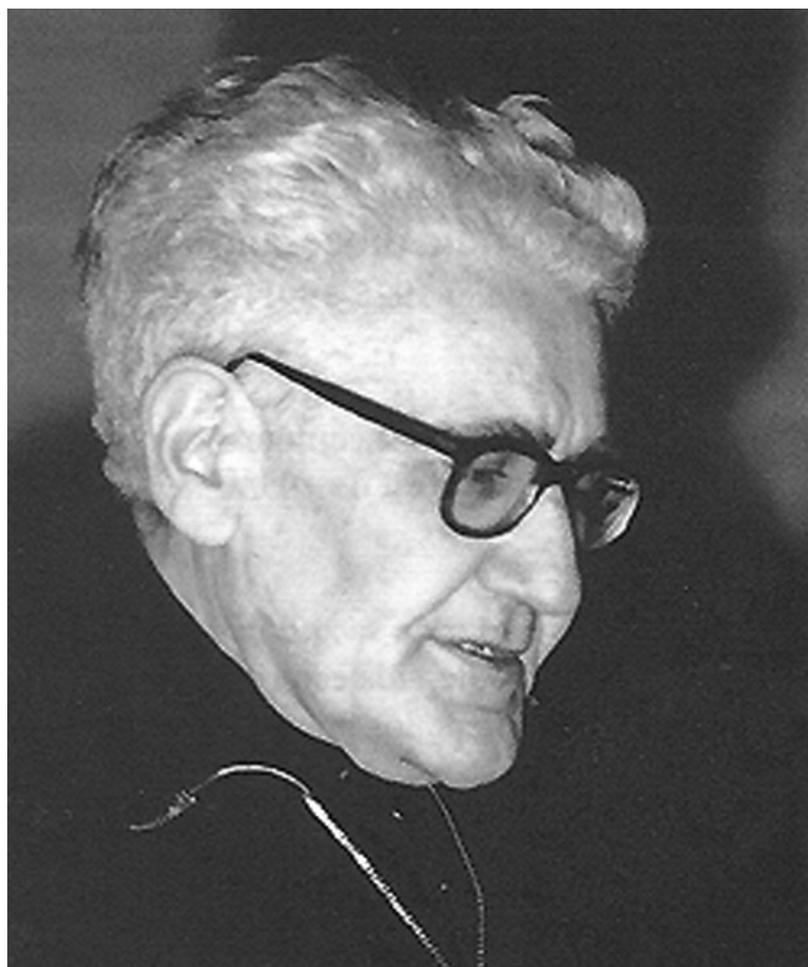
José Rivera Ramírez
Pasión por la santidad



Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154 – 31080 Pamplona
ISBN 84-87903-90-8, DL NA 1066-2014

Gráficas Lizarra, S. L., Ctra. de Tafalla, km. 1 – 31132 Villatuerta, Navarra



Prólogo

Era así. Realmente era así D. José Rivera.

Después de leer de un tirón esta biografía, doy fe de que D. José Rivera era así, como lo describe José Manuel Alonso Ampuero, que lo ha conocido también muy de cerca. A mí me cupo la suerte y la gracia de Dios de convivir con Rivera durante veinticinco años hasta su muerte, colaborando estrechamente en el ministerio sacerdotal, y he escrito muchas cosas acerca de él, sobre todo en relación con su proceso de canonización. Ahora José Manuel nos obsequia con esta biografía, cuya lectura constituye un verdadero placer. José Manuel ha escrito esta biografía inmerso en la tarea de formar nuevos sacerdotes diocesanos, siendo rector del Seminario Mayor de Lurín-Lima Sur (Perú), como sacerdote *fidei donum* diocesano de Toledo.

Con un estilo ágil ha sido capaz de escribir esta primera biografía completa del siervo de Dios, mientras la Iglesia estudia sus virtudes y fama de santidad, cuando tantas personas han alcanzado gracias extraordinarias por su intercesión, por lo que esperamos su pronta beatificación. Otros vendrán con biografías más amplias, más documentadas, con otros perfiles, porque la vida y los escritos de Rivera dan para mucho. Pero necesitábamos una biografía breve, completa, que supiera transmitir el nervio apasionado del biografado. Y ésta consigue todos estos objetivos y me parece, por tanto, muy apropiada para un primer acercamiento al personaje.

Escrita con viveza, recoge la invitación a la santidad, que en la vida y en la predicación de D. José era constante, como un gran profeta de nuestro tiempo. El autor es cuidadoso en el relato de los hechos, históricamente ciertos hasta en sus detalles, no los acumula de manera fría, sino dándoles vida y trenzando con maestría el relato con textos del mismo autor o de los testigos en el proceso. Hace hablar al personaje y trae los testimonios adecuados al hecho que se relata. Mantiene en cada capítulo la tensión dramática de una vida apasionante, titulando cada capítulo y cada apartado de manera muy sugerente. Cuando uno termina de leerla, siente ganas de ser santo de verdad. Y ésta será la principal satisfacción tanto del biógrafo como del biografado.

Me parece especialmente oportuna esta biografía, después de que el Papa Benedicto XVI haya declarado el 7 de octubre de 2012 Doctor de la Iglesia universal a san Juan de Ávila, *clericus cordubensis*. San Juan de Ávila ha sido un santo que ha inspirado –y mucho– la vida y la espiritualidad de José Rivera. Así lo hemos percibido quienes hemos vivido cerca de él. Rivera tiene siempre delante el ejemplo del Maestro Ávila: «La distribución de la jornada de san Juan de Ávila: muchas horas de oración y lectura, solamente 5 ó 6 de predicación... D. Ángel Herrera lo pone como ejemplo y concluye: no haremos todos necesariamente lo mismo; pero ha de influir en la distribución de nuestras horas, dedicando más a la soledad que al apostolado» (*Diario*, 7-05-1988).

San Juan de Ávila era un santo que le inspiraba constantemente en el ejercicio de su ministerio sacerdotal. San Juan de Ávila era propuesto en los años juveniles en que José quería ser sacerdote diocesano, y no menos santo que cualquier sacerdote religioso. En esa época (1946) Juan de Ávila es proclamado patrono del clero secular español, cuando está en su apogeo el fervor de las filas de Acción Católica y del sacerdote diocesano secular. Cuando D. Baldomero Jiménez Duque escribe sobre Rivera después de la muerte, afirma: «Creó un verdadero movimiento sacerdotal a la manera de San Juan de Ávila, que tiene un largo alcance y cuya huella esperamos que durará». También Rivera fue invitado a ser jesuita y Rivera, como Juan de Ávila, prefirió ser diocesano y sembrarse en el surco de la Iglesia para fecundarla desde dentro. Tampoco Rivera, como Juan de Ávila, fundó nada, y por eso su influjo está diluido en tantas personas con diferentes carismas, que vivifican la Iglesia. Rivera se parece a Juan de Ávila, y por eso nos ha transmitido un amor grande por el patrono del clero secular.

Agradezco de corazón al autor que nos brinde este trabajo, sacado de sus pocos ratos libres. No se enciende una lámpara para ocultarla, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Esta biografía contribuirá a que esta lámpara, la vida y la doctrina de José Rivera, alumbre a todos los de la Casa de Dios, que es la Iglesia. «La eucaristía, los obispos y los pobres» constituyen el triángulo de la evangelización, según Rivera. Cuando nos enfrentamos al reto de la nueva evangelización en nuestro tiempo, esta biografía nos hace ver que sólo los santos son capaces de evangelizar. Y aquí tenemos un ejemplo.

+ **Demetrio Fernández González**
Obispo de Córdoba

Fuentes, siglas y bibliografía

sobre Don José Rivera Ramírez

1. Fuentes y siglas

–*Diario personal*. Abarca los años 1961, 1963, 1964, 1969 y desde 1972 hasta 1991. (= *D.*).

–*Cuadernos de estudio*. Desde el año 1965 hasta el 1969. (= *CEst.*).

–*Cuadernos de estudios bíblicos*. Años 1967, 1968, 1977. (= *CBibl.*).

–*Cartas*. 202 cartas, escritas entre 1943 y 1990. (= *Cta.*).

–*Poesías*. 105 poemas escritos en diversas épocas. (= *Poesía*).

–SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, *Positio* (Roma 2004). (= *Positio*).

2. Escritos mecanografiados

–*Meditaciones cristianas*, ejercicios espirituales de José Rivera a seminaristas, tomados en apuntes por José M^a Iraburu (Copistería, Salamanca, 1963).

–*Numerosos esquemas y escritos breves* sobre tiempos litúrgicos, sentido del estudio, exámenes de conciencia y de personalidad, temas de espiritualidad, sentido de la inutilidad, sacerdocio, etc.

3. Escritos publicados durante su vida

–*La obediencia en Santa María Micaela*: «Revista de espiritualidad» 25 (1966).

–*Cuadernos de espiritualidad* (Aldecoa, Burgos 1975). Coautor: José María Iraburu.

–*Espiritualidad católica* (C.E.T.E, Madrid 1982). Coautor: José María Iraburu.

–*Síntesis de espiritualidad católica* (Gratis Date, Pamplona 1988). Coautor: José María Iraburu.

4. Escritos personales publicados después de su muerte

Después de su muerte se seleccionaron y publicaron una pequeña parte de sus escritos personales, en forma de cuadernos:

- La teología* (Toledo 1994).
- La eucaristía* (Toledo 1994).
- La caridad* (Toledo 1994).
- Meditaciones sobre Ezequiel* (Toledo 1994).
- Adviento* (Toledo 1994).
- Meditaciones sobre Jeremías* (Toledo 1994).
- Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles* (Toledo 1994).
- Cartas I* (Toledo 1995).
- Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos* (Toledo 1995).
- La vida seglar* (Toledo 1995).
- Adviento-Navidad* (Toledo 1996).
- Semana Santa* (Toledo 1996).
- La mediocridad* (Toledo 1996).
- Cartas II* (Toledo 1996).
- Cuaresma* (Toledo 1997).
- Jesucristo* (Toledo 1997).
- El Espíritu Santo* (Toledo, 1997).
- Poemas* (Toledo 1998).
- Textos proféticos* (Toledo 2002).
- Textos proféticos II* (Toledo 2003).
- Fecundidad* (Toledo 2004).
- De la muerte y la vida* (Toledo 2004).
- La Iglesia* (Toledo 2006).
- La belleza y la verdad* (Toledo 2007).

Dos libros recogen un elenco de pensamientos breves, también extractados de los escritos inéditos. Están publicados con el título de *Pensamientos I y II* (EDIBESA, 2009).

5. Otras fuentes

Casi mil grabaciones –la mayoría de predicaciones de retiros y ejercicios espirituales– recogidas en su momento en cassettes y después pasadas a soportes más modernos.

Diversas entrevistas a personas que conocieron a José Rivera y que en el momento de escribirse esta biografía estaban vivas. Merece especial relieve la realizada a su hermana Ana María.

Igualmente importante es una entrevista a la hermana mayor, Carmelina, que el autor ha conocido en transcripción mecanografiada. Cuando se escribe la biografía, ella ya había fallecido.

El acceso al archivo que contiene diversos documentos del biografiado. Especialmente valiosos han sido algunos testimonios allí recogidos y no publicados.

Los recuerdos personales del autor, que conoció al biografiado durante los doce últimos años de su vida y tuvo estrecha relación con él.

6. Publicaciones sobre José Rivera

- AA.VV, *José Rivera. In memoriam* (Toledo 1991).
- AA.VV, *Testimonios* (Toledo 1993).
- AA.VV, *José Rivera. Sacerdote, testigo y profeta* (Madrid 1996).
- AA.VV, *Apertura del proceso de canonización* (Toledo 1998).
- AA.VV, *Clausura del proceso de canonización* (Toledo 2000).
- AA.VV, *Cincuenta aniversario de la ordenación sacerdotal del siervo de Dios José Rivera Ramírez* (Toledo 2003).
- AA.VV, *Testimonios II* (Toledo 2004).
- AA.VV, *José Rivera Ramírez, un sacerdote diocesano* (Toledo 2004).

7. Otras publicaciones que guardan relación con esta biografía

–JOSÉ MANUEL DE CÓRDOBA, *Un católico en la gran crisis de España* (Toledo 1963). Biografía de Antonio Rivera, que también describe el ambiente socio-político de la España del 1930-40.

–MARÍA DE PABLO RAMÍREZ, *El ángel del alcázar* (Madrid 1987). Biografía de Antonio Rivera precedida de un prólogo de José Rivera.

–BENIGNO HERNÁNDEZ, *El Padre Nieto* (Madrid 1988). Biografía amplia y bien documentada sobre este sacerdote que tanto influyó en José Rivera. Recoge también el ambiente que vivió en Comillas el seminarista Rivera.

–*Bordón del peregrino*. Boletín informativo, muy iluminador, sobre la persona de Manuel Aparici, otro de los testigos que influyó grandemente en José Rivera. Ver también la obra de CARLOS PEINÓ AGRELO, *Manuel Aparici Navarro*.

En su lecho de enfermo Antonio se siente muy mal. Su padre, médico, a las cinco de la mañana ha constatado que la situación es grave. Hacia las nueve recibe la unción de enfermos y la comunión. Toda la familia sufre y reza.

–Llama a papá, le pide Antonio a su hermana Carmelina, que está junto a él. Al instante el doctor Rivera entra en la habitación.

–No llamo al padre; llamo al médico... ¿Estoy cerca de la muerte?

Don José contiene la emoción, mira con inmensa ternura a este hijo con talla de héroe y ensaya una respuesta edulcorada que no termina de brotar en sus labios: también él es un hombre recio que no sabe enmascarar la verdad. Al fin confronta su mirada con la de Antonio:

–Voy a ponerte una inyección; si tu corazón no responde... tendrías que prepararte para el cielo.



Antonio Rivera Ramírez

Es mediodía. Unas horas después Antonio Rivera, con el crucifijo apretado en su mano, se despide de los suyos:

–¡Cuánto os quiero!... ¿Qué queréis para el cielo?

Cuando el reloj no marca aún las siete Don José cierra los ojos de su hijo.

Esta muerte es luz.

La lluvia azota los cristales de la ventana por la que se ve el Alcázar derruido. Cerca, majestuosa, la catedral sigue indicando el camino a las alturas. Toledo, de la mano de El Greco, sigue sosteniéndose por la luz que viene de arriba. En sus calles todavía se oyen disparos de fusiles y el crepitar de las ametralladoras.

José Felipe Vivino ha vivido, arrodillado, en oración con su familia, este drama glorioso.

Antes de un mes cumplirá once años.

Su vida ha discurrido —y después lo hará durante muchos años— inmersa en este Toledo misterioso que le sugiere otras realidades más hondas, más verdaderas. A la sombra de la catedral, siguiendo su torre, aprenderá a poner sus ojos en lo eterno. El Alcázar, escenario glorioso de su hermano, le recordará siempre que la vida es milicia, afán por combatir las batallas de Cristo, en las que sólo cabe un modo de estar: heroicamente.

Tal vez, días antes, asomándose furtivamente a la habitación del hermano admirado, mientras éste creía estar solo, le ha oído decir: «Señor, yo me siento muy mal, pero a ti te noto bien. Soy feliz».

Y, escuchándole, José ha intuido que amar es ofrecer la vida, donarla sin condiciones, sin límites... Muchos años después veremos en él un gesto similar al de su hermano: ofrenda de la propia vida por otro, por muchedumbres, por todos.

Y le veremos repetir y hacer lema de su vida lo que el joven Rivera escribió concisamente en el Alcázar, pocas semanas antes de su muerte: «Antes que nada, santificación».

Pero hoy es veinte de noviembre. Estamos en 1936. Antonio Rivera acaba de morir. En Toledo es otoño, tiempo de sementera. El grano recién caído parece que tiene prisa por germinar en el corazón de un niño de diez años. Su nombre es José.



El Sr. Arzobispo de Toledo, don Braulio Rodríguez Plaza, firmó el 1 de junio de 2014, el Decreto de reanudación del Proceso diocesano de canonización del Siervo de Dios Antonio Rivera Ramírez.

1

A la luz de un héroe

Toda vida humana es una providencial historia de amor en la que la gracia divina busca impregnar enteramente la personalidad del individuo. La vida de un santo –un pecador invadido por la gloria de Dios– es el signo más elocuente de la victoria de la gracia misericordiosa.

«Más que nunca –escribe José Rivera un año antes de morir–, volviendo la vista atrás, hasta mis primeros años objeto de posible recuerdo, vivo la sensación y la idea de «niño mimado de Dios» [...] Si exhumo, de los subterráneos de lo pretérito, sucesos particulares, encuentro, de una u otra forma, signos de su ternura. Y al cabo, lo que no ha podido venir más que de Él, esta continua ansia de santidad, jamás interrumpida» (D. 28-III-1990).

Las raíces

La historia visible de este «niño mimado de Dios» comienza el 17 de diciembre de 1925. Ese día, en la casa que lleva el número 2 en la plaza de Santa Isabel, de Toledo, ve la luz un varón cuyo nacimiento, muy deseado, fue muy bien acogido.

José hunde sus raíces en Galicia y Segovia. En Santiago de Compostela había muerto, relativamente joven, su abuelo paterno, Antonio, un hombre honrado y culto, catedrático de Derecho, que, desposado con María del Pilar, fue padre de siete hijos, tres de los cuales –como tantos gallegos– emigraron a América, concretamente a Uruguay. El tercero de los hijos, José, resultó un joven laborioso que consigue pronto su título y su trabajo como médico. Casado con Carmen será el padre del futuro sacerdote Rivera.

Enraizados en Ayllón (Segovia) los abuelos maternos –José y Rosalía– fueron también un matrimonio fecundo: siete hijas. De ellas las dos primeras volaron al cielo cuando contaban sólo dos años de edad. El abuelo José, terrateniente, escritor muy culto en temas de agricultura, elegido

con frecuencia como diputado provincial, destacaba por ejercer la abogacía de modo gratuito y sólo cuando la causa era justa. Rosalía, de ascendencia napolitana, daba un toque especial de piedad al hogar en el que crecerá Carmen, penúltima de las hijas, madre de nuestro José.

Hacia 1910 encontramos como médico de Ayllón a Don Ventura Rivera Lema. Con cierta frecuencia viene a verle su hermano José, que ejerce la medicina en Riaguas, población cercana. En una de esas visitas José es presentado a la familia Ramírez Grisolía. Pronto se enamora de Carmen, siendo correspondido por ella. Las visitas, a caballo, se hacen diarias y, pasado no mucho tiempo, deciden contraer matrimonio.

Carmen es una mujer serena, equilibrada, sufrida, soñadora, hogareña, a veces un poco indecisa; siempre afectuosa y amable. José –buen contrapunto– es hombre decidido, impetuoso, a veces violento, siempre ardoroso, con un acentuado sentido de la generosidad y la justicia. Pasados muchos años, cuando llegue el momento de celebrar las bodas de oro del matrimonio, su hijo sacerdote reconocerá:

«Mi temperamento, con todos los defectos, es una mezcla bastante explosiva de los temperamentos de papá y mamá [...] Muchas cosas que me ayudan a servir a los demás las he heredado de él» (Cta. a su hermana Ana M^a, XI-1962).



D. José Rivera Lema, con sus dos hijos menores, Ana María y José.

Esta diversidad que reconocen José y Carmen les hace profunda y armoniosamente complementarios. Lo experimentan así gozosamente y el 28 de noviembre de 1912 celebran el sacramento del matrimonio en Soria, en la iglesia de Nuestra Señora del Espino.

Recién casados se establecen en Riaguas, donde José sigue ejerciendo la medicina. Pero con frecuencia van a Ayllón a ver a la familia de Carmen. La primera hija, a quien normalmente llamarán Carmelina, nace en enero de 1915. Al año siguiente, el 27 de febrero, ve la luz el segundo de los hijos, Antonio.

Mientras tanto la salud del doctor Rivera se resiente y el matrimonio decide establecerse en un lugar que le resulte más benigno. Por esta razón, a finales de agosto de 1916 encontramos a la familia Rivera Ramírez en Toledo, en una casa de la plaza de San Nicolás, aunque unos años más tarde, en 1921, establecerían su residencia definitiva en un edificio amplio y hermoso situado en la plaza de Santa Isabel. Aquí nace Ana María en 1923, y dos años después el último de los hijos, José.

La vivienda, magníficamente situada, ofrece hermosas vistas de la ciudad. Si el seno materno configura el cuerpo del hijo, el seno urbano colabora también en la formación del niño que crece en él. José ha visto cientos de veces una catedral cuya torre, disparada al cielo, le ha hablado de otros horizontes, eternos, celestiales; ha sido un indicador permanente de la existencia de otro mundo, más definitivo, más real... En la misma plaza, enfrente de la casa de los Rivera Ramírez, un convento de clarisas habla de la primacía de Dios, del



Dña. Carmen Ramírez Grisolia, madre de José

Absoluto por quien se puede perder la vida en el silencio y la humildad. A pocos metros, el seminario diocesano recuerda el gozo inigualable de gastar la vida por Cristo extendiendo su Evangelio. Desde algunas de las ventanas se divisa, cercano, el alcázar: amor a la patria, vida como milicia permanente, donde hay que alistarse en las huestes del único Señor verdadero; llamada a dar a la existencia un estilo heroico. Y hasta los tortuosos callejones situados en la parte de atrás del edificio serán sugerencia de la complejidad del ser humano, de las veredas imprevisibles y sorprendentes por las que la gracia divina va abriéndose camino para conquistar al hombre. ¿Y quién sabe qué huella habrá

dejado en el alma del pequeño José la imagen de una ciudad permanentemente rodeada por el río Tajo? Tal vez el atisbo de que vivimos abrazados constantemente por Dios; tal vez el vislumbre inconsciente de la ternura inmutable del Padre que no se cansa de estrechar en sus brazos al hijo, sea cual sea la condición de éste; o acaso una evocación lejana de ese Cristo Esposo del que tanto hablará un día el sacerdote Rivera...

Toledo –pregunten a El Greco– es realidad misteriosa, trasunto de una plenitud intuida. José va a crecer connaturalizado con el misterio.

Un niño que conoce a Dios

Nacido el 17 de diciembre de 1925, en pleno adviento, cuando la liturgia mozárabe se dispone a celebrar la expectación del parto de la Virgen María, el pequeño José será bautizado el 2 de enero de 1926 en la parroquia de Santo Tomás Apóstol, popularmente conocida como Santo Tomé. A lo largo de su vida recordará y revivirá espiritualmente esta fecha en la que, habiendo sido injertado en la generación eterna del Verbo, se hace pura pertenencia de Dios. *«Por el bautismo soy de Cristo –anotará él–. Y no puedo ser de nadie más; ni mío siquiera»* (D. 2-III-1973). Los padrinos, niños aún, son sus dos hermanos mayores, Carmelina y Antonio, que tomarán muy en serio la responsabilidad de colaborar en la educación cristiana de su ahijado.

Pasado algo más de un año, el 27 de marzo de 1927, en la misma parroquia, recibe el sacramento de la Confirmación, que le administra el cardenal Reig. También sus hermanos Antonio y Ana María son confirmados en esa misma celebración, durante la cual el niño devora una gran cantidad de galletas. Junto a otros rasgos, desde su más tierna infancia José se manifiesta impulsivo y terco.

«Recuerdo –escribe en 1975– la historia de mi destete: mamá se metió un trozo de piel, para que yo me asustara, me dijeron que era un bicho; yo respondí: pues quiero el bicho... Pero me destetaron. Cosa, según oído, dificultosa... Parece que desde niño fui terco, con esta obstinación que aún perdura» (D. 11-II-1975).

Los primeros años transcurren en un ambiente muy familiar. José es muy cuidado por su madre, que se vuelca en la educación del niño. De



Carmelina, hermana y madrina de José

ella aprende las primeras oraciones y las primeras letras, tanto en castellano como en francés; con ella tiene una relación de entrañable afecto, de ternura: *«Recuerdos de mi infancia: mamá estaba siempre junto a mí, educándome –¡como ella sabía!– ya que ni siquiera fui a un colegio en mi niñez»* (D. 10-XII-1974). Hasta los ocho o nueve años seguirá estando muy apegado a ella, siendo incluso extremadamente mimoso. En cambio la relación con su padre es diferente. Éste es un hombre recio, de carácter apasionado, a veces un tanto duro en sus manifestaciones, radical y honrado. José le ad-

mira y reconoce haber recibido de él cualidades para el servicio a los demás, tesón, tendencia a la radicalidad, ardor... Pero a la vez –quizá por similitud de temperamento– choca con frecuencia con él. Hasta el punto de que, pasados unos años, el padre considera seriamente la posibilidad de internar a su hijo en un correccional para modelar su carácter. El consejo del cardenal Gomá, a quien atiende como médico, le disuade de tomar esa decisión.

Pepe –así llaman en casa a nuestro José Rivera– crece, pues, en un ambiente de profundos valores cristianos, a la vez que sostenido por la autoridad paterna y la maternal ternura. Por ósmosis irá asimilando la piedad de su madre, la honradez y el creciente compromiso apostólico de su padre, así como la progresiva y apasionada incorporación de sus hermanos mayores a la militancia en Acción Católica. Además el hogar será objeto de frecuentes visitas de sacerdotes y de laicos que viven con ardor la pasión evangelizadora. Entre ellos destacará, señora, la figura de Manuel Aparici.

Siendo mayor, él mismo recuerda y reconoce agradecido el don que ha sido su hogar y lo mucho que en él ha recibido:

«Yo personalmente estoy encantado de haber nacido, y de haber nacido en esta casa... He crecido en un ambiente de piedad, donde se desarrollaron Antonio y mi madrina, y yo pude recibir unas ideas básicas que han hecho especialmente fácil la vivencia de las ideas sobrenaturales» (D. 28-XI-1962). El año anterior a su muerte –residiendo en el hogar familiar– escribirá aún: *«Me han enseñado el catecismo en esta misma casa que ahora habito. Y he recibido testimonios sobrea-bundantes en manifestaciones y en intensidad desde la cuna»* (D. 4-IV-1990). Y antes: *«El ambiente de casa, con todas sus deficiencias, me comunicaba una tendencia a la totalidad –gracias a la santidad de Antonio y a la radicalidad de papá– que yo ciertamente absorbía con todas mis fuerzas»* (D. 2-II-1975).

A la edad de siete años recibe por primera vez a Jesús en la Eucaristía. ¡Primera comunión! La preparación ha sido muy cuidada. Su madrina, Carmelina, le ha seguido de cerca. Ella le ayuda a examinar su conciencia. De hecho, Pepe, durante bastante tiempo, cada vez que va a confesarse, expone primero los pecados a su madrina, pidiéndole consejo sobre su situación moral. Además de Carmelina también intervienen Don Eusebio Ortega, sacerdote, que le da algunas catequesis, y, especialmente, le prepara de forma inmediata otro sacerdote, Don Acacio. Pepe cumpulga el día del Sagrado Corazón, junio de 1933, en Santa María de la Cabeza. Día de gozosa y profunda vivencia de fe.



Primera Comunión, 1933

«...He tenido experiencia de Dios –relativa, por supuesto– desde muy pronto... Recuerdo, por ejemplo, el fervor –genuino– de mis siete años, la preparación a la primera comunión con Don Acacio...» (D. 2-II-1975).

Y es que, arraigado en una familia profundamente católica, José Rivera va siendo educado en conatural apertura a la realidad sobrenatural.

En ese entramado de colaboraciones en torno al acontecimiento de la primera comunión también estuvo presente su padrino, Antonio. Por influjo suyo, Pepe, a partir de este momento, comienza a confesarse semanalmente, siempre con el mismo sacerdote, Don Francisco Vidal, confesor de Antonio. Y sigue comulgando fervorosamente cada domingo.

En una España convulsa

Mientras tanto la situación socio-política española ha ido creciendo en tensión. Tras los años relativamente tranquilos de la dictadura de Primo de Rivera, durante los cuales transcurre la primera infancia de José, tiene lugar el advenimiento de la 2ª República. Alfonso XIII, ante los resultados de las elecciones municipales de 1931, abdica y marcha al exilio. El 14 de abril España es republicana. Alcalá Zamora es el hombre encargado de presidir un gobierno provisional que tiene como cometido fundamental elaborar una constitución que regule la situación del nuevo régimen político. Buena parte de la sociedad española espera también que este gobierno acometa seriamente la reforma agraria y la promoción de la clase obrera. Otros desean, además, que se den pasos firmes en orden a potenciar en España un régimen de autonomías regionales. Las expectativas eran legítimas. La sociedad española sufría una grave desigualdad. Frente a una oligarquía acomodada, grandes masas de campesinos vivían en situación de penuria. Y el mismo fenómeno padecía la clase obrera.

Pero las presiones de fuerzas extremistas no permitieron al gobierno recién constituido avanzar serenamente. Ya en el mes de mayo estallan los desórdenes sociales. Se inicia una ola de quema de iglesias y conventos que afecta a más de un centenar de edificios. Y la constitución que se promulga a finales de este año 1931 tiene un talante sectario y profundamente laicista. Fruto de ella es la expulsión de los jesuitas.

Desde diciembre de 1931 hasta septiembre de 1933 Manuel Azaña está al frente de un gobierno republicano-socialista. Sus medidas, que parecen buscar la descristianización de España, provocan un malestar creciente entre los católicos. Tampoco campesinos y obreros ven avanzar las deseadas reformas sociales. El ejército está igualmente descontento ante la reestructuración que sufre. Y finalmente la autonomía de algunas regiones ha derivado hacia el independentismo. Todo ello crea un clima de tensión que va creciendo según pasan las semanas.

Azaña dimite en septiembre de 1933. Nuevas elecciones generales. Esta vez triunfa la derecha, que tampoco se muestra decidida a acometer reformas serias y justas. Pronto el nuevo gobierno tiene que hacer frente a conflictos graves: la huelga general de 1934 y la revolución de Asturias. Sus días están contados. En febrero de 1936 asistimos de nuevo a elecciones generales, que dan el triunfo al Frente Popular. Para esta fecha España está ya profundamente dividida y envenenada. Sólo faltan algunos acontecimientos que actúen como detonante y la confrontación que viven los españoles desembocará en la guerra civil que estallará el 18 de julio.

Un intelectual precoz

En los años tumultuosos que preceden a la guerra civil José Felipe ha visto a su familia tomar una postura cada vez más comprometida con la causa católica. Ha visto a su padre asumir la presidencia de la Asociación de Padres de Familia y luchar por una escuela católica frente al modelo laicista que imponía el gobierno. Carmelina, su madrina, se ha implicado intensamente en la Acción Católica. Y Antonio, apóstol infatigable, se ha convertido en un verdadero líder de la juventud católica.

Pepe, criado en ese ambiente, y con su carácter fogoso, es desde niño un apasionado de las causas grandes: «...*esta ansia que viene tan de lejos en mi vida, que avanza desde la infancia misma, pues jamás he podido detenerme con el pensamiento o el deseo en nada mediano, y desde entonces recuerdo el anhelo vivo, inquietante, de plena santidad*» (D. 24-X-1972).

Cuando su hermana Ana María propone disimular algunos signos para evitar el ambiente adverso que se respiraba en el Toledo republicano, el pequeño José reaccionará con energía:

–*No, Ana María. Hay que saber morir por los ideales.*

Junto a ese entusiasmo por alcanzar grandes metas late en el niño Rivera una ardiente pasión intelectual que se prolongará durante toda su vida.

La primera formación la recibió en casa. Primero de su propia madre; después, de una profesora particular. De forma que desconoció el colegio en su infancia. Será a los diez años cuando haga su examen de ingreso en el instituto de enseñanza media y, tras aprobarlo, se incorpore a él para estudiar 2º de bachiller.

Pronto aparece en él una insaciable avidez por la lectura. A los siete años le descubrimos leyendo una serie de *Vidas ejemplares*, que no sólo nutren su intelecto, sino que avivan en su corazón el deseo de emular a esos grandes personajes.

A los ocho años le sorprendemos en este diálogo:

–*Mamá, ¿cuánto cuesta un huevo?*

La madre, extrañada, termina por decirle el precio aproximado. José, después de reflexionar un momento, le comenta:

–*Pues bien, durante tantos días (le dice el número calculado) supri-me el huevo que me corresponde en la cena y me das el dinero ahorrado.*

Y añade lleno de gozo:

–*¡Así podré comprar un libro!*

De mente privilegiada, hacia los diez años ya ha leído la *Historia de un alma*, de Santa Teresa del Niño Jesús. Un tiempo después, a los once o doce, lee y resume a San Juan de la Cruz. Y la adolescencia, hacia los catorce años, le sorprende enfrascado en la *Metafísica* de Aristóteles. Él mismo, al mirar su pasado, se asombrará y, con la humildad que reconoce que todo es don de Dios, registrará lo excepcional de su trayectoria intelectual:

«*¿Ha habido muchas personas que a los 12 años fueran capaces de gozar la lectura de Santa Teresa de Jesús, de Santa Teresa de Lisieux, de San Juan de la Cruz o de las Confesiones de San Agustín? ¡Cómo me prevenía su amor! Y lo más extraño es que no ha habido en toda mi vida una temporada prolongada en que no haya disfrutado de tal especie de lección» (D. 24-IV-1972).*

Absorbido por el afán de leer busca los rincones más aislados de la casa para poder entregarse plenamente a los libros. Por sus manos van pasando escritos religiosos, históricos y numerosas obras de literatura, de la que siempre será un gran aficionado y un experto conocedor.

Tanto le apasiona la lectura que no duda en esquivar las visitas de amigos y conocidos de la familia. Cuando éstos vienen a la casa, José se desuelga hábilmente por uno de los balcones para evitar a los visitantes y proseguir leyendo en algún rincón del jardín o del sótano.

Sin embargo, este intelectual precoz no parece ser un alumno brillante cuando ingresa en el instituto. Tres de los cursos los termina con calificación global de notable bajo, dos con un aprobado alto y sólo en 7º de bachiller encontramos una nota media de 8,3. Mientras tanto, al acabar 3º, le vemos suspender las matemáticas, que sólo podrá recuperar en enero del curso siguiente.

La enseñanza académicamente estructurada no parecía atraerle demasiado, mientras seguía buscando conocimientos de forma apasionada en otras fuentes. Ya de sacerdote reconocerá gozoso que todo el saber que buscaba se le ha ofrecido gratuita y desbordantemente en Jesucristo:

«En mi infancia ansiaba amor y sabiduría: el Padre me ofrece a su Hijo, que es la Sabiduría suya, infinita, acomodada a mi medida en su encarnación, y su Espíritu que es su Amor. Quedaba la gloria, pero la gloria humana hace muchos años que no me interesa. Y en cuanto al dinero, el bienestar material y todas esas cosas, no me importaron jamás» (D. 17-IV-1972).

El influjo de un testigo

Apenas aprobado el examen de ingreso en el instituto para estudiar 2º de bachiller –Pepe tiene diez años– estalla la guerra civil.

Muchos lo presentían. También los Rivera. Tanto Don José, el padre, como su hijo Antonio tenían prevista, de alguna forma, su colaboración. Para ellos lo que está en juego no es una cuestión política de derechas o izquierdas, sino el valor superior que es la patria en cuanto tal y su inspiración católica. Se sienten llamados a luchar por la defensa de una España cristiana.

En Toledo las fuerzas adictas al alzamiento quedan atrincheradas en el Alcázar, que muy pronto es cercado y asediado por el ejército republicano. Antonio ha entrado en la fortaleza, como defensor, con la convicción de que ése es su deber. Sorprende el armamento que se ha llevado para este combate: el evangelio, el rosario y el cilicio. Una vez dentro del alcázar pondrán en sus manos un fusil. En casa queda el resto de la familia.

Toledo está en poder republicano. Se multiplican los asesinatos, especialmente de sacerdotes. Cunde el terror. El Alcázar está sitiado. Los Rivera Ramírez sufren y rezan por Antonio.

Pasan los días y el asedio se endurece. Dentro, Antonio pide los puestos más difíciles, se multiplica en el servicio a todos, invita a orar, reúne a un grupo de combatientes para hablarles de Dios...

A Don José, el padre, le buscan para fusilarle. Él mismo ha visto cómo mataban a Don Pedro Ruíz de los Paños, sacerdote, actualmente beatificado, que en ese momento era director general de la Hermandad de sacerdotes operarios diocesanos. En casa logran construir un escondite donde pasará los meses que dure la ocupación de las fuerzas republicanas.

Los ataques al Alcázar fueron arreciando hasta que el 18 de septiembre, dinamitado, se convierte en ruinas. Pero los defensores no se rinden. Antonio ha sido herido gravemente en un brazo. Se lo tienen que amputar, pero ya no queda anestesia. Se somete a la operación apretando su rosario con la otra mano y aguantando un dolor inimaginable.

Unos días después, el 28 de septiembre, el Alcázar es liberado. Antonio se reencuentra con su familia. Vuelve muy débil. Aunque la herida va cicatrizando aparece una septicemia que terminará causándole la muerte. El 20 de noviembre, a los veinte años de edad, fallece.

Pepe ha sido testigo de estos meses de tensión y heroísmo. La figura de su hermano le enardece, le hace entender que la vida es combate en el que si no se adopta una actitud heroica se cae en la traición.

Antonio ha sido luz para él. Profundamente creyente, vivió en continua tensión hacia la santidad. Entendió que los males de España tenían una raíz religiosa y ofreció su vida, convencido –recordando el pasaje bíblico de Sodoma– de que si se encontraba un número suficiente de santos, la patria se salvaría. En sus escasos apuntes aparece constantemente la misma idea: estoy llamado a ser santo, debo dar un tono heroico a mi vida, lo mejor que puedo dar a los demás es una vida impregnada de santidad, la primera condición para casarme es que ella quiera ser santa como yo quiero ser santo...

Antonio vivía de forma desbordante el entusiasmo apostólico, la confianza en Dios, la alegría... Y sus últimas semanas fueron una lección de fe en la eternidad, de aceptación de la cruz, de amor a Cristo.

Pepe, ávido, iba asumiendo por ósmosis ese talante del hermano. La tarde de su muerte su madre ha querido que también el pequeño José esté con toda la familia en torno al lecho del moribundo. Rezan arrodillados. Pepe ve expirar a su hermano. Llora. Pero en el fondo de su corazón ha experimentado la grandeza de aquel momento, trasunto de la pasqua de Cristo.

«Recuerdo bien que, en mis primeros ejercicios, propuse hacer cuanto fuera necesario para gozar una muerte como la de Antonio... ¡aquella serenidad regia de Antonio en su 20 de noviembre! (D. 5-II-1973).

Durante dos días el cadáver de Antonio queda expuesto en casa. El pequeño José no cesa de visitarlo. Se acerca reverentemente. Le besa con inmenso cariño. Reza. Tiene certeza de que este hermano, tan querido, está en el cielo. ¡Se ha quedado tan cerca al irse!... Confidente, maestro, ejemplo...

Mientras tanto Toledo, ahora en zona nacional, recupera cierta normalidad. José ve pasar a los soldados que se alojan en el seminario, va cada día a clase, sigue leyendo con avidez... Pero algo ha cambiado. La muerte de Antonio parece haber despertado en él un hambre más intensa de Cristo: el pequeño Rivera –once años tiene ahora– comienza a participar diariamente en la Misa.

2

Los amores de un adolescente

La adolescencia y la juventud son, o al menos deben ser, tiempo de discernimiento, tiempo para preguntar al Señor cuál es su plan de amor, conforme al cual debe realizarse la vida de una persona. José Rivera lo ha hecho. Sostenido por la esperanza, se ha afirmado en la certeza de la llamada a la santidad, aun en medio de diversas oscuridades personales.

Apasionado por el amor y la sabiduría, ha sido sorprendido por Cristo, que le ha invitado a ser sólo de Él.

Las razones del corazón

Mientras conversa con su hermana Ana María, paseando por un camino de los campos de Aranda, Pepe se ha ido interesando por María Luisa.

—*¿Estás segura de que tenía novio formal?*

—*Sí, le responde Ana María, pero sus padres no querían que le viese.*

—*¿Entonces...?*

—*Ella, saltando un muro, iba a encontrarlo a escondidas en una huerta cercana.*

En la mente de José la figura de María Luisa comienza a crecer. Hasta ahora le parecía una chica corriente. Pero esa intrepidez, esa capacidad de desafiar las normas, esa valentía para luchar por un ideal amoroso... Sin duda no es una joven mediocre... En el corazón del adolescente Rivera comienza a alborear, todavía de modo imperceptible, un sueño de amor.

Ella, cuyo novio ha muerto en la guerra, es cinco años mayor que él. Y entre ellos existe un vínculo familiar: son primos. A este respecto los padres de María Luisa siempre han manifestado un punto de vista inflexible: nunca darán su consentimiento a uno de sus hijos para casarse con alguien de la propia familia.

Sin embargo, aunque la realidad habla de aventura inviable, el deslumbramiento inicial fue cobrando cuerpo en el corazón de José. Antes de sus catorce años le encontramos sinceramente enamorado. Y correspondido. Entre él y María Luisa se establecerá una intensa relación epistolar. Pepe, siempre apasionado, piensa ya en boda.

A su alrededor prosigue la tragedia de la guerra civil. Su padre, el doctor Rivera, tras la muerte de Antonio, ha decidido incorporarse a la primera línea de batalla para prestar allí su ayuda médica. Toledo, tomada por el ejército de Franco, sigue siendo una ciudad peligrosa, dada su cercanía al frente de batalla. Con frecuencia se oye en ella el tiroteo de unos y otros. Ante estas circunstancias la familia Rivera Ramírez decidió instalarse en Aranda de Duero, localidad muy alejada de los centros de lucha, y, por eso mismo, más segura.

José ocupa ahora mucho tiempo en el ejercicio físico. Gordito, un tanto deseoso de desarrollar sus músculos, dedica cada día varias horas a partir leña y dar largas caminatas por los campos castellanos.

Y sigue leyendo vorazmente. Sobre todo literatura. Más aún; no se limita a leer, sino que le habla a Ana María de multitud de cuestiones literarias, le expone reflexiones de carácter estético; escribe pequeñas composiciones... Arde en él esa hambre de conocimiento que, posteriormente purificado y ordenado, caracterizará toda su vida. Hambre vehemente marcada por una ansiedad temerosa de no conquistar todo el saber apetecido: *«El temor a no alcanzar cierta sabiduría me torturaba en los años de mi adolescencia»* (D. 28-VII-1989).

Simultáneamente sigue cursando los estudios oficiales. A sus 12 años termina 4º de bachiller con una calificación global de 6,4. Ya para estas fechas él tiene su modo personal de estudiar y su juicio sobre lo que es más formativo y lo que, a pesar de las apariencias, es menos. A esta temprana edad se entrega no tanto a lo establecido cuanto a lo que él cree que realmente le ayuda a sumergirse en la verdad.

Tampoco olvida los ideales. Con frecuencia, mientras pasea solo, construye planes grandiosos. Sueña con una sociedad inspirada en los principios católicos, donde la primacía de Dios sea indiscutible y la patria sea intensamente amada y servida. Una sociedad que sea como un ensayo para el cielo y donde, en un clima de justicia, todos tengan acceso a todos los bienes necesarios.

De carácter combativo, él entiende que hay que luchar denodadamente por estos ideales, incluso llegando a la confrontación, que no teme. De hecho, vinculado a los jóvenes requetés, se verá envuelto en más de una refriega.

Un día la familia le ve llegar sangrando a casa, con fuertes contusiones en la nariz.

–¿Qué te ha pasado?, le pregunta su padre mientras va curándole.

–Me caí.

Pepe miente. Quizá para evitar una dura reprimenda del padre, con quien la relación sigue siendo difícil.

Unos días más tarde el doctor Rivera se encuentra con un amigo:

–José, mi enhorabuena. Si tu hijo Antonio ha sido un héroe, su hermano parece que quiere seguir sus huellas.

–¿Por qué lo dices?

–El otro día le vi, vestido de requeté, peleando con chicos de otras ideologías. Y, la verdad, estuvo valiente, aunque, eso sí, no salió muy bien parado.

Cuando Don José regresa a casa llama a Pepe.

–¿Me mentiste al decirme que te habías caído de una pared?

–Sí, papá.

–¿Por qué?

–Para que no os preocupáseis.

Por esta vez el padre pasa por alto la fechoría, pero en su interior sigue pensando que este hijo necesita modos más severos de corrección.

Su temor –¿para qué negarlo?– tiene cierto fundamento: junto a muchos valores, el adolescente Rivera alimenta algunos rasgos de terquedad y de dureza que sin duda necesitan una seria reforma:

«Basta con recordar –anotará él cuarenta años después– mi infancia, mi adolescencia, en que hería sin vacilar a quien se me opusiera al capricho del momento» (D. 4-VI-1977).

La providencia de Dios iría disponiendo los medios oportunos para modelar a este muchacho, a veces difícil. Y a veces soñador quijotesco, deseoso de enrolarse en las causas justas. Mejor si tienen componente bélico. No mucho tiempo después, por ejemplo, escribirá al embajador griego en España, ofreciéndose para ir a luchar en su patria contra los nazis (CEst. 21-VIII-1968).

Seducido por el amor y la poesía

Al alborar el año 1939 todos presienten que el final de la guerra civil está cercano. El ejército de Franco prosigue su avance hacia la victoria definitiva. El 1 de abril se proclama oficialmente el fin de la contienda.

Tres años de guerra han dejado el país sembrado de sufrimientos y destrucción. Se inicia una etapa nueva en la que Franco, proclamado Generalísimo, se erige en árbitro de la nación española.

Dada la nueva situación, la familia Rivera Ramírez vuelve a su casa de Toledo. Don José, que ha ejercido como médico en el frente, será nombrado pronto alcalde de la ciudad. Carmelina y Ana María intensifican su militancia en Acción Católica. El recuerdo de Antonio permanece muy vivo. Más aún, su figura es exaltada y recibe diversos homenajes, siendo propuesto como modelo de joven católico. Alguno empieza a pensar ya en introducir su causa de canonización. Doña Carmen, discreta, sigue entregada a su misión de esposa y madre, viendo acceder a la juventud a aquéllos que hasta hace nada eran sus pequeños.

El sueño amoroso que despuntaba durante el tiempo transcurrido en Aranda, es ahora, en el corazón de José, una realidad abrasadora. Entre él y María Luisa se establece una relación epistolar frecuente y extensa. Y, al menos por parte de Pepe, muy intensa, pues él ha sido siempre incapaz de vivir a medias, superficialmente. Recordando un día esta época de sus 14 años dirá de ella, como de toda su existencia: «*Jamás he podido sintonizar con la mediocridad*» (D. 1-V-1972).

La relación epistolar no se da solamente con la joven de la que está enamorado. Un buen día Don José observa extrañado una carta que remite el prestigioso literato José María Pemán. La extrañeza crece cuando ve el destinatario: José Felipe Rivera Ramírez.

–*Hijo, ¿me puedes explicar qué significa esta carta?*

–*Le envié unos poemas a Don José María y ahora parece que me responde.*

Así es. Pepe sigue entusiasmado con la literatura. Cuando se siente inspirado compone poesías y otros escritos. Costumbre ésta que le acompañará toda su vida. En su afán de contrastar con alguien experto la calidad de sus escritos se ha dirigido, sin que nadie lo supiese, a Pemán. Y éste, condescendiente con el novel poeta, contesta dándole su juicio: las poesías tienen calidad, aunque manifiestamente responden a un principiante que aún debe seguir castigando el estilo para alcanzar un buen nivel artístico. Al final de la carta, una sorpresa: lo que Don José María no se cree es la edad que el autor le ha dicho tener; las poesías, si bien no corresponden a un poeta consumado, tampoco son propias de un muchacho que apenas acaba de abandonar la infancia.

Adolescente enamorado, hambriento de saber, seducido por la belleza, especialmente la manifestada en la literatura, inmerso en inquietudes religiosas... José Felipe da la impresión de haber recibido una personalidad nada corriente.

Dejemos que él nos resuma esta época de su vida:

«Casi me salté la niñez y la adolescencia... Adolescencia, la mía, vivida sólo en ciertos aspectos, muy trabajada ya por el hambre de sabiduría y de amor personal –naturalmente, eso sí, volcado hacia una mujer bien determinada, como única, y ello con perseverancia, a partir de los 14 años, si no fue antes–. Persuasión de que solamente Cristo podía ser la Sabiduría y el Amor: ramalazos desde la infancia misma; persuasión creciente en la adolescencia, hasta desembocar en los 17 años...» (D. 31-V-1982).

Católico militante

Este Cristo, que Pepe siempre ha experimentado como alguien real y cercano, nunca lo disoció él de la Iglesia. Ésta ha sido para él como una prolongación visible de Jesucristo en la historia. Su familia, iglesia doméstica, fue su primer lugar de encuentro con el Señor. Después los sacerdotes y laicos que han ido pasando por su casa le han abierto a una Iglesia más amplia. Y dentro de ésta, sin duda tuvo especial importancia para él la Acción Católica. En la época de su infancia y adolescencia vio a sus hermanos militar en este movimiento, del que Antonio fue un dirigente destacado. Hacia los 13 años Pepe también se incorpora. De hecho, durante el año que la familia vivió en Aranda, le vemos colaborar en diversas actividades de esta asociación. Concretamente, por ejemplo, participa en turnos de adoración al Santísimo por la noche. Paradójicamente es en estos meses cuando abandona la asistencia diaria a Misa, que había iniciado a raíz de la muerte de Antonio.

La Acción Católica le brinda un ambiente de piedad y de formación y –algo muy atractivo para él– una posibilidad de apostolado combativo. Con entusiasmo recorre diversos pueblos de la diócesis de Toledo visitando los grupos parroquiales existentes e intentando crear otros nuevos. A sus 15 años, poco después de regresar a su ciudad natal, es nombrado secretario del Consejo diocesano de jóvenes. Pero permanecerá en este cargo apenas un año. Sorprendentemente Rivera, que siempre ha tenido aversión a la burocracia, recibe la correspondencia enviada a la Acción Católica de jóvenes y –sin abrirla– la va guardando en una caja. Resultado: un cúmulo de cartas ni leídas ni respondidas. ¡Extraño secretario! Obviamente se hace necesaria su sustitución. Sin duda hay otros más adecuados para esta tarea. Él, en cambio, a lo suyo: continúa en trabajos de propaganda, en apostolados que le ponen en contacto inmediato con otros jóvenes. Ya entonces habla con cada uno interesándose por su situación personal, por sus tareas apostólicas o por su vida espiritual.

En estos años –desde octubre de 1939 hasta junio de 1942– lo que parece mejorar es su rendimiento académico. Estudia 5º y 6º de bachiller en el mismo centro público en que había cursado 2º y 3º, el instituto de Toledo, terminando con calificaciones globales de notable (7,6 y 7 respectivamente). Y le irá aún mejor el curso 7º, último del bachiller de aquella época, que lo realiza en el colegio SADEL, también en Toledo. Este año consigue una calificación de 8'3. Además en julio supera el examen de acceso a la universidad y se dispone así a estudiar Filosofía y Letras, a partir de octubre, en Madrid.

Ese indefinible deslumbramiento

Durante estos años José ha ido creciendo en confianza con su hermana Ana María, con la que conversa bastante. Pero más aún con Carmelina, su madrina, que, a su modo, le ofrece un cierto acompañamiento espiritual, a la vez que le pone en contacto con confesores que van a jugar un papel muy importante en su vida.

Mas no es sólo Carmelina la que ejerce una notable influencia sobre él. Pepe, siempre muy receptivo a los influjos personales, queda en estos años deslumbrado por Manuel Aparici. Así lo reconoce él mismo mucho tiempo después: «*Ese indefinible deslumbramiento que yo sentía a mis 14 años escuchando a Aparici hablar de Cristo...*» (CBibl. 13-V-1967).

Manuel Aparici, nacido en Madrid en 1902 y fallecido en la misma capital en 1964, tuvo una fuerte experiencia de Cristo –su «conversión»– en 1927. Desde 1934 fue presidente nacional de la Juventud de Acción Católica, cargo en el que cesará en 1941 para ingresar en el seminario diocesano de Madrid. Como laico primero y como sacerdote, después,

hizo lema de su vida el «tengo sed» de Jesús en la cruz. Vivía abrasado en el deseo de ganar almas para Cristo. Su entusiasmo apostólico, nacido de una vida de intensa unión con Dios, contagiaba a muchos el deseo de seguir los caminos del Evangelio.



Manuel Aparici, presidente nacional de la Juventud de Acción Católica

Antes de la guerra había conocido a Antonio, presidente de los jóvenes de Acción Católica de Toledo, con quien sintonizó profundamente. Dada esta amistad, cada vez que Manolo iba a Toledo pasaba por casa de los Rivera Ramírez. Allí le conoció José cuando tenía 13 años. Cada vez que Aparici aparecía por casa, Pepe –tan averso a las visitas– se sentaba muy próximo a él y se quedaba embelesado

escuchándole. La influencia de este hombre —como antes la de Antonio— es de importancia trascendental en la vida de José, quien no sólo le escucha en el hogar familiar, sino que asistirá a diversos encuentros y cursillos en los que la enseñanza de Manolo le fascina. En éste son recurrentes temas como la pasión por que todos vivan en gracia, el anhelo de santidad, el aprecio de la cruz, el empuje apostólico, la valoración de los medios sobrenaturales en la vida cristiana, el sentido de Iglesia, el amor a la jerarquía, la valoración de los laicos...



Manuel Aparici, sacerdote

Por su parte, Aparici, perspicaz y experto conocedor del corazón de los jóvenes, detectó pronto la valía de José y su sincera disponibilidad para entregarse sin reservas a altos ideales. Más aún, intuyó en él una posible vocación sacerdotal. En todo caso le dispensó una sincera y afectuosa estima. Baste, a modo de prueba, este párrafo de una carta que le dirige en el año 1946:

«Al fin llega el momento de poder dar satisfacción al deseo que tenía de escribirte. ¡Tantas y tan grandes gracias se encuentran para mí simbolizadas en tu persona, que es imposible que te olvide! En primer término, nuestros queridos hermanos mártires, entre los que descuella Antonio, hermano tuyo en la carne y en la sangre, y mío en el afecto de un mismo Cristo a quien amar y prójimo a quien servir; y en segundo lugar, la generación juvenil fruto de esa sangre de mártires. No, yo no olvido ni aquellas jornadas de Acción Católica de Aranda, cuando yo vi brillar en tus ojos la esperanza de tu vocación, ni la Semana de Estudios de 1940 en Toledo, ni las jornadas de Ptes. de Madrid del 41 ni las de mi despedida de Valladolid, ni las palabras que cruzamos en ésa el 42, cuando los Cursillos Universitarios, pues en todos los momentos yo veía crecer esa esperanza hasta que al fin Él te dio a conocer, con esa mirada honda y amante de que habla san Marcos, que te quería sólo para Él».

Pasados los años, el sacerdote Rivera anota para sí:

«Recordar como gracias muy peculiares e insignes las visitas de Aparici y de otros dirigentes de Acción Católica» (D. 29-III-1976). Y de entre los dones recibidos a través de este siervo de Dios subraya: «Mi fe se ha centrado, desde hace mucho, por el influjo instrumental de Manolo Aparici, en el amor del Padre en Cristo» (D. 3-VII-1972).

Esta relación de estima mutua, iniciada cuando José es un adolescente, continuará hasta la muerte de Manolo en 1964. De hecho, cuando éste, en la última etapa de su vida, yace postrado en cama, Rivera le visitará

con frecuencia y, entre los pocos objetos que guardará hasta el final de sus días está precisamente la fotografía de Manuel Aparici.

Entre la angustia y la esperanza

Los 14 y 15 años de José Felipe –quizá esa franja de años comience antes y, ciertamente se extiende hasta los 16– están atravesados, en lo íntimo de su corazón, por la oscuridad y el sufrimiento.

No podemos entrar en su intimidad. Desde fuera columbramos algo del drama del adolescente Rivera. Algo nos ha dejado escrito en su diario, algo conocemos por testigos cercanos (su hermana) y algo ha comentado él mismo públicamente. En todo caso seguimos moviéndonos en el misterio que es la persona humana.

Hay un primer dato incontestable: José quiere ser santo. En 1983 escribirá: *«La santidad heroica es hoy mi objetivo, como lo era a los 14 años»* (D. 22-XII-1983). Y lo quiere con vehemencia, con sinceridad, como el ideal que centre toda su vida.

Simultáneamente la realidad, tozuda, parece negarle esa posibilidad: no es capaz de vivir ordenadamente la sexualidad. Se experimenta esclavo de la lujuria. Sin más matizaciones, todo desorden en esta materia es para él un pecado grave.

Y no se entiende a sí mismo. Entre otras cosas porque, simultáneamente, ha reemprendido una vida espiritual intensa. ¿Cómo pueden resultar compatibles ambos extremos? Y, para acrecentamiento de la oscuridad, percibe que tampoco le entiende su confesor. Leamos:

«Acaso habré de aplicar el recuerdo de unas palabras de D. Amado, a quien en mi adolescencia –unos 15 ó 16 años– desconcertaba, por lo que él llamaba mezcla de aristocracia y plebeyez espiritual: comunión diaria, lecturas, meditaciones, mortificaciones, rosario, dirección espiritual... y caídas, muchas caídas» (D. 8-V-1987).

No es extraño que alguna vez sus hermanas, que conocían el problema porque él se lo contaba, le hayan sorprendido angustiado, con lágrimas en los ojos.

En esta época la figura de Don Amado Sáez de Ibarra es importante para él. Confesor, director espiritual, le acompaña con afecto y esperanza. Aunque, como hemos visto, también con perplejidad, pues no acierta a entender cómo es posible que un muchacho que se toma con tanta seriedad la vida de gracia pueda simultáneamente tener fallos objetivamente graves. Difícil entender ese contraste que el mismo Rivera resumirá así: *«Falible, mis caídas han resultado siempre múltiples y graves,*

mezcladas con situaciones de notable elevación» (D. 7-VII-1984). Don Amado sufre y reza por este muchachote tan sincero. No ve, pero confía. Tal vez algunos conocimientos de psicología –que tanto estudiará y recomendará en su día el sacerdote Rivera– hubieran podido allanar el camino.

Porque nudos psicológicos sí parece tener este adolescente. De personalidad muy rica, con facetas de su carácter muy precoces y muy intensas, con cualidades intelectuales muy por encima de lo normal, a José se le hace difícil armonizar los múltiples valores que encuentra en sí mismo. El resultado es sufrimiento. Muy intenso. Leamos un texto muy elocuente en el que, constatando que la esperanza, principalmente en su aspecto de confianza, es en su vida una característica predominante, escribe:

«Gracia tanto más notable, y más fácil de ser notada, cuanto que, naturalmente, la desesperación, en sus aspectos más agudos, en su tendencia al suicidio, de que tanto hablo, era una característica de mi temperamento natural. No hay más que rememorar los 15 primeros años de mi existencia. Mi infancia y mi adolescencia estaban constituidas por el balanceo continuo entre la ilusión y la desesperación, llevadas al extremo entonces accesible. En todos los aspectos, respecto de todos los posibles objetivos» (D. 3-VII-1977).

Quizá tanta tensión psicológica explique sus desórdenes en la vivencia de la sexualidad, cuya moralidad tal vez habría que redimensionar. En todo caso es encomiable la tenacidad con la que una y otra vez recomienza el proyecto de santidad que él siente derrumbarse a cada paso. Sin duda, ya desde ahora, vive esa esperanza que asombra al mismo Dios. A este respecto, leamos de nuevo en su diario:

«Por eso, lo que persevera de bueno desde mi adolescencia, desde un momento señalado de mi adolescencia; lo que, pese a tantos extravíos, podría tener por hora de la conversión, es la esperanza. Este levantarme siempre de las caídas reiteradas, este repetir, y no solamente de boquilla, “aunque me quite la vida esperaré en El”. Este regreso, mil veces reiterado, al proyecto de santidad...» (D. 2-VI-1987).

Estamos ante una esperanza que podríamos calificar de heroica: confiar cuando humanamente nada es posible. Muchos años después las cosas han cambiado notablemente para él, pero recuerda claramente cómo vivió esta época:

«Es cuestión, no más, de fiarse, de no empeñarse en resistirle, de no enterarse en obrar según nuestro gusto, nuestro juicio, nuestro instinto natural. Es asunto de oración, de recibir su palabra, de esperarle pacientemente, de seguir creyendo aunque nos parezca que no se pro-

duce nada. En verdad, hace años que yo apenas tengo que esperar, que el menor tornarme a Él, en esperanza, se ve inmediatamente fructuoso. Pero hubo un tiempo en que hube de creer contra lo que veía palpable, de esperar contra toda razón humana de esperanza. ¡La gran gracia inicial! Porque esperé. ¡Aquellos meses del año 16 de mi vida!» (D. 21-IV-1972).

Poco a poco los acentuados y valiosos rasgos de su temperamento van encontrando una armonía personal. Y su fidelidad alcanza la victoria: *«El milagro de la castidad a los 16 años» (D. 10-II-1975).*

Parece ser que sus caídas se resolvieron «de golpe», modo muy acorde con su temperamento. Un día, agobiado por sus faltas, fue a recibir el sacramento de la penitencia y, desde esa confesión, quedó totalmente liberado. Tanto es así que después nunca más volvió a experimentar dificultad alguna en este campo.

No es de extrañar que, andando el tiempo, hablase a veces en sus predicaciones de la eficacia de este sacramento y de cómo una absolución puede liberar definitivamente de un arraigado vicio de lujuria.

Mientras en su interior vive estos desgarrones, hacia fuera manifiesta una creciente mejora: le hemos visto subir sus calificaciones académicas, sigue leyendo y escribiendo, continúa honrosamente su enamoramiento, suaviza notablemente la relación con su padre, milita con entusiasmo en la Acción Católica... Y hasta parece comenzar a brillar en sus ojos –lo ha descubierto la mirada sagaz de Aparici– el destello de una vocación sacerdotal.

Para salvar muchedumbres

El otoño de 1942 trae novedades para José Felipe: otra ciudad, otro hogar, otros estudios.

Mientras la España de post-guerra va paliando el hambre e iniciando su reconstrucción, José comienza en la universidad de Madrid la carrera de Filosofía y Letras. Vive en casa de sus tíos, que se toman con cierta seriedad la tarea de contribuir a su educación: casi siempre contrariando sus tendencias temperamentales. Si a él, por ejemplo, le atrae –como así es– la soledad, ellos le impulsan a salir de casa y a llevar una vida social más intensa.

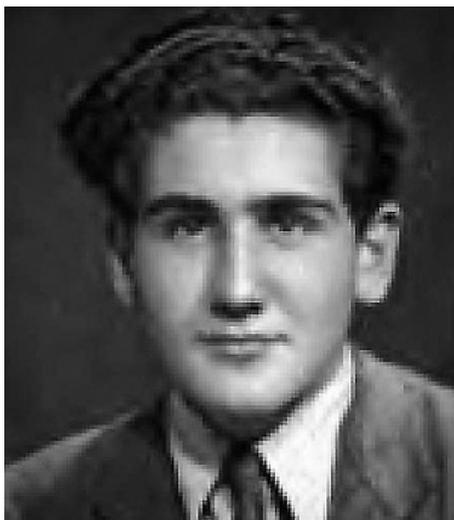
En la universidad parece sentirse bien. Sigue sumergiéndose en la literatura. Continúa ahondando con seriedad en su vida espiritual. Y hace apostolado. Rivera consigue que las conversaciones con sus compañeros deriven hacia temas religiosos, y con frecuencia acaba hablándoles de Jesucristo, de vivir en gracia, de tomarse en serio el Evangelio... Tiene

facilidad para abordar a sus compañeros y situarlos frente a la persona de Cristo. Y no es infrecuente que ellos le abran el corazón y hablen con él de las dificultades que encuentran para ser mejores cristianos.

Y tampoco es infrecuente que el joven Rivera –17 años cumplirá en este diciembre– camino de casa, vaya rumiando una inquietud en su interior: «estos chicos me cuentan sus dificultades, hablamos de sus interrogantes más profundos, les aconsejo, pero...» Pero José no puede devolverles la gracia perdida. No está en sus manos la capacidad de absolver. Al final, siempre la misma historia: buscar un sacerdote, hablarle de ellos, concertar cita, acompañarles para que puedan confesar... ¿Y si...? Sí; un presentimiento. Si además de hablar les pudiera absolver... Parece que el Señor comienza a insinuar a José otros horizontes.

En otros momentos, pensando en su futuro, siente nacer también una cierta insatisfacción. Cuando sea profesor –reflexiona él– hablaré de Cervantes, de Lope y de tantos otros, de sus obras, de su pensamiento... está bien, pero... ¿Y lo eterno? ¿Y no es infinitamente más valioso hablar de Jesucristo que de unos cuantos literatos o filósofos? ¿No es mejor dedicar la vida a un afán explícito de salvar muchedumbres que ocuparla en estudiar y transmitir unos conocimientos literario-filosóficos? Definitivamente José deja que la insinuación persuasiva del Señor entre en su alma.

El año universitario avanza. Él sigue estudiando. ¡Y sigue enamorado! Y continúa militando con entusiasmo en Acción Católica. Don Amado, su director espiritual, parece más tranquilo: por fin, el chico cobró altura, las caídas son ya agua pasada y –más aún– diríase que empiezan a brotar síntomas de vocación sacerdotal. Está contento Don Amado. En el fondo siempre supo que este muchacho tenía muy buena madera.



Universitario en Madrid, 1942-1943

Antes de terminar el curso académico José Felipe quiere aclararse. Ya no puede ignorar una llamada a entregarse más intensamente con Cristo por la salvación de los demás, pero a la vez es patente su vínculo amoroso con María Luisa, con quien podría formar un hogar en clave de santidad.

Con su característica sinceridad, con su permanente afán de fidelidad, Pepe tiene claro el siguiente paso: es preciso preguntar al Señor qué quiere de él.

Y lo hace. Va a una tanda de ejercicios espirituales que dirige el Padre Llanos, que, como buen jesuita, siguiendo el método de San Ignacio, expondrá a los ejercitantes los «modos de hacer elección». José, en su discernimiento, pone de un lado las razones a favor de una opción por la vocación sacerdotal, y, de otro, las razones en contra. Son más numerosas las primeras. Rivera da su sí. Dios mediante, será sacerdote.

En casa no sospechan nada. No pueden ni imaginar que el benjamín haya sido elegido por Dios para el sacerdocio y haya respondido con generosidad. Cuando vuelve a Toledo se lo comunica a sus hermanas y a sus padres. La reacción familiar es de gozo inmenso. El doctor Rivera se va a solas con su hijo a otra habitación y allí le abraza efusivamente manifestándole una enorme alegría. Pepe será el primer sorprendido por estas inusuales expresiones. Su madre, por el contrario, ante la noticia, ha quedado paralizada: ningún gesto, ninguna palabra... pero inmensamente feliz. El hijo, siempre jocoso, mirándola con ternura y leyendo en ella una enorme complacencia, se limitará a comentar, sonriendo: «¡Qué madre más sosa tengo!»

Los Rivera Ramírez están de fiesta.

Pero fiesta crucificada. Unos días más tarde Ana María encuentra a Pepe lloroso. Está quemando las cartas de su enamorada. Va a seguir a Cristo sin condiciones, pero algunos lazos sólo se rompen a precio de lágrimas.

Y es que al joven Rivera, muy dotado para el amor y el saber, le cuesta sacrificar estas tendencias dejándolas en manos del Señor. Con el tiempo entenderá, y explicará, que «sacrificar», etimológicamente, quiere decir «hacer sagrado». No es perder, sino entrar en una dimensión más honda, más plena. En su diario, años después, él mismo registra la gozosa experiencia de haber recibido el ciento por uno:

«Me recuerdo yo, tan poco dado a recordar, paseando a los diecisiete años por el comedor de entonces y calculando acerca de la posible partida al Seminario, la posible vocación de sacerdote. Mis dos deseos capitales, pensaba, y eran deseos extremadamente violentos, son el saber y el amar en mutuo amor. Pero Cristo es la Sabiduría y el Amor...

Las cuentas, es la verdad, salieron redondas. Ha de esto cuarenta y siete años... Pero saber a Cristo es eterno quehacer; amistad sponsal con Él es eterno quehacer. Por tanto no me ocupa ni menos me preocu-

pa la cantidad de saber y de amor que alcanzo en la tierra en tal o cual año. Una sola cosa importa: estar en marcha por esos caminos, que son el Camino sin más... No se trata de acumular conocimientos, sino de ensanchar el entendimiento para conocer eternamente más y más. Y crecer correspondientemente en la potencia de amar. Y en Él y con Él, claro está, a cada una de las personas que voy encontrando de una manera u otra en mi camino. Y de una manera u otra son todas y cada una de las existentes. ¡La enorme grandiosidad de la vida divina!» (D. 28-III-1990).

Aconsejado, entre otros, por Don Amado, José ingresa en el seminario de Comillas, dirigido por jesuitas. De nuevo es otoño: esta siembra habrá de ser fecundada por el agua viva que en estas tierras cántabras será abundante. Estamos en el año –sin duda, de gracia– de 1943.

Relectura de una adolescencia

El adolescente Rivera, tocado por la gracia de Cristo, enamorado de una joven, entregado a sueños literarios, dado al apostolado, influido por su hermano Antonio y por Manuel Aparici, sufriendo por su carácter, desconcertado por sus caídas, llamado al sacerdocio, se nos presenta como sujeto de un hermoso drama en el que la gracia divina pugna por impregnar el corazón humano. Cuando en su edad adulta vuelva los ojos hacia atrás se descubrirá infiel: consciente de ser receptor de grandes dones, constata su inadecuada respuesta. Escribirá así a sus 56 años:

«Desde la adolescencia, en que desconcertaba a Don Amado, hasta ahora, se ha venido ininterrumpidamente produciendo esta desproporción, absolutamente inaudita por mi parte, en ninguna biografía ni persona tratada, entre las gracias percibidas, y aun recibidas, y la muchedumbre de pecados de variadas especies» (D. 27-X-1982).

Desproporción entre el don y la respuesta. Pero lo más hermoso es la interpretación que dará a esta realidad:

«Perdonar quiere decir, realmente, reiterar el ofrecimiento del don íntegro de la amistad, anteriormente rechazada. Decir que hemos perdido la vida, es medir a Dios con medida humana. En el hombre rara vez una ruptura se puede soldar sin dejar señal, y pensamos lo mismo de Dios; pero ello es absolutamente injusto. Mi vida –y la vida de todas las personas que trato– puede alcanzar la eficacia a que estaba destinada. Puede ser levantada mucho más allá de las altísimas cimas soñadas en mi adolescencia. Nada se ha perdido. Como un niño que fuera perdiendo sus juguetes, pero su padre los fuera recogiendo. Perdidos los creía, pero en realidad estaban mejor guardados. Las gra-

cias anteriores desatendidas, incluso con todas las rentas –lo que representa caudales de vida superlativamente torrenciales– están guardadas para mí en los armarios del Padre, y en suma tan seguras, como si las tuviera yo presentes» (D. 1-V-1972).

Releer la propia vida con esta audacia que asombra al mismo Dios, es signo de una personalidad profunda y largamente arraigada en la esperanza teologal: «Desde los 17 años, no he dejado nunca de esperar, en medio de la experiencia más dura de mi fracaso. Ello es una gracia que sobrepasa ciertamente cualquier imaginación» (D. 30-V-1972).

Si en su adolescencia José Felipe ha experimentado la angustia por el pecado, en la edad adulta vivirá un permanente y gozoso asombro ante el acontecimiento de la gracia.

3

Asediado por la gracia

La relectura de su adolescencia convence a José Rivera de la fuerza de la gracia.

«Decía bien Péguy que la gracia acosa por donde puede, y que si la cerramos las puertas, entra por la ventana. Y bien he dicho yo siempre que mientras no se rompe la confianza, no hay nada fundamental perdido, y que todo consiste en estar a la espera del milagro, de la maravilla...» (D. 17-IV-1972).

Fascinado y acosado por la gracia, confiando en ella, veremos al joven Rivera dejar sus proyectos de sabiduría y amor humanos para entrar en el seminario, adonde llega con ansias de donarse sin reservas, dispuesto a cualquier sacrificio:

«En aquellos momentos experimenté una fe viviente que me fortaleció para dejarlo todo —el todo que yo entonces veía— y lanzarme a la aventura del seminario, tan contrario a mi estilo natural en todo. Aquella experiencia que pareció cegarme a tantas cosas para correr, como frenético, por medio de obstáculos insalvables a mi temperamento. Verdad es que al final caí enfermo. Verdad que a nadie recomiendo ciertas maneras de aquel frenesí, pero retocándolo un poco ¡cuánta belleza en aquellos tiempos!

Y en el conjunto de mi carrera, con sus extravíos conocidos e ignotos, ¡qué experiencia del perdón, de la ternura divina!» (D. ibid.).

Sabiendo que la vocación está enraizada en el sacrificio, se irá experimentando a sí mismo como alguien misericordiosamente levantado a un nivel más pleno, más real. En adelante, ya no mendigará el entendimiento y el amor limitados de una mujer: Cristo le ofrece, en relación esponsal, una comprensión y un afecto infinitos. La fecundidad soñada no quedará limitada a una paternidad natural, sino que adquiere una dimensión sobrenatural, eterna. Y su deseo de sabiduría quedará saciado en el saboreo de Dios. Contento, le deja a Él tomar la iniciativa: *«A los 17 años elegí ser elegido» (D. 3-IV-1972).*

Con un hombre de Dios

En el otoño de 1943 José parte de Toledo hacia tierras cántabras; va a ingresar en el seminario de Comillas.

A finales del siglo XIX, los jesuitas –con el apoyo decisivo de Antonio López, primer marqués de Comillas, y de su hijo, Claudio López Bru– habían fundado allí una universidad pontificia. Junto a ella se levantaron varios edificios para acoger seminaristas de toda España y de Hispanoamérica. Cuando José llega allí hay unos mil jóvenes aspirantes al sacerdocio. Las condiciones no son fáciles. Todavía se hacen sentir con fuerza las carencias de postguerra. Especialmente la alimentación no es abundante. Por el contrario, sí se siente un idealismo grande. La sangre de muchos católicos, derramada martirialmente en los años de contienda, está muy presente como modelo y acicate. Los jóvenes españoles vibran con el ideal católico. Por estos años unos 5.000 ingresan en los diversos seminarios de España. La mayoría proceden de Acción Católica, como es el caso de José Rivera. La afluencia de estos jóvenes contribuye a elevar el nivel de los seminarios. Aportan fervor apostólico, vida espiritual seria y un notable nivel intelectual. Entre ellos arde también el ideal misionero, enfocado principalmente hacia los pueblos hermanos de América.

En este ambiente José comienza el primer curso de humanidades. Ingresas en lo que se llamaba el grupo de «bachilleres», aquellos jóvenes que ya habían cursado algún tipo de estudios superiores antes de entrar en el seminario.



P. Manuel García Nieto, S.J.

En Comillas encuentra un hombre de Dios, un hombre con fama de santidad: el padre Manuel García Nieto, S. J.

Natural de Macotera (Salamanca), donde nació en 1894, recibió la ordenación sacerdotal, como diocesano, en 1919. Tras dos años como coadjutor en la parroquia de Cantalapiedra, y cuatro de párroco en Sando, ingresó en la Compañía de Jesús. En ambas parroquias destacó por una intensa vida de oración, de pobreza y de celo pastoral por todos, especialmente por los más menesterosos. Su anhelo de santidad fue el resorte que le impulsó a pedir ser admitido como jesuita. Como tal, tuvo sólo un destino: director espiritual para los seminaristas

de Comillas. Allí fue un testimonio ardiente de entrega a Jesucristo. Rezaba cada día muchas horas ante el sagrario. Dormía poco –y no en la cama, sino sentado en una silla o en un sillón– restando tiempo al sueño y ganándolo para la oración. Desprendido de todo, cada jueves y cada domingo iba a visitar a las familias más pobres de la zona, ofreciéndoles cuantos socorros podía. Se desgastaba por los seminaristas atendiéndoles personalmente en dirección espiritual (siempre había un grupo esperando a la puerta de su habitación), en confesiones, preocupándose de sus necesidades materiales... Cada noche les predicaba con ardor admirable. Dirigía innumerables tandas de ejercicios espirituales... Admirado y buscado por todos, él era el alma de aquella institución. Así lo resumía un alumno: «Lo mejor que tiene Comillas es el padre Nieto. En él, lo sobrenatural es natural».

José le recordará toda su vida. Muchas veces hará alusión a la gracia extraordinaria que ha sido para él el hecho de haber tratado con tres santos: Antonio Rivera, Manuel Aparici y el padre Nieto... Evidentemente se refería a ellos como «santos» con una convicción subjetiva, totalmente sujeta al juicio de la Iglesia. De los tres se introdujo el proceso de canonización. En el momento de escribirse estas páginas sus causas siguen en estudio.

Antes que nada, santificación

El testimonio del padre Nieto refuerza continuamente la aspiración intensa que José lleva en su alma: «Antes que nada, santificación», según el lema que su hermano Antonio había acuñado. Rivera reconocerá en muchas páginas de su diario que esta tendencia ha sido una pasión que, habiendo comenzado en edad muy temprana, ha recorrido toda su vida. Baste una cita, a modo de ejemplo:

«Una vez más se me saltan las lágrimas de mera ternura... Dios acabará su obra, ¡qué duda cabe! Y por algo, desde siempre, espero la santidad plena, la de los «grandes» santos con arrastre para convertir a muchos» (D. 20-V-1980).

Ahora, en su vida de seminarista, se entrega con ardor a esta tarea de santificación, haciendo de ella el centro unificador de su vida. Intenta vivir todo en clave sobrenatural. Así le recuerda un compañero de estos años:

«Rivera era lo sobrenatural, pero lo sobrenatural encarnado. Esto se traducía en que se percibía en él una constante presencia de Dios, se le notaba en el silencio riguroso que vivía en el seminario, en sus conversaciones siempre sobrenaturales, su vida de oración muy inten-

sa, de tal manera que Rivera hacía muchas horas de oración que supongo las sacaría del sueño; también en los recreos sacaba tiempo para la oración» (Positio, testigo 16).

Como vemos, no se conforma con el tiempo que el reglamento destina a la plegaria, sino que muchas veces busca los tiempos libres para ir a rezar a la capilla. Es feliz cuando queda alguna tarde de libre disposición, porque eso le permite dedicar varias horas a la oración. Y lo mismo en la noche: el tiempo que podría dedicar al descanso o al estudio, antes de que suene la hora de acostarse obligatoriamente, él lo emplea en el diálogo amoroso con Cristo en el sagrario. No transgrede la norma, pero sí araña segundos, siendo rápido en el dormitorio, para poder estar más tiempo con el Señor.

En su oración usa mucho la Biblia, muy marcada por él mismo con subrayados y anotaciones a lápiz. Se sirve también de diversos libros de espiritualidad y, sobre todo cuando comience la Teología, hace también del estudio materia de contemplación. Ora lo que estudia.

En esta época –según él mismo manifestó alguna vez– atraviesa tiempos de aridez. Sequedad en la oración que, sin embargo, se convierte en abundantes iluminaciones en el tiempo de estudio.

Pero no aspira sólo a tener ratos de oración. Busca vida de oración. Quiere que ésta sea continua, porque continua en el alma es la presencia de las Personas divinas. Así lo encontramos como propósito en sus ejercicios espirituales de 1944:

«Los propósitos principales son los siguientes: cuidado en la postura y mortificación de la vista en la capilla.

Evitar toda discusión, y no llevar la contraria: suavidad. No decir nada que pueda engendrar buen concepto de mí; no disculparme; no buscar las conversaciones que me interesan, sino lo que agrada a los demás.

Y sobre todo: oración continua» (Cta. 5-XI-1944).

Ya adulto, encontramos en su diario estas líneas reveladoras del trato familiar que tenía con Dios:

«Y entre todas las gracias, la primera que reconozco es esta facilidad, esta propensión, jamás perdida, para el contacto personal total, por mi parte, con las Personas divinas. Sin embargo, como sucedía en los tiempos del seminario, resulta casi imposible abandonar las horas de trato con Ellas, se me imponen casi siempre...» (D. 29-XI-1972).

Con esta vida de oración –como le dice a su madrina– busca formar un corazón que haga del Señor el centro y el fin de todo:

«Mi idea es el consuelo de Cristo sin pensar en mí [...] Buscar en todo la parte de Cristo [...]

Mi estado se reduce a pensar que tengo que consolar a Cristo y procurar hacerlo con toda sencillez, sin recetas espirituales, que aborrezco» (Cta. invierno 1945).

Junto a la oración, Rivera cultiva el silencio. No rehúye hoscamente el trato con sus compañeros, pero sí remarca la importancia del silencio como medio y fruto del encuentro con el Misterio. Y es libre frente al prejuicio según el cual la relación entre dos personas ha de estar marcada por la conversación. Así, un día, al terminar un tiempo obligatorio de silencio, un compañero le dice a José:

–Ya se puede hablar.

A lo que inmediatamente él responde:

–También se puede callar.

Otra virtud que cultiva con minuciosidad es la obediencia. Hasta tal punto que su padre, cuando lo reencuentra en las vacaciones, queda admirado: el adolescente díscolo –a quien pensó, incluso, ingresar en un correccional– es ahora un joven firme, pero manso. José actualiza continuamente la fe para descubrir a Cristo en la persona de quien está constituido como autoridad para él; este ejercicio –que ahora comienza a dar frutos visibles– viene haciéndolo desde hace algunos años:

«Eso hacía en tiempos con mi padre: cada vez que me llamaba o decía cosas que me molestaban, decía por dentro: “Te amo porque eres Cristo” y naturalmente acudía corriendo y no me enfadaba» (Cta. 56, finales 1952 o comienzos 1953).

Por lo demás, este actualizar la fe ante las diversas realidades para entenderlas en toda su hondura, fue quehacer permanente en él, tal como recuerda siendo sacerdote:

«Pienso que debo reiterar aquellas despaciosas reflexiones cristianas de mis tiempos de seminarista, cuando ante ocasiones muy diversas consideraba el sentido de la intervención divina, de la vanidad de las cosas naturales en sí» (D. 22-IX-1974).

Y se empeña en cuidar los detalles: aunque normalmente se despierta bastante antes de sonar la campana, y su ritmo psicológico le impulsa a levantarse para orar o leer, permanece sistemáticamente en la cama –aunque esto le genera cierta tensión– hasta la hora exacta. Igual que seguirá jugando en el patio, bajo la lluvia, porque el superior lo mandó y nadie ha revocado la orden.

Orante, amante del silencio, obediente, Rivera es consciente de que la cruz es ingrediente imprescindible en la tarea de la santificación. En estos años de Comillas se le manifiesta de diversas formas.

En primer lugar, tiene temporadas con dolores muy fuertes de columna, que le obligan a permanecer en cama y a sujetarse a tratamiento médico.

Junto a esto, su carácter. Si bien se le ve gozoso y entusiasmado, a la vez se da en él una situación de tensión interior muy fuerte, de sufrimiento intenso, de angustia incluso. Vamos a limitarnos a transcribir unas líneas tuyas. Anota en su diario: «*Mis primeros años de seminarista produjeron un estado de angustia*» (D. 26-IV-1972). Y en una carta que escribe en 1981 a una joven que sufre fuerte angustia le dice:

«Como yo he pasado por estos pisos, por donde tú andas. Con otros matices, claro, porque resulta que soy hombre y pertenezco al sexo fuerte; pero la sustancia es la misma y te advierto que mis arrebatos y mis desigualdades no eran menores, ni ignoro esos ímpetus que le llevan a uno a pensar que lo mejor es largarse de este mundo [...]

En aquella época en que yo tenía muy malos ratos [...] hace unos treinta y cinco años [en Comillas, en IIº de Filosofía], una vez escribí unos versos que terminaban así:

*No importa que la débil barca cruja,
ni importa que en redor el mundo ruja,
ni que duerma el Señor sueño profundo;
en la fe sostenida, el alma espera,
un día, no sé cuándo, cuando El quiera,
la voz me salvará, que vence al mundo»*

(Cartas I, Toledo 1994, 99-100).

De nuevo en su diario:

«En verdad, algo de experiencia poseo de la eficacia de la cruz. Los años del seminario, aunque no lo sintiera demasiado, fueron realmente crucificantes, puesto que salí psicológicamente destrozado, presa de angustia, incapaz de acción intelectual. Y, no obstante, siempre he reconocido que, gracias al quehacer de entonces, he podido mantenerme en esa “fidelidad esencial” tan citada en muchas páginas de mis apuntes» (D. 20-IV-1978).

Junto a los sufrimientos físicos y psicológicos, Rivera experimenta también la sequedad y la imposibilidad de descansar en lo creado. Así lo expresa en carta a su madrina:

«Te diré cuanto surja de mi vida actual, y lo primero es una cosa un poco nueva, iniciada ya con intensidad este verano: ese vacío del sen-

timiento que va siempre en busca de otra cosa y encuentra todo amargo. Esto es muy ordinario ahora, un no encontrar descanso en ninguna cosa [...] Sin embargo, no te imagines que llevo una vida triste, vivo casi tan contento como antes; esto viene a ser como si tuviera un dolor de cabeza continuo, ordinariamente no muy fuerte. El paciente hace su vida ordinaria y ríe y juega, etc., pero al fondo la cabeza sigue doliendo y a veces el dolor crece y el pobre enfermo chilla. Una cosa así viene a pasarme y si no siento más el dolor es precisamente por ese olvido que te decía, porque deliberadamente no me paro a pensarlo. Como ves, no puedo explicarlo muy bien, pues no significa ausencia de consuelos o gustos en la oración o donde sea, esa ausencia ha sido perpetua en mi vida y no sentía el vacío actual» (Cta. desde Comillas, s.f.; no sabemos si corresponde al tiempo de Humanidades o al de Filosofía. Pero en todo caso es de su primera etapa de seminarista).

El estímulo de un corazón ardiente

En Comillas —ya lo hemos dicho— el alma de toda la institución era el padre Nieto. No podía dedicar mucho tiempo a cada seminarista porque se dirigían con él aproximadamente trescientos. José, uno de ellos, buscaba el diálogo con aquel hombre de Dios. Diez minutos con él —comentaba después Rivera— te dejaban encendido, avivaban —¡y de qué modo!— el amor apasionado por Cristo. Aplicaba al padre Nieto aquella expresión del Evangelio referida a Jesús: «Salía de él una fuerza que sanaba». José hacía una lista de temas que quería conversar en dirección espiritual, aguardaba pacientemente su turno (siempre un grupo de seminaristas esperando a la puerta del padre), entraba, y entonces solía olvidar o no tratar lo que llevaba pensado. Confiesa él que lo mejor no eran las ideas que podía recibir, sino el fuerte impulso vital que experimentaba al encontrarse con este testigo de Jesucristo. Por lo demás, el Padre Nieto —que apreciaba mucho a Rivera— solía decirle: «Tú no necesitas venir».

Y no eran sólo los momentos de dirección espiritual. José recordará siempre las predicaciones cada noche en la capilla. Eran fuego que entusiasmaba a los seminaristas. Además estaba el testimonio personal: en una vida comunitaria terminan transluciéndose muchos detalles del estilo de cada uno. Todos conocían cómo eran las noches del padre: escasas de sueño, nunca en cama, abundantes de oración... Un hombre cuyo único deseo era estar con el Señor. Tanto que, cuando en una ocasión hubo de sufrir una intervención quirúrgica, al despertar, recuperándose de la anestesia, se decepcionó al constatar que todavía estaba en este mundo.

Estaban además las tardes de los jueves y los domingos. El padre Nieto las dedicaba a visitar enfermos y pobres. En aquella época de postguerra

eran muchas las familias que padecían todo tipo de carencias. Él no permanecía indiferente a todo ese sufrimiento; buscó todo tipo de ayudas, sostenía comedores, proporcionaba medicinas... Era bien conocido en los hogares más humildes. En esas visitas solía ir acompañado por seminaristas. Rivera no faltaba. Y se le veía querer sintonizar con los necesitados: ya en esa época –comentan algunos de sus compañeros– se le veía muy desprendido y pobre en su manera de vestir. Ya entonces «era patente su amor a los pobres» (*Positio*, testigo 16).

Otro sacerdote jesuita que también le influye en este tiempo es Alonso Schökel, experto en lenguas y, posteriormente, gran bibliista. Rivera disfruta con Schökel. Con él emerge el filólogo y el literato que lleva dentro. Según testimonio de algunos compañeros, el profesor consulta a veces a José, su alumno, algunas cuestiones lingüísticas. Rivera colabora gustosamente con él en la obra *La formación del estilo*, en la cual –según testimonio del mismo Schökel– hay una aportación importante del joven seminarista.

José, en lo intelectual, avanza enormemente. Le sigue apasionando la literatura, domina lenguas clásicas y modernas... Sus compañeros reconocen en él un joven de un nivel cultural superior, pero a la vez constatan la sencillez, la humildad con la que vive estas cualidades. Él, ante quien es la Sabiduría infinita, reconoce su nada.

El empeño por conocer y usar bien las lenguas le acompañará toda su vida. Ahora le vemos ya manejando latín, griego, hebreo, francés... En sus años adultos su diario constata lecturas en muchos idiomas: inglés, francés, italiano, catalán, gallego... se empeña en leer alemán... Y de vez en cuando, en medio de sus múltiples ocupaciones, le veremos repasar gramáticas de diversas lenguas.

Ahora, en Comillas, acabará *Humanidades* con calificaciones muy altas. En *Filosofía* serán más bajas: la nota final de licenciatura es 8. La verdad es que a él los exámenes y las calificaciones le importan muy poco. Estudiaba por amor a la verdad.

Si el padre Nieto es para él un testigo, referente importante en la vida espiritual, y Schökel un estímulo en lo intelectual, en esta época su madrina sigue siendo una confidente valiosa. Carmelina lo acompañó espiritualmente en los años de infancia y adolescencia, constituyendo para él una ayuda fundamental. Ahora, desde Comillas, él continúa abriéndole su corazón en las cartas que le escribe periódicamente. Es en esta época, mientras a los 20 años está cursando 2º de Filosofía, cuando Carmelina ingresa como carmelita en un convento fundado en Fuenterrabía en 1945. La relación epistolar de ambos hermanos es una fuente preciosa para co-

nocer el alma del ahijado. Pero también en ella vemos una evolución interesante: poco a poco los papeles se invierten; José crece deprisa y termina siendo consejero y guía de la que, de algún modo, había sido su maestra en el espíritu. En todo caso, en estos años, la presencia de su madrina, aunque en lejanía física, es estímulo y ayuda para él. Leamos unas líneas que José le escribe a ella poco antes de ingresar en el Carmelo, tratando de expresar su gratitud. De paso, recogemos un rasgo de su carácter: la timidez extrema a la hora de manifestar su intimidad:

«Querida madrina: Ya sabes de antiguo que cuando quiero contar alguna cosa íntima necesito hablar a oscuras. Esta excesiva timidez me hace seguramente quedar mal con muchas personas y en primer término con aquellas que me han favorecido [...]

Pienso que en todo el proceso de mi azarosa vida se ha dado una providencia especial de Dios; pienso en una aplicación singular de la Redención de Cristo, y me considero muy obligado a cuantos instrumentos ha escogido para tal obra. Principalmente me siento agradecido a D. Amado y a D. Anastasio, al ambiente general de casa y a la Acción Católica.

Pero entre todas las gracias recibidas, entre todos los instrumentos usados por Dios, creo que no ha habido nada mayor ni más abnegado, ni más eficaz que tú» (Cta. X-1946).

¿Y qué decir de la relación con sus compañeros? Daba la impresión de ser muy capaz de soledad e independencia; no obstante, tenía un pequeño grupo de amigos más cercanos, con quienes, sin embargo, nunca constituía un grupo cerrado. Más bien, con frecuencia, deja el gusto de compartir su tiempo con los más íntimos para ayudar a los que tienen alguna necesidad. Así lo expresa uno de ellos:

«Él amaba a todos, pero [...] en los recreos y paseos siempre se acercaba a seminaristas que necesitaban levantar su tono espiritual, de ahí que no abundaba en conversaciones espirituales con los que sentían lo mismo que él; renunciaba al gusto sensible de hablar con quien compartía sus inquietudes por transmitir las a otros» (Positio, testigo 16).

En los paseos muchos empezaron a buscarlo para ir con él, pues en sus conversaciones intentaba ir a lo esencial, hablando de temas espirituales o intelectuales, que resultaban iluminadores y estimulantes para quienes participaban en esos diálogos.

Obviamente en otros momentos la relación era la común de un seminarista. Por ejemplo, se le veía jugando con frecuencia al frontón, al que tenía bastante afición.

Y un dato, notorio y laudable, que recoge uno de sus compañeros: «*Nunca criticaba: la crítica para él no existía*» (Positio, testigo 43).

Las vacaciones de un seminarista

Aunque más adelante hablaremos de su paso de Comillas a Salamanca para el estudio de la Teología, recogemos aquí algunos rasgos de ambos períodos, en lo que concierne a los tiempos de vacaciones. Ordinariamente estas temporadas las pasaba en Toledo, aunque durante ellas hubo también tiempos de estancia en otros lugares; por ejemplo, en el verano de 1947 lo encontramos, con su hermana, en Cuenca, descansando y reponiéndose de algunas dolencias.

Mientras estuvo en Comillas sólo salía de vacaciones en verano. El tiempo de Navidad y de Semana Santa los seminaristas lo vivían en el mismo seminario. En su última época, en Salamanca, comenzaron a ir a la casa familiar también en Navidad. Y ahí es notable la postura de Rivera: expresó su desacuerdo. Su razonamiento era bien sencillo: en los días en que celebramos la venida de Cristo, nosotros nos vamos adonde Él está menos presente. Es absurdo cambiar un lugar –el seminario– donde hay sagrario y posibilidad de mayor recogimiento, por otro –la familia– donde no hay presencia eucarística y sí más posibilidad de dispersión. Y remataba su argumento: la Navidad no es la fiesta de la familia (y menos para quienes están llamados a una condición celibataria), sino la celebración del Verbo que se hace hombre y viene a compartir su vida con nosotros. Si quiere estar con nosotros, busquemos estar con Él. Afloraba, una vez más, el Rivera instalado en lo sobrenatural. En todo caso, obediente, cuando se dio esta circunstancia (sólo una o dos veces) marchó tranquilamente al hogar familiar en Toledo.

Su hermana Ana María recuerda de los períodos estivales de vacación la imagen de un José alegre. «Todo lo echaba a broma», «sacaba chistes de donde menos lo esperabas», dice ella. A él, que no tenía dotes musicales, le recuerda cantando en casa, y comentando graciosamente: «Canto bien; lo que pasa es que la gente no entiende mi arte».

Junto a la alegría, destaca su empeño por agradar a sus padres, por hacerles felices en esas temporadas. En carta a Carmelina le explica cómo quiere consolar a Cristo en la persona de sus padres, y por ello planteará las vacaciones para agradarles a ellos, olvidándose de sí. En esa línea, le vemos respetando los horarios familiares o jugando a las cartas o al ajedrez con ellos. O dejándose corregir con paz por su padre cuando éste –viendo la rapidez con que come José– le insta a hacerlo más despacio.

Es en estas temporadas cuando Don José Rivera, el padre, se asombra al constatar la transformación de su hijo. La relación entre ellos dos siem-

pre había sido tensa, problemática. Ahora Don José ve en Pepe una docilidad y un empeño en obedecer que resultan francamente llamativos, y que a veces llegan a detalles extremosos. Un día, por ejemplo, a Don José se le cae al suelo un alfiler de punta negra; le pide a su hijo que lo busque y se lo dé. Pepe se agachó y se puso a buscar, pero el alfiler no aparece... Un buen rato después, Don José, que ya se ha olvidado de ello (se trata simplemente de un alfiler) ve a Pepe por el suelo... «¿Qué haces ahí?», le pregunta extrañado. El seminarista Rivera –exquisito en su deseo de obedecer– le explica que sigue buscando el alfiler que le había mandado recoger. ¡Verdaderamente este muchacho ha cambiado!

Vive las vacaciones, también, como un tiempo privilegiado para la oración. Los horarios del seminario no posibilitan dedicar a esta actividad las horas que él desea. Ahora, libre, se entrega a ella con verdadera fruición. Su hermana, testigo de estas temporadas, constata la dedicación de mañanas enteras a orar. Y prácticamente todas las tardes –muchas veces acompañado por su madre– iba al convento de las Gaitanas, donde estaba el Santísimo expuesto, y allí permanecía dos horas en adoración.

Tampoco permitía que la vida hogareña relajase sus actitudes espirituales. Permanece vigilante y penitente. Es, de nuevo, su hermana quien observa el comportamiento de Pepe. Aunque en los tiempos de Comillas llevaba ya una vida muy austera, es, sobre todo, una vez comenzada la Teología, cuando se le ve con ansias de penitencia, que a veces concreta en detalles: procuraba no apoyar nunca la espalda cuando estaba sentado o buscaba –en los tórridos veranos toledanos– caminar siempre por donde más golpeaba el sol. Y, entrando en su habitación, Ana María ve disciplinas y cilicios, que con toda seguridad usaba regularmente.

Además, la Providencia le deparó también sufrimientos no buscados. Enfermo de pleuresía es enviado a casa de sus padres. Allí es tratado con todo esmero por el doctor Fando. Pero el tratamiento es doloroso; conlleva –entre otras cosas– que se le haya de pinchar el pulmón. Pepe sufre físicamente, pero con buen ánimo y... ¡con obediencia!: habiendo perdido el apetito se esfuerza en comer porque se lo manda el médico. Este verano, para reponerse del todo, irá, acompañado por su hermana, a Cuenca y Aranjuez. Allí pasea por los lugares menos frecuentados, escribe un trabajo sobre el Evangelio y come mucho... cuando le sirven algo que no le gusta.

Precisamente desde Cuenca escribe a su madrina, que ya ha tomado el hábito de carmelita, contándole cómo el voto privado de castidad que había hecho lo renueva ahora. Con toda sinceridad le comenta a ella, confidente de sus angustias adolescentes, la maravilla que es en su caso este triunfo de la gracia, que le permite esta vivencia serena y gozosa de la castidad:

«En mi carta anterior te hablaba de esta paz que hace unos dos años disfruto, y la otra noche ahondaba más y más en esta consideración y en el amor a Cristo, príncipe de la paz, que la ha ganado con sus sufrimientos y angustias.

El motivo fue la renovación del voto de castidad con un carácter casi definitivo. Digo casi, porque aunque mi idea era hacerlo hasta las órdenes en que quede oficialmente ligado, D. Anastasio [su director espiritual] no me lo permitió, y así lo hice por el mismo tiempo, es decir, por 4 años, de modo que enlace con las órdenes, pero quedando libre a los 4 años si por alguna causa no me ordenara.

De todos modos ante mí el voto es definitivo y me sirvió para crecer en el amor, porque la castidad significa paz abundante. Tú, que conoces aquella vida atormentada y tormentosa de mis 10 a mis 16 años, comprenderás lo que entraña todo esto y cuánto me mueve al amor la concesión de esta merced. Pero es preciso que roguéis por mí para que el Señor me confirme en esta gracia, porque si todos llevamos nuestro tesoro en frágil barro, tú bien sabes que el mío es super-frágil; bien que lo imposible para los hombres es posible para Dios, y su gracia me basta en cualquier peligro» (Cta. Cuenca, VIII-1947).

Otra de las gracias que trae consigo para él el tiempo de las vacaciones es la posibilidad de hablar largamente con su director espiritual. Mientas está en Comillas, el padre Nieto sólo le puede atender brevemente, y a veces se queda dormido, cosa que a Rivera le inspira ternura. Ahora, con Don Anastasio, puede abrir su alma con más calma.

Y no olvida su querida Acción Católica. Algunos veranos dedica también días a «salir de propaganda» con los jóvenes de este movimiento. Son días en los que se busca a jóvenes de otros pueblos para intentar acercarlos más a Cristo y constituir con ellos grupos vivos de militantes cristianos. Estas salidas le hacen sufrir a José y estimulan su sed evangelizadora: constata que en una sociedad supuestamente muy católica muchos jóvenes no viven en gracia, están alejados del Señor. Y además, en ocasiones, están como ovejas sin pastor: hay sacerdotes sin celo, que parecen sestear tranquilos mientras sus feligreses viven sin Dios. Sufrimiento y acicate. En el corazón de Rivera va cobrando fuerza la idea de Aparici: es preciso un impulso que renueve, que avive el afán por la santidad sacerdotal en el clero diocesano.

Tampoco olvida a los que sufren, a quienes mira con fe y esperanza grandes, y a quienes procura dedicar también algún tiempo. Baste una anécdota. Frecuentemente va al Hospital del Rey. Allí vive un joven deforme, que no quería ver a nadie ni ser visto por nadie. José le habla con convicción amorosa, haciéndole ver que es un hijo de Dios, infinitamen-

te valioso a sus ojos. El resultado es sorprendente: el que rehuía todo contacto humano se deja llevar por el joven Rivera, en una silla de ruedas, hasta la tumba de su hermano Antonio, atravesando la ciudad de Toledo, encontrándose con multitud de personas.

Muy capaz de aprovechar el tiempo, José dedica también horas a la lectura. Su hermana nos dice que «leía mucho en su cuarto», y que por la noche la luz de su habitación estaba encendida hasta altas horas.

Verdaderamente, para José, las vacaciones, muy llenas de oración y estudio, son un tiempo de gracia.

De Comillas a Salamanca

Rivera, hombre de ideales altos, es un joven lúcido; instintivamente contrasta la verdad que conoce con su realización. Durante los años en que estudia Filosofía, este espíritu crítico le llevará a tomar la decisión de cambiar de seminario.

En Comillas está entusiasmado con el testimonio del padre Nieto. Le fascina su radicalidad, el ardor con que habla de Jesucristo, su intensa vida de oración y penitencia... Es un referente sacerdotal de primer orden. Está igualmente contento con los estudios; sobre todo, ha disfrutado con las Humanidades, donde se ha reencontrado con las lenguas y la literatura. Y está contento de la relación que tiene con amigos y compañeros.

Pero tiene discrepancias.

En Comillas influye todavía un prejuicio: la vida religiosa es el verdadero estado de perfección; por tanto, el camino a la santidad pasaría normalmente por la pertenencia a una congregación. Por el contrario, del sacerdocio diocesano no se espera que sea una vía seria y segura hacia la santidad. De hecho, el padre Nieto dejó su condición de diocesano movido por sus ansias de perfección. Y como él, hubo otros. Recordemos, por ejemplo, a san José María Rubio. Rivera, por el contrario, se siente profundamente diocesano. Por instinto propio —y, tal vez, también por influencia de Aparici— reconoce en la vía diocesana la prolongación de la vida apostólica y, por tanto, ve que ella es camino fontal de santificación. En algunas cartas de esta época resalta incluso factores prácticos: normalmente los sacerdotes diocesanos son los que están en las parroquias, en medio de la gente; si ellos no son santos, ¿quién va a proponer esta vocación a los laicos?

Rivera piensa que Comillas no le oferta una formación adecuada al ideal de sacerdote diocesano santo. El mismo padre Nieto le ha sugerido pasar a la Compañía de Jesús. Rivera, firme en sus convicciones, no

puede aceptar que el sacerdocio diocesano quede relegado a camino de simple bondad religiosa, que en el fondo equivaldría a mediocridad cristiana.

Alguna anécdota ilustra este sentir de nuestro seminarista. Él piensa que el reglamento del seminario establece poco tiempo para la oración, media hora. En desacuerdo con esta norma, pide entrevistarse con el rector, objetivo difícil porque en Comillas había unos 1.000 seminaristas. Cuando lo logra y expone sus ideas, queda decepcionado: él habla de ampliar el tiempo de oración; el rector le responde aludiendo a ciertos peligros de iluminismo... Rivera calla y constata que, en el mismo Comillas, al lado de los diocesanos, los formandos jesuitas tienen, obligatorio, el doble de tiempo de oración. José se afirma un poco más en una convicción que va tomando cuerpo en su interior: este tipo de formación lleva en sí el riesgo de la mediocridad. Y él, durante toda su vida, nunca pudo avenirse a un planteamiento mediocre.

Algo similar le ocurría con la Liturgia. Por esta época lee libros del movimiento litúrgico que le acrecientan la mentalidad litúrgica que ya tenía y que será, de modo creciente, una clave fundamental de su vida espiritual. Tampoco en este campo encuentra eco en la formación que se le ofrece en Comillas. No entiende, por ejemplo, que no se rece de manera ordinaria la Liturgia de las horas –al menos parte de ella– en el seminario. Esta oración queda relegada hasta el momento en que se hace obligatoria al recibir las Sagradas Ordenes. Sin embargo, con libertad y firmeza, él decide comprar, en 2º de Filosofía, el breviario y comenzar a rezar parte de él. Por influencia suya algunos de sus compañeros lo harán también.

Igualmente discrepa de un sentido un tanto rubricista, del que parecen estar imbuidas las celebraciones. No entendía, por ejemplo, por qué los domingos se celebraba una primera Misa de manera más sencilla, en la que todos comulgaban, y, unas horas después, otra, solemne, con participación de la *schola*, sin comunión, que parecía atender más a un cierto esteticismo religioso.

En fin, junto a estas discrepancias, está también la influencia de Aparici, que sueña precisamente con un seminario y un clero diocesanos planteados en clave de ardiente santidad. Aparici piensa en Rivera para ese posible seminario, y desea que vaya a estudiar a Roma para que, una vez ampliada su formación, pueda colaborar, como pieza fundamental, en este proyecto. Éste quedó en simple deseo nunca concretado; en parte porque el obispo de Toledo tenía otros planes para José.

Las discrepancias con Comillas, la influencia de Aparici, el fuerte instinto diocesano de Rivera, y la providencial apertura del Colegio Mayor

de Santiago, para vocaciones adultas, hacen que José decida trasladarse a Salamanca, para el estudio de la Teología, que cursará en la Universidad Pontificia de dicha ciudad. Así, pues, en el otoño de 1948, cuando va camino de 23 años de edad, Rivera se encuentra en un ambiente formativo distinto, que –al menos inicialmente– le resulta satisfactorio:

«El colegio me está pareciendo desde dentro lo que ya me parecía desde fuera. La orientación general de los superiores me satisface plenamente y en todos sentidos y creo que se busca en todo la parte de Dios y el enfoque amoroso [...] En conjunto estoy realmente satisfecho –aunque ya sabes que yo me entusiasmo difícilmente– pues los compañeros no me tirarán hacia atrás y los superiores sí me empujarán hacia adelante. Tengo ganas de que venga Aparici, de quien espero mucho para mí y para el Colegio» (Cta. Salamanca, 12-VIII-1948).

Eso sí, la sensación paradójica de vacío y de gozo, que experimentaba en Comillas, continúa:

«Ya te acordarás de lo que te decía el año pasado: normalmente me es imposible encontrar –quitando algunos ratos de estudio– algo en que pueda descansar mi sensibilidad; (en el estudio sencillamente se me olvidan las cosas) todo me punza. Pero estoy mucho más contento que nunca» (Cta. Salamanca, s. f.).

En la Universidad encontrará al padre Aldama, jesuita, hombre de gran profundidad teológica y de alta vida espiritual, que será para él un estímulo y un apoyo.

Rivera –que también experimenta ausencia de gusto en lecturas espirituales– se lanza con pasión al estudio de la Teología, que será para él una fuente de luz y de crecimiento enormes. La Teología le fascina. No la vive como un conjunto de ideas que han de ser aprendidas, sino como un trampolín que le lanza con renovado impulso hacia zonas más profundas de la realidad. La sequedad que experimenta en la oración se le torna luz en el estudio.

Normalmente estudia con el libro indicado por el profesor, pero, además, esa misma cuestión la estudia simultáneamente en santo Tomás de Aquino y, en muchas ocasiones, también en un teólogo moderno. Lee, reflexiona, busca las consecuencias espirituales y pastorales que conlleva cada tesis y, finalmente, intenta llevar el contenido de lo estudiado a la oración.

El atractivo por el tomismo es creciente para él durante estos años. Siente especial sintonía con el Aquinate. Tanto que le lleva a preguntarse el por qué de ella. Y se responde a sí mismo: porque yo soy de carácter muy lógico y el tomismo es así. Y a continuación, una reflexión intere-

sante: no he de aceptar una verdad porque su formulación coincida con mis modos, sino que he de abrirme a toda verdad sean cuales sean los modos en que se me ofrezca.

Le gustaba y le ayudaba pensar que lo que Cristo le iluminaba en el estudio era para personas concretas, aún desconocidas para el joven seminarista, pero perfectamente conocidas e infinitamente amadas por el Señor, que un día querría pastorearlas a través de quien se convertiría en su sacerdote.

Seminarista en Salamanca, sigue creciendo en él la convicción de la santidad como única clave posible de vida cristiana, y la confianza en que el Señor puede obrar el milagro de la santificación de cada persona:

«La fe –escribe desde su colegio salmantino– consiste en saber que puede sucedernos todo, aunque la razón no lo vea [...]»

Y de todos los demás asuntos, lo mismo; curas y frailes, monjas y seglares, todo subirá, todo se arreglará radicalmente aunque nosotros tengamos que sufrir mucho, unos antes y otros después. Yo no sé lo que me tocará hacer, quizás desear, orar y morir, pero da lo mismo. Lo que quiero es creer, creer en que Dios va a santificar el sacerdocio, va a renovar la Iglesia. Todo es posible al que cree. Todo sin límite alguno. Hoy leía en un libro de Bloy: «La santidad no es una cosa tan complicada. Es simplemente una inmensa confianza en Dios»» (Cta. Salamanca, II/II-1950).

Hacia el altar

El tiempo de Salamanca se convierte en la recta final hacia la ordenación sacerdotal. El 15 de abril de 1949 –está terminando su primer año de Teología– recibe la tonsura, de manos del obispo de Salamanca, Mons. Barbado Viejo, con las pertinentes letras dimisorias del Cardenal Pla y Deniel, arzobispo de Toledo. El año siguiente, en las témporas de Adviento, el 23 de diciembre, recibe las órdenes menores de lector y ostiario. Y el 24 de marzo de 1951, las de exorcista y acólito.

En todo este tiempo Rivera va creciendo en profundidad y en responsabilidad. Experimenta cada vez con mayor fuerza la hondura de la realidad en que ha sido introducido. Escribe por estas fechas:

«Es imposible que haya algún acto de poca importancia en la vida de un seminarista; yo al menos siento que grandes intereses divinos dependen precisamente de cada una de mis acciones» (Cta. primavera 1950).

Y unos meses después:

«Soy cada vez más consciente de la gravedad, de la inmensa locura que es una falta medianamente deliberada [...] Mis faltas, las faltas –deliberadas, claro– de estos seminaristas, son dolores inmensos sobre Cristo. Yo veo cada día en la vida del seminario jugarse la suerte de muchas almas que se van a salvar o van a condenarse según respondamos nosotros a las citas divinas» (Cta. 24-XI-1950).

Ese modo responsable que le caracteriza se traduce, entre otras cosas, en una actitud de obediencia exquisita y de fiel aprovechamiento del tiempo, hasta en los más pequeños detalles. Cuando, por ejemplo, en tiempo de estudio, se va la luz y los cuartos quedan a oscuras, los seminaristas salen al pasillo a conversar: ¿qué otra cosa se podría hacer? Rivera, en cambio, permanece en su habitación –es lo que está mandado– y busca unirse a Dios orando y reflexionando sobre el tema que estaba estudiando.

Y sigue con su estilo orante y mortificado. En una ciudad con temperaturas tan bajas como es Salamanca, él positivamente plantea la vida para no defenderse del frío.

Continúa, también, aprovechando cualquier posibilidad, incluso pequeña, de vivir la caridad con los hermanos. En esta época comienza el fenómeno del cine en las ciudades españolas. Alguna vez van los seminaristas. Cuando van de paseo, siempre en grupo, Rivera, que acostumbra andar deprisa, suele ir entre los primeros. En cambio, para ir al cine, busca quedarse al final. ¿Va cansado o a disgusto? No: así, discretamente, ofrece a los demás la posibilidad de elegir los mejores sitios.

Tampoco ha perdido el sentido crítico. Acuciado por un altísimo ideal de santidad, anhela una respuesta radical por parte de todos los miembros de la Iglesia, especialmente por parte de los sacerdotes y de quienes aspiran a serlo. Y es libre y firme para expresar sus ideas. También con sus superiores. En una ocasión el rector del seminario anuncia que se van a conferir órdenes sagradas; explica que quienes vean que algún candidato no es idóneo para tan excelsa misión deben comunicarlo. Lluven los informes negativos. Nueva reunión. El rector intenta explicar que por falta de idoneidad debe entenderse algo grave, que no se debe ser tan exigente... Rivera, que no ha informado sobre ningún candidato, va a hablar en privado con el rector. Y en la conversación le hace ver su incoherencia: si afirma que es necesaria una vida espiritual de mucha altura, ¿por qué ahora se asusta y retrocede ante la avalancha de informes que denuncian la carencia de ella? ¿Por miedo al fracaso se va a rebajar el ideal? Rivera no juzga a la persona, pero no pacta con la mediocridad.

Este espíritu crítico, Rivera se lo aplica, ante todo, a sí mismo. Consta la desproporción entre el don del sacerdocio y la disposición que encuentra en su propia persona. Ya en Comillas había escrito:

«Veo ciertas deficiencias, v.gr., el espíritu de oración, y considero rematado disparate entrar así en la gran intimidad con Cristo que supone el sacerdocio, porque trato tan familiar, para el alma pura es continua ocasión de servirle y consolarle, para la impura de faltarle y entristecerle» (Cta. mayo 1947).

Mirándose con ojos sumamente críticos, en Salamanca percibe más intensamente su indignidad. Ese sentimiento le acompaña durante todo el tiempo del estudio de la Teología. Y llega a tal intensidad que le lleva a plantearse con seriedad elegir otro camino, de especial consagración, pero no de sacerdocio ministerial. No es que vea faltas morales graves, sino inadecuación enorme: el amor loco de Cristo encuentra en él un eco demasiado cuerdo:

«Dicen que yo exagero, pero en verdad lo único exagerado que yo veo en todas partes es el amor propio mío y ajeno... Todo mi temor consiste en que al cabo de 7 años [de formación en el seminario] me encuentro aún muy razonable, muy sujeto a normas humanas; y veo cada día más claro que mientras no haya un número bastante nutrido de sacerdotes y seglares a quienes las gentes honradas puedan llamar locos con razón, seguiremos en el ambiente actual de asfixia, muertos de asco si no nos hemos contagiado también nosotros» (Cta. II/III-1950).

El consejo de su director espiritual, Don Anastasio Granados, y del padre Aldama serán decisivos para él. Si el sentimiento de indignidad le impulsa hacia la decisión de no recibir la ordenación sacerdotal, la palabra de la Iglesia, expresada en estos dos hombres de Dios, le impulsa a fiarse de Otro, más que de la visión propia. Así, disipadas las dudas, después de conversar con estos dos sacerdotes, José recibe el subdiaconado el 6 de julio de 1952, y en el Adviento de ese mismo año, el 20 de diciembre, el diaconado. La duda se ha convertido en gozo: es totalmente de Cristo y sólo para Él.

El subdiaconado y el diaconado los ha recibido siendo ya alumno del Colegio San Carlos. Dada la afluencia de seminaristas se había decidido destinar el Colegio de Santiago sólo para filósofos, y para los teólogos el de San Carlos. Mientras tanto, al acabar el segundo curso, había obtenido el título de bachiller en Teología, con la máxima nota, 10, *summa cum laude*. Siguiendo la lógica académica corresponde ahora preparar la licenciatura. José lo piensa. Tiene alta capacidad intelectual; todo y todos le invitan a entrar por ese camino. Su decisión es otra. Preparar el exa-

men de licenciatura (500 tesis, que requieren mucha memoria) condiciona el estudio de las asignaturas que aún faltan por estudiar. José cree que es mejor estudiar bien estos tratados dedicándoles el tiempo y las energías necesarios. Y además el título de licenciado puede suponer un cierto brillo humano, mientras que el no tenerlo le dejaría en condiciones más humildes. Sólo habría una razón para obtener el título, la obediencia al obispo. Por eso, le pregunta. Cuando éste dice que es igual, Rivera opta decididamente por lo que tiene menos brillo, la carencia de título.

Por lo demás, conviene subrayar que dos meses después de recibir las órdenes menores de exorcista y acólito —estamos en 1951— su hermana y madrina profesa solemnemente como carmelita.

Resaltemos también que al solicitar en 1952 el subdiaconado, el prelado toledano ha juzgado más prudente que sea ordenado «a título de patrimonio», según el canon 979. Es decir, quedando garantizado su sustento por las rentas del propio patrimonio; en este caso, por la donación que hacen sus padres de una parte de la casa familiar en favor del hijo seminarista.

José ha llegado a las sagradas órdenes bien dispuesto. Consciente de su insuficiencia, ardiendo en deseos de santidad, confiando en la gracia y en la Iglesia, que le nutre y orienta. Pasados unos meses como diácono recibirá, gozoso, el presbiterado.

Veinte años después, mirando hacia atrás, afirmará:

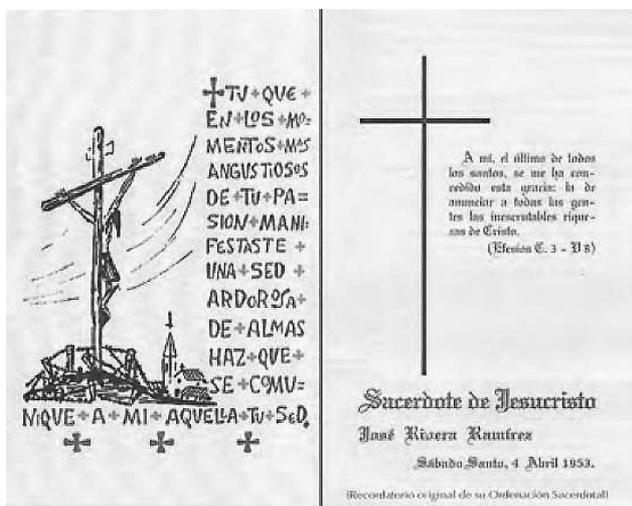
«Mis pasos por los senderos espirituales, durante los años del seminario, me capacitaron para recibir de Dios, que jamás quiso retirarlo de mí (pues Dios es pronto para dar y tardo, muy tardo, para sustraer sus dones) un desprendimiento suficiente de mi egoísmo, como para evitarme una gran parte de los sufrimientos en que se debaten los hombres en torno mío» (D. 17-IV-1972).

4

Somos porque somos amados

«Dame almas y quítame todo lo demás». El lema, tan de Don Bosco, sintetiza bien el sentimiento que parece devorar al joven Rivera, tras su tiempo de preparación en Comillas y Salamanca. El recordatorio de su ordenación sacerdotal recoge esa petición: que se me comunique la ardorosa sed de almas que consumió a Cristo en su pasión. En el corazón de Rivera encuentra eco apasionado el «tengo sed» de Jesucristo en la cruz. Sed de que muchos conozcan al Señor. Sed de que muchos disfruten el amor de Dios. Sed de salvar muchedumbres.

Y eso desde una profunda humildad. La frase que él ha elegido para esa estampa de su ordenación es la de San Pablo a los efesios, en el versículo 8 del tercer capítulo. Con ella, José expresa su conciencia de ser el último entre todos los cristianos, y a la vez la certeza de haber sido escogido por pura gracia para algo grandioso, divino: ser presencia del misterio de Cristo, apóstol que anuncie a todos el amor de Dios.



Rivera, mendigo de la gracia, hará de su vida un canto al amor, a la misericordia, a la ternura de Cristo. Un canto tan bello que muchos, atraídos por él, experimentarán la certeza de que sólo hay una seguridad, la de ser los amados de Dios.

Días de gozo

La primavera de 1953 es portadora de intensas alegrías para José Rivera.

En una España en la que el catolicismo impregna la sociedad y en la que la Iglesia tiene un papel protagonista, el diácono Rivera, que cursa los últimos meses de Teología, decide pedir la ordenación presbiteral.

Aunque sigue sintiendo la desproporción entre su persona y el don que pide, ya dejó atrás los escrúpulos, y el 26 de febrero presenta formalmente su solicitud para ser ordenado. El 8 de marzo, siguiendo las normas canónicas, se hace pública esa petición. No hay nada en contra. Queda fijada la fecha de ordenación para el 4 de abril. Nuestro diácono ha cumplido en diciembre 27 años.

El día previsto es sábado santo. Todavía no se ha dado la reforma litúrgica que impide celebraciones ese día. La ceremonia tiene lugar en la capilla del palacio arzobispal de Toledo. Preside el Cardenal Pla y Deniel. Conforme a las costumbres de la época, asisten pocas personas a la celebración.

José ha entrado muy recogido en la capilla. Es consciente del acontecimiento: va a recibir la ordenación —¡qué simbólico el día!— para ser signo personal de la muerte y resurrección de Cristo. Su persona se hará portadora de este misterio de vida victoriosa que brota de una muerte de amor que llega hasta el extremo del descenso a los infiernos.

Cuando sale de la capilla, ya sacerdote, toda su persona expresa un gozo indecible. Su familia le lleva a comer a casa, pero a él —pletórico de alegría— le es muy difícil ingerir alimentos.

En ese clima de júbilo desbordante celebra al día siguiente su primera Misa solemne. Con la conciencia de que la Eucaristía y los pobres son dos modos de presencia de Jesús que se reclaman mutuamente, quiso que esta celebración tuviera lugar en la cárcel. La oposición de sus padres, y quizá la intervención de Don Anastasio, su director espiritual, le hicieron desistir de esta intención. Se avino a celebrarla en el Carmelo de Albacete, donde se encontraba Carmelina, su hermana y madrina, apoyando la fundación realizada dos años antes.

El día es una gran fiesta. Junto a su familia le acompañan sacerdotes muy significativos para él: su primer confesor, Don Francisco Vidal, el

director espiritual de su juventud, Don Amado, y Don Anastasio Granados. Además se han desplazado hasta allí numerosos seminaristas de Salamanca y jóvenes de Acción Católica. Precisamente al final de la Misa, en un clima de entusiasmo vibrante, se canta el himno «Juventudes católicas de España», enardecido el ánimo de todos los presentes.

En el convento se ha preparado comida para todos los asistentes. Son momentos gratos de encuentro, de conversación, mientras se van tomando los alimentos servidos. De nuevo José, demasiado embargado por el gozo, es incapaz de ingerir nada.

Sin embargo, a la vez, parece intuirse un sentimiento de nostalgia en el rostro de Rivera. Alguno piensa que en un acontecimiento como éste añora al hermano querido y admirado, fallecido hace ya 17 años... No, no es así. José le experimenta intensamente cercano, más presente que los acompañantes visibles. Lo que añora el neo-sacerdote es la presencia de los pobres. ¡Ha pensado tantas veces que ellos han de ser los primeros...!

En la segunda Misa sí logra satisfacer este anhelo: celebra en Madrid, en el Hospital de ancianos e inválidos, donde es atendido un enfermo a quien él visitaba asiduamente en Toledo. La Misa con los que no cuentan. La Iglesia naciendo del costado abierto de Jesús en la Eucaristía y en los pobres... Ya están presentes las convicciones que acompañarán a Rivera toda su vida.

Terminados estos días de celebración, el neo-sacerdote regresa a Salamanca para terminar los estudios teológicos, si bien, a pesar de lo previsto, no se presentará en junio para su licenciatura.

Mientras tanto, Manuel Aparici, sacerdote después de un largo y fecundo período como laico impulsor de las juventudes católicas, sueña con un proyecto de santidad sacerdotal. El ve –y Rivera comparte esa apreciación– que sólo a los religiosos se les ofrece con seriedad una vida de aspiración a la santidad. En cambio, como planteamiento, del sacerdote diocesano sólo se espera que sea bueno, que cumpla con sus deberes, pero no se le ofrece el horizonte de una verdadera santidad. Ante esto, Aparici se propone reunir a algunos sacerdotes diocesanos deseosos de una vida según el Evangelio. Con ellos iniciaría una cierta vida comunitaria, con amplia dedicación al estudio y a la oración, y con un apostolado incisivo. No quiere fundar nada nuevo, sino revitalizar el sacerdocio diocesano. Para este proyecto cuenta con Rivera. Y habla de ello y de él al Cardenal toledano. José, recién ordenado, está a la expectativa de esta posibilidad, que parece muy en consonancia con sus propias convicciones. Finalmente el proyecto no se realizó y el joven Rivera tendrá destino pastoral en su diócesis toledana.

Sin embargo, algunas de estas líneas serán una constante en su modo de vivir el sacerdocio hasta el final de sus días. Parece resonar en ellas el estilo de san Juan de Ávila, de quien José era buen conocedor. En efecto, como en él, sus días estarán marcados por largos tiempos dedicados a la oración y al estudio, valorando enormemente el poder de la intercesión, la fecundidad del estudio, la austeridad de vida, el desprendimiento de todo, la huida de honores. Al modo del maestro Ávila, no querrá nunca fundar una congregación, sino vitalizar el sacerdocio estrictamente diocesano, convencido del carácter fontal de éste –unido y subordinado al obispo– para toda la Iglesia particular. No obstante, también como en el caso del apóstol de Andalucía, en su etapa final en esta tierra vio crecer junto a él un grupo de sacerdotes profundamente marcados por sus convicciones.

Ya desde estas semanas en las que estrena sacerdocio, José hace de la Eucaristía el centro de su ministerio. Le estimula el recuerdo de algo que aprendió en los días de su preparación a la primera comunión: el ejemplo de un santo que dedicaba media semana para prepararse a celebrar la Misa, y la otra media para dar gracias por la celebración. José celebra todos los días con disposiciones parecidas: su ritmo interior viene marcado por la preparación a la Misa que celebrará mañana y por la acción de gracias por la que ha celebrado hoy.

Y celebra con la conciencia de que el sacerdote ha de incorporarse existencialmente al sacrificio redentor de Cristo; lo cual implica compartir sus sufrimientos:

«La Misa –escribe en una carta estos días– se hace transparente cuando hay un dolor fuerte dentro del alma, y un dolor que no es por nada propio, sino por otras almas» (Cta. V-1953).

Celebra sin especial emotividad, pero sí dejando que la Eucaristía eduque en él actitudes de caridad sincera para con los demás:

«Yo no tengo nada de sensibilidad cuando celebro o administro la comunión, pero sí puedo decir que es casi imposible tener ni siquiera sensiblemente rabia a una persona a quien se ha dado de comulgar o por quien se ha celebrado la misa; queda como un cariño hacia todos los hombres, y es que se ha hundido uno en el misterio tan cerca de la Caridad, que el alma queda necesariamente impregnada de ella. Pues si esto pasa al que medio distraído y sólo como ministro externo administra o celebra, ¿qué amor debe tener el que se entrega y el que ofrece libremente, el que murió de verdad en la primera Misa? Es seguro que ante esto pierden importancia todas las negruras, todas las debilidades humanas, todos los panoramas tristes, y se ve a los hombres tan queridos por Dios que se está seguro de que no hay problema

alguno y que si no fuera porque deseamos participar del dolor del Amigo, la luz sería tan viva que hasta la pena sensible desaparecería por completo» (ibid.).

Vive profundamente su condición de mediador entre Dios y los hombres, por quienes va experimentando la ternura que Dios siente por ellos. Cada noche, en el silencio, los bendice con corazón de padre. Dejémosle de nuevo la palabra a él:

«¡Tengo tan vivo este sentido de mediador que trae continuamente gracia de Dios a los hombres! Cuando celebro, cuando doy la comunión, cuando bendigo... Todas las noches, al llegar al cuarto, antes de encender la luz, por la amplísima ventana abierta, bendigo esta ciudad de Salamanca donde a estas horas tanta gente estará resistiendo a la gracia del Padre. Y yo sé que mi bendición alcanzará de Dios muchas gracias eficaces y que habrá gente que iba a pecar y ya no pecará. Y lo creo porque es Dios mismo quien me ha hecho mediador entre Él y sus hijos y no puede menos de oírme cuando uso de su «nombramiento», un nombramiento no escrito en papel, sino grabado en el alma misma con un carácter sacramental que me asemeja a Jesucristo, el Hijo» (Cta. VI-1953).

Hundirse en el misterio

El verano trae destino pastoral para el neo-sacerdote. El día 7 del caluroso mes de julio, José Rivera es nombrado coadjutor de la parroquia de Santo Tomás Apóstol –popularmente conocida como Santo Tomé– de la ciudad de Toledo. Inicia su ministerio sacerdotal donde recibió el Bautismo y la Confirmación.

En esta época la parroquia contaba con 11.000 personas aproximadamente. El párroco, hombre de 70 años, lo primero que hace es mostrar al coadjutor los límites parroquiales. Este, asombrado por la extensión, pregunta:

–¿Cómo se llega a todas estas personas?

–*Simplemente no se llega, responde el párroco.*

A José le hierva el alma. Y no dudará en gastarse y desgastarse para que todos puedan escuchar el mensaje de la salvación. Por lo demás, dada la edad del párroco, será el coadjutor quien tendrá que cargar con muchas tareas, especialmente todas aquellas que impliquen salir a las zonas más alejadas.

Ahora bien, Rivera no se entrega desquiciadamente a la actividad. Con Pío XII, pontífice que dirige en este momento la Iglesia, entiende que el

activismo es la herejía de nuestra época. Por eso, aunque trabajará muchísimo, dedicará tiempos largos a la oración. Su hermana le recuerda, por ejemplo, meditando las letanías del Corazón de Jesús, que se sabía de memoria. Buscó en la Escritura textos que iluminaran cada una de las invocaciones litánicas y oraba con ellos continuamente. Se le veía además muy fundamentado en la Eucaristía y en la confesión.

Haciendo de la Misa el centro de la jornada, vive la celebración como una inmersión en Dios, desde la cual transmitirá ese mismo Dios a los demás. Se repite a sí mismo a lo largo del día que celebrar es entrar en Dios, sumergirse en un Amor mayor, ser introducido en una Realidad que trasciende todo:

«Hundirme en el misterio, como gustaba repetir el primer año de mi sacerdocio, cuando recorría las calles para ir a celebrar. El misterio del amor divino que desborda sus riquezas sobre mí» (D. 22-III-1977).

En cuanto al sacramento de la confesión, en primer lugar él es penitente asiduo, recibéndolo cada cinco o seis días como máximo. Aunque no queda bien especificado en su diario, parece que de esta época data su voto privado de no diferir la recepción del sacramento:

«Ninguna de tales motivaciones debe ser bastante para retrasar la recepción del sacramento. Lo más eficiente, acaso, sea mantener, indefinidamente, el voto de no sobrepasar jamás un plazo de 10 días. En cuaresma, conservarlo tal como lo hice al comienzo: confesión cada 5 ó 6 días, a todo tirar...» (D. 18-III-1976).

Supuestas las convicciones normales que nacen de la fe, en él esta profunda devoción por el sacramento de la reconciliación está alimentada, también, por la experiencia transformante que vivió siendo adolescente, y a la que ya hemos aludido. Él constató en sí mismo que se puede nacer de nuevo al confesarse, que los obstáculos más insalvables pueden ser removidos por una absolución, que este sacramento es una pascua, un pasar Cristo poderosamente por un corazón pecador devolviéndole la vida:

«¿Ha pasado una vez más Cristo, como en aquella confesión de Santa Leocadia, que me cambió inexpresablemente durante tres o cuatro años –y cuyos efectos perduran de todas formas aún? Acaso la experiencia que Dios quiera otorgarme sea cabalmente –una vez más– la del poco esfuerzo necesario en la vida espiritual. Realmente, los logros alcanzados en mi vida, no se han manifestado nunca como productos de esfuerzos personales, sino como gracias eficaces y atracciones de Dios» (D. 1-XII-1969).

Rivera disfruta confesándose y confesando a otros. Para él –como escribirá dos años después a una joven que ahora comienza a frecuentar su dirección espiritual– «*la confesión es una verdadera fiesta y no puede ser de otra manera*» (Cta. 12-VIII-1955).

Vive ya ahora lo que después irá dejando reflejado en sus escritos:

El sacramento de la penitencia «es uno de los momentos situados en el nivel más alto objetivo de mi unión con Jesús, el Hijo de Dios. Una de las ocasiones más santificantes [...]. La apertura al influjo de Jesús, que ama actualmente al pecador; y le comunica la gracia. La conciencia y el sentimiento de afecto a aquel miserable que se confiesa; el deseo vivísimo de su conversión, la pena real honda, por sus pecados, el impulso a cumplir por él las penitencias que él se halla todavía incapaz de cumplir, y que yo voy, raudamente, sintiéndome capacitado a llevar a cabo por él [...]

Interacción de las actividades entre sí: si absuelvo mejor, seré más fructuosamente absuelto; si vivo en disposición penitente, alcanzaré gracias para la recepción propia y ajena de la absolución; y ambos aspectos me iluminan y confortan para vivir penitente... Entonces podré desgastarme, de verdad, por los hombres, para que superen la realidad humana y sean constituidos hijos de Dios, perfectos como el Padre celestial» (D. 6-III-1977).

Junto al confesionario del coadjutor comienzan a formarse colas de penitentes. Y muchos empiezan a buscarle no sólo para recibir el sacramento, sino también para pedirle dirección espiritual. Especialmente los jóvenes. A ellos, que sienten admiración por este joven sacerdote, les empieza a dedicar ratos largos, tanto en la sacristía como en su casa.

A José le gusta este ministerio, quiere tratar con cada uno como una madre hace con sus hijos; disfruta intuyendo el avance de la gracia en los corazones. Pero, a la vez, siente el peso de la responsabilidad y la sobrecarga de una tarea que se perfila desbordante.

El celo se acrisola en la obediencia

Al ser destinado a Toledo, cuya realidad le era bien conocida, José tenía intención de vivir en una casa pobre, cerca de la zona del río, donde habitaban familias en situación muy precaria. La otra alternativa era ocupar una habitación en la casa sacerdotal. Sus superiores, en cambio, a fin de que esté mejor cuidado, le mandan vivir en casa de sus padres. El entiende que la obediencia es actitud clave para realizar el sacerdocio. Así se lo dice a su madrina al comentarle esta decisión de sus superiores:

«Los hombres sólo conocerán el amor de Dios cuando Dios mismo se lo enseñe por dentro y para alcanzarlo no hay nada más derecho que obedecer» (Cta. otoño 1954).

Por eso, aunque esta decisión es contraria a lo que él hubiera deseado, se adapta a la situación. Hasta tal punto que se esfuerza por respetar los horarios familiares, e incluso busca momentos para estar con sus padres entreteniéndoles con su conversación o jugando a las cartas con ellos.

Experimenta ya desde el comienzo de su ministerio lo que escribirá más tarde: *«Las empresas divinas usan –y abusan– de la contradicción» (D. 1-III-1989).*

Además del tiempo dedicado al confesonario y a la dirección espiritual, ocupa muchas horas en la atención a los enfermos. Está convencido de que ellos, al hacer presente la cruz redentora de Cristo, son la prioridad de la acción pastoral. Los visita continuamente. Les lleva la comunión. Les dedica largos ratos...

Y quiere sintonizar con ellos:

–Don José, ¿por qué viene usted en el hueco más caluroso del día a traer la comunión, y, además, andando? Nosotros vivimos lejos, podemos pagarle un taxi...

–¿Cómo quieren que yo venga cómodamente si traigo entre mis manos al Crucificado, y se lo traigo a alguien que sufre...?

La gente empieza a acostumbrarse a este tipo de respuestas del joven coadjutor. Al igual que ya no les extraña verle caminando por el sol en los momentos más tórridos de los días veraniegos, y por la sombra cuando se experimentan las temperaturas más gélidas del invierno.

No escatima tiempo para estar con los que sufren. No antepone el plan o la comodidad propios. Especialmente cuando se trata de enfermos terminales. En efecto, cuando se diagnostica a alguien una enfermedad mortal o se ve que su vida se va apagando, José intenta llevarle la comunión diariamente para facilitarle la entrada en el cielo.

Los familiares se sorprendían y agradecían tanta solicitud. Más de una vez, ante el lecho de un moribundo, tras varias horas de presencia de Rivera, se ha repetido esta conversación:

–Usted tendría que irse a descansar, le decía alguien de la familia.

–¿Y usted, dónde va a ir?, respondía José.

–Hombre, yo... yo soy hijo; es mi madre la que está agonizando...

–Pues yo soy sacerdote. Por tanto, me quedo.

Y se quedaba. Muchas veces. Y luego explicaba que el amor del sacerdote ha de ser mayor que el de un familiar por otro, y que al sacerdote

cada persona debe importarle más que a nadie... Él sabía que un moribundo necesita una presencia sacerdotal para dar el salto a la eternidad, y actuaba en coherencia con esa certeza. Quería protegerle con su sacerdocio en los momentos del combate final, como una madre protege a su niño en una situación difícil.

Cuando alguien atendido así fallecía, José comentaba que tenía un amigo más en el cielo y le pedía su ayuda.

Intentaba siempre acompañar el cadáver hasta el cementerio. Cuando algún sacerdote se quejaba por el tiempo que se gastaba en los entierros, Don José manifestaba su extrañeza y su desacuerdo: acompañamos lo que ha sido –y será gloriosamente después de la resurrección– un templo de Dios: ¿no es motivo suficiente para estar cuantas horas sean necesarias?

Eso sí, después de acompañar a alguien en su agonía, no podía comer. Por más que su familia le instara a ello, José era incapaz de hacerlo.

Su celo no se agota en los enfermos. Dedicaba también mucho tiempo a los jóvenes, con los que tiene semanalmente círculos de formación, y periódicamente retiros. Y además está disponible para todo aquello que el párroco le encarga.

¿Vivir mejor que los pobres?

Fotografiemos, precisamente con su párroco, una escena en el despacho parroquial: Una señora ha entrado a recoger una partida de bautismo para el hijo que se va a casar.

–¿Esto cuesta algo?, dice ella.

–¡Vaya pregunta, señora! En todas las oficinas se cobra, responde el párroco.

José asiste mudo al diálogo. Le molesta. Después se desahogará: «La Iglesia no es una oficina; es una madre». Y él quiere que resplandezca esa realidad materna. Por eso en sus reflexiones y en algunas cartas y conversaciones privadas es muy crítico con la mediocridad de los cristianos, particularmente de los sacerdotes.

«¿Tenemos acaso derecho a alojarnos mejor, vestirnos mejor, alimentarnos mejor que los pobres del mundo?» José lleva en el alma este pensamiento de Chévrier. A diario visita las casas de los más pobres, junto al río. Ya que no puede vivir con ellos y como ellos, busca al menos estar cerca de ellos. Y sufre por no poder compartir su condición. Y por ver que no son tratados adecuadamente. Él ha visto cómo el párroco distribuye bolsas de alimentos, pero a veces lo hace refunfunando; y las seño-

ras que las reciben se van cabizbajas, humilladas. Cuando él está solo, por ser coadjutor no puede dar nada, pero al recibir a estas personas las escucha, se interesa por sus cosas y, al final, tras alguna expresión llena de humor, se van contentas, habiendo hecho la experiencia de ser tratadas con dignidad. Y es que Rivera, sencillo, tiene un modo de tratar a los demás que no sólo no humilla, sino que dignifica, despertando en ellos la conciencia de ser personas infinitamente amadas.

Cuando alguien va a visitarle o a pedirle algo, no se siente juzgado. El ve personas y ayuda. Como cuando consigue un colchón para una pareja pobre que vive amancebada. Ante la objeción del párroco, que subraya la obvia situación de irregularidad moral, Rivera tan sólo responde: «Bien, pero de todas formas tendrán que dormir».

En cambio, es crítico con determinados modos con que proceden algunos miembros de la Iglesia. Y particularmente crítico cuando estos modos afectan a los sacerdotes. Le exaspera, por ejemplo, que haya entierros de diversas categorías, según el dinero que la familia pueda pagar. Sufre cuando ve la diferencia de recursos entre los sacerdotes y los pobres. Le molesta que no haya proporción entre las visitas de sacerdotes, numerosas, a la casa de sus padres, familia acomodada, y las que reciben, muy escasas, los pobres.

Todo esto procura llevarlo en silencio. A veces, no obstante, conversa confidencialmente de ello con alguna persona. Por ejemplo, con su hermana y madrina, que le sigue con afecto desde su convento de clausura, y con quien mantiene frecuente relación epistolar. Aunque un poco larga, transcribimos casi completa una de estas cartas, en las que se transparenta el alma de José.

«Lo que sí veo en el conjunto del movimiento sacerdotal es una mediocridad sobrenatural que asusta. Todo es contemplaciones a nuestra debilidad, apoyos humanos, estímulos a nuestro deseo de comprensión, y cuidados, muchos cuidados a la salud, a los nervios, y a todo lo nuestro. Y encima el descaro de hablar de pobreza y de humildad y de caridad y de todas las virtudes. Yo me divertiría mucho, si no me diese tanta pena, al pensar que el clero «pobre» necesita una casa «digna» donde hemos de pagar 25 pts. de pensión, que es igual o algo más de lo que emplea un obrero de mi parroquia para mantener a toda su familia. Nosotros no tenemos caridad suficiente para vivir en una casa peor, pero nos aterra pensar en la maldad del mundo si ese obrero decide eliminar al 4º o 5º hijo que va a llegar a comer de las mismas 25 pts. Yo creo en la facilidad de la elevación de todo el mundo, y en que esos obreros pueden ver fácilmente el amor de Dios en su pobreza, pero cuando nosotros hayamos creído primero y lo hayamos manifes-

tado con nuestras obras. Mientras tanto creo que estamos obstruyendo una serie de gracias actuales que serían las que de hecho harían ver al pobre la vida sobrenaturalmente.

Ayer, por ejemplo, estuve en una cueva. Es una habitación, algo así como la cuarta parte, o algo más, de una habitación de casa. En unas pieles o no sé qué, duerme una vieja que ocupaba la cueva desde hace tiempo: en otro lado, un matrimonio y un niño de unos meses. Fuera de la cueva están expuestos unos orinales, unas sartenes y otros utensilios de todas clases.

Desde luego hacemos muchas obras de caridad. Pero es que no hay nada tan absurdo como las obras de caridad. Porque la caridad es una tendencia total al amor, a entregarse, a unirse, y eso de dar de arriba abajo una limosna puede ser una obra de misericordia, pero no precisamente de caridad... ¿Te figuras a una madre haciendo obras de cariño con sus hijos? ¿Y la caridad debe ser menos totalitaria que el amor natural?

Yo no veo cómo se puede dejar a Cristo en una cueva comiendo mondas de naranja y marcharme yo a una buena casa, con buen brasero, a comer merluza. Resulta trágico [...]

Yo creo que hay que sensibilizar el amor de Dios y la vida de fe, viviéndola. Y para decir bienaventurados los pobres hay que ser pobre de verdad, como los pobres que piden y no como los que pueden dar, como los pobres que carecen de casi todo y se mueren de hambre y cuando llega una enfermedad saben que tendrán que morir, porque Dios ha dispuesto en su providencia que sean bienaventurados por todos conceptos y no encuentren ayudas, previsoramente arregladas, que les solucionen las enfermedades lo mismo que a los ricos. Pobres que no saben nada del día de mañana, sino que está en las manos del Padre. Y para decir bienaventurados los que sufren hace falta demostrar que no nos importan las enfermedades y que estamos dispuestos a morirnos donde sea el día que estemos gastados, porque cualquier sitio será la casa del Padre, y porque nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos, queremos darla por las almas y no guardarla para las almas [...]

En fin no creas que estoy molesto con que hagan una cosa u otra conmigo, me da igual puesto que está perfectísimamente clara la voluntad de Dios. Todo esto son consideraciones generales. Pero yo sé por la fe que muchos sacerdotes vivirán así precisamente porque yo tengo suficiente vida para poder ver la voluntad de Dios en la realización de unas ideas totalmente opuestas a las mías.

Mientras tanto no falta tarea. Los enfermos son los que más me llevan, pues me he empeñado en llevarles comuniones a todo pasto y asistirles en la muerte. El otro día estuve más de dos horas con la abuela de N que murió muy bien. Me encanta pensar que voy teniendo en el cielo un montón de almas amigas. Y que la gente necesariamente comprende que yo les quiero y por tanto que los quiere Dios» (Cta. otoño 1954).

Certezas de un principiante

José Rivera ha iniciado su ministerio sacerdotal con ímpetu desbordante. Si, por carácter, fue siempre apasionado, ahora –con la pasión de Cristo latiendo en su corazón– el apasionamiento ha alcanzado límites que su natural apenas puede soportar. Se tomó en serio la sentencia de Antonio Chévrier: el sacerdote ha de ser un hombre comido.

Cuando lleva poco más de un año como coadjutor, José empieza a dar señales de agotamiento. Le cuesta dormir y retener los alimentos. El insomnio y los vómitos se hacen sus compañeros de camino.

Cuando una religiosa de la comunidad de su hermana Carmelina, con la que mantiene amistad y relación epistolar, abandona el convento, el joven sacerdote sufre indeciblemente y lo expresa, también, con incremento de insomnio y de vómitos.

Acude al doctor Zalba, hombre de confianza que tiene también una hija carmelita. Le aconseja descanso y le dirá que más adelante le conviene ser destinado a una tarea intelectual. Por ahora, se toma una temporada de tranquilidad en Fuenterrabía. Su descanso lleva consigo larguísimo tiempos de oración y de estudio.

Este tiempo le aporta luces sobre sí mismo. Su carácter es apropiado para una vida con gran dedicación al estudio o bien para una parroquia pequeña. Y en todo caso sus tensiones estarán muy aliviadas si se le permite llevar una vida dura, entregado a un profundo radicalismo evangélico.

Si bien en sus insomnios el médico ha detectado una secuela de las tensiones vividas durante la guerra civil, cuando su padre tenía que esconderse en un habitáculo mínimo, construido en el rincón de una habitación, por el temor de que lo buscaran para fusilarle, también ha descubierto otra fuente de conflicto interior: Rivera quiere vivir con radicalidad el Evangelio y se siente constreñido por la obediencia, que le indica modos más suaves de vida. Es un águila poderosa encerrada en una estrecha jaula.

Tras examinar diversas posibilidades, sus superiores, con fecha de 28 de junio de 1955, le dan el nombramiento de ecónomo de Totanés, un

pueblo de unos 500 habitantes. *Ecónomo* es el responsable de una parroquia, pero sin el título jurídico de *párroco*. En la práctica el ecónomo hace las veces de párroco.

Dos años de sacerdocio. Unos meses terminando los estudios en Salamanca. Poco más de un año como coadjutor en Santo Tomé. Una temporada de descanso en Fuenterrabía. Dos años intensos que han afianzado en el novel sacerdote convicciones que latían ya en el corazón del joven militante de Acción Católica y en el inquieto seminarista.

Entre ellas, la necesidad de que el sacerdote viva pobremente, cercano a los más débiles, empeñado en mostrarles a ellos de modo preferencial el amor de Dios, llegando también a la solución de sus problemas laborales, económicos y educacionales. Siente ya en su corazón lo que resumidamente dirá al final de su vida: «*La expresión de la caridad ardiente debe ser abrasadora*» (D. 21-XI-1989).

Junto a la pasión por los pobres, la confianza en la acción de Dios. A cada persona le comunicaba la certeza de que Dios vela por sus hijos. Poco después de abandonar Santo Tomé escribe estas líneas a una persona que se dirigía con él:

«Le dije el otro día que su único peligro era no confiar bastante, no dejarse, hacerse cargo de usted misma, preocuparse como si usted fuera su propia santificadora» (Cta. 17-VIII-1955).

Es la misma confianza que vive para sí mismo. La gracia es fuerza de Dios capaz de allanar obstáculos y de hacer fácil y gozoso el camino. En el caso del sacerdote, esa gracia es participación de la paternidad divina y, por ello, capacidad de generar vida sobrenatural y de expresar un amor mayor:

«Y por de pronto creo que el ser testigo es espontáneo cuando se viven un poco las cosas. La vida sacerdotal me parece extremadamente fácil y santificadora. Es embalsarse en una obra de Dios, en que Dios mismo te mueve, es actuar la fe y la caridad, y la esperanza en un movimiento continuo sin esfuerzo. Escuchar a todas horas la voz del Padre que te cuenta el amor que tiene a sus hijos y contárselo suavemente a ellos» (Cta. IX-1977).

En fin, el joven Rivera está sólidamente afianzado en una certeza: cada persona es absolutamente preferida por Dios; el amor de Dios es la única –pero absoluta– seguridad de nuestras vidas. Sus dos primeros años de sacerdocio han sido un intento de ayudar a cada persona a abrir los ojos a esa realidad, la de ser gratuitamente amada por Cristo. Somos porque somos amados por Él.

«Esto es precisamente lo que empuja a muchas gentes para entender el amor de Cristo, que es único, absolutamente único; que no presupone la cualidad del amado, sino que la crea; que tan sólo precisa que el amado reconozca su impotencia total, de una totalidad también absoluta, por lo menos inexperimentable en los niveles naturales. Y que aún este mismo reconocimiento pacífico es don suyo. Un amor que crea totalmente al amado. A decir verdad, esta misma operación amorosa es un milagro estricto, pues naturalmente el hombre queda sumido en unas realizaciones superlativamente misteriosas por sobrenaturales. Pero momento por momento, nuestra sola tarea es humillarnos ante Él y creer en su amor» (D. 16-XII-1974).

5

Testigo de su ternura

«A mí [...] el testimonio del cura de Ars me viene confortando desde hace muchos años –digamos desde mis 17–, en que por primera vez leí su vida» (D. 13-VI-1989).

Antes y después de su ordenación sacerdotal José Rivera ha leído y releído muchas veces la biografía del cura de Ars, especialmente la escrita por Trochu. Para cuando llega a Totanés, su nuevo destino, es un experto conocedor de San Juan María Vianney. El pueblecito que recibe a Rivera le verá intentar, a su manera, los caminos del santo francés, patrono de los sacerdotes diocesanos.

Y si el ejemplo del santo cura de Ars influye decisivamente en Rivera, no menos lo hará una encíclica aparecida diez años antes de su ordenación: *Mystici corporis*. En ella el papa Pío XII había escrito: «*Misterio verdaderamente tremendo que la salvación de muchos dependa de la oración y voluntaria mortificación de algunos*». Rivera lleva esta frase grabada a fuego en su corazón. En Totanés parece haber hecho de ella norma de su sacerdocio. Y hasta el fin de su vida se le escuchará repetirla con frecuencia.

Ars soñado: Totanés

«Hay que cuidarse»... Así le despiden al joven sacerdote cuando parte de Toledo. En su corazón, mientras marcha hacia el nuevo destino que el Padre providente le encomienda, emerge otra certeza: «¿Cuidarse?... ¿Para cuándo?, ¿para qué?». Años después conocerá esta formulación de Monseñor García Lahiguera.

Estamos en junio de 1955. José Rivera tiene 29 años y se dispone a iniciar su andadura como párroco de Totanés.

Situado a unos 40 kilómetros de Toledo, Totanés es un pueblo que en esta época cuenta aproximadamente con 500 habitantes, que llevan una

vida sencilla, dedicada a la agricultura y a la ganadería. Aunque es parroquia, lleva años sin párroco. Poco antes de la guerra civil y durante ella, fueron asesinados muchos sacerdotes, y la diócesis todavía no ha podido cubrir todas sus necesidades. Al ser atendida desde fuera, la parroquia no tiene demasiada vitalidad. En todo caso, en la mente de los responsables diocesanos, éste es un lugar adecuado para que José pueda llevar una vida tranquila y así recupere su quebrantada salud. Además le han indicado que vaya con él su hermana Ana María, de manera que quede mejor asegurado su cuidado.

Según testimonio de ésta, José hizo el viaje un tanto nervioso, quizá por una cierta timidez al tener que afrontar una realidad nueva. Pero, a la vez, se le notaba muy contento.

En cuanto a la compañía de su hermana, él hubiera querido ir solo, pero la docilidad a sus superiores le llevó a acoger obedientemente la indicación de que ella le acompañara. Por lo demás, Ana María no sería dificultad en su ministerio, sino eficaz apoyo. Ella, en efecto, era sumamente cuidadosa de no interferir en el ministerio sacerdotal de su hermano, y, como compartía los ideales de éste, prestaba una discreta y valiosa ayuda a la vida parroquial.



Parroquia de Totánés (Toledo), 1955

La casa parroquial que les recibe, grande y destartalada, llevaba mucho tiempo deshabitada. Los deterioros eran evidentes y la incomodidad notoria. Contentos por tener párroco de nuevo, el alcalde y los concejales ofrecieron a Don José ayuda para arreglarla y acomodarla. La respuesta de él fue inmediata:

«No, no acepto. Mientras en el pueblo haya familias viviendo más pobremente que yo, la casa parroquial no debe mejorarse. Cuando se hayan arreglado todas las casas, entonces se podrá mejorar ésta».

En esta época España es un país en vías de desarrollo y, en las zonas rurales, la situación económica es todavía muy precaria. De hecho son muchos los hombres y

mujeres que recurren al camino de la emigración a las ciudades o a países extranjeros para mejorar su condición de vida.

Y, vista la casa, en seguida a lo suyo. A buscar a las ovejas. La caridad pastoral no es amiga de lentitudes. Va al encuentro de un grupo de jóvenes para que le ayuden a conocer el pueblo y, de paso, empieza ya su apostolado con el muchacho que hace de guía, Ernesto. Dejémosle a él la palabra:

«Recién llegado se presentó en la plaza y nos dijo a los jóvenes que quién le podía acompañar a dar un paseo por el pueblo para ir conociéndolo. Yo le dije que le acompañaría. Comenzamos a pasear por el pueblo y pronto empezó a preguntarme por mi vida cristiana... hasta que me preguntó con toda claridad que desde cuándo no me confesaba y que si estaba dispuesto a confesar con él. La verdad es que no podré olvidar jamás aquel primer encuentro con Don José. Desde aquel momento comprendí que Don José sabía qué es lo que tenía que hacer con nosotros. Él venía a lo que venía, y no a perder el tiempo. Él no tenía tiempo para otra cosa más que para llevarnos a Dios y a vivir en gracia de Dios» (F. FERNÁNDEZ DE BOBADILLA, D. José Rivera, cura de Totánés, en AAVV, José Rivera Ramírez, un sacerdote diocesano, Toledo 2004, 360).

Se entrevé ya el estilo del joven Rivera, al que él mismo aludirá con frecuencia en su diario: ardiendo por ganar almas, «embestía» con fuerza (la expresión es suya; al igual que habla también de sus «arremetidas») a aquéllos que Dios le encomendaba. A la vez, urgido por la caridad pastoral, le vemos ir, raudo, a lo esencial: conquistar a cada persona para Cristo. Así lo expresa una de sus jóvenes feligresas:

«Tenía prisa. Desde el principio él sabía a lo que venía. Le veíamos andar con sus grandes zancadas y su paso firme, y le decíamos: parece que siempre lleva usted prisa. El respondía: «Es que mi oficio no es para perder el tiempo». No se entretenía en conversaciones inútiles ni con entretenimientos o cosas superficiales, pero cuando estaba con algún necesitado, fuese un pobre o un enfermo, parecía que se había parado el reloj. Para esas cosas no tenía prisas» (ibid. 359).

Un hombre que reza

A Don José se le para el reloj no sólo cuando está con pobres o con enfermos, sino también cuando entra en el templo. Allí pasa muchas horas sumergido en Dios, contemplando, intercediendo.

Al llegar a Totánés ha elaborado para sí mismo un lema que le sirve como programa de vida: *«El sacerdote es un hombre que reza y que, en*

los ratos que le quedan, hace algunas tareas». Ya desde los inicios de su ministerio vive la oración no sólo como tiempo para llenarse de Dios, sino como instrumento apostólico. Entiende la intercesión como tarea principal (y él solía recordar que «*principal*» quiere decir «*principio de otras cosas*»), radical («*raíz de*»), estrictamente imprescindible. Una oración a la que vaca horas enteras en el templo, pero que intenta que sea continua.

En su plan personal incorpora un espacio de cinco horas diarias dedicadas exclusivamente a la oración. Muchas noches Ana María no sabe a qué hora ha regresado su hermano a casa. Después de atender a diversas personas ha ido al templo para quedarse con el Señor. Y, eso sí, al día siguiente estará indefectiblemente a las cinco de la mañana, de nuevo, en la iglesia. Por lo demás, no es extraño que pase noches enteras orando.

José reza sumamente absorto en Dios. Su modo de estar, muy recogido, sobrecoge a sus feligreses, que sienten en torno a él una atmósfera sagrada:

«Entrabas en la iglesia –atestigua una feligresa– y te encontrabas a Don José rezando. Solía estar sentado, algunas veces de rodillas; casi siempre sentado, con algunos libros junto a él en el banco, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza baja, o con los codos en las rodillas y las manos sujetando la cabeza. De vez en cuando agarraba uno de los libros, lo abría, leía, lo rayaba, lo cerraba, y otra vez con la cabeza entre las manos... Se pasaba así horas y horas. Es una imagen que no olvidas. Entrabas en la iglesia y te gustaría no pisar el suelo, no hacer ningún ruido. Daba la impresión de que si hacías ruido se iba a romper algo» (F. FERNÁNDEZ DE BOBADILLA, *op.cit.*, 363).

Y no importaba si hacía frío o calor. Don José, imperturbable, se consumía, adorante e intercesor, ante su Dios. De hecho el invierno de 1955, el único que él vive en Totanés, resultó extremadamente frío; tanto, que el agua bendita se queda helada en la pililla del templo. Pues bien, el párroco no ha rebajado ni un minuto su tiempo de oración ante Jesucristo presente en el sagrario.

Realmente cree en la oración y, junto con la mortificación, la usa como arma segura frente al Maligno, como instrumento de conquista. Por eso no se extraña ante determinados frutos: había en el pueblo un hombre de mala fama, ex presidiario, que antes de la guerra y durante ella, había sido un revolucionario comunista, ateo, que participó en el saqueo de la iglesia y en la quema de las imágenes sagradas. Don José buscó hablar con él y le convenció para asistir a un cursillo de cristiandad. Salió de éste transformado. El profanador de iglesias pasó a ser ferviente feligrés.

Cuando otras personas de la parroquia expresaban su asombro, el párroco se limitó a comentar: «Hace meses que vengo orando por él».

Era muy consciente de que estaba en lucha contra poderes que no son de este mundo, y de que estas batallas sólo se podían afrontar adecuadamente con la oración y el ayuno. Sentía profundamente la necesidad de proteger a «los suyos» con la intercesión:

«Una noche en que había baile –nos cuenta una feligresa–, iba yo con una amiga. Pero al pasar por delante de la iglesia vimos que la puerta estaba medio abierta y que se veía algo de luz dentro. Se nos ocurrió que podíamos hacer una visita a Jesús sacramentado antes de irnos para el baile. Entramos despacito en la iglesia. Nos encontramos a Don José de rodillas, a la derecha del sagrario, rezando con los brazos en cruz. Las dos nos quedamos mudas. Comprendimos que él estaba allí rezando por los que íbamos al baile. Nos santiguamos y salimos en silencio. Pero ya no fuimos al baile. A los pocos días tuve ocasión de comentárselo, y él me dijo que así oraba Moisés cuando su pueblo estaba luchando contra el enemigo. No se me olvidará nunca» (F. FERNÁNDEZ DE BOBADILLA, op.cit, 366-367).

No se limita a orar él. También, con frecuencia, habla a sus feligreses de la importancia y necesidad de la oración, de cómo orar, de las diversas formas de oración... Y enseña personalmente a cada uno. Cuando, por ejemplo, da la comunión fuera de la Misa, no es infrecuente verle arrodillarse junto a la persona que ha comulgado y ayudarle a establecer un agradecido diálogo con Jesús. Además de hacerles gustar de la intimidad con el Señor, Don José va asociando a sus feligreses a su lucha orante en favor de toda la humanidad.

En su diario, veintidós años después, recuerda cómo la oración hizo enormemente fecundos estos tiempos:

«Acaso mi fecundidad pastoral de Totánés, en comparación con la esterilidad posterior, se encuentre en mi actitud ante la Eucaristía. Entonces pasaba yo muchas horas enteras, en el pobre templo del pueblecillo, y llamaba obstinadamente a mis feligreses a gozar de esta presencia» (D. 21-III-1977).

Evidentemente, no era sólo su largo estar ante el sagrario lo que llamaba poderosamente la atención de la gente del pueblo, sino también su modo de celebrar la Misa. Se preparaba largo rato, meditaba los textos litúrgicos, celebraba con indecible fervor y dedicaba un buen tiempo a la acción de gracias. Sin duda la Misa constituía el centro de sus jornadas y la fuerza de su sacerdocio. Recordando cómo celebraba, uno de sus feligreses tendrá esta lacónica, pero expresiva, afirmación: «Saltaba a la vista que él se creía que Jesucristo estaba allí».

Completar la pasión de Cristo

La salvación ha nacido de la Pascua redentora de Cristo. Don José sabe que ser sacerdote es injertarse profundamente en la cruz gloriosa del Señor para permitirle a Él donar hoy con abundancia el agua viva, el Espíritu Santo, que transforma los corazones desérticos en oasis de vida. Consciente de que la salvación de muchos depende de la oración y penitencia de otros, especialmente del sacerdote, el joven Rivera ha llegado a Totanés con hambre de cruz. No es aventurado suponer que por su mente han pasado las palabras de san Juan María Vianney cuando llegó a Ars: «Señor, dame cuantos sufrimientos quieras con tal de que todos se salven».

Empieza entregándose a las molestias, evitables pero no evitadas, de vivir en una casa muy deteriorada, donde se hace especialmente duro el frío del invierno. No acepta ninguna mejora, no mitiga ninguna molestia. Quiere compartir la suerte de los que viven en peores circunstancias.

Enviado a un lugar donde, teóricamente, pudiera llevar una vida tranquila, le veremos desgastándose en multitud de quehaceres, robando tiempo al descanso, dejándose «comer» por sus feligreses, inmolándose en el fuego pastoral.

A Totanés llegó con algún problema de salud, pero nunca se preocupó de ésta. Los dolores, que él no daba a conocer, fueron creciendo en intensidad. Finalmente la situación se hará insostenible y le veremos marchar del pueblo a causa de esta enfermedad de columna. Cada sufrimiento le abría un nuevo acceso a la intimidad del Crucificado:

«Estoy bastante habituado a sentir dolor físico [...]. Mi experiencia nítida es que la soledad, el abandono en circunstancias especialmente duras para el hombre como tal, me ha aportado conocimiento sabroso de su amistad, en grado mayor. Así en Totanés, con aquellos padecimientos, que no creo puedan superar otros, ni los del cáncer» (D. 16-VI-1972).

Padecimientos que, paradójicamente, son también fuente de un gozo que sólo puede venir del Señor:

«Yo he sentido, allá a los comienzos de mi vida pastoral en el pueblo, el gozo cristiano específico, el disfrutar sensiblemente también, de la asistencia de Jesús, cuando quedaba solo, en aquellas temporadas de dolores muy agudos y persistentes, en el inicio de mi enfermedad» (D. 13-VII-1972).

Asume, pues, las cruces tal como vienen, pero además va al encuentro de otras. Ya le hemos visto reducir el sueño para dedicarse a la oración.

Y su hermana, que le trata de cerca, sabe que hace uso frecuente de la disciplina que guarda en su habitación. Y lo mismo de los cilicios, que ajusta tanto a su cintura como a su brazo.

Hay, en cambio, discrepancias en cuanto al tipo de lecho que usaba. Su hermana cree recordar que en esta época usaba cama con colchón; otro testigo, en cambio, habla de que dormía sobre una tabla. En lo que ambos coinciden es en subrayar que dedicaba pocas horas al sueño.

En años posteriores recordará muchas veces una frase del santo Cura de Ars, recogida en la encíclica *Sacerdotii nostri primordia*: a un sacerdote que se quejaba de que había poco fruto pastoral en su parroquia, san Juan María Vianney le respondió: «¿Ha orado usted?, ¿ha ayunado?, ¿se ha disciplinado?, ¿ha dormido sobre duro? Mientras no haga todo eso, no tiene derecho a quejarse». Evidentemente en esta fecha el documento de Juan XXIII todavía no existe, pero la frase probablemente ya la conocía Rivera. En todo caso, parece haber hecho de ella principio inspirador de su vivir sacerdotal.

De hecho, le veremos ayunando con frecuencia. Su hermana le preparaba las comidas, pero él hacía un uso muy libre de ellas, si bien aún está lejos de los intensos ayunos de la última época de su vida.

La gente del pueblo le iba queriendo cada vez más y se lo manifestaba, entre otras formas, regalándole alimentos que ellos cosechaban en sus tierras o sacaban de sus ganados. Así, por Navidad, le obsequiaron con «matanza»: las familias solían matar un cerdo, cuya carne les servía para sus comidas durante una temporada; parte de ella le regalaban a Don José. Durante bastante tiempo le estuvieron regalando habas. Él las aborrecía, pero no dejó de alimentarse de ellas mientras se las estuvieron dando. Sólo alguna vez, jocosamente, le preguntaba a su hermana: «¿Cuánto dura la cosecha de habas en este pueblo?» Por lo demás, sabía agradecer estos regalos que la gente sencilla le proporcionaba.

No podemos ignorar otra mortificación, desconocida por más profunda. Unas palabras de su diario nos dejan entrever algo:

«En Totanáes no estudié apenas. Y salía de la enfermedad, y no me resentí. Y la vida era lo menos adaptada a mi estilo total, superlativamente intelectual» (D. 3-I-1974).

Don José es un hombre que disfruta en la soledad, entregándose a la contemplación y a una altísima tarea intelectual (recordemos al adolescente Rivera enfrascado en autores como san Juan de la Cruz o Aristóteles); tener que renunciar en gran parte a ese estilo de vida fue para él, tan hecho para la sabiduría, uno de sus mayores sacrificios. En todo caso, aunque no podía entregarse al estudio, nunca dejó sus tiempos de lectura.

Este talante de pobreza, de austeridad, de sacrificio, se iba haciendo cada vez más notorio, hasta ser un hecho conocido por todos. Tanto que él mismo, siempre jocosamente, preguntaba a los monaguillos:

—¿Quién es el que pasa más frío en el pueblo?

Ellos, al unísono y sonriendo, respondían: —El cura.

El, medio bromeando, volvía a preguntarles: —¿Quién es el que peor vive en el pueblo?

Y de nuevo, el coro de los chiquillos, alzando un poco el tono de su voz: —El cura.

Éste remataba su interrogatorio: —Entonces, vosotros, ¿qué queréis ser?

Casi vociferantes contestaban de nuevo: —Curas.

Don José, entonces, se animaba a lanzar otra pregunta: ¿Y para qué queréis ser curas?

La respuesta brotaba, asombrosa, en los labios de estos niños que vivían el estupor de esta sorprendente presencia que era el sacerdote que apenas acababan de estrenar: —Para ser como usted y así ganar gente para Cristo.

Y es que el ejemplo arrastraba. También el ejemplo del amor a la cruz. Incluso —así lo cuenta algún testigo— hubo jóvenes que empezaron a hacer algunas mortificaciones. Don José nunca les indicó nada; menos aún se lo mandó. Pero la fuerza de su testimonio provocaba la generosidad de quienes le iban tratando.

Leamos de nuevo algún texto suyo, donde recuerda, después de muchos años, su vivencia de la mortificación en Totanés. En el primero observa la relación entre mortificación física y crecimiento personal y pastoral:

«Me siento muy especialmente movido a insistir en la mortificación, incluso corporal. A llevarla con seriedad extrema, sin regateos ni compensaciones. Las vidas de los santos manifiestan su eficacia personal y apostólica, y mi experiencia, ya lejana, de Totanés, me indica sobradamente lo mismo» (D. 19-II-1978).

Junto a este aspecto de fecundidad, apunta su vivencia del sacrificio como fuente de alegría:

«Ya en Totanés, consideraba que mi vida era bastante más grata que las vidas de muchos, y pensaba ante todo en curas, precisamente porque era mucho más sacrificada en cuanto a comida, sueño, temperatura, diversiones, incluso renunciando a satisfacciones afectivas o intelectuales, teóricamente lícitas, que yo me dejaba imponer por la atención al pueblo» (D. 6-I-1980).

Don José quiere ser el servidor de la alegría para su pueblo. Consciente de que ésta brota del madero de la cruz, hace de estos meses de sacerdocio un camino decidido hacia el Calvario.

El gozo de evangelizar

El diario de Don José recuerda en bastantes ocasiones la época de Totanés, que él mira como paradigmática de lo que debe ser su vida sacerdotal, a la vez que, con cierta frecuencia, teme haber perdido aquel fervor inicial. Subrayamos sólo tres párrafos que apuntan algo muy característico del joven sacerdote: el ardor por la conversión de las personas:

«Los fuegos de la época de Totanés... Aquel deseo de convertir a quien quiera, al primero que me encontrara, ¡que, no pocas veces, resultaba inmediatamente fructuoso!» (D. 12-VIII-1979).

«Recuerdos de Totanés, cuando la mitad de las conversaciones remataban en genuina conversión...» (D. 20-VII-1980).

«Me ocurre que, cuando uno se deja a la gracia, incluso sin ser todavía notablemente espiritual, puede ser colaborador eficiente de Cristo. Recuerdo los tiempos de Totanés, en que sin duda era yo muy imperfecto, en ciertos aspectos mucho más que ahora. Sin embargo, mi palabra y mi testimonio resultaban eficacísimos. Luego vinieron las incesantes infidelidades, y he quedado medio inútil para convertir a nadie [...]. No podré volver a la fecundidad de entonces mientras no haya sido repuesto en aquella apertura a la gracia. Eso es el perdón...» (D. 3-III-1977).

Ya le hemos visto «abalanzarse», cual ave de presa, sobre el joven que, recién llegado Don José a la parroquia, le está enseñando el pueblo. Y ése será su estilo continuamente. No trae elaborado un plan previo, sino que procura vivir en docilidad al Espíritu para que éste le impulse a la conquista de cada persona según los tiempos y modos de Dios. Muy pronto comenzó a hacer un censo parroquial. Como buen pastor quería conocer a cada una de sus ovejas; y ahí le tenemos, de casa en casa, hablando, preguntando... y aprovechando la ocasión: indefectiblemente Don José acaba «arremetiendo». *«Mire –solía decir a quien estaba censando– yo he venido para que usted sea amigo de Cristo...»* Y se lanzaba a proponerle la realidad del amor del Señor y a ofrecerle la oportunidad de un encuentro con Él.

El joven párroco parecía vivir en ascuas mientras quedara alguien sin conocer a Cristo, sin vivir en gracia.

Los sacerdotes de las parroquias vecinas habían promovido también en Totanés algunos grupos de Acción Católica. Cuando Don José llega al pueblo les inyecta nueva vida y comienzan un intenso crecimiento en número y en calidad. En seguida les ofrece dirección espiritual, adaptándose a los horarios de ellos. Así, cuando los jóvenes vuelven de sus tareas en el campo, al caer la tarde, se inician turnos de dirección casi hasta la medianoche. También aprovechan estos tiempos para reuniones de formación, que generalmente se tienen en las escuelas, pues no había otros lugares de reunión. Estos mismos jóvenes de Acción Católica, espolcados por Don José, le van trayendo otras personas para que hablen con él. De hecho, por ejemplo, cuando todavía no lleva un año en el pueblo, casi la totalidad de jóvenes se han confesado o se confiesan ya de manera periódica. Hay incluso quien da cifras: de los treinta y siete varones jóvenes, sólo dos no han pasado por el confesionario.

Y, además, están los cursillos de cristiandad y los ejercicios espirituales. Don José, abrasado por el deseo de que sus feligreses se conviertan, empieza a enviar a algunos a vivir el cursillo de cristiandad. Hace tiempo él había conocido este instrumento apostólico y lo usaba cuanto podía. Comentaba jocosamente que le ahorra tiempo: le convertían a las personas más rápidamente de lo que lo haría él.

En cuanto a los ejercicios espirituales, ve con claridad que son un medio muy valioso para el acrecentamiento de la vida espiritual. Por eso, va enviando a unos y otros a las diversas tandas que se ofrecen en la diócesis. Pero, además, también proyecta tenerlos en su propio pueblo; entre otras cosas para facilitar el acceso a ellos de más personas. Así, ya en 1956, organiza una tanda en Totanés, para chicas, que dirige Don Gabino Díaz Merchán.

Don José no se reserva. No se cuida. Vive en función del Evangelio. A las cinco de la mañana ya está en la iglesia. Ora, confiesa a los hombres, da la comunión a quienes salen temprano a trabajar en el campo, celebra la Misa, y, después, sigue disponible para más confesiones, ahora ya de mujeres. Cuando ha terminado en el templo sale a buscar a unos y otros. Afable en su trato, traba conversación con todos. Va a las escuelas a hablar a los colegiales, visita enfermos... ¡Y le habían dicho que Totanés era un pueblo con poco trabajo, muy a propósito para una vida tranquila!

Por lo demás, también él se da sus mañanitas para buscar a la gente y proponerles la vida de gracia. Así, por ejemplo, sabe que los días de lluvia intensa los hombres no pueden salir al campo. Indefectiblemente esos días Don José va a buscarlos a sus casas, uno por uno. Y, cuando va a visitar enfermos, aprovecha para establecer un diálogo, siempre orientado al anuncio de la salvación, con las personas que están en la casa.

A tiempo y a destiempo, haciéndose todo a todos, urgido por la salvación de todos.

Siempre jovial, la gente lo encuentra, mientras camina por las calles, con algún niño en brazos o jugueteando con ellos. ¡Qué facilidad para expresar el cariño a los pequeños! Con ellos, este hombre de rezos y penitencias, tiene siempre un estilo juguetón. A los que son ya escolares los visita en sus aulas, donde les habla de Jesús y les enseña catecismo. Y, además, organiza la catequesis en la parroquia. Él prepara bien a las catequistas y son ellas las encargadas de este ministerio.

Siempre disponible, nadie sentía que le molestaba cuando iba a hablar con él o a pedirle confesión u otro tipo de ayuda. Un día, por ejemplo, vino una persona de Toledo a verlo y a conversar con él. El asunto era importante y se quedan hablando hasta altas horas de la noche. Rivera, según su costumbre, el día siguiente está a las cinco en la iglesia. Durante toda la mañana continúa con quehaceres diversos. Al mediodía se reencuentra con el visitante, que ha visto su ritmo y la escasez de tiempo que ha dedicado al sueño. Acabada la comida Don José se va a descansar un rato. Apenas se ha marchado a su habitación, llaman a la puerta de la casa parroquial: una señora quiere hablar con el párroco... El visitante, que se ha apresurado a abrir, se esfuerza en explicarle que no es posible, que Don José casi no ha dormido esta noche... Pero se oye la voz del sacerdote, que aparece terminando de abrocharse la sotana:

«Señora, pase a la sala de visitas». Y le hace entrar a la habitación, austera, donde atiende a las personas que vienen a conversar con él. Acabada la entrevista, el huésped le reconviene: «José, así no puede ser; tienes que cuidarte un poco...» La respuesta de Rivera es vehemente: «Si tú fueras padre de familia, ¿no atenderías a tus hijos? Pues yo tengo quinientos. Y una madre no se pregunta cómo está ella, sino qué necesitan sus hijos...» Obviamente el huésped guardó silencio.

Esa disponibilidad la extendía a todos y a todo. Pero muy especialmente a los moribundos y a la administración del sacramento de la penitencia. A cada joven, por ejemplo, le había dicho: *«Si cometes un pecado mortal no dudes en venir inmediatamente a confesar, sea la hora que sea»*.

Disponibilidad –ya lo hemos visto– para que todos puedan acercarse a recibir la comunión. Bien conocía él que los hombres madrugaban mucho para ir a trabajar al campo y que, por ello, no podrían participar en la Misa. Pero, aún más madrugador, él los esperaba en la iglesia para que pudieran recibir el cuerpo eucarístico de Cristo antes de incorporarse a sus quehaceres.

Disponibilidad para explicarles la Misa e introducirles en su misterio. La Eucaristía, celebrada en latín, no era fácil de entender para aquellos sencillos fieles. Don José, individualmente o por grupos, les va explicando los ritos, el sentido de la celebración, la realidad que se conmemora... Va logrando así que ellos vivan cada vez mejor la Misa, que poco a poco deja de ser un rito vacío y se va convirtiendo en la experiencia de la Pascua del Señor.

Oración, penitencia, testimonio... de un sacerdote. Totanés comienza a cambiar notablemente. Hay conversiones. Muchos comienzan a visitar al Señor en el sagrario, se recomponen relaciones...

«¡Aquellos primeros tiempos, en Totanés, en que se multiplicaban continuamente las comuniones, las visitas a Cristo, las conversiones sinceras! ¿Qué hubiera sido de mis ambientes, si yo hubiera mantenido aquel ritmo de amor a Cristo y celo por las almas?» (D. 31-III-1972).

Se hace muy llamativo el incremento de asistentes a la Misa. Al final de la estancia de Don José en el pueblo, comulgan diariamente unas doscientas personas; de ellas, casi la mitad son varones.

Y, por supuesto, el domingo el templo está lleno. Don José predica gozoso. Lo hace sólo los domingos y las fiestas, excepto en el mes de noviembre, que predica todos los días sobre las «verdades eternas» (muerte, juicio, cielo...). Habla siempre con sencillez, usando ejemplos, e intenta no alargarse. Con su hermana, que se sitúa al final de la iglesia, ha convenido que le haga una seña cuando lleve diez minutos predicando, porque no quiere ir más allá de ese tiempo.

Eso sí, su palabra, predicada en el templo, dicha en la dirección espiritual, o dirigida a cualquier alejado, era fuego:

«Cuando le oía hablar de Cristo, que era constantemente porque no hablaba de otra cosa –dice una joven de aquella época–, a mí me dejaba en mis adentros la sensación de que Don José vivía con Él y hablaba con Él [...], me parecía que Cristo estaba vivo y que yo le importo» (F. FERNÁNDEZ DE BOBADILLA, op.cit, 361).

Un fuego que nace de la experiencia de vivir «viendo al Invisible». Leamos el testimonio de otra feligresa:

«No estábamos acostumbrados a escuchar hablar así de Dios y de las cosas de Dios. No parecía que nos estuviese predicando doctrinas, sino que parecía que nos estuviese contando lo que él veía con toda claridad y sin ninguna duda. Salíamos de la iglesia comentando lo que él había predicado, y pronto comenzó a acarrear a toda la gente a la iglesia. Primero era para escuchar las predicaciones; pero después

para confesar y comulgar. En muy poco tiempo cambió todo el pueblo» (ibid. 360).

Y, siempre, en un tono sencillo, asequible, esperanzado. Veamos un testimonio más:

«La predicación de Don José era muy clara y muy sencilla. Siempre nos hablaba de Dios y de las cosas de Dios. Ponía ejemplos de la vida familiar; de cómo crían los buenos padres a los hijos, de cómo van creciendo los hijos sin darse cuenta bajo la mirada y el cuidado de los padres. Lo explicaba todo tan sencillamente que te contagiaba las ganas de vivirlo. Te convencía de que la vida cristiana tenía que ser mucho más fácil que lo que nosotros nos imaginábamos» (ibid. 360-361).

Y, en su palabra, siempre una propuesta apremiante, esperanzada, gozosa: la santidad. Adaptar el lenguaje no significaba rebajar el contenido. Don José, que siempre había tenido en su vida el horizonte de la santidad, ahora lo propone con convicción a sus feligreses, seguro de que Dios quiere conducirlos a todos a esa meta. Permítasenos otro testimonio:

«Siempre hablaba del amor que Dios nos tiene y del empeño que Él tiene en que lleguemos a ser santos. Eso lo repetía continuamente: «Tenéis que ser santos, pero no porque os lo propongáis vosotros, sino porque se lo ha propuesto Dios. Él os ha creado para que seáis santos». No se cansaba de repetirlo. También nos decía con frecuencia que Dios no se conformaba con que sus hijos fuesen buenas personas, sino que quería que fuésemos santos. Y nos explicaba que ser santos no era cosa de gente rara, ni que consistiese en hacer cosas raras o difíciles; sino que ser santos consiste en vivir como hijos de Dios, recibiendo la vida que Él nos va dando» (ibid. 361).

Ese anuncio de la llamada a la santidad nunca lo tradujo él en exigencias, normas, esquemas, modos concretos. Por el contrario, se limitaba a lanzar la propuesta, respetando los modos de la acción de la gracia en cada corazón. Una propuesta consistente en presentar el Misterio, convencido de que éste atrae y conmueve. De hecho se propuso hablar mucho de la persona de Jesucristo, bastante del Padre, y poco del Espíritu Santo. Las cuestiones morales vendrían después.

Por otro lado, ese delicado respeto a cada uno no significaba transigir con situaciones de pecado. A los esposos, por ejemplo, les predicaba en su integridad el «evangelio de la vida», animándolos a acoger los hijos confiando en el Padre providente. Y, a veces, niega la absolución en el confesonario cuando le parece que no hay disposición para acoger la voluntad de Dios. También este ejercicio de fortaleza contribuyó a elevar la vida espiritual de sus feligreses:

«Recordar los tiempos de Totanés, en que la firmeza frente al pecado, la negación en bloque de absolución, ante ciertos pecados, contribuyó a una palpable mejoría del espíritu cristiano del pueblo entero» (D. 18-III-1977).

En conjunto, Don José está muy gozoso con la evolución de su parroquia. Disfruta con sus hijos espirituales. Y se goza incluso de sus gozos humanos. Se le ve contento cuando los jóvenes disfrutan sanamente de honradas diversiones. Se enorgullece viéndoles divertirse sin pecar. Vive la alegría de una madre feliz y sacrificada por su numerosa prole.

Pero el campo de evangelización se amplía. De las parroquias vecinas, sobre todo de Noez y de Gálvez, le piden ayuda para confesiones, predicaciones, cursillos de formación... Accede gustoso. En la medida en que va siendo conocido son más las personas que le buscan como confesor o director espiritual. Algunos comienzan a venir a Totanés... Crece la tarea pastoral.

Por su parte, él también invita a otros sacerdotes a colaborar en su parroquia, sobre todo en el ministerio de la confesión, de forma que los fieles puedan optar por otros confesores. Mensualmente comienzan a ir a Totanés dos sacerdotes. Sin embargo la fila más larga de penitentes se hace ante el confesonario del párroco: las ovejas buscan a su pastor.

Tampoco le han olvidado personas que trataron con él en Toledo o en otros sitios, o que le han ido conociendo en retiros o charlas que él ha ido dando en lugares diversos. Ello lleva consigo otro apostolado: la dirección espiritual por carta. También para esta labor encuentra tiempo el párroco de Totanés.

Terminemos leyendo un párrafo de una carta fechada el 20 de septiembre de 1955:

«Y para terminar, que no se preocupe nunca de nada. No esté triste por nada. Las cosas de la tierra no valen la pena de entristecer a un hijo de Dios. Y sus propias faltas no pueden dejar amargura en quien está segura de que Dios la ama. No piense en sus fallos, sino en el milagro continuo del amor del Padre que los cubre continuamente. Piense cómo todas sus faltas y pecados, al través de los años, van cayendo en ese abismo de la misericordia divina, donde desaparecen para siempre. Con usted no queda ya el pecado, la falta, el contagio del ambiente; con usted queda sólo la misericordia Paterna que la rodea, la penetra y la santifica, aunque usted misma no se dé cuenta. La alegría es una obligación cristiana. Pues la alegría nos ata con Dios como ninguna otra cosa y no hay pecado tan horrible como esta desorientación de nuestros cristianos, que los hace incapaces de encontrarse con Dios en medio de sus pequeñas alegrías. Cierto que el dolor

vale más que los gozos humanos. Pero los hijos pequeños no son todavía capaces de regalos de valor y Dios da a cada uno aquel regalo que puede convenirle».

Entrañas maternales

Cuentan los evangelios que cuando Juan Bautista estaba en la cárcel, mandó a preguntar a Jesús si era Él quien tenía que venir o tenían que esperar a otro. Jesús se limitó a responder a los mensajeros que dijeran a Juan lo que ellos mismos estaban viendo: los ciegos recobraban la vista, los cojos comenzaban a caminar... (Mt 11, 2-6). Las obras del amor son los signos de la veracidad del mensaje predicado; ellas atestiguan la presencia del Reino; certifican la autenticidad del predicador y de lo predicado.

También en esto Don José quiere ser exquisitamente fiel al Evangelio. Cada pobre es Jesús y él quiere entregarle cuanto es y cuanto tiene. Esto será el signo de la veracidad de su predicación.

Ya hemos visto cómo estaba la casa parroquial y su negativa a mejorarla. Meses después su familia insiste y le envía dinero, que él empleará en mejorar la casa... de otros; de familias necesitadas.

Los pobres sabían dónde acudir. El párroco siempre terminaba encontrando algo que dar. A veces, la comida que su hermana ha cocinado, y que va a parar al estómago de algún menesteroso, a costa del ayuno de José y de Ana María. Suerte que ésta piensa igual que él, y no solamente no se molesta, sino que contribuye también en las obras de caridad que su hermano emprende.

Lo suyo no lo siente como suyo. Indefectiblemente pasa a otras manos. En Navidad, sus padres van a visitarle. Ven las numerosas necesidades que tiene la casa parroquial. De vuelta a Toledo le envían dinero para que acristale el patio y amortigüe el frío. José transforma este donativo en mantas para familias pobres de la parroquia.

Mantas ya había pedido con anterioridad a sus padres. Cuando su madre le preguntó cómo las quería, él respondió: «Como si fueran para tu hijo». Y es que en Don José la caridad siempre tuvo acentos maternales.

Y a manos de algún otro pobre fue a parar también el abrigo nuevo que su madre, al verle poco protegido frente al frío, le envía desde Toledo.

Él busca dar, sin medida, sin defenderse frente a los posibles engaños. La gente no entiende esta postura, y a veces se lo reprocha. Así, cuando un señor le pidió que comprase un burro para él, Don José buscó el dinero y lo hizo. Algunos pensaban que no lo necesitaba, y así se lo hicieron saber al «ingenuo» párroco. Pero éste les repitió, como en otras ocasiones, que lo que importa es ejercitar la caridad, que el Señor nos da más a

nosotros y no lo usamos bien, que en los evangelios Jesús aparece dando, ayudando, sin controlar si se usará bien esa ayuda que él presta... Y es que la caridad es el arte de amar como Cristo, no la habilidad para evitar ser engañados.

Son multitud de ayudas las que, con toda sencillez, va prestando. E intenta resolver los casos a fondo. Como cuando encuentra un vagabundo y no para hasta, con la colaboración de una familia de Toledo, dejar arreglada su situación.

Poco a poco, la gente del pueblo va empezando a hacer sus ensayos de caridad. El nunca exigió, nunca obligó... era su testimonio lo que suscitaba esos impulsos de amor. Tanto era su respeto a cada persona y tal su convicción de que sólo la caridad construye, que no hacía colecta en la Misa:

«La haré –les decía a sus feligreses– cuando realmente estéis preparados para dar por caridad, pues lo que no nace de ésta no sirve para nada».

Los ancianos, necesitados de escucha y de atenciones cariñosas, le veían pararse tranquilamente con ellos; dedicaba ratos simplemente a estar, a interesarse por sus vidas, a conocerlos...

¿Y qué decir de los enfermos? Visitaba a cada uno varias veces por semana, le escuchaba, le hablaba de Dios, le confesaba... ¡Cuánto tiempo empleaba en cada enfermo! Y no sólo con los que vivían en el pueblo. Hacía largas caminatas para visitar con el mismo empeño a aquéllos que vivían en algún lejano caserío. Los enfermos ya no se extrañaban de la visita del sacerdote; no era ésta la señal fatídica de la cercanía de la muerte. ¡Estaban tan acostumbrados a verle en sus casas! Si el enfermo se agravaba, él estaba horas enteras, acompañándole en su agonía, confortándole con los últimos sacramentos... Le llevaba de la mano, como una madre a su hijo pequeño, a la vida eterna. Durante el tiempo que estuvo en Totanés, ninguna persona pasó al otro mundo sin haber recibido el sacramento de la unción de los enfermos.

Tampoco es ajeno a la llamada «cuestión social». Le preocupan las injusticias. Ve que los obreros ganan poco y decide afrontar la cuestión abordando a aquéllos que les emplean. Pero aquí son los mismos trabajadores quienes intervienen haciéndole entender que en realidad estos patronos rurales tampoco pueden pagar más. Don José comprende y no insiste.

Ars ya no es Ars

Cuando san Juan María Vianney llevaba dos o tres años en su parroquia, después de una peregrinación en la que participó fervorosamente

casi todo el pueblo, dejó brotar de sus labios esta afirmación: «Ars ya no es Ars». El pueblo poco religioso que había encontrado se había convertido en un foco de fervor.

Estamos en 1957. El párroco de Totanés está contento. Dios le ha ido regalando numerosas conversiones. Casi la mitad de los feligreses comulga diariamente, aumentan las horas de confesionario y de dirección espiritual, muchos hacen ejercicios espirituales, los pobres son atendidos... Dios ha estado muy grande durante este año, y Don José está alegre.

Está alegre, pero cree que se debe ser aún más coherente con el Evangelio. Escribe a Don Anastasio Granados, su director espiritual, expresándole sus razones para dejar el pueblo a fin de buscar un destino peor. En todo caso, está en perfecta disponibilidad para quedarse o marchar. Se le indica que se quede y que se presente a los exámenes para obtener la parroquia de Totanés «en propiedad». Así lo hace y, sin dificultades, lo consigue.

Pero Dios tiene otros planes. La conversión de Totanés ha tenido precio: José Rivera, sin alardes, con sencillez, ha puesto en juego toda su vida, y ahora su cuerpo pasa factura. Durante este verano ya no puede ocultar su verdadero estado de salud. Los dolores crecen. Una pierna apenas puede moverla... Las circunstancias, signos del querer de Dios, hablan de cambio. En octubre el pueblo entero llora su partida.

¿Qué ha pasado en Totanés? Quizá la respuesta es sencilla: ha habido un hombre, un sacerdote, que ha creído en la ternura del Señor. Y este acto de fe ha hecho que el pueblo quede anegado de ese amor fuerte y delicado de Dios.

¿Ha triunfado José Rivera? ¿Ha fracasado?... ¡Qué importa!... Ha sido testigo de un amor mayor.

«Hay una sola cosa en que no he fracasado y en que espero triunfar en toda la línea: desde hace al menos 25 años, me tengo propuesto como resumen de todo ser testigo, no más, de la ternura de Cristo» (D. 16-IV-1972).

6

Formador de sacerdotes

El 15 de octubre de 1956, después de celebrar una boda, José deja Totanés. Físicamente no puede más. Como hemos recordado con palabras tuyas, siente dolores intensísimos, no inferiores a los que produciría un cáncer. Le han diagnosticado «dislocamiento general de vértebras, de origen congénito». No es posible tratamiento quirúrgico, y el que se le va a aplicar es sumamente doloroso.

El ejercicio visible del ministerio va a quedar momentáneamente paralizado. El apostolado en Totanés, tan fecundo, parece quedar frustrado. ¿Pérdida?, ¿fracaso?... José vive arraigado en la realidad en unos niveles más hondos. Y por eso puede hacer otra lectura de la contradicción que parece ser esta enfermedad:

«Me parece cada vez más que hay que unirse a Cristo en auténtica soledad, en no buscar comprensión en nadie, siendo feliz porque Él nos comprende. La gente no entiende esto, pero lo he pasado muy bien cuando he estado solo, lleno de dolores, en Totanés, en Toledo o en Madrid. Cualquier cariño humano se harta de atenderte, pero Cristo no se cansa de fortalecerte y sin embargo a Él le ha costado mucho más que a nadie.

La gracia actúa en secreto, muchas veces casi contra nosotros mismos, sin que nosotros mismos lo advirtamos. Lo que nos parece una época perdida puede ser muy bien una época de gracias, como el invierno es la época en que el grano germina bajo tierra. Todo se reduce a creer y esperar con amor» (Cta. XI/XII-1956).

Dejarse hacer por la Providencia

Cuando estaba en Totanés, José se preguntaba si era éste el lugar más adecuado para vivir su sacerdocio. En una carta a su director espiritual le planteaba su parecer: tal vez sería más santificante para él ser enviado a un destino donde hubiese más soledad, más incomodidad, más humilla-

ción, a la vez que más posibilidad de estudio. José se veía a sí mismo muy distante del nivel espiritual que debería tener para pastorear el pueblo encomendado. Eso le produce incertidumbre y sufrimiento. A la vez crecen los dolores físicos. Dócilmente se confía al consejo de su director. Leamos algún párrafo de una carta escrita unos meses antes de salir de Totanés:

«Pienso que la santidad consiste siempre en una entrega completa y, por tanto, extrema. El temperamento cualifica la santidad, da el aspecto exterior, el estilo que sensibiliza la fe y el amor. De ahí que tendré una manera particular de entregarme a Dios extremadamente [...].

Testimonio de una vida pobre, casi carente –en cuanto sea posible– de elementos naturales, materiales, afectivos, exceptuando por el momento los instrumentos de estudio, que indudablemente me acercan a Dios. Una vida en que Cristo ocupe inmediatamente el centro, en que sea el único que consuele, aliente, solucione los problemas económicos, intelectuales, afectivos... Que demuestre al mundo que con Cristo solo, sin más, se vive feliz. Todo aumento de pobreza, de soledad, de estudio, de incomprensión –o al menos de no sentirme comprendido, lo cual sin embargo me duele– me acerca a Cristo. Estos días aquí solo estoy sufriendo dolores realmente muy fuertes y eso me une mucho más a Cristo [...]

No soy capaz de no entregarme y mi concepto del párroco es estrictamente el de un padre, que no puede no estar entregado [...] Estar de pastor, sin serlo de verdad, sin poderlo ser, sin saberlo ser, produce fuerte choque psicológico.

El Papa habla de la angustia perenne del cura por las almas en pecado de su parroquia. Le aseguro que eso lo siento –aunque todavía poco– suficiente para no poder descansar.

Un moribundo no es un alma a quien tengo obligación de asistir ofreciéndole los medios suficientes para que se salve; es un hijo con quien deseo estar y a quien deseo ayudar con todas mis fuerzas, para que no muera para siempre. Me parece incomprensible la pregunta de si habiendo un enfermo grave se puede uno marchar del pueblo. Un padre –un corazón de padre, que participa de la paternidad divina– no puede dejar a un hijo moribundo a riesgo de que tenga menos cielo. Pero esto produce un desgaste y supone una preparación muy profunda.

Tengo conciencia de que estoy muy mal, pero deseo intenso de estar muy bien. Quiero ser santo a costa de lo que sea...» (Cta. V-1956).

Dios providente da respuesta a estas inquietudes. Unos meses después de escribir esta carta, la situación física, insostenible, le obliga a dejar la

parroquia. El 15 de octubre, entre fuertes dolores, se marcha de Totanés. El 17 de ese mismo mes operan a su madre de cáncer. Hasta diciembre él ha de permanecer en Madrid, sujeto a tratamiento médico muy doloroso. El sufrimiento le une a Cristo.

Uno de esos días le examina un médico, que siendo muy bueno, no acertaba con el diagnóstico ni le rebajaba el fuerte dolor. Un familiar de José, compadecido por lo que éste sufre, le insta a decir «una mentira piadosa», exagerando el dolor para que el médico intervenga de modo más efectivo.

José contesta a su familiar: –¿Cómo quieres que diga mentiras?

Éste le responde con un refrán: –«Una mentira bien compuesta mucho arregla y poco cuesta».

José replica de modo inmediato: –No estoy dispuesto a pecar para que se me rebaje el dolor.

Para la fiesta de la Inmaculada, los dolores han remitido bastante y el enfermo es enviado al domicilio familiar, donde debe seguir un tratamiento riguroso, que incluye una vida muy ordenada y con mucho reposo. Dado que sus superiores expresan el deseo de que sea cuidado, él se somete dócilmente, asumiendo un horario absolutamente inusual en él:

«Llevo una vida ordenadísima –escribe en carta a su hermana Ana María–, pacífica y amable. Me despierto a las 7, rezo hasta las 9, desayuno y rezando y estudiando –primero en la cama, luego levantado– llego hasta las 2. Como con tus padres, hago 2 horas de reposo, una leyendo y otra estudiando o rezando, me levanto, estoy con tus padres hasta las 7 y media o poco antes, y a rezar y estudiar hasta un poco antes de las 10, me acuesto, rezo..., hago el examen, leo algunas cosillas, cenó y a las 11 cierro» (Cta. 22-XI-1956).

Si bien se presta dócilmente a llevar este horario de convaleciente, interiormente se va radicalizando en sus posturas. En esa misma carta subraya: *«Mi extremismo no tiene traza de amainar y cada vez soy más fervoroso partidario de las cuevas».* Se refiere a su deseo de estar con los pobres que en ese momento vivían junto al río en viviendas miserables o en auténticas cuevas.

Y continúa sus reflexiones:

«Cada vez entiendo menos cómo puedo yo darme un gusto material mientras Cristo padece hambre o sed o duerme en el suelo. Y si los pobres lo administran mal, procurar enseñarles a que lo hagan mejor; pero sin tomar su incultura por pretexto para tranquilizar mi conciencia con una vida cómoda [...] Si yo estoy enfermo, ¿por qué gastar en

mí y no más bien dar a un enfermo pobre el dinero? ¿es eso suicidarse?, ¿no dice Cristo cuando va a morir que nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por sus amigos?» (ibid.)

En estas semanas experimenta una mejoría enorme en la relación con su padre. Ciertamente el cambio ya había sido notorio en la época de seminarista, pero ahora José siente que se le quitan las escamas de sus ojos y descubre con una intensidad muy fuerte que Jesús está en su padre. Constata interiormente –y se percibe en el exterior– que ahora se acerca a él sin tensiones, sin el temor que experimentaba antes, sin afán de afianzarse frente a él. Ahora siente y refleja cariño y alegría. El Señor está sanando antiguas heridas.

Pasado el mes de septiembre, el enfermo se siente mucho mejor. El plan providente de Dios le va a alejar de Toledo; en primavera –como si el grano sepultado en el invierno del sufrimiento quisiera germinar ahora– va a ser enviado a Salamanca. Mientras llega ese día, José retoma la actividad: da tres tandas de ejercicios seguidas a chicas, ejercicios individuales a una persona, otra tanda a chicos en la parroquia de Villacañas... No puede callar quien ha contemplado al Verbo.

Para unirse a Cristo

Con 31 años de edad José vuelve a la ciudad donde fue seminarista, Salamanca. Y al Colegio donde residió, «Santiago», más tarde llamado «El Salvador», fundado por la Conferencia Episcopal en orden a las vocaciones tardías. Allí está como rector Don Ignacio Zulueta, y como director espiritual, Don Javier Alvarez de Toledo. Rivera llega para colaborar en la dirección espiritual de los seminaristas en la primavera de 1957, cuando faltan pocos meses para finalizar el año académico. Pero en septiembre, Don Gaspar Vicente, rector del Colegio Hispanoamericano de Guadalupe, sacerdote de gran celo, que conoce y aprecia a Rivera, pide, y consigue, que éste pase a colaborar con él en la dirección espiritual de este Colegio.

Estos son años de gran afluencia de vocaciones. Muchas de ellas provienen de Acción Católica, que vive tiempos de gran entusiasmo. Al Colegio de «El Salvador», se ha añadido el «Hispanoamericano», de la OCSHA (Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana), también dependiente de la Conferencia Episcopal. Acoge a seminaristas de diversas Diócesis que desean ir a Hispanoamérica una vez ordenados, y también a seminaristas procedentes de la América hispana que quieren estudiar en Salamanca. Entre ambos Colegios Mayores, adscritos a la Universidad Pontificia, hay mucha comunicación y muy buena relación.

Entre los alumnos se difunde mucho la espiritualidad del padre Chèvrier, en una búsqueda de radicalidad evangélica.

Cuando José inicia su ministerio en el Colegio «Hispanoamericano» hay tan sólo veinte seminaristas. Pero el número se acrecentará muy pronto. A este Colegio afluyen candidatos de toda España que quieren prepararse para servir un día como sacerdotes misioneros en tierras americanas. También se empieza a recibir a alumnos que vienen de Hispanoamérica buscando aquí una formación de mejor nivel. Para muchos de ellos José será un referente, cuyo recuerdo constituirá un estímulo toda su vida. Como comenta un formando de aquella época, muchos le veían ya en estos momentos como un «gigante» de la vida espiritual, como un testimonio de una síntesis vital de teología y espiritualidad, vivida desde una profunda radicalidad evangélica.

Poco antes de iniciar este ministerio, escribe a su hermana:

«De mí ya veo que lo sabes todo; que voy a Salamanca [...] Yo por dentro no tengo novedades. Sigo igual que siempre. Voy a Salamanca con ilusión, pero no tanto de hacer algo, cuanto de vivir solo recogido con Cristo, estudiando» (Cta. II-1957).

Así es como Rivera plantea su ministerio; ya ore, ya estudie, ya converse con alguien... el objetivo es unirse con Jesucristo. De ahí brotarán tareas e iniciativas diversas y fecundas. Pero lo que no nazca de ahí y no conduzca a esa unión con Él, es vacío, apariencia, esterilidad.

Dada la buena relación existente entre los dos Colegios, sus respectivos rectores encuentran el modo de que ambos puedan beneficiarse del servicio sacerdotal de José. Si bien vive en el «Hispano» y atiende a los seminaristas que residen en él, también confiesa y dirige a no pocos de «El Salvador», que vienen hasta el «Hispano» para conversar con él. Y, además, al menos un día cada semana, él mismo va hasta «El Salvador» para impartir charlas formativas, especialmente sobre el estudio de la teología, aclarar dudas, confesar... Y no faltan retiros y charlas a jóvenes de Acción Católica, que quieren beneficiarse de su magisterio.

El se encuentra contento. Aunque con alguna objeción. Así, recién llegado, escribe:

«Yo aquí estoy cómodo, aunque echo de menos la austeridad y dureza del pueblo; esto resulta bastante burgués. Por lo demás, la función de director espiritual me gusta mucho y la gente responde bastante bien» (Cta. V-1957).

Su ministerio alcanza también a otras personas que ha conocido y tratado en etapas anteriores. A Totánés no volvió. Como tampoco se inmiscuyó en la parroquia de Santo Tomé. Pero sí continúa atendiendo por

carta a personas que en su día quisieron confiarse a su dirección espiritual. La correspondencia es abundante. Especialmente con su madrina, con la cual ha cambiado el signo de la relación: ahora es ella quien consulta a José, viendo en él una luz segura y muy esclarecedora.

Sigue insistiendo –característica de toda su vida– en la llamada a la santidad, en la necesidad de ser santos; en que éste es el único modo normal de ser cristianos y, en el caso de los seminaristas, la única forma justa de responder a la vocación sacerdotal. Su palabra y su testimonio son un poderoso estímulo. Dejemos que nos lo describa un seminarista de aquellos años:

«Le vi como un sacerdote muy piadoso, con alta e intensa vida de oración (quitaba horas a su sueño para poder hacerlo), con inmensos deseos de santidad, a la que a todos nos animaba, muy obediente a los obispos y a la Iglesia, trabajador y estudioso al máximo, siempre dispuesto a atender al que se lo pedía y en cualquier momento, gran testigo en su austeridad, vida mortificada y pobreza [...]

Su labor allí [se refiere al Colegio Hispanoamericano] era impresionante. Su gran preocupación era formarnos espiritualmente, insistien-



Colegio Hispanoamericano de Ntra. Sra. de Guadalupe
Gaspar Vicente, rector. José Rivera, director espiritual

do en la llamada a la santidad, entre otras cosas, y a ello se dedicaba con su palabra, su atención personal asidua y su gran testimonio. Su celo era tan increíble que nos atendía incluso en medio de los dolores de columna que padecía. No noté en él, a pesar de la gran cercanía que teníamos, ningún tipo de altibajo en su fervor y celo, y menos aún algún signo de tibie-

za. Recuerdo que varias veces me atendió necesitando recostarse en cama, a causa de sus grandes dolores» (Positio, testigo 44).

Y otro alumno de aquella época, posteriormente obispo, resume de la siguiente manera su percepción de quien fue su director espiritual en estos tiempos salmantinos:

«En síntesis, puedo afirmar que era verdaderamente “un hombre de Dios”, en tensión constante hacia la santidad, plenamente convencido de la radicalidad del Evangelio, apasionado por Jesucristo y por su Iglesia, dispuesto siempre a servir, desprendido de las cosas materiales hasta el heroísmo, alegre y de buen humor, a pesar de sus limitaciones y enfermedades físicas» (F. ARIZMENDI ESQUIVEL, José Rivera, director espiritual, y su repercusión en Hispanoamérica, en AAVV, José Rivera, un sacerdote diocesano, Toledo 2004, 193).

Oración prolongada y tranquila

Un día, cuando ya lleva casi cuatro años en Salamanca, le sorprendemos en esta conversación con una señora:

–He pasado una noche muy mala; he dormido poco –le está comentando ella.

–¿Por qué? –pregunta Don José.

–Porque mi niña estaba enferma y he tenido que levantarme varias veces.

–Pues yo no me he acostado –le dice Rivera.

La señora, sorprendida, le pregunta la causa. Y él, con toda confianza, se la explica:

Porque yo no tengo un hijo, sino 70 (ése era el número de seminaristas que se dirigían con él); tengo que hablar con cada uno y además estudiar... Sólo me queda la noche para rezar.

José sigue siendo un hombre de oración abundante. No sólo durante el día, sino, sobre todo, robándole horas a la noche. Acerquémonos a algún testigo y a su diario:

«Me acuerdo que ya en el seminario de Nuestra Señora de Guadalupe, en Salamanca, a pesar de ser nosotros más jóvenes, era el último en dejar la capilla, nunca supimos hasta qué hora estaba, y el primero en estar en ella, sin saber cuándo llegaba» (Positio, testigo 44).

Este testimonio de vida de oración estimulaba a los seminaristas:

«Casi sin palabras, nos contagiaba de su oración prolongada y tranquila, pues era muy normal encontrarlo largas horas en la capilla, de noche y de madrugada» (F. ARIZMENDI ESQUIVEL, op. cit., 197).

Y es que no en vano era un convencido, por experiencia, de que Cristo, en quien tenemos todo, se nos dona en su presencia eucarística:

«Nos decía que, cuando estuviéramos cansados del alma, fuéramos a descansar con Cristo en el sagrario» (ibid. 197).

Justamente eso es lo que él practicaba. Encontraba su descanso en el Señor y a Él acudía. Para él, orar era disfrutar de una amistad. Aunque a veces fuera con sueño.

En esta época es frecuente que establezca un horario cuando dedica tiempos largos a la oración. Leamos una página de su diario:

«Solo en la capilla a la 1.30 deseando pasar la noche con Cristo, hasta las 7.15 que toquen, y continuar luego la oración hasta la Misa. Me han nacido vivas ansias. Y pienso, como tantas veces, que cada respuesta a la gracia es favor inmenso de Dios, y que si no me he perdido se debe a estas intermitentes «generosidades».

Plan: 1,30-2,30: maitines; 2,30-3,15: lectura; 3,15-4,15: meditación Misserentisimus; 4,15-5,15: tercer nocturno; 5,15: lectura, examen; 6,15-7,15: meditación y preparación de la Misa [...]

7.15: Aunque a ratos medio dormido por el mucho sueño, creo haber sacado fruto. Me veo muy mal; pero confío. No intento siquiera arreglarlo. Sólo dos propósitos: –preguntarme ¿consuela esto a Cristo? – hacer retiro semanal de 4 horas al menos» (D. 8/9-VI-1961).

Tan sólo cuatro días después le vemos repitiendo vigilia. Para él es claro que ha de ofrecer a sus hermanos el servicio de la intercesión:

«Esta mañana he sentido el impulso de consagrar la noche a la oración, deseando que el Señor me aclare muchas cosas. Además creo que hay que orar –y sufrir– mucho por esta comunidad» (D. 13/14-VI-1961).

En una página anterior él reconoce su tendencia a la oración «y la facilidad para mantenerla ininterrumpidamente durante horas» (D. 12-V-1961). Su ideal, obviamente, es vivir en oración continua, en constante intimidad con Cristo mientras ambos, juntos, realizan las tareas encomendadas por el Padre.

Especiales condiciones para la dirección espiritual

El número de seminaristas, durante estos años, va creciendo notablemente, con lo que a José le va faltando tiempo para atender a tantos en dirección espiritual. Su recurso son las noches. Él se siente bien en este ministerio para el que se va descubriendo especialmente capacitado, y que será su dedicación prioritaria el resto de su vida:

«Se me ocurre que tengo especiales condiciones para la dirección espiritual, malogradas por mi falta de entrega. La afición, sin medida, al estudio de la Teología, ascética y mística, y psicología; la tendencia a la oración y la facilidad para mantenerla ininterrumpidamente du-

rante horas; el gusto por el trato personal, la destreza espontánea para lograr la apertura, incluso de gente muy cerrada, a la confianza. Todo ello parece manifestar especial vocación a este apostolado» (D. 12-V-1961).

Quienes en esta época se dirigieron con él le recuerdan como alguien difícil de ser encorsetado en esquemas, como alguien que rompe moldes y no se ajusta a modos preconcebidos. Quien vive del Espíritu resulta desconcertante para quienes viven según la carne. En un ambiente en que a veces se tendía a identificar la piedad con formas un tanto acartonadas, José tenía interés en manifestar la vitalidad desbordante de la verdadera piedad.

Novedoso resultó también por buscar la colaboración de expertos en psicología. Era consciente de que las ciencias humanas son una ayuda valiosa para entender mejor a cada persona. Ya ahora –y después, durante toda su vida– lee obras de psicología. En esta época conoce a Don José Fermín Prieto, psicólogo, y aprovecha para pedirle consejos y para que, de vez en cuando, pueda recibir a algún seminarista, a fin de poder ayudarlo mejor en su camino espiritual. Esta práctica de pedir la colaboración de un psicólogo la mantendrá durante toda su vida.

El mismo enfoque de la vida espiritual también sorprende a más de uno. Rivera no es hombre cuyo estilo de dirección consista en prescribir normas y planes de actuación, cuyo cumplimiento bastaría para santificarse. No; él acompaña, de forma reverente, el misterio que es cada persona, estimula a cada uno en lo más profundo de su ser para que recorra el camino único e irreplicable que Dios le ofrece. Uno de aquellos seminaristas afirma que Don José «no era un modelo, sino una gracia»: su propuesta no era la invitación a una repetición mimética de sus esquemas, sino a la recepción del impulso vivificante del Espíritu, que santifica a cada uno llevándolo por un camino totalmente personal. Es lo que expresará en un escrito al final de su vida:

«Y a estas alturas de mi vida, debo decir que mi método, mi estilo de ayudar a las personas a ser quienes son, dejando caer las obras que me ocurren, es el bueno. Sencillamente: el que emplea Dios mismo con nosotros... Este deseo invencible de no forzar a nadie, que he usado incluso en mis relaciones más egoístas, es en verdad el único sano humana y cristianamente. Y al menos para mí, que es lo que puedo ver con claridad, ha resultado muy fructuoso» (D. 9-IV-1990).

Otro testigo de esta época corrobora esa sensación de originalidad que los seminaristas experimentaban al escuchar al director espiritual. Quizá resultaba tan original porque vivía muy cerca del Origen. Nos dice este alumno, venezolano, posteriormente obispo en su país:

«Las charlas semanales que nos daba a todos los estudiantes rompían los moldes tradicionales. Más que consejos o recetas, sus intervenciones nos abrían con mano sabia al mundo de la mística, como el ambiente natural dentro del cual debía forjarse una espiritualidad auténticamente sacerdotal [...]. El gusto por los clásicos de la espiritualidad, antiguos y modernos, fue una de sus siembras» (B. ENRIQUE PORRAS CARDOZO, en AAVV, *José Rivera Ramírez, un sacerdote diocesano*, Toledo 2004, 201).

El mismo alumno constata que, siendo tan espiritual, Rivera era a la vez profundamente humano. Tenía una gran exigencia para consigo y a la vez un talante comprensivo y esperanzado para con los demás, cuyo proceso de crecimiento en la fe respetaba profundamente. No encorsetaba a nadie con planes, sino que proponía caminos posibles, confiando en la acción poderosa de la gracia. Ninguna debilidad de sus dirigidos le inducía a desesperanza. Todos le sentían cercano, comprensivo. Y, a la vez, un estímulo que impulsaba a abandonar los estilos de vida mediocre.

Tenía exigencias ascéticas, *«pero no las imponía a nadie. Se mostraba, más bien, con una humanidad muy cercana a las necesidades de nosotros, sus alumnos y dirigidos. Pedirnos un pitillo, una copa de cognac, conversar sobre fútbol o sobre cualquier tópico banal o de estudios, cuando veía que era lo que nos convenía, lo llevaba a compartir estas “debilidades” humanas con naturalidad y elegancia»* (ibid. 202)

Cada seminarista se sentía único, tratado de manera irrepetible, personal. En cada entrevista experimentaba que en ese momento, para Don José, sólo existía él. Igualmente todos tenían conciencia de la disponibilidad plena del director espiritual para atenderles en cualquier momento, sin poner condiciones. Él, por su parte, les decía explícitamente que podían contar con él a cualquier hora, tanto del día como de la noche. Y en la práctica se verificaba esta disponibilidad. Ocurrió, por ejemplo, en más de una ocasión que algún seminarista, no pudiendo dormir en la noche, decidió buscar al director espiritual a las 3 o 4 de la mañana. Tras tocar tímidamente la puerta de Don José, se oía de forma inmediata la voz de éste: «Adelante». El seminarista, un poco azorado por lo intempestivo de la hora, preguntaba: *«¿Puedo hablar con usted?»* La respuesta brotaba inmediata en Rivera: *«Para eso estoy, para atenderte»*. Y es que, para él, el paradigma era el de una madre de familia. Ésta vive para sus hijos, interrumpe el sueño o la comida para atenderlos, no antepone nada a su servicio materno. Si un amor natural genera estas disposiciones, ¡cuánto más la caridad pastoral, sobrenatural, suscitará actitudes de disponibilidad sacrificada para servir a los hermanos!

Monseñor Arizmendi lo resume en una frase: «*Todo su tiempo y sus cosas eran para nosotros, los alumnos del Colegio*» (op. cit. 197).

Él, además, tenía claro que podía y debía prestar a sus seminaristas (y a toda la humanidad) otro servicio: la penitencia. Ya hemos visto sus restricciones en cuanto al sueño. Pero también era notoria su parquedad en la comida, sus ayunos, su austeridad en todo, su disposición a sufrir con paciencia los diversos dolores que padecía... Y era un secreto a voces su uso de otros modos de mortificación, especialmente el cilicio. Algunas de esas penitencias las consigna como propósitos en las páginas de su diario:

«Rezar bien el breviario; confesar dos veces por semana; 1,30 hora diaria de oración y, al menos una vez por semana, retiro nocturno. Llevar examen de: no comprar ningún libro, cilicio toda la mañana o toda la tarde; estudio [...]; seguir comiendo muy poco...» (D. 12-V-1961).

Las almas, redimidas en la cruz, sólo pueden ser iluminadas y acompañadas desde la cruz.

Dios es luz

José es un director espiritual orante y penitente. Y estudioso. Aunque muy ocupado en la tarea de atender a los seminaristas, busca fielmente, cada día, tiempos consagrados al estudio. Su extraordinaria capacidad intelectual y su facilidad para una concentración intensa le permiten leer y reflexionar numerosos libros y artículos.

Además procura que los seminaristas estudien bien. A este respecto, él viene constatando fallos graves en el estudio de la teología. Hay quienes hacen de ella un deber molesto, una obligación que hay que superar para llegar al sacerdocio. Otros estudian para obtener una buena nota. Otros separan lo científico de lo pastoral y de lo espiritual... Rivera, hombre unificado, conoce que la teología es un modo privilegiado de dejarse modelar por la Verdad y, por tanto, fuente preciosa de oración y de impulso pastoral. En él no hay ningún divorcio entre estudio y espiritualidad, o entre estudio y vida pastoral. Y quiere comunicar a sus seminaristas esa misma visión. Por eso les insta y les ayuda a rezar la teología y a extraer de ella consecuencias pastorales. «*Era admirable*—recuerda Monseñor Arizmendi— *cómo nos hacía orar con las tesis de la escolástica. Nos pedía que no redujéramos el estudio a un aprendizaje memorístico, sino que lo convirtiéramos en contemplación y adoración*» (op. cit. 196). Era ésa su propia experiencia: siendo seminarista, muchas veces había hecho su oración con el libro de estudio.

Para Rivera Dios es luz, una luz que se acoge, también, y de manera privilegiada, a través del estudio. Sus charlas a los seminaristas sobre el modo de estudiar, sus numerosas conversaciones particulares sobre este tema, sus lecturas y su deseo de ayudar, le llevan a escribir un largo folleto, profundo y luminoso. Lo titula *Nota sobre el estudio de la Teología*. Fechado en la Navidad de 1960, está dirigido a un buen seminarista, inquieto por esta cuestión.

Junto a esta preocupación por ayudar a los seminaristas a estudiar bien, en José está también muy presente el valor de la liturgia. Buen conocedor de los escritos del movimiento litúrgico, que en estas fechas está a punto de desembocar en el Concilio Vaticano II, Rivera estimula a los seminaristas a cultivar el sentido litúrgico, sumergiéndose en el misterio que se celebra. Les invita a meditar el breviario y el misal, haciendo de ellos fuente de la propia vida espiritual. Les recomienda también lecturas selectas sobre el sentido teológico de la liturgia o sobre la espiritualidad del año litúrgico. Incluso alienta algún estudio de investigación, como en el caso del seminarista Arizmendi, que trabaja una tesis sobre la relación entre el celibato y la liturgia.

Los seminaristas van descubriendo cada vez con más hondura que este sacerdote es un hombre de Dios, muy espiritual, es decir, muy dócil al Espíritu Santo. Su intento es transmitir el Espíritu, del cual habla abundantemente, para que los seminaristas entren en comunión profunda con Él. Y eso en una época en la que la tercera Persona de la Santísima Trinidad era en verdad muy desconocida. Escuchemos a uno de aquellos seminaristas, sacerdote después:

«En los escritos del padre Rivera y en sus charlas, homilias y retiros siempre he recordado, con mucho cariño, la importancia y primacía que ocupaba la Divina Persona del Espíritu Santo. El padre Rivera fue en mi vida el primero y principal revelador de una rama de la Teología, que en aquellos años era ignorada en las Facultades de Teología de toda la Iglesia: la pneumatología. Con él empecé a gustar las riquezas de esta persona trinitaria que siempre me ha acompañado en mi vida sacerdotal. Don José fue para mí el iniciador de mi apasionamiento y enamoramiento por el Espíritu Santo. [...]

Entre los muchos pensamientos que aprendí del P. Rivera nunca he olvidado la necesidad que tiene nuestro mundo de Espíritu Santo, tanto de su presencia santificadora como de su acción evangelizadora. Él tenía una fuerte conciencia de ser ministro de Jesucristo por su sacerdocio y, por tanto, fuente del Espíritu para regalarlo a otros. [...] Me impresionó su clara conciencia de reconocer que la celebración de la Eucaristía y el Sagrario eran fecundos manantiales de donde brotaba

el Agua Viva del Espíritu Santo» (D. GASCÓN CEREZO, *Testimonio personal*).

Las charlas en retiros y ejercicios espirituales (también da un mes de ejercicios a los seminaristas) cristalizan, gracias a la colaboración de José María Iraburu, en un libro mecanografiado, *Meditaciones cristianas*, al que José —como hará después con otros escritos— no da gran importancia.



José María Iraburu y José Rivera
en el Hispano. Salamanca, 1960

También fuera del seminario empieza a ser conocido y buscado. Eso hace que los tiempos de vacaciones los dedique a dar ejercicios espirituales a grupos y comunidades diversas.

«Durante el verano daba una tanda después de otra, sin parar, con grandes desplazamientos, dando hasta siete u ocho tandas de ejercicios durante el verano, en sitios tan distantes como Málaga y Pamplona. Iba siempre con su máquina de escribir y viajaba

siempre en los medios menos cómodos, cogiendo los billetes “sin asiento”. En una carta dice que cada viaje era una conversación larga, y cada conversación una conversión» (Positio, testigo 14).

En una charla de años posteriores expresa lo que ya en estos tiempos experimentaba él cada vez que hacía o dirigía ejercicios espirituales: una sensación de vértigo; se ve a sí mismo y a los demás como atrapados por la vorágine infinita que es Dios; como si fueran una brizna de hierba absorbida por un inmenso remolino de agua.

De buen humor y sin complicaciones

Los seminaristas descubren en este José Rivera, tan espiritual, alguien profundamente humano. Encuentran en él un carácter apasionado y a la vez sereno, serio y jocoso, profundo y capaz de hablar de trivialidades, exigente en los principios y comprensivo con las personas... *«Así vivía el P. Rivera: de buen humor y sin complicaciones»*, recuerda Arizmendi (*op. cit.* 199).

Esta riqueza de contrastes la encontramos también en las cartas que escribe. En ellas leemos reflexiones y consejos de gran profundidad espiritual y, a la vez, muestras de interés por realidades muy sencillas, cuando

esto sirve para expresar la caridad. Por ejemplo, en la correspondencia de finales de 1962 con su hermana Ana María, le descubrimos planificando su viaje a Toledo para celebrar las bodas de oro de sus padres y preguntando qué regalo podrían hacerles ese día.

Su trato con las mujeres le muestra respetuoso y reservado, y, a la vez, cercano y capaz de suscitar confianza. Y eso mismo inculca a los seminaristas: relación prudente, pero sin miedos o distancias patológicas.

Y animaba a quienes se dirigían con él a cuidar la caridad fraterna de forma exquisita. Invitaba a los seminaristas a repasar, uno por uno, los nombres de sus compañeros, actualizando la fe respecto de ellos, contemplando a Cristo en cada uno, examinando su relación con ellos... Insistía en evitar el juicio y la murmuración, y en crear un ambiente de verdadera fraternidad.

Su tendencia y su capacidad para establecer relaciones personales honradas, hace que bastantes dirigidos de estos años queden notablemente influidos por él, con una influencia que les hace ser ellos mismos de una manera más libre, más auténtica. Muchos le seguirán recordando años después; por ejemplo, obispos hispanoamericanos, como Monseñor Arizmendi o Monseñor Porras, a los que ya hemos aludido, o españoles, como Monseñor Iniesta. Otros mantendrán relación con él, y estrecha colaboración, hasta el final de sus días, como, por ejemplo, los sacerdotes Juan José Rubio o José María Iraburu, con quien escribirá algún libro. Otros continuarán también beneficiándose de sus consejos y admirándolo toda la vida, como Enrique Barbero...

Entra en relación, también, con personas relevantes, sobre todo del ámbito eclesial: continúa su trato con Manuel Aparici, tiene encuentros y colaboraciones con Don Ángel Herrera, con Romero de Lema... Pero hay un dato interesante: este tipo de relaciones, que podríamos llamar «importantes», él no sólo no las busca, sino que parece tratarlas con cierta frialdad, como quien rehúye cualquier detalle que pudiera aportarle algún brillo humano.

Por otra parte, no todo era admiración hacia su persona. Surgen también incomprensiones y juicios sobre el modo y el contenido de sus predicaciones. Las quejas llegan al obispo de Salamanca, que le reprende fuertemente y plantea expulsarlo de la diócesis, medida que no llegará a concretar. José, más pendiente del juicio de Dios que de la opinión de los hombres, ni se siente ofendido ni busca defenderse. Lo recordará años después en carta a su madrina, cuando ésta atraviesa también una situación difícil en su convento:

«Yo no sé si recordarás que, aunque no han llegado a echarme de ningún sitio, el obispo de Salamanca que me quiso echar me dijo cara

a cara que no tenía ni prudencia ni caridad ni justicia [...] Y ya puedes haber visto que no me dejé impresionar ni poco ni mucho ni nada» (Cta. 8-III-1972).

Estas incomprendiones y dificultades vienen ocasionadas, también, por su modo de expresarse, rotundo, incisivo, libre... profético, para algunos; insolente, para otros. Sufre por determinadas situaciones de algunos miembros de la Iglesia, por planteamientos de mediocridad que dañan el Cuerpo Místico de Cristo, por no ver establecerse con claridad la tendencia a la santidad como clave imprescindible en la vida sacerdotal... Ese sufrimiento le lleva a hablar con formas que, a veces, pueden resultar demasiado duras, demasiado críticas, sobre todo para oídos acostumbrados a un lenguaje mediocre.

El ritmo de vida, el no reservarse nada, los sufrimientos interiores... Quienes le conocen empiezan a percibir en él síntomas de cansancio. Él mismo constata que está «cansado, pero no triste». Conversa con Don Anastasio Granados, y éste le envía a consultar con el Padre Úbeda, dominico, profesor de psiquiatría. Tras dos largas entrevistas le recomienda dejar la tarea que viene realizando y tener una temporada larga de quietud, durante la cual pueda dedicarse sobre todo a la tarea intelectual. Rivera acoge el consejo y se dispone a salir de Salamanca. Tiene 37 años.

Sacerdote enamorado de Cristo

Don Anastasio Granados tenía muy buena relación con los hermanos de San Juan de Dios, en general, y con el superior provincial de Castilla, en particular. Éste, Fr. Francisco de Sales Carrasco, además, había colaborado con Antonio Rivera en las tareas apostólicas de Acción Católica, y, después, también, con José. Estas circunstancias sugirieron la posibilidad de que José Rivera fuese a una casa de esta congregación para reponerse de su agotamiento. Y así fue. En el otoño de 1963 marcha al noviciado que los hermanos tenían en Santurce, donde es acogido con gran cordialidad.

Desde Madrid viaja con Fr. Diego de C. García, a la sazón maestro de novicios, que ya desde el primer momento queda impactado por la personalidad de José:

«Era la primera vez que yo me relacionaba con tan inteligente y tan sabio sacerdote. Ya durante el viaje pude darme cuenta de su gran sencillez y humildad, como también de su noble y generoso desprendimiento. Era un verdadero pobre, en el sentido evangélico y también en el material. Su equipaje era un signo claro de que estaba desprendido de todo y necesitaba de muy poco. Sólo cuidaba y mostraba gran apre-

cio por los libros. Era inteligente y estudioso» (FR. DIEGO DE GARCÍA, Testimonio personal).

En Santurce encuentra un noviciado repleto de jóvenes en formación, así como niños disminuidos tanto física como psíquicamente, a los cuales los hermanos prestan exquisito cuidado. José siente, agradecido, la cordial y desinteresada acogida que le dispensan los hermanos. Con ellos va a compartir dos años de su existencia.

Durante todo este tiempo, su vida es muy sencilla, sin gran repercusión exterior. Ante todo, cada día dedica tiempos muy largos a la oración. El mismo testigo anteriormente citado le recuerda como «*un sacerdote enamorado de Cristo, de una oración asidua y prolongada*». Y el provincial afirma que inmediatamente se percibía en él «*un verdadero hombre de Dios*» (FR. FRANCISCO DE SALES CARRASCO, Testimonio personal).

El mismo José registra este estilo de vida en sus notas. En una página de su diario –del que no queda casi nada de esta época– anota:

«Dedico a la oración la mañana entera, hasta poco antes de comer, hora en que bajo a la enfermería» (D. 29-X-1963). ¿Se refiere sólo a ese día o es norma de todo este tiempo? Quizá, más bien, lo segundo, porque a continuación parece establecer una regla para el estudio: «*Procuro estudiar por horas, y no por materias señaladas, para evitar todo agobio*» (*ibid.*).

Junto a la oración, dedica mucho tiempo al estudio. Ha tomado como tema prioritario los orígenes del cristianismo y se sumerge en la lectura de los Santos Padres, donde encuentra abundancia de luz y sugerentes perspectivas para su ardiente deseo de profundizar cada vez más en la verdad. Piensa incluso si su vocación particular, dentro de la vocación sacerdotal, será el quehacer intelectual, al que pudiera dedicarse de modo casi exclusivo. Se plantea, de hecho, dedicarse al estudio de la patología bajo la dirección del P. Orbe, experto en esta materia. Anota en su Diario:

«Mi vocación: ¿intelectual? Resolverlo este año. No resolver nada significará que no es intelectual, y entonces deberé dejar una serie de cosas, v.gr., el estudio de idiomas» (D. 1-XI-1963).

El estudio es parte fundamental de la terapia que le ha prescrito el P. Úbeda, quien sugiere incluso que esa tarea intelectual pueda cristalizar en un libro.

Oración, estudio... Y servicios a la comunidad religiosa que le acoge. Está disponible para las confesiones e imparte charlas y retiros. Dejemos que nos lo cuente él con una de sus cartas:

«Estos buenos hermanos me han recibido con un desinterés absoluto; pero una vez que estoy con ellos les hago cierto servicio –confesar novicios, algunas pláticas o retiros, algunas misas de comunidad– y cuando llegue mayo el otro sacerdote que hay en casa, y es maestro de novicios, se va con los novicios a Valladolid y ellos se quedan sin cura. Por eso estoy prácticamente comprometido con ellos a hacerles de capellán, y no puedo irme a otro sitio. Eso no quiere decir que no aparezca por ahí algunos días.

Como siempre he pensado que estoy como una cabra y he dudado de mi vocación específica, dentro del sacerdocio diocesano, me fui –mandado por D. Anastasio– a ver al P. Úbeda, dominico, que es profesor de psiquiatría. Hablé con él muy largo dos mañanas enteras. Y la solución fue que me estuviera quieto –del todo– una temporada larga, hasta fin de año, y luego veríamos, y que me dedicara a hacer una obra personal, escribiendo un libro. Que se publique algún día o no, es otra cosa. Me he dedicado a estudiar la espiritualidad cristiana de los primeros siglos. Por ahora estoy con los Padres Apostólicos, luego los mártires, la liturgia y los Padres siguientes. Es precioso y desde luego creo que saco cosas que no encuentro por ahí dichas. Lo único malo es la falta de elementos, pues bibliotecas no hay por aquí, y los libros son muy caros. A pesar de todo voy pudiendo comprar lo que me parece más imprescindible [...]

Rezo bastante, aunque ahora menos, porque el P. Úbeda me dijo que la terapia era trabajar en temas espirituales. Lo malo es que cuando uno se recoge más se encuentra peor, y te hace el efecto, no digo de que no he empezado, sino de que he retrocedido. Y lo peor es que el efecto que te hace es el verdadero. Pero vamos, el optimismo sigue firme, porque a Dios le cuesta igual arreglarme, y en cambio se muestra mucho más su misericordia.

No tengo ni idea de lo que será de mí después de esta curación psicológico-espiritual. Si he de dedicarme a lo intelectual, haré lo posible para buscarme la colaboración de Iraburu. Entonces creo que saldría algo serio» (Cta. V-1964).

En este proceso terapéutico, no excluye la penitencia física. Por el contrario, la integra como elemento normal, y hace sus propósitos al respecto. Recién llegado a Santurce anota:

«Mortificación: cilicio toda la mañana» (D. 29-X-1963). Y en otro momento: «No usar calmantes, sino cuando de verdad [el dolor] me incapacite para trabajar» (D. 22-XI-1963).

En 1964, cuando la comunidad se traslada a Valladolid, José se marcha con ellos. Mientras tanto mantiene un contacto relativamente frecuente,

sobre todo epistolar, con el P. Úbeda, para ir contrastando su evolución. Mediado el año 1965 se constata una plena recuperación que le permite ponerse a disposición de su obispo.

Mientras José atraviesa estas vicisitudes de agotamiento y recuperación, la Iglesia está viviendo en Roma un acontecimiento de inmensa trascendencia: el Concilio Vaticano II. Y la sociedad española empieza a experimentar tiempos de bonanza económica, de la mano de una incipiente industrialización, de la apertura al turismo y de las divisas de los emigrantes. Algo comienza a moverse en la Iglesia y en la sociedad civil. Algo que, unas décadas después, cambiará el rostro de ambas.

Para José se cierra un ciclo. De Totánés tuvo que marcharse por enfermedad. De Salamanca ha tenido que hacerlo por agotamiento. ¿Hay celo desmedido, una entrega imprudente? ¿Hemos de hablar de fracaso? ¿Tal vez la estrategia de Dios es llevarlo de derrota en derrota hasta la victoria final?... En todo caso, él no vive de parámetros exteriores; lo que cuenta es la construcción del hombre interior, la obra que el Padre, de manera misteriosa, no cesa de realizar en él.

Le sostiene, como siempre, la confianza inquebrantable:

«*Mi debilidad no me asusta, porque me hechiza su misericordia*» (D. 16-VI-1972).

7

Firme en la tempestad

Cuando José deja la casa de los Hermanos de San Juan de Dios –verano de 1965– en Roma se está concluyendo el Concilio Vaticano II. En el agitado tiempo postconciliar Rivera será un ejemplo de estabilidad. Arraigado cada vez más en lo eterno, en lo inmutable, los vientos y las borrascas de la superficie no consiguen hacerlo tambalear. Fiel a lo esencial, gozoso en su soledad, anclado en la roca firme que es Cristo, descubrimos en él un baluarte que es presencia de Otro.

Se le puede aplicar un bello texto de Péguy, citado en un libro sobre el sacerdocio que publica Y. M. Congar en estas fechas:

«Todo cristiano es hoy un soldado, el soldado de Cristo... Nuestras fidelidades son fortalezas... Todos nosotros somos islotes batidos por una tempestad inmensa y nuestras casas son fortalezas en el mar... No hay nada tan bello como la fidelidad en la prueba, no hay nada tan bello como el valor en medio de la soledad, no hay nadie tan grande como aquel a quien se le confía el puesto de la soledad» (Y. M. CONGAR, *A mis hermanos*, Salamanca 1969, 237).

La primavera se hizo tempestad

A sus 39 años José regresa a Toledo, donde es nombrado vice-director de la casa de ejercicios, en la cual residirá durante una temporada.

En esta época, octubre de 1965, comienzan ya las convulsiones que agitarán durante años a la Iglesia, tomando como pretexto la aplicación del Concilio Vaticano II. Son años de desconcierto. Las inmensas esperanzas suscitadas en torno a la celebración del concilio se tradujeron en fuerzas auto-destructoras, en desorientación doctrinal y en pérdida de vitalidad apostólica. Muchos sufren por el desmoronamiento de la Iglesia. Muchos abandonan: comienza ahora el fenómeno de la secularización de numerosos sacerdotes.

José sufre, pero no pierde la alegría. Y tampoco se extraña. Ve en todo esto la providencia purificadora de Dios. Y constata que, en cierto modo, éstas son las consecuencias de la mediocridad que él había denunciado ya en sus tiempos de seminarista.

Predicando, por ejemplo, ejercicios espirituales en una diócesis de abundante clero, un sacerdote le había objetado: «*Tú hablas como si vieras a Cristo vivo a tu lado*». Don José había respondido: «*Sin esa experiencia es imposible mantener el celibato y una vida sacerdotal gozosa y fecunda*». No mucho tiempo después ese presbiterio, numeroso, empezó a desmoronarse y su seminario quedó prácticamente vacío.

Y es que donde no reina la santidad es inevitable que entre la corrupción.

La propia diócesis de Toledo, que vive en esta época el final del pontificado del Cardenal Pla y Deniel, comienza a asistir al progresivo y casi total vaciamiento de su seminario.

Especialmente llamativa es también la crisis de Acción Católica, hasta ahora instrumento de gran fecundidad en las diócesis españolas. Cuando tiempo después Rivera hable de las causas de esta crisis citará, entre otras, la ausencia de pobres militando en el movimiento y el no haberse apoyado descaradamente en medios pobres.

Con humor, también indicará la mediocridad episcopal como raíz de la crisis eclesial. El catecismo hablaba de pedir en la oración dones y mercedes. Y Don José, con sorna, subrayaba que a los obispos se les concedían las mercedes a través de Franco, en alusión al fastuoso vehículo que el jefe del Estado les daba a cada uno.

Frente a la ideologización que parecía querer invadirlo todo, él busca centrarse en lo esencial. Va experimentando la inutilidad de muchos medios y la necesidad de aplicar los más estrictamente sobrenaturales. Experiencia ésta que comentará de la siguiente manera años después, cuando la crisis persistía y se agravaba:

«En esos ambientes que ahora frecuentas, entre tirtios y troyanos, quiero decir entre progresistas y conservadores, no hay cristiano apenas que crea en la Iglesia, ni en la Trinidad, ni que ame al prójimo, que sólo es prójimo por su relación con las Personas divinas, realizada en la Iglesia, de una u otra manera. Yo, que tanto casco [hablo], estoy cada vez más convencido de que en los tiempos especialmente difíciles hay que volver casi exclusivamente a lo esencial, y lo esencial interiormente es la fe, la esperanza y la caridad, y en cuanto a realizaciones concretas la oración y la cruz. Y todo lo demás viene a ser nada o poco más de nada, o puro daño –como creo que está siendo una buena

parte de las cosas que se hacen hoy en el «apostolado» por una parte y por otra» (Cta. 8-III-1972).

Califica como excéntricos, descentrados, a estos «tirios y troyanos», es decir, a quienes viven desde una ideología:

«Excéntrico es el que se consagra a pensar cuál es la próxima novedad que va a realizar; y excéntrico es el que se anquilosa en las rutinas heredadas» (CEst. 23-V-1966).

El, por su parte, intenta vivir en el centro real: la persona de Jesucristo.

Mientras tanto la sociedad española va cambiando. Crece el despegue económico, se acrecienta la afluencia de turistas, prosigue el éxodo de los pueblos a las ciudades, los emigrantes continúan enviando divisas... Imperceptiblemente se va gestando un divorcio entre la mentalidad corriente y la mentalidad cristiana.

La luz del estudio

Para José Rivera una de las causas de la crisis post-conciliar está en la actitud superficial con que se afronta la realidad. Superficialidad que se alimenta con la ausencia de estudio serio y riguroso. Se asombrará de la facilidad y de la frecuencia con la que se repiten tópicos que son falsos o, cuando menos, parciales, insuficientes.

Frente a ello José redobra su dedicación al estudio. Ya le vimos desde pequeño sumergirse en los libros y no abandonarlos a lo largo de los años. Ahora esta tendencia parece acrecentarse. El ritmo es vertiginoso. Sólo leyendo sus cuadernos de estudio y su diario podemos atisbar, asombrados, la abundancia y amplitud de sus lecturas, que ponen de manifiesto la presencia de una personalidad egregia.

Desde finales de 1965 a finales de 1966 le encontramos leyendo (y muchas veces resumiendo y comentando esos libros) obras de Scheler, Otto, Ramsey, Berdiaeff, exégesis sobre el evangelio de san Juan, Guardini, Dostoyevski, clásicos como Ovidio, poetas como Hierro o los hermanos Machado, artículos de Balthasar... y, por supuesto, va reflexionando hondamente los documentos del concilio, a cuya lectura va incorporando también estudios relacionados con ella; por ejemplo, cuando lee *Lumen Gentium* acude a la vez a estudios de diversos teólogos sobre la Iglesia.

¿Cómo puede mantener este ritmo intelectual? En primer lugar por su capacidad para leer con mucha rapidez. Un ejemplo:

«Leyendo los textos conciliares, pensé que en la Iglesia estaba sucediendo hoy mucho de lo que Ortega llamaba la rebelión de las masas, y se me ocurre releer la obra. Anoche lo hice –todo de un tirón– y efectivamente, no he quedado defraudado» (CEst. 4-I-1966).

Una noche, un libro, y de la densidad del citado. Claro que este autor ya lo había leído a los catorce años.

El fenómeno no es infrecuente: «*Me he quedado estudiando toda la noche*» (CEst. 30-IV-1966), anota en otro momento, y en muchas ocasiones habla de tiempo de sueño restringido para poder leer en la quietud nocturna.

Poco después, en 1972, descubre que tal vez da excesiva importancia al estudio, y decide, manteniendo la abundancia de éste, priorizar mucho más la oración.

Otra razón para que pueda mantener tan intensa vida intelectual es su vigor y su pasión por la realidad:

«Estos días no he dejado de escribir, pero sin fechar. Me siento con desaforado vigor. Apenas duermo, pero trabajo incesante e incansablemente; únicamente siento algo así como vértigo, pero no se llama vértigo, pues no es la sensación de quien se ve en la altura, sino de quien contempla amplísima extensión. Y le acosa el ansia de recorrerla. La simple exposición de las tareas de estos días, parecería abrumadora» (CEst. 2-VI-1966).

Igualmente su capacidad de concentración en circunstancias adversas le permite esta sobreabundancia de lecturas. De hecho, en esta época predica numerosas tandas de ejercicios espirituales y retiros:

«Realizo mi tarea intelectual... pero en qué condiciones! Esta noche sólo me he tumbado hora y media... Sigo con la misma idea: ¿por qué no me liberan de todo lo demás, y me permiten dedicarme a pensar?» (CEst. 28-IX-1966).

Su pequeño cuarto de la casa de ejercicios luce una biblioteca no muy numerosa (otros muchos ejemplares están en la casa familiar), pero sí muy variada: desde la correspondencia entre Gide y Claudel hasta exégesis bíblicas muy rigurosas, desde Santos Padres hasta poetas modernos y estudios literarios, desde psicología hasta místicos o autores clásicos o novelistas franceses o rusos...

Un día alguien que entró en su habitación le corrigió fraternalmente: tanta disparidad de lecturas no podrá generar un pensamiento claro y ordenado. El intenta explicar: su síntesis parte del contacto con la Realidad, las Personas divinas. Ahí va incorporando todo, porque todo, de un modo o de otro, es signo expresivo de esa realidad infinita.

Aunque la tarea pueda parecer ardua, incluso extenuante, a él le resulta un juego. Leamos cómo vive con actitud lúdica:

«Cuando leo alguna obra de talla, me parece como si todos hubieran fabricado materiales para mi visión gigantesca, infinita. Y todo

esto lo realizo como jugando. Para mí la diferencia entre el virtuoso y el santo, en el campo de lo fundamental, entre el hombre inteligente y el genio, es que los primeros trabajan –con su seria conciencia de trabajadores– (y qué hombres tan respetables, tan dignos de veneración, de fama, de admiración!, pero también, qué hombres tan aburridos!, y tan cargantes!); y los segundos juegan, juegan simplemente como cuando eran niños. Lo psicológico está ya tan identificado con lo ontológico, que de su propia vitalidad brota la obra, la acción y el resultado tal como debe ser. Cierto, en todo ello está la incomprendible, la inefable actividad divina, la conducción del Espíritu, que, por lo demás, se ha definido también como un juego» (CEst. 21-IV-1966).

En su momento se preguntará si la misión que Dios le encomienda consistirá en aportar un enfoque original de la vida espiritual. Ello llevaría consigo oración y estudio, pero también conversaciones con los demás y dejarse iluminar por la realidad tal como la obediencia se la vaya ofreciendo.

Además del estudio, Rivera en esta época queda fascinado por la música. Para escucharla usa un magnetofón, que le han regalado, y la radio, en la que sintoniza una emisora que brinda programas de música clásica. José encuentra tiempo para escuchar y disfrutar:

«He escuchado música a grandes dosis. Siento viva curiosidad por conocer el funcionamiento interior de mi capacidad para la música» (CEst. 2-VI-1966).

Meses después anota su queja por no haber tenido acceso antes a este arte, del cual afirma no entender, pero sí sentirse arrebatado por él. He aquí su queja:

«Estoy escuchando la obertura n° 3 de Bach. En esta época, me ocurre frecuentemente el pensamiento de que me han ocultado –por supuesto, no a mala idea– las bellezas más intensas del mundo, que son al cabo, fuera de las sobrenaturales –pero en íntima conexión con ellas– las más claras y decisivamente manifestativas del amor del Padre. ¿Cómo he podido vivir tantos años sin gozar de la lectura de la Divina Comedia, la Eneida, Ovidio... O de la audición de Strawinsky o Bach? [...] ¡Cuánto habría que cambiar en la educación!» (Estudios Bíblicos, 14-V-1967).

Anclado en lo esencial

Siguen transcurriendo los meses y la crisis eclesial parece arreciar cada vez más. «El ambiente –anota Rivera– se ofrece más bien oscuro. Los

días pasados hemos celebrado los retiros de sacerdotes y la falta de fe es densísima» (CEst. 21-IV-1967). El desconcierto continúa.

En alguna ocasión será convocado para reuniones de planificación pastoral diocesana. El plantea lo que han de ser claves imprescindibles: santificación personal, oración, cruz... No es comprendido por sus hermanos sacerdotes, que se quedan en una actitud, más superficial, de mera distribución de cargos, mientras le miran a él como alguien un tanto ajeno a la realidad. De hecho en estos días se habla mucho de «partir de la realidad», a lo cual Rivera responderá siempre que sí, con tal de que no haya reduccionismos: la Realidad por antonomasia son las Personas Divinas. Incomprendido por muchos, éste será un tiempo de soledad interior para él. Algún año después anotará en su diario:

«El hombre aguanta poca profundidad; un pobre ser somero, un débil pájaro nocturno ante la luz. Como en la caverna del mito platoniano, el que anuncia la visión auténtica de las cosas, tal como se ofrecen a los ojos del iluminado por la luz, es tomado por loco, por extravagante, por exagerado [...]

Todo el que asciende a la cumbre de la verdad, todo el que desciende a las insondables profundidades del propio corazón, donde aguarda la Trinidad, se va encontrando solo [...] Quien intenta ascender o descender hacia la Realidad, hacia Dios, ése se encuentra, sobre la tierra, como un viajero indefectiblemente solo. Llegado a cierto punto del camino, dos pasos más, te sitúan en perfecta soledad. Pero están los santos. Cada vez me hallo más en amistad con ellos» (D. 28-VI-1972).

En octubre de 1966 comienza a impartir «Teología de la vocación» en el seminario diocesano, agitado por las ideologías del momento. Es nombrado también confesor de los seminaristas, algunos de los cuales, por ejemplo Demetrio Fernández, descubren en él un guía seguro y lo tomarán como director espiritual hasta su fallecimiento.

Sigue viviendo en la casa de ejercicios, donde da numerosas tandas, a la vez que sale también a pueblos y a otras diócesis a predicar retiros. Por supuesto, sigue con su ritmo de audiciones musicales y lecturas. Y aprovecha, cuando va al seminario, para visitar a sus padres, ya ancianos.

En los inicios de 1967 es operado de hemorroides y poliposis rectal por el Dr. Torrecilla en la clínica Santa Lucía. El postoperatorio es muy doloroso y le lleva a tener que pedir analgésicos para poder paliarlo. Semiconsciente todavía, a causa de la anestesia, quienes le acompañaban le oyeron decir esa frase de Pío XII que él llevaba tan grabada en su

corazón: «*Misterio verdaderamente tremendo que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico*». Años después, recordándolo, él bromeaba a propósito de su reacción «tan devota», pero lo cierto es que quienes estaban con él en ese momento se impresionaron al percibir cuál era la actitud con la que estaba sufriendo y cuán profundamente la tenía arraigada.

Este mismo año de 1967, el 20 de mayo, le trae la muerte de su padre. Aunque consciente de los defectos de éste, José no duda de su salvación; por eso, su fallecimiento lo vive con esperanza; en todo momento reacciona de manera espontánea en clave de fe, descubriendo que en su padre ha acontecido el misterio pascual de Cristo. Anotamos una reflexión posterior que nos arroja luz sobre su personalidad:

«Y no olvidar que papá es el hombre a quien yo más me parezco. El que no logró hacerse querer, sino de quienes apenas le conocieron. O de quienes le conocimos mucho. Es, muy posiblemente, quien me ha marcado más que nadie en este mundo. Y no sólo porque me ha traído a él, pues ello no necesita reflexión; y no sólo porque al ser mi padre me ha transmitido un modo de ser, un estilo de vida; sino porque la convivencia con él me ha hecho, reflexiva o inconscientemente, reaccionar de peculiar manera, ante muchas cosas o acontecimientos. En primer lugar, esta convicción de que nadie, en convivencia continuada, podría quererme, lo mismo que a él no le quisieron. Acaso esta hambre, que yo pienso que él padeció toda su vida, de ternura, de comprensión, que yo comprendí dichosamente que sólo Dios –pero Él sí, pero Él sí podía y quería– era capaz de saciar, puesto que Él me la había puesto. Si alguna virtud me reconozco, es esta persistencia, esta facilidad, esta claridad en la fe. Y esta confianza, porque la fe es justamente fe en el Amor, en Dios que es Amor. Y no está, no, mal dicho, que la esperanza brota, muy a menudo, de la desesperación. En el plan de Dios, fue ciertamente necesario que yo pensara seriamente en el suicidio –¡hace ya tantos años!– para que en toda mi vida de adulto haya una seguridad tan desafortada, naturalmente hablando, en la vida» (CEst. 1-I-1969).

Las ocupaciones siguen aumentando. Además de las clases y las confesiones en el seminario, los numerosos retiros y ejercicios que predicación suscitan en muchas personas el deseo de conversaciones particulares con él y rematan en una dirección espiritual formalmente llevada. En el verano de 1968, ante el crecimiento de toda esta actividad, se pregunta seriamente si no tendría que vivir su sacerdocio de otra manera, con menos ocupaciones exteriores y más dedicación al estudio y la oración. Y es que, en esta época, siente todavía como una interrupción aquello que son

solicitaciones externas, pues su complacencia la encuentra en la soledad de la oración y el estudio:

«De verdad que yo sólo vivo cuando los demás duermen. En cuanto apunta el día comienza una cierta sensación de fin, como si hubiese acabado la vida auténtica. Ya puedo, en cualquier momento, sentirme querido por alguien, tropezar personas que me interroguen, me hagan salir de mí. Hasta entonces es la paz perfecta; sólo Dios y yo en comunicación» (CEst. 15-V-1968).

Maestro espiritual

Durante el curso 1967-68 la crisis eclesial zarandea con fuerza el seminario diocesano. Es como un eco del famoso mayo del 68 francés. José, sin embargo, hace pocas alusiones a estos fenómenos. En alguna ocasión a algún interlocutor, preocupado por la situación, le insta a ver la realidad en toda su dimensión: aunque el mal pueda ser muy grave, la presencia de las Personas divinas es un bien tal que hace palidecer cualquier desgracia. Vive muy en el hondón de su alma, donde se desarrolla la existencia más verdadera. *«Para mí –escribe– toda actividad hacia fuera es muy accidental» (CEst. 22-I-1969).*

Desde ese interior vive la crisis que está padeciendo la Iglesia. Consta la imposibilidad de colaborar con quienes han adoptado otras claves, por ejemplo, las misioneras que en ese momento dirigen la casa de ejercicios, de la que es invitado a salir; pero también con sacerdotes que tienen responsabilidades importantes en la diócesis:

«No puedo afanarme en su tarea, que creo radicalmente –este vocablo es el preciso– equivocada. Su labor no tiene raíces en la realidad, pues se azacanean, y yo no dudo que con muy meritoria buena voluntad, en lograr frutos para Dios. Pero partiendo –como ellos gustan de repetir– de la realidad. Es decir, de la realidad visible: de la irrealidad» (CEst. 25-I-1968).

Entiende que la crisis es un viraje hacia la superficialidad, hacia el hacer aparente, hacia el paganismo. Ve que se queda solo en la lucha seria, profunda, en la que desea permanecer enfrentándose al misterio de iniquidad. Entresaquemos algunas frases de una página en la que reflexiona sobre esta situación:

«Yo contemplo entre asombrado, apenado y gozoso, este lento, pero ininterrumpido, viraje de la mayoría de los católicos hacia regiones paganas [...]

Me siento solo [...] Mi quehacer habrá de ser meramente interior.

Cada vez más puramente interior.

Nunca, como ahora, he comprendido que si el grano de trigo no muere no fructifica. Nunca había pensado, como ahora, que morir es mi tarea única [...]

Me asfixio en determinados ambientes [...]

Y no tengo, no tengo de ninguna manera, ganas de luchar con los hombres. Prefiero lidiar con el demonio a solas, ensayarme a cogerle a él mismo por los cuernos, con el peligro, indudable, del revolcón y la mortal herida. Pero con la gracia de Dios, con el impulso del Espíritu, con la ayuda de los ángeles y de los santos; no en la turbación indescriptible de la ciudad del mundo. Que me dejen, Señor. Si ellos no me desean; si los que podrían, los que deberían, ser mis camaradas de combate, prefieren alinearse en otras filas, o pelear de otra manera [...] Pero que me dejen en paz. Con mi silencio, con mis libros, con mi soledad, con Dios, a luchar mis batallas interiores, más graves a lo mejor; pero más serias, verdaderas, reales... Es la mentira lo que no soporto» (CEst. 25-I-1968).

Durante ese curso, un grupo de seminaristas, cansados del desconcierto ambiental, y deseosos de encontrar luz en su formación, piden tener un año de espiritualidad, fuera del seminario, con Don José Rivera. El obispo se lo concede y en el otoño del 68 se instalan en la casa de ejercicios de Talavera de la Reina.

El objetivo de ese año era que cada seminarista pudiera ahondar serenamente en su experiencia de oración y estudio gratuito. En ese clima se proponía también una síntesis de Teología y un discernimiento de la vocación. Algunos se afianzaron en su certeza de la llamada al sacerdocio y otros descubrieron que su camino de santificación pasaba por el matrimonio. Todos concuerdan en que fue un año muy valioso para ellos, rico en experiencia de fe, en conocimiento de sí mismos, en claridad vocacional, en certezas fundamentales frente a la perplejidad generalizada. Y todos afirman la fuerza del testimonio de Don José, esperanzado y desbordante de alegría, estudioso, orante, mortificado, siempre proclive a la risa. Y muy libre.

Durante este curso de espiritualidad él mismo, con la ayuda esporádica de José María Iraburu, se encarga de dar las introducciones a cada tratado teológico, para que después el seminarista estudie personalmente. También les explica temas de espiritualidad, en los que se muestra como experto maestro. Plantea a los seminaristas el ideal de terminar el año conociendo bien las obras de Santo Tomás de Aquino y de Santa Teresa de Jesús. Y elabora para ellos esquemas diversos que les ayudan tanto en

el estudio teológico como en la vivencia del año litúrgico y en el conocimiento de sí mismos. Y se muestra siempre disponible para conversar en particular con cada uno.

Habitualmente, después de celebrar la Misa con los seminaristas, desayunaba con ellos y, al mediodía, les acompañaba en la comida. No siempre cenaba y, en todo caso, algún o algunos días no aparecía por el comedor. El ayuno se intensificó notablemente (imposible disimular en una comunidad tan reducida) cuando llegó la Cuaresma. A los testigos les falla la memoria y no consiguen concordar con exactitud cómo era su dieta, pero todos afirman que el ayuno fue muy riguroso. Una religiosa le llevaba a su cuarto agua, café y galletas; éstas no las cogía nunca, y el café dejó de tomarlo caliente; más aún, con frecuencia tomaba en una mano un poco de café soluble, se lo llevaba a la boca y después bebía del grifo... simplificación, mortificación del gusto... El café tenía como objeto ayudarle a dominar el sueño. En este punto los testigos son también unánimes: dormía muy poco. Si alguno iba en la noche a la capilla lo encontraba allí, en oración. Otras veces, siempre durante la noche, veían la luz de su habitación encendida... Un seminarista que sólo dormía cuatro o cinco horas afirma que en la noche siempre vio que estaba en la capilla o que estaba encendida la luz de su cuarto. La curiosidad les llevó a descubrir también que Don José usaba cilicio; pero, eso sí, no se le notaba ningún gesto que lo pudiese delatar.

Su vida intelectual prosigue con intensidad. Piensa que debe ahondar más en santo Tomás, pues hay matices de él que no aplica bien a la vida. Vuelve al estudio del hebreo, lee las obras de diversos literatos (Rilke, Calderón, Bloy, Bernanos, Bousoño, Aleixandre, etc.), de teólogos modernos (Chenu, De Lubac, Schillebeeck...), de filósofos como Ortega; profundiza en la Biblia, no sólo leyendo el texto, sino ayudándose de estudios especializados. Y todo esto procura hacerlo en el idioma original, pues domina bien el griego, el hebreo, el francés, el inglés, el italiano... Incluso cuando no domina una lengua intenta conocer la obra en su idioma propio; es el caso de Rilke: Don José se sumerge en su lectura en alemán, aunque tiene que ayudarse de la traducción castellana.

Periódicamente regresaba a Toledo, a la casa familiar. Indefectiblemente se le veía cargado con una maleta o una caja llena de libros leídos, que devolvía a la biblioteca sita en el hogar paterno, y que volvía a llenar con otros para leer en la temporada siguiente. Por supuesto, el trayecto que le separaba de la estación de autobuses, bastante largo, lo hacía andando, sin ahorrarse ninguna molestia, fuera cual fuera el clima. Evidentemente busca siempre el transporte público. Durante toda su vida se negó a poseer vehículo propio. Más aún, como ya hemos visto, buscaba

siempre el transporte más incómodo. A las objeciones (con otros medios se puede llegar antes y más descansado) respondía, trayendo a colación el ejemplo de san Antonio María Claret: «*Se llegará antes, pero ¿se llegará mejor?*» Una cosa es la eficacia y otra el testimonio evangélico. En el sacerdote no se busca al hombre eficaz, sino al hombre fecundo, y la fecundidad pasa por el empleo de medios evangélicos.

Entre estos medios, él siempre valoró mucho la pobreza. Cada mes, tras recibir el dinero que la administración diocesana le había asignado para su sustento, continúa con la práctica de siempre: primero paga las deudas pendientes, después su estancia en la casa de ejercicios y, si queda algo, bien lo dona o bien compra algún libro. Y comienza el mes sin nada en su haber. Más de una vez tuvo que pedir a los mismos seminaristas para poder hacer un viaje.

Sigue también interesándose por los más desfavorecidos. Un ejemplo: la familia de uno de los seminaristas ha emigrado a Madrid. Los primeros tiempos son difíciles; tienen que alojarse en una casa de precarias condiciones, donde no hay luz eléctrica ni agua corriente. El seminarista lo comenta con Don José. Éste le dice que deben vivir en una casa digna e inmediatamente comienza a pedir dinero para poder conseguirla. Transcurrido poco tiempo, gracias a esta ayuda de Don José, esta familia puede adquirir una vivienda adecuada.

Durante este curso de espiritualidad, Toledo recibe a su nuevo obispo, Don Vicente Enrique Tarancón, que permanecerá en la diócesis cuatro años. Don José será siempre respetuoso y obediente, pero dista mucho de sintonizar con sus criterios y con los de sus colaboradores más inmediatos. Sufre, en medio de su permanente alegría, porque entiende que los planteamientos que se hacen en la cabeza de la diócesis no conducen a ésta por el camino correcto. Rivera tendrá siempre, al más puro estilo profético, una visión de la realidad no siempre coincidente con quienes tienen responsabilidades de gobierno. Y en esa tensión vivirá crucificado hasta el final de su vida.

En la primavera de 1969 su madre entra en situación de gravedad. José grabará para ella una hermosa reflexión sobre la inutilidad, en la que le recuerda que cuando Cristo ha querido redimirnos se ha hecho literalmente inútil. Por tanto toda inutilidad nuestra, vivida en Él, se convierte en la mejor colaboración para la salvación de los hombres.

Convencido siempre de la prioridad fontal de la Liturgia, procura inculcar esa convicción a los seminaristas. Este año la Semana Santa la celebran en un monasterio cisterciense. José les aporta el sentido hondo de lo que se celebra, y el contexto monástico les ayuda con su celebración solemne. Todo ello en un ambiente de recogimiento.

Sigue intensificando el cultivo de la dimensión estética. Escucha música abundantemente. Un ejemplo:

«Todo el tiempo música. Primero en el magnetófono, Strawinsky. He gustado de nuevo el Apolo, el Pájaro de fuego, el Beso del hada, Petruska. Se reitera el pensamiento de que estoy muy bien dotado para disfrutar de la vida» (CEst. 23-II-1969).

Además lee, escribe, traduce y graba poesía; tarea que le parece enormemente valiosa para abrirse más plenamente a la realidad. Otro ejemplo:

«Ayer me fui con Don Javier [Álvarez de Toledo] a Toledo. Noche muy aprovechada, escuchando música, grabando poemas propios y traducciones de Eliot. Esta labor tan útil y tan diferida» (CEst. 10-III-1969).

Vive la belleza como una vía privilegiada para acceder a Dios. He aquí sus sentimientos tras escribir una poesía:

«Es la enorme sensación de plenitud, de identificación con el universo, desde y hacia Dios, que voy experimentando cada día más intensa» (CEst. 9-III-1969).

Desarraigándose

Terminado el curso de espiritualidad, Rivera dedica los meses veraniegos a diversas tandas de ejercicios espirituales en los más diversos lugares de la geografía española. Le encontramos, primero, en Palma de Mallorca. Aunque admira desde su habitación el entorno natural, con el mar al fondo, no sale a pasear. Más bien, busca otro disfrute, el intelectual. Le regalan las obras de Ramón Llull, y él no duda en abordar su lectura en catalán. Durante este verano de 1969 intensifica el estudio de esta lengua. Y eso le permite conocer no sólo a Llull, sino a Maragall y Ausias March, siempre en su expresión original.

Después de Palma va a Galicia. En unas horas libres se sumerge en la ciudad de Santiago de Compostela, disfrutando de su belleza, paseando gratuitamente. Al terminar unos ejercicios espirituales para religiosas en Pontevedra, éstas le facilitan –y, contra su costumbre, él acepta– viajar en avión a Bilbao, para que desde allí pueda desplazarse hasta Pamplona. Por dificultades de horarios le encontramos pernoctando en una pensión pobre, en la que no encuentra luz suficiente que le permita leer. Pero, claro, si se trata de lecturas, Rivera encuentra soluciones: a las 10 de la noche se instala en un bar, pide un yogurt (no ha comido) y un café, y, para sorpresa nuestra, saca de su bolsa una gramática catalana y se dedica a estudiarla. No nos consta si se fue antes de que cerraran el establecimiento o si le tuvieron que invitar a salir de él para poder cerrarlo.

A sus 45 años —estamos en octubre de 1969— vuelve a vivir en la casa paterna. Nombrado capellán de las religiosas y del colegio de Terciarias, residirá por algún tiempo en el hogar familiar. Como de costumbre, sigue anclado en la interioridad, sin dejarse conmover por los vaivenes externos. Y eso le permite vivir instalado en un gozo sereno:

«A estas fechas parece que no existe desventura capaz de hacerme desventurado. Literalmente, estoy transido de serenidad, gozosa serenidad. Lo cual, pese a todo, atribuyo a Cristo. Y ese es el testimonio que puedo ofrecer al mundo, a este angustiado mundo que me rodea» (CEst. 27-XI-1969).

Para el Adviento de este año vuelve a sentir la necesidad de intensificar los tiempos de oración. Para ello se propone un retiro nocturno semanal de al menos cuatro horas, y otro día en medio de la semana. Estos propósitos los formula en un contexto en el que la oración está no sólo desvalorizada, sino incluso denostada. Y esto no es por el prurito de ir contracorriente, sino simplemente por coherencia consigo mismo, pues no se define desde los demás o desde las corrientes ideológicas, sino desde el proyecto de amor que Dios tiene sobre él. Eso le hace muy libre. Por ejemplo, en esta época, muchos sacerdotes abandonan el vestido clerical. Rivera no reacciona contra esa tendencia; simplemente se mantiene fiel a sí mismo, a sus convicciones, a lo que dispone la Iglesia, y sigue vistiendo su sotana, cosa que hará hasta el final de sus días. Eso sí, la suya será una sotana pobre. Y más pobre aún la ropa que queda escondida bajo ella, pues hasta el final de sus días usará prendas viejas, muchas veces donadas por otros.

A final de año, en un examen de conciencia, se plantea no comprar más libros, sino usar la biblioteca del seminario para sus estudios, pero finalmente constata que bastantes de las obras que le interesan no se encuentran en ella o no se encuentran en el idioma original, y por eso decide seguir comprando.

Eso sí, sigue percibiendo un cierto apego a la tarea intelectual y se propone purificar esa tendencia. Pasando el tiempo se reirá del afán de hacer del estudio un fin. Un día comenta esta anécdota: Menéndez Pidal, ya mayor, había dicho que era una pena tener que morir cuando quedaban tantos libros por leer. *«¡Qué tontería! —dice Rivera. Estamos hechos para sumergirnos en la realidad y esto lo conseguimos infinitamente mejor a través de la muerte que a través de los libros».*

Obviamente esto no significa menosprecio de la tarea intelectual. Basta con conocer el proyecto que se había planteado a comienzos de este año para darnos cuenta de su pasión por el estudio. Permítasenos una larga cita.

«Voy a indicar las sendas necesarias de mis quehaceres durante el 1969.

Y en primer lugar, en cuanto a materia, se impone, como estrictamente inexcusable, la terminación de asuntos ya emprendidos. Lo que lleva consigo un repaso a mis escritos anteriores. Muchas cuestiones meditadas no han frutado suficientemente por falta de remate. Debo releer los cuadernos anotando los temas no liquidados. Ciertamente hay problemas que son propiamente inacabables, sobre los cuales se ha de volver una y otra vez; pero en todo caso habrá que proseguir el camino ya hollado. Y aun dentro de los estudios acometidos, hay que exprimir lo más posible los libros leídos, las notas tomadas, y que a veces permanecen intactas, acaso ya apenas inteligibles por manuscritas, poco menos que estériles por defecto de meditación atenta y rigurosa.

Entre estos temas y estos libros podría, sólo con la memoria, señalar: Cristo Esposo, el sentido de la satisfacción de Cristo, y más anchamente, el sentido total del sacrificio de Jesús; el misterio de la Trinidad: Cristo como Verbo del Padre. (Los dos libros de Olegario). Caracteres de la mentalidad moderna: libros de López Quintás y de Mañero; obras de López-Ibor; algunos escritos sobre el teatro moderno ya acotados. Examen del pensamiento en la poesía lírica de Eliot. Lo que me resta de la poesía de Unamuno. Los clásicos latinos: continuar a partir de Virgilio, aun dejando incompleto el estudio de Cicerón. Teatro de Calderón, incluyendo, desde luego, un amplio repertorio de obras modernas sobre el asunto. La libertad humana. El sentido de lo jurídico: relación con lo moral, lo psicológico y lo ontológico... Pensamiento de Rilke: esperan análisis todavía las poesías. Lectura del segundo volumen de «La decadencia de Occidente». Lingüística, con el tema del signo...

Repaso de mis lecturas francesas, inglesas, italianas, griegas (Nuevo Testamento), hebreas. Asegurar los conocimientos de estos idiomas, hasta lograr leerlo todo al menos como el francés, y éste conseguir que no haya diferencia alguna, en cualquier clase de tema, con la lectura en castellano...

Todo ello me obliga a la pregonada, y no demasiado practicada, abstinencia mental respecto de nuevas materias. Que no me deje llevar, por Dios, de la tentación de estudiar árabe, chino, caldeo, o los lenguajes polinésicos. Tentación que no faltará durante el año...»¹ (CEst. 1-I-1969).

A comienzos de año, el 22 de enero de 1970, es nombrado consiliario diocesano de maestros de Acción Católica, cargo en el que constata sus

profundas divergencias con la orientación adoptada por este movimiento. La Providencia le poda uno de sus amores, arraigado en él desde niño.

En el mes de abril acaece la muerte de su madre. Puede asistirle en sus últimos momentos y queda profundamente sereno al verla morir cristianamente. Más adelante comentará que le duele más un pecado venial que esta muerte, acceso a la gloria. Durante la noche quiere quedarse velando el cadáver, pero el sueño le vence y duerme varias horas. Mientras tanto las religiosas lo han acompañado y él agradece el gesto.

En mayo, un nuevo desprendimiento: quien ha venido siendo su director espiritual, Don Anastasio Granados, obispo auxiliar, es nombrado ahora residencial de la diócesis de Palencia. Dios sigue cortando amarras, y él crece en libertad:

*«Ya estoy desarraigado. Y en medio de la gente,
Que en necio torbellino se angustia y se fatiga
En el gesto excesivo o en la mínima intriga
Yo camino ligero, ya casi todo ausente.
Y cuando cese un día, definitivamente,
El mandato divino que a la tierra me liga,
No arrullará mi muerte ninguna voz amiga,
No cerrarán mis ojos, no besarán mi frente.
Solitario camino, ágil, libre, jocundo,
Abiertos a mis ojos senderos de otro mundo,
Cubriendo mi vereda del Señor al Señor.
Y cuando solitario mi hombre carnal sucumba
Acaso ni siquiera me den los hombres tumba,
Mas gozará mi espíritu la Verdad del Amor»
(Poemas del desarraigo, 1969-1973).*

Y para ahondar más el desarraigo, se hace cada vez más patente la diferencia de criterios con su obispo y los inmediatos colaboradores de éste.

Rivera no se deja atrapar por lo accidental; se reconcentra, con intensidad creciente, en lo esencial, configurarse con Cristo:

«¿No es el mayor servicio al prójimo, a la Iglesia, la evolución armónica de una personalidad cristiana?» (D. 1-XII-1969).

«No hay más que una urgencia, la de ser santo» (D. 4-XII-1969).

Sus días en mis noches

Don Anastasio Granados, que conoce y estima a José Rivera, le propone marchar a la diócesis de Palencia para asumir la dirección espiritual del seminario mayor. José acepta y en septiembre le vemos incorporado al equipo de formadores. Ahí permanecerá desde 1970 hasta 1975. Cinco años en los que deja profunda huella en seminaristas y sacerdotes.

Digamos, en primer lugar, que su desarraigo le ha puesto más en Cristo, quien se convierte en su patria, su hogar, su descanso:

«Jamás, desde hace mucho tiempo, he hallado yo un solo árbol en que descansar. A la verdad no lo he echado nunca de menos. Para esto me ha bastado siempre Cristo y no he podido comprender, ni en mis peores momentos, esa proliferación de literatura sobre la soledad y la necesidad de apoyo en los sacerdotes. Que Cristo basta es para mí algo experimental y fuera de toda duda. Pero como no me encuentro de ninguna manera autosuficiente, ello ofrece al menos terreno fácil para sentir esta ternura temperamental, una vez tocada por la gracia, elevarse vertical hacia arriba [...] una ternura que me hincha, que me llena, vigorosa, diría incluso, violentamente, cuando me siento en brazos de Él» (D. 5-IV-1972).

Tanto formadores como seminaristas advierten enseguida la personalidad singular del nuevo director espiritual. Su cuarto es austero, aunque bien abastado de libros. Su vestir es pobre, una sotana sencilla y gastada, con un jersey de lana, sobre ella, en invierno; prendas ambas que usa hasta que literalmente se rompen. Despreocupado de formalismos convencionales, salta a la vista que no cuida su imagen. Pronto captan que duerme poco y estudia y reza mucho. Fuma y toma café, estimulantes que le ayudan a prolongar el tiempo de vigilia, aunque se reconoce apegado al tabaco, con el que mantendrá una lucha –para disminuir su consumo– hasta el final de sus días. Eso sí, siempre comprará la marca más barata y, si le regalan una más cara, procura cambiarla en el estanco. Sencillo y humilde, oculta aquello que pudiera suponer prestigio. *«Puedo decir –afirma uno de sus compañeros en el equipo de formación– que nunca presumió de su condición social familiar económicamente alta, ni de su formación teológica muy superior a la normal del clero de entonces» (Positio, testigo 45).*

Ocupado durante el día, continúa su costumbre de orar en la noche:

*«Poderoso de nuevo el sentido de intercesión. Gusto de estas vigili-
as en que me siento velando mientras duermen todos, o casi todos, los
que me han sido confiados. Yo preparo sus días en mis noches» (D. 21-
XII-1972).*

Y escribiendo a su hermana le cuenta su ritmo de oración:

«Yo estoy muy centrado tanto en la dirección como en las clases, aunque, eso sí, sin tiempo para nada. Únicamente soy inflexible en dedicar a la oración el espacio que va del despertar hasta la hora de levantarse ellos [los seminaristas]; la mayor parte de los días 3 horas por lo menos, a veces más. Y de cuando en cuando cojo la noche entera» (Cta. 23-III-1973).

Los seminaristas descubrieron a alguien totalmente disponible para ellos. A cualquier hora del día o de la noche podían acceder a él para abrirle su alma. Jamás daba sensación de sentirse interrumpido o molesto, incluso aunque le buscasen a horas intempestivas. Alguno, que había estado conversando con él hasta altas horas de la noche, comentó, con otros, sentir vergüenza por robar horas de sueño al director espiritual. Sin embargo, lo que él anota en diversas ocasiones en su diario es que no siente que le roben sueño; su única contrariedad es que, al acostarse más tarde, no puede disfrutar más tiempo de la intimidad con Cristo en la madrugada. Esta actitud de acogida a los formandos, va, además, impregnada de buen humor, no faltando frases jocosas que ayudan a que el seminarista se sienta querido y distendido.

Y junto a la alegría, el respeto cuidadoso hacia cada persona. En el seminario palentino también se siente el zarandeo ideológico del momento y bastantes seminaristas se sienten desorientados, no faltando quien busca alimento ideológico en el marxismo o en otras corrientes de moda. José no critica, no se extraña del ansia de libertad de algunos o del deseo



Curso de verano en Lebanza, Seminario de Palencia. Mons. Granados. Rivera

de encontrar formas nuevas de otros; no se sorprende de que éste o aquél alimente su vida intelectual con autores dudosos... Afianzado en la gracia, acoge a cada uno como es, no juzga, estimula, guía con paciencia, no encorseta en planes o métodos... Y les sorprende: un seminarista le habla de Marx y del valor de sus tesis para un avance de la justicia social. Don José le escucha. Para la siguiente entrevista ha leído, subrayado y pensado las obras de Marx. Él no habla desde impresiones o ideas de moda, sino desde el conocimiento reflexivo de lo que realmente un autor ha escrito.

En septiembre de 1972 se le encarga, también, la misión de profesor de Teología de la Gracia. Se revela como un maestro original. Da sus clases y permanece disponible para explicar, en cualquier momento, lo que los alumnos necesiten. Les suele regalar, también, un libro de texto para que puedan estudiar bien la materia. Y, por supuesto, su biblioteca está a disposición de todos. Nunca lleva control de los libros que presta y, si algunos no le son devueltos, no se preocupa ni los reclama. Años más tarde, hablando de su abundante biblioteca, dirá que se ha hecho a base de perder libros.

Sigue siendo un tomista convencido. Con el Concilio Vaticano II, terminado pocos años antes, sigue pensando que los seminaristas han de tener a Santo Tomás de Aquino como maestro en sus estudios:

«Ya siento algo, y aun mucho, este deseo de que los muchachos [los seminaristas] comprendan la doctrina de santo Tomás. Pero debo percatarme del poder de intercesión de la Iglesia; pues es ella misma quien lo suplica, y sus ruegos son eficaces necesariamente. ¿Qué sería un grupo de 30 sacerdotes en esta diócesis, que hubieran entendido, comprendido, la doctrina tomista?» (D. 29-I-1973).

En estos años palentinos comienza a hacerse realidad otra iniciativa, en colaboración con José María Iraburu, profesor entonces en Burgos, en la Facultad de Teología. En medio de la desorientación ideológica del momento, ambos dan retiros, charlas, ejercicios espirituales, y no faltan personas que les piden tener esas ideas por escrito. Rivera elabora a veces esquemas y los entrega para que se puedan seguir mejor sus charlas, pero no es suficiente. Por eso, ahora comienzan a publicar una serie de cuadernos de espiritualidad, profundos y sencillos, no demasiado largos, sobre temas fundamentales: la santidad, la vocación, la oración, etc. Esta iniciativa culminará en un libro, *Espiritualidad católica*, que verá la luz en 1982, un libro de 1060 páginas, que en 1988 redujeron a la mitad en la *Síntesis de Espiritualidad Católica*. Ésta fue la primera obra publicada por la Fundación GRATIS DATE, que habían fundado ese año con un grupo de laicos. Iraburu nos cuenta cómo elaboraban estos escritos:

«El trabajo lo hacíamos así: yo preparaba un esquema sobre un tema de espiritualidad y se lo enviaba a Rivera; iba después donde él estuviera, y allí conversábamos durante varias horas, a veces más de un día, sobre el tema elegido, mientras yo tomaba notas. Posteriormente, elaboraba yo el tema, buscando citas, redactando, etc. Y por fin, él hacía una última lectura del texto, al que apenas solía hacer ya alguna observación pequeña. Con eso el escrito iba a la imprenta» (Positio, testigo 38).

Respecto de estas publicaciones, como en tantas otras cosas, José muestra una santa indiferencia. Para él, los artefactos son todos muy relativos; lo que importa es la construcción del hombre interior o, dicho con palabras de su diario: *«La mejor manera de ayudar a cualquiera es santificarme yo» (D. 1-I-1974).*

La santidad continúa siendo su pasión. Es el ideal que intenta inculcar a los seminaristas. La convicción con la que habla y vive, toca el corazón de muchos de ellos, que comienzan a ver horizontes nuevos. Alguno – José Luis Pérez de la Roza – se convertirá en estrecho colaborador y fiel dirigido hasta la muerte de Rivera.

Don José nunca rebaja el ideal; muy al contrario, propone la santidad heroica, la vivencia radical del Evangelio. Pero lo propone con esperanza, cierto de que *«cualquier día puede ser ya la víspera del milagro» (D. 6-IV-1972).*

Además de las mortificaciones tomadas voluntariamente, no le faltan, de manera continua, dolores diversos que, sin embargo, no le hacen perder su alegría:

«Realmente mi vida de cruz física, aunque sea en medida modesta, está segura, pues apenas se pasa un día en que no me acucien varios dolores, o al menos molestias y malestar diverso» (D. 1-IV-1972).

En la primavera de 1973 los sufrimientos no son tan modestos; reaparecen con intensidad los dolores de columna y se ve obligado a estar en cama varios meses. En esa situación continúa recibiendo con normalidad a los seminaristas para la dirección espiritual y, postrado en el lecho, les imparte las clases de teología.

Durante estos años palentinos, se dan, en la distancia física, algunos acontecimientos relevantes para él.

En primer lugar, el 29 de marzo de 1971 muere Basi, una señora que siempre trabajó en el hogar familiar, tanto en las tareas domésticas como en el cuidado de los niños. José sentía por ella gran afecto. Un testigo comenta cómo le vio sollozar ante esta muerte, aunque, paradójicamente, tenía plena certeza de su salvación. De ella, como de sus padres, tenía

la idea de que no habían sido santos durante su peregrinación terrena, pero sí habían avanzado por las sendas de Cristo y esto les había posibilitado alcanzar la santidad en el acontecimiento de la muerte. De hecho se encomienda a ellos y en algún momento atribuye a su intercesión alguna gracia particular.

Otro hecho importante es el cambio de obispo en la sede toledana. Don Vicente Enrique Tarancón es trasladado a Madrid, y el 23 de enero de 1972, festividad de San Ildefonso, patrono de Toledo, toma posesión de la diócesis primada Don Marcelo González Martín. Con él se reorientará el rumbo de tareas e instituciones, especialmente del seminario; será él quien le confie la misión de colaborar en el seminario toledano, tarea en la que permanecerá hasta su muerte.

El tercer hecho es la salida de Carmelina, su madrina, de las Carmelitas, y su posterior ingreso, tras un año de permanencia en casa, en las Clarisas.

Paulatinamente, las tareas fuera del seminario van aumentando. Esporádicamente le piden charlas o confesiones en parroquias; sacerdotes, congregaciones religiosas y laicos le solicitan retiros y ejercicios espirituales; y otros quieren beneficiarse de su dirección espiritual. Y no se interrumpe la correspondencia con personas que desde tiempos anteriores siguen su consejo desde la distancia física.

Como siempre, su experiencia interior durante estos años es muy honda, rica en matices, a veces paradójica... Aun a riesgo de caricaturizarla, anotemos algunas pinceladas.

Realista, humilde, reconoce los dones que Dios ha puesto en él y su crecimiento en la vida espiritual:

«Pese a todas las infidelidades de mi vida, lo que ciertamente avanza sin cesar es la visión sobrenatural. Sí, cada uno tiene su propio don, y sin duda el mío es este de ver. Apenas me dejo influir un poco por Él, mi facilidad, mi anchura y profundidad y longitud en las visiones adelante» (D. 30-III-1972).

Sigue valorando la cruz, el sacrificio, como instrumento espiritual y pastoral fundamental:

«La cruz, por menuda que sea, y aun no siendo específicamente cristiana, contiene valores desmesurados respecto de nuestros medios pastorales, si la sabemos asumir» (D. 2-XII-1974).

«Toda cruz produce necesariamente comunicación del Espíritu Santo» (D. 4-IV-1972).

Cristo le resulta cada vez más arrebatador y más satisfactorio:

«Pues estoy hecho a su medida. Siento vivamente que para mi manera peculiar solo Él se presenta saciante. Pues está hecho para mí – vivió y murió y vive de nuevo resucitado para mí–, como yo estoy hecho para Él» (D. 5-IV-1972).

Goza cuando, en la noche, puede expansionarse a solas con Él, sin miedo a interrupciones; siente estos ratos como «*el mayor gusto del día entero*» (D. 21-IV-1972). En ellos descansa y se siente transformado:

«*Esta presencia mutua de amigos; en que no temo dañar ni ser dañado, en que no temo posibles fisuras, en que me saboreo aceptado de todas maneras, mejorado, indeciblemente transformado...*» (D. 21-IV-1972)

Profundiza y se acrecienta su afianzamiento en la esperanza, que no queda limitada al deseo de santificación personal, sino que tiene un talante apostólico, un ansia de fecundidad sobrenatural, no limitada ni por el tiempo ni por el espacio:

«*¿No puedo yo, acaso, suscitar movimientos espirituales salvadores de muchedumbres? Así es, y no puedo dudar de que tal sea mi vocación. Solamente se requiere la condición de mi fidelidad*» (D. 21-X-1972)

«*Posibilidad de crear en torno mío corrientes inextinguibles de fe y amor. Procreación de vida sobrenatural. Esto sí me anima a cualquier desprendimiento. O mejor dicho, ello me despega sin más, pues todo lo demás se me torna inimportante*» (D. 23-X-1972)

Una esperanza que brota de Dios, no de un optimismo ingenuo, pues bien conoce él que «*es incalculable la resistencia que el hombre, el hombre medio, el llamado de buena voluntad, opone a la gracia*» (D. 3-XI-

1972). Pero, con certeza mayor, sabe que «*las dificultades son la ocasión para el milagro*» (D. 26-VI-1972), porque «*lo peculiar de Dios es hacer maravillas y la tarea del hombre –glorificarle– consiste esencialmente en esperarlas de Él*» (D. 1-V-1972).

Otro sentimiento le embarga en estos años: la aguda conciencia de infidelidad al amor de Cristo, y con ella la experiencia del fracaso de sus proyec-



Ana María, Hna. Carmen, Conchi Ramos

tos. Pero todo ello no lo vive ni con desánimo ni con amargura; ni siquiera con una sensación de culpabilidad angustiada o paralizante, sino en la confianza serena y en la admiración gozosa de la misericordia divina. Escribirá con lúcida serenidad sobre sus respuestas a la gracia y sus proyectos personales:

«Todos son ruinas en torno mío y en mi propio interior» (D. 19-III-1972). «Como fondo a la historia del amor divino, yo escribiría con gusto mi vida: “historia de una cobarde resistencia”» (D. 28-IV-1972)

Pero subrayará, con intensidad mayor, la misericordia, recibida, gozada, agradecida:

«Algo muy letificante: dondequiera me revuelva encuentro esta ternura divina que me rodea.

Ayer, un tanto al azar, en uno de esos momentos en que estás «haciendo tiempo», tomé el libro “Dios les basta”, y lo abrí y topé con aquella frase –ya conocida– de Santa Teresa de Lisieux: “Hermana mía, Vd. quiere la justicia de Dios, y la tendrá. Porque el alma recibe exactamente de Dios lo que de Él espera”. Salí llorando, porque en unos momentos en que tengo tan presente mi fracaso, me asegura cabalmente el éxito. Pues, esto es cierto, siempre he esperado de Dios el amor sin más, y lo he esperado en circunstancias, diríamos desesperantes. Y por ello, estoy seguro de recibirlo. Exactamente eso, pero en abundancia infinitamente mayor» (D. 1-IV-1972)

Sus fracasos revelan al Dios rico en misericordia, y eso –porque es Él quien le importa– hace que su vida se le manifieste hermosa:

«Mi vida se me ofrece como una obra de belleza maravillosa. ¡Dios mío, nada hay más hermoso que el amor! ¡Dios, que es amor, es belleza! Y los 46 años ya pretéritos están apretadamente llenos de manifestaciones, de realizaciones del amor de Cristo. Y en Él, actuando sin cesar el Padre y el Espíritu» (D. 31-III-1972)

Añadamos una nota en este su paisaje interior: José siente ardiente hambre de Dios, de contemplación, de soledad. Y con ese hambre, la conciencia de que son los medios sobrenaturales (intercesión, sacrificio...) los que pueden frenar los males de la Iglesia y del mundo, y hacer renacer una poderosa corriente de vida espiritual. Eso le impulsa a tocar las puertas de la Cartuja. A sus 46 años piensa que Dios puede estar llamándole a esa soledad contemplativa. El 19 de marzo de 1972, José María Iraburu le recoge en el seminario de Palencia y le lleva en su coche a la Cartuja burgalesa de Miraflores. Dios habla a través de las circunstancias: las normas limitan la edad de admisión de candidatos; con 46 años ya no se puede ingresar... Su camino es la diócesis.

Mientras tanto, en el seminario las cosas no van bien del todo. Es verdad que los seminaristas son receptivos y en poco tiempo se ha realizado en ellos un cambio notable. Pero Rivera discrepa de la impronta general y, sobre todo, del estilo de los superiores. Los ve virtuosos, pero instalados en la mediocridad; él piensa que el formador es un pastor que convive y disfruta con los formandos, pero los superiores establecen un estilo de vida más propio de trabajadores, con su horario y su distancia respecto de los seminaristas, con sus comidas aparte –mejores y más abundantes–, con posibilidad de satisfacer gustos prohibidos a los muchachos (por ejemplo, ver la televisión cada día)... José no juzga, se duele y piensa que, en buena medida, esta situación es también responsabilidad suya. Dado a la soledad, ha de convivir con los superiores en interminables horas de conversación intrascendente y, a la vez, no encuentra un espacio donde pueda preservar su intimidad, su aislamiento, vital para él. Aunque vive en paz y alegría, a la vez experimenta una intensa tensión interior, que llega incluso a somatizar en vómitos y mayor abundancia de jaquecas.

Estos datos, más el deseo del nuevo arzobispo toledano, harán que en junio de 1975 Rivera abandone Palencia y regrese a Toledo. Le apena cambiar una casa, el seminario, donde está la presencia eucarística de Cristo, por otra, la vivienda familiar –a cuya propiedad ha renunciado–, carente de Eucaristía. Leemos en su diario:

«Probablemente, dentro de una semana exacta dejaré este seminario definitivamente...»

Ya apunté, muy recientemente: en todas las líneas para mí hoy perceptibles, puedo señalar progresos, gracias divinas. Pero en todas, y consiguientemente en la totalidad, ¡inenarrable mediocridad, pobreza!

*Y existe mi universo, tierra inmensa
apenas todavía roturada.
No flores, frutos no; sabor y aroma
aún ausentes de fronda enmarañada.
Mas sopla ya la brisa fecundante,
copiosa corre y cristalina el agua,
por mis huertos incultos, olvidados,
delicioso vergel en esperanza!*

Estos versos –precisados por supuesto de pulimentos– indican bastante bien la sensación actual de mi interior.

Sigo esperando [...]

Un sentimiento, que realmente me anima, es esta pena real que me acosa al cambiar el seminario, con la presencia eucarística de Cristo, por la casa de Ana María, huérfana de tal presencia [...] Esta habitación en la misma casa de Cristo, me causaba un gozo apenas percibido... Pero cuya autenticidad se esclarece al abandonar la casa...» (D. 29-V-1975)

8

Inmerso en la eternidad

Terminada la etapa palentina, José regresa a Toledo. Le restan 16 años de vida en la tierra, pero en él se percibe un creciente arraigo en lo eterno. El ancla de su personalidad está en la profundidad de Dios; lo temporal es tan sólo un vaivén que no le saca de su centro. Se va de Palencia, pero no cambia de lugar, porque camina «del Señor al Señor» (Poema citado).

En este tiempo de madurez sus claves vitales no varían; se ahondan y se purifican: pasión por la santidad, conciencia de pecador, humildad, pobreza... y, de forma muy intensa, esperanza:

«Comencemos de nuevo... esperando. La única virtud, en que no creo me aventajen muchos, es en la esperanza. Esta capacidad de volver a esperar, a empezar, o ni siquiera volver, sino proseguir esperando, pese a las objeciones más aparentemente definitivas contra la confianza... Esperar contra esperanza. Sin más motivo que la pura fe...

Que a mis 58 años [tiene 59 al regresar a Toledo; pero este texto, posterior, recoge no obstante el sentir de estos años], con la historia que tengo detrás, continúe esperando, me resulta literalmente un milagro. Porque espero, espero. La santidad heroica es hoy mi objetivo, mi aliciente único para vivir, como lo era a los 14 años... Y no es mera veleidad, ilusión pura; ya que, pese a todo, voy realizando actividades interiores y exteriores, impensables en tiempos precedentes, y a veces muy próximos...

¿No debo, no le debo a Cristo, tras la historia de su fidelidad frente a mis infidelidades permanentes, esta esperanza: este deseo vivo, aunque tantas veces ineficaz, esta confianza inquebrantable? Pienso que la desconfianza sería el único pecado imperdonable [...]

Siembro para una cosecha eterna, que se recogerá al fin de los tiempos. ¡Qué dignidad de vida, de persona! [...]

¿Qué no he profanado? ¿A quién no he infectado? Y no obstante aquí sigo, esperando, por obra de su Amor...» (D. 22-XII-1983).

El sueño de un Cardenal

En Toledo el Cardenal Marcelo González Martín, llegado a esta diócesis en 1972, ha encontrado un seminario en proceso de derrumbamiento: la crisis postconciliar lo ha ido ideologizando y vaciando de alumnos. Aborda esta situación con claridad y decisión. Pronto escribe una carta pastoral, *Un seminario nuevo y libre*, que planta las bases para un relanzamiento de esta institución, que considera como el corazón de la diócesis. Sueña con una primavera de vocaciones sacerdotales.

Al llegar Rivera en el verano de 1975, Don Marcelo piensa en él como una pieza importante para esta renovación del seminario, y lo incorpora como confesor ordinario y profesor de «Gracia y virtudes» y «Teología espiritual» en el otoño de ese mismo año.

Al iniciarse este curso académico, 1975-76, le confía la predicación de los ejercicios espirituales. Los seminaristas no permanecen indiferentes. Unos quedan deslumbrados, otros desconcertados y algunos contrariados. En todo caso, a partir de este momento, bastantes comienzan a llevar dirección espiritual con él. Apenas transcurridos dos o tres años, el seminario toledano cuenta ya con 60 seminaristas, de los cuales dos tercios se dirigen con él. El número de vocaciones sigue creciendo en los años siguientes, sobrepasando el centenar: más dirigidos para Rivera. Al principio recibía a cada seminarista una hora cada semana; después –dada la creciente demanda– las entrevistas eran quincenales; y más tarde, a veces, éstas tenían que ser postergadas. Los seminaristas, que tenían avidez por conseguir turno, experimentaban que en la hora que les dedicaba, cada uno parecía ser el único y lo único que existía para Don José en ese momento. Tenía facilidad para provocar la confidencia, y eso hacía que el dirigido abriera su corazón, experimentando que era mirado más allá de sus logros o fracasos, más allá de modos caracterológicos o dificultades morales; era una mirada dirigida a la persona en cuanto tal, una mirada exenta de juicios y cargada de esperanza.

Propiamente, él no formaba parte del equipo de formadores, sino que era un director espiritual externo. Esto le permitía vivir fuera, en la casa familiar, próxima al seminario, y así podía llevar un estilo de vida más acorde con su modo de ser. Aunque en lo exterior su vida va sobrecargándose de actividad, en su interior vive centrado en la tarea más real: santificarse. «*El único sentido de mi vida* –anota en su diario– *es alcanzar la medida de la donación de Cristo (y eso es desenvolver mi personalidad cristiana en plenitud)*» (D. 30-IV-1976). Las tareas concretas han de ser aceptadas o desestimadas en tanto en cuanto ayudan a santificarse. Esta tensión hacia la santidad la vive con paz, con inmensa con-

fianza, sin subrayar empeños concretos, dejándose impulsar suavemente por la acción de la gracia:

«Como siempre, no advierto la necesidad, ni la utilidad de multiplicar propósitos, de acentuar resoluciones, ni siquiera de revolver pensamientos; sino de continuar a mi modo infantil, humildemente, entre lecturas suaves, rezos a medias, reflexiones sueltas y estudios sagrados, escuchando la voz de Cristo, la palabra vivificante del Padre, deseoso de recibir su Espíritu, para que ellos me maduren, me acrecienten, para que me saquen de las estériles tierras de mi egoísmo, de mi impotencia, de mi pecado... Solamente quería insistir en estos proyectos: continuidad en la oración diaria prolongada –retiro mensual de día entero– confesión más o menos semanal» (ibid.).

Al igual que en etapas anteriores, también ahora Rivera quiere contar con algún experto en psicología, que pueda ayudarle en el trato personal con los seminaristas. Acude al psiquiatra Rafael Sancho, a quien consulta cuestiones caracterológicas, y a quien envía, en determinados casos, a alguno de sus dirigidos, para que le ayude a esclarecer aspectos de su personalidad. Don José no es un psicólogo que confunde la dirección espiritual con la terapia psicológica, pero sí es consciente de la ayuda que las ciencias humanas pueden prestar en el arte de dirigir almas. Él mismo lee y reflexiona multitud de libros de psicología.

No sólo los seminaristas buscan su dirección espiritual. Personas que han hecho retiros con él o lo conocen por otra circunstancia, le piden su acompañamiento. La agenda de Rivera va sobrecargándose y ha de buscar horas nocturnas para recibir a quienes no puede hacerlo en otro momento. Serán muchas veces sacerdotes quienes estén conversando con él hasta las 11 o las 12 de la noche. Al experimentar lo valioso de su ayuda, muchos se animan a llevar a otros a una entrevista con él. De manera especial invitan a personas de carácter complicado, difíciles de entender. Rivera acoge a todos con afabilidad, les trata con paciencia, resitúa sus inquietudes desde una profundidad mayor, infunde esperanza... No dirigía encorsetando con planes, métodos o normas; su dirección era, más bien, un impulso hacia la santidad, un estímulo recibido en lo más profundo de la personalidad del dirigido, que le ayudaba a éste a avanzar con libertad por los caminos de Dios. No había modelos preconcebidos; cada cual era guiado como persona única e irreplicable, en un exquisito respeto hacia la obra que la gracia de Dios estaba realizando en su corazón. Dialogar con él –dirá un testigo– significaba sumergirse en la ternura de Dios.

El señor Cardenal conoce la entrega incondicional de José a su ministerio. No es preciso asignarle muchas tareas, porque su celo le impele a

no reservarse nada. No obstante, en diciembre de 1975 le nombra adscrito a la parroquia de San Andrés. Y en octubre de 1976, ante el abandono imprevisto de quien estaba nombrado para ello, le encarga las clases de Historia de la Filosofía.

Como profesor era también peculiar. A partir del libro de texto, él hablaba, estimulaba a la reflexión, hacía caer en la cuenta de la íntima relación entre el estudio, la vida espiritual y la vida pastoral... Cuando tuvo que ocuparse de las clases de Historia de la Filosofía –materia en la que no era experto– regaló a cada alumno un manual y buscó estimular en ellos la pasión por la verdad, así como la actitud de diálogo con cada filósofo. Nada academicista, sus clases eran un estímulo para buscar la sabiduría.

En esta época anota en su diario un avance importante. Hasta ahora él se sentía vivir plenamente en la noche, cuando en el silencio ininterrumpido encontraba varias horas para engolfarse en la oración y el estudio. La venida del día, con el despertar de las actividades, la sentía como una pérdida. Ahora, en cambio, también experimenta la actividad como don de Dios, como lugar de configuración con Cristo. Si bien sigue prefiriendo la soledad, ya no siente las tareas como pérdida. Simultáneamente sigue creciendo en él la experiencia descrita unos años antes en un poema:

*«Ya no tengo raíces en el suelo;
Una sola raíz ya desde el cielo
Continúa sobre mí su savia vierte;
Ya no vivo la vida de este mundo;
Ya vivo todo, lúcido, jocundo,
A otro lado del reino de la muerte»*

(Poemas, Toledo 1998, 91).

El sueño de un sacerdote

El Cardenal vive gozosamente el renacimiento del seminario, al que también afluyen candidatos venidos de otros lugares de España y del extranjero. Don José se sabe colaborador en la raíz de la Iglesia; si hay un florecimiento de pastores santos, habrá un renacer cristiano en las comunidades parroquiales y diocesanas. No obstante, él, como siempre, no fija la atención en el artefacto pastoral, sino en la persona: si se construye el hombre interior, habrá fruto; en cambio, sin un corazón configurado con Cristo, las estructuras y las actividades serán estériles. Y, además, cada vez más arraigado en lo eterno, los fracasos o éxitos, también los apostólicos, los ve siempre como relativos, es decir, en relación a la eternidad. En su diario le vemos insistir en estas realidades radicales, es

decir, que son la raíz de lo demás, como él solía explicar. Leamos dos textos, a modo de ejemplo:

«Sólo tengo una faena que realizar en este mundo, y sólo llevándola a cabo, puedo ser útil a los demás: ser santo» (D. 23-XII-1976).

«Ha de crecer, incontenible, la conciencia de que lo único importante, lo principal, el principio de todo es mi unión inmediata con Cristo como es: Hijo del Padre, Portador del Espíritu, Cabeza del Cuerpo Místico» (D. 3-V-1976).

Para adentrarse en esta intimidad con Cristo, José persiste en su actitud orante:

«Lo importante es no dejar la oración prolongada. El mínimo de dos horas y media cada día, y procurando seriamente añadir el retiro mensual» (D. 24-IV-1976).

Busca siempre las primeras horas de la mañana para orar. Al final de su vida, él mismo escribirá que eso ha sido vital para él.

Y junto a la oración, la penitencia. Él ha afirmado con frecuencia que toda cruz libera Espíritu Santo. No la rehúye. En primer lugar, asume las incomodidades y sufrimientos ordinarios, no buscados. En estos años vuelve a experimentar fuertes dolores de columna, que a veces le llevan a recibir tumbado a sus dirigidos. Prosiguen sus dolores de cabeza y padece ruidos en los oídos. Cuando éstos se van haciendo demasiado intensos decide ir al médico, porque estas molestias le dificultan su misión de director espiritual. No sólo no se queja de estos malestares, sino que entiende que, si bien pueden restarle un poco de concentración psicológica, sin embargo le centran más en Cristo. Esto lo aplica a la celebración eucarística: un fuerte dolor de cabeza, por ejemplo, le ayuda a vivir con más intensidad la Misa, porque le pone en comunión más existencial con el dolorosísimo sacrificio del Señor, celebrado ahora sacramentalmente.

Otra fuente de mortificación es la convivencia con su hermana. Acepta vivir en su casa porque ella respeta y comparte los criterios de José y porque está muy cerca del seminario. Pero sus modos de ser le molestan, entre otras cosas porque le dificultan vivir el silencio y la soledad que él desea. Rivera acepta estos inconvenientes de convivencia como pequeña participación en la cruz de Cristo.

Procura también no eliminar otros elementos mortificantes que le depura la vida ordinaria. No se defiende del frío. Cuando sus dirigidos vienen a conversar con él, enciende un brasero eléctrico, pero en cuanto está solo no usa ninguna calefacción. Tampoco elige alimentos. Toma lo que le dan y tal como esté:

La coliflor le repugnaba. Pues bien, un día que una familia sencilla le invita a comer, le ponen precisamente coliflor. Don José come con rapidez y termina pronto el plato. La señora, deseando agradar:

–Se ve que le gusta. Es que es una comida muy rica... Le sirvo otro plato...

–Como usted quiera, responde él.

Al terminar, la señora comenta: Ha comido usted muy bien.

Cuando sale de la casa, Don José vomita.

Otra mañana de invierno, gélida y envuelta en niebla, uno de sus dirigidos viene para conversar con él. Lo encuentra saliendo de la cercana iglesia de Santa Isabel. Es una hora relativamente temprana. Van a la casa para hablar. Llegados allí, Don José entra en la cocina, adonde también le sigue nuestro testigo. Allí Don José abre el frigorífico y se come directamente un plato de lentejas, tal como estaba. El dirigido no sabía si asombrarse más de ese modo de comer mortificado o del hambre que manifestaba y que nacía de sus prolongados ayunos.

Junto a los ayunos y los modos mortificados de comer, estaban las pequeñas privaciones: evitar dulces, no poner azúcar o sal, tomar frío el café en invierno...

Y luego están otras mortificaciones buscadas.

En su despacho instaló una tabla: ésa era su cama; ahí dormía y, en ocasiones, cuando arreciaba el dolor de espalda, tumbado en ella recibía a quienes venían a dirección espiritual. Las mantas eran viejas, muy usadas, y en todo caso buscaba que tampoco hubiese calidez en las horas de sueño. Proponía el ejemplo de san Carlos Borromeo, que dormía sin defenderse del frío.

Tampoco abandona el cilicio. En cierta ocasión en que salía de la casa con prisas para llegar a una reunión de profesores en el seminario, cayó por la escalera, rompiendo con la cabeza un paraguero. Como sangra abundantemente le llevan al médico. Éste quiere reconocerle para evaluar los golpes recibidos. Para ello le manda desvestirse. Y...

–Pero, ¿qué es eso que tiene usted amarrado a la cintura?, exclama extrañado el doctor.

–Ah, nada, un cilicio, responde Rivera con naturalidad.

Así preparaba él las reuniones: oración, cilicio, ayuno.

Con frecuencia repetía la frase del padre Chévrier: el sacerdote es un hombre sacrificado y comido por los demás. José plantea sus días para gastarse por amor. Aunque elástico en los propósitos, he aquí cómo diseña sus días:

«No propongo nada, pero me ocurre que un día bien ordenado podría ser más o menos así: levantarme a las 4. De 4,15 a 6,15 oración. De 6,15 a 9,15 estudio, con el intermedio de afeitado, etc. Luego clase, si hay, o visitas, o estudio y Misa, durante la mañana. De 1,30 a 3, supresión de la comida, lectura y dormir, si lo preciso, en la mecedora, con café y algo de fruta a lo más. De 3 en adelante visitas, cuidando de sacar vísperas, en un breve intervalo, a su hora. Cuando quede tiempo, cena. Si no hay visita, completas y estudio hasta las 12, hora de apagar la luz» (D. 11-I-1977).

Un mes antes encontramos anotado cómo se desarrolla de hecho una jornada:

«Un día como el de ayer –que no es precisamente excepcional–: oración de 6,30 a 8. Estudio de 8 a 9,15. Clase a las 9,30; charla con un seminarista, Misa y confesión, clase hasta la 1,30. Minutos de charla con seminaristas. Llegada a casa, me echo de 1,45 a 2,30. Tomo café leyendo al P. Doyle, y de 3 a 9,45, charlo con seminaristas y N, sin más interrupción que unos minutos para rezar vísperas. Cena y una hora de estudio hasta las 12. Y me levanto a las 4,15... Y el día de hoy transcurrirá parejamente... He dado por suprimida la comida todos los días, puesto que suelo terminar a la 1,30 y a las 3 comienzan las visitas. Llevo una vida intelectual varia e intensa. Y resisto bienhumorado, y rezo...» (D. 8-XII-1976).

Al día siguiente escribe:

«Madrugo a las 5 [...]. La continuidad de la labor no me asusta, ni siquiera me fatiga –y la palabra continuidad no es exagerada–. Dentro de una hora comenzaré a preparar las clases, luego vienen tres seguidos, después la Misa y la visita de JL. Acabará hacia las 2 pasadas, y de 3 a 11 tengo –uno tras otro– cinco seminaristas y Demetrio, acaso con unos momentos de interrupción para cenar... Y algunos minutos intermedios para rezar vísperas» (D. 9-XII-1976).

Como las madres de familia numerosa viven hipotecadas por sus hijos, Rivera vive hipotecado por su prole espiritual. Y sigue soñando con el ideal de toda su vida, que podríamos resumir con estas palabras de Don José María García Lahiguera: *«Ser santo, serlo pronto, serlo grande. Con menos no cumplimos».*

La llave de la cosecha

Decía el beato Mosén Sol que los seminarios son la llave de la cosecha: si los llamados al sacerdocio son bien formados, se pueden esperar frutos abundantes en la Iglesia, pues éstos dependen en buena medida de la santidad de los sacerdotes.

Salamanca, Palencia, Toledo. Durante gran parte de sus años de ministerio, José ha recibido la misión de formar sacerdotes. Y así será hasta el final de sus días.

Ya Manuel Aparici soñaba con un presbiterio diocesano santo. Su deseo era no suscitar nada nuevo, no fundar un nuevo grupo con un carisma particular, sino vitalizar, con nuevo ardor, con una intensa vida espiritual, lo que viene desde el principio de la Iglesia: los obispos y sus colaboradores inmediatos, los presbíteros. Rivera se sintió siempre en sintonía profunda con esa idea. Ahora, director espiritual en el seminario de Toledo, vive con pasión ese mismo deseo: que vayan siendo ordenados sacerdotes con intenso fervor evangélico.

Para ello busca perfeccionar la formación de los seminaristas. En el verano de 1977, con la colaboración de los sacerdotes Demetrio Fernández y José Luis Pérez, inicia los cursillos de verano. En el seminario se constatan lagunas formativas y además el período vacacional es demasiado largo. Con estos cursillos se ofrece, durante un mes, un tiempo de profundización en la espiritualidad sacerdotal. Se elige un lugar hermoso: el monasterio de Arenas (Ávila), donde descansan los restos de san Pedro de Alcántara, cuyo espíritu impregna toda la casa. En un clima distendido, Rivera y otros sacerdotes invitados van presentando la figura del sacerdote siguiendo los documentos de la Iglesia. Cada día se celebra la liturgia despaciosamente, se imparten dos clases, hay tiempo para la lectura y para la adoración eucarística prolongada, ambiente de descanso y fraternidad, contacto con la naturaleza, deporte... Los seminaristas que participan –no es obligado– lo experimentan como una gracia importante. El testimonio y la predicación de Rivera son decisivos. Dedicar muchas horas a la dirección espiritual de unos seminaristas ávidos de su palabra. Sus charlas y sus homilias son un potente haz de luz. Él sigue su ritmo: ora en la noche, cuando no hay nadie en la capilla, no cena nunca, tiene ratos largos de lecturas, que asombran a los seminaristas, tanto por la abundancia como por la diversidad: le ven leer libros de psicología o místicos renanos, estudios de literatura o tratados de espiritualidad, exégesis bíblicas, poesía, biografías, diarios, novelas... Les resulta simpática la figura de un Rivera sin sotana (él que siempre la viste); en efecto, en estos días, en su habitación, se la quita para no ensuciarla con el sudor; los seminaristas, entonces, encuentran otro motivo de edificación: la ropa que lleva bajo la sotana es vieja. Además de lo que tiene de signo, la sotana supone para él la oportunidad de vestir pobremente.

En una convivencia más cercana con él, tienen oportunidad de constatar su permanente ecuanimidad y su buen humor, su capacidad para bromear y para aprovechar el tiempo. Y su desentendimiento de las comi-

das. Toma lo que hay, sin detenerse a saborearlo. Alguna vez, por este no centrarse en la comida o por positivo deseo de mortificarse, los seminaristas le ven comerse las magdalenas con el papel, o la carne con tendones inmasticable, o la parte en mal estado de una fruta...

A este cursillo también comenzaron a venir sacerdotes dirigidos suyos, que aprovechaban para reponer fuerzas espirituales y físicas.

Deseoso de optimizar la formación de los futuros sacerdotes, elabora esquemas para que sus dirigidos puedan profundizar en el examen de conciencia, en la madurez humana, en la vivencia de los tiempos litúrgicos, en el sentido del estudio, etc.

Sabe transparentar el amor de Dios. Con una afectividad muy libre, que evita apegos a su persona, es cordial sin crear dependencias. Siempre con buen humor y con cierta informalidad, frecuentemente recibía a sus dirigidos bromeando y preguntándoles a voces, mientras subían al piso donde él se encontraba: *«Tesoro, ¿quién te quiere a ti?»*

Su madurez educaba y hacía posible una relación libre, altamente enriquecedora para los formandos.

«Tenía una personalidad humana impresionante, riquísima, densa, madura, muy equilibrada, firme, apasionada, afectiva, armónica e integrada al summum en su aspecto humano y espiritual. Con gran coherencia entre lo que pensaba, decía y hacía. Con gran vitalidad, no perdía un minuto, aunque parecía que tenía tiempo para todo. Muy inteligente, dotado de una gran memoria y con un alto sentido del humor, sobre sí mismo, lo que se le decía y sobre los acontecimientos y situaciones que vivía. Con un respeto único frente a los que acudíamos a él, escuchaba con paciencia y sin prisa, inspiraba una gran confianza, cosa que facilitaba el diálogo y la confianza. Era tranquilo, sosegado, benévolo, indulgente y flexible. Nunca fue directivo, controlador, ni imponía nada, sí animaba mucho» (Positio, testigo 44, que además de sacerdote, es psicólogo).

Forma, ante todo, con el ser. Pero también con el actuar, con las iniciativas. En el año académico 1979-80 retoma la experiencia del curso de espiritualidad para seminaristas. Ya le vimos ocupado en ello en 1968-69. Ahora cuatro seminaristas (andando el tiempo, dos de ellos serán obispos) se reúnen en la casa sacerdotal y allí, bajo la guía de Rivera, dedican ese año a profundizar en la oración, en el conocimiento de sí mismos, en diversos temas de espiritualidad... Un curso de alto valor formativo. No es propuesto por el plan de formación del seminario, sino que se debe a la iniciativa de Don José en conversación con estos dirigidos suyos. La experiencia volverá a repetirse en el curso 1981-82, de

nuevo como iniciativa de él y de un grupo de once seminaristas (también uno de ellos posteriormente obispo), siempre con el beneplácito del Cardenal, que confía en el «maestro Rivera», como gusta llamarle.

Estos cursos de espiritualidad recargan más su quehacer. Es él quien asume la mayor parte de las charlas –una diaria durante casi todo el año– que versan sobre cuestiones diversas: temas de espiritualidad (oración, abnegación, obediencia...), madurez humana, síntesis de Teología, etc. También la predicación de los retiros mensuales y los ejercicios espirituales. Y además intenta conversar con cada uno de estos seminaristas más frecuentemente.

En el curso 1983-84, de nuevo se retoma el año de espiritualidad. Y a partir de ahí, cuando surja el seminario de Santa Leocadia, lo habrá todos los años.

Quienes lo escuchaban podían percatarse de su extensa y profunda formación cultural, pero no usaba un lenguaje erudito, ni citaba autores de sus múltiples lecturas, precisamente para evitar cualquier alarde. «*Todos éramos conscientes del gran bagaje cultural y sabiduría teológica que tenía. Hablaba con seguridad, apasionamiento y convicción, pero nunca le vi jactarse o mostrar sus conocimientos, para que fuera reconocido por los demás por su sabiduría*» (Positio, testigo 14).

El trato más frecuente con él descubría a los seminaristas un sacerdote apasionado, afanoso por ser pobre, mortificado, y, a la vez, de buen humor, libre, sorprendente, bromista.

Ya le habían conocido hablando con el perro de la herrería cercana a su casa: «*Chucho, qué vago eres, te pasas el día tumbado...*» Le escuchaban bromear en las charlas más serias, con anécdotas o chascarrillos. Y les sorprendió en alguna ocasión –él, hombre de ayunos y penitencias– invitándoles a una comida excepcional. Le pidió a la señora que cocinaba que comprara mariscos, vino, buenas carnes... y preparara una comida extraordinaria. Así fue. Él participó y pagó todos los gastos.

Los seminaristas podían acudir siempre a él. Su persona y sus cosas estaban a su disposición. Propiedades sólo tenía una: la biblioteca, bien cuidada, con más de cinco mil volúmenes. Él la hace pública: cualquiera que necesitase un libro, fuera o no seminarista, podía llevárselo. No controlaba usuarios ni tiempos, ni exigía devoluciones. A veces los libros ya no regresaban o eran colocados fuera de su sitio. Rivera disfrutaba de su biblioteca, pero le tenía un cierto apego: nota el pinchazo de un libro desordenado o ausente. Pero, tal como él mismo comenta en su diario, este poner la biblioteca a disposición de todos le trajo a él el fruto de un desapego total, que finalmente culminaría con la donación de todos sus libros al seminario de Santa Leocadia.

Cuidaba también otros detalles. Por ejemplo, profesor del tratado de *Gracia y Virtudes*, ve que hay un libro del P. Alfaro que podía hacer mucho bien a sus alumnos. El problema es que está en italiano y ellos no lo entienden. Solución fácil: Rivera se queda una noche sin dormir y lo traduce entero, grabándolo en un magnetófono.

Sus dirigidos buscan aprovechar al máximo la sabiduría de este sacerdote, que les resulta extraordinario. Un grupo de seminaristas mejicanos, pertenecientes a una hermandad sacerdotal naciente, se forman en Toledo. Varios se dirigen con él y le proponen que les dé ejercicios espirituales de mes en México. Don José plantea una objeción: «ejercicios de mes» es un método muy concreto y muy valioso ideado por san Ignacio de Loyola. Rivera afirma no ser capaz de dar bien ese tipo de ejercicios; sería mejor proponérselo a un jesuita. Nuestros mejicanos no se rinden: quieren que sea él. Acepta, pero aclara: dará un mes de ejercicios (un mes de predicaciones, oración y silencio), pero no serán los «ejercicios de mes».

La propuesta se concreta en el mes de julio de 1978. Don José toma el avión hacia aquellas tierras americanas. Primera novedad: como en México está prohibido el traje talar, tiene que vestir como seglar. El mes resultó luminoso para los seminaristas. De Don José se recuerda que no hizo turismo. Al llegar le llevaron a la basílica de la Virgen de Guadalupe. Cada semana había un día libre, que él aprovechó haciendo retiro personal, visitando la tumba de Vasco de Quiroga en Morelia y yendo a una librería y a un museo. Terminado el mes, de nuevo al avión.

Durante esas semanas leyó una historia larga de los cristeros y otras obras. Desde allí escribe una carta a su hermana donde le cuenta algunas anécdotas: que come todo con mucho picante y le sienta muy bien, que pierde el billete de regreso, que tiene que comer todos los días tres o cuatro mangos que a él *«le saben a diablos»*... La carta, impregnada de buen humor, termina así:

«Si tenéis ocasión decir a la Fausti que su próximo viaje lo haga a estas tierras, que el avión es muy cómodo. Sólo que de vez en cuando te dicen con voz un poco gangosa y en tres idiomas: “Pónganse los cinturones de seguridad, para que [en caso de accidente] los cadáveres no se dispersen”. Y a algunos les da miedo. A mí no, porque ya soy grande» (Cta. 23-VII-1978).

Repetirá esta experiencia de ejercicios de un mes cuatro años después en España, en Carrión, con un grupo de sacerdotes y seminaristas. No es el método ignaciano, pero la riqueza y hondura de su doctrina son un torrente de luz para quienes participan en ellos.

El empeño por la formación de los seminaristas se extiende a todas las áreas. A más de uno le pone en contacto con un psicólogo o un psiquiatra para perfilar mejor algunos aspectos de su madurez humana. El curso de espiritualidad 1981-82 sirvió también para que un diácono pudiera aclarar su situación y pedir el paso al estado laical. Sugiere que los seminaristas tengan un día completo a la semana, sin clases, para dedicarlo al estudio personal; sugiere igualmente que haya tutorías para que el estudio pueda hacerse de un modo más personalizado... Y es que para Rivera es muy claro que hay que formar muy bien la dimensión intelectual. El estudio, si se hace bien, es un instrumento que ayuda a adaptar toda la persona a la realidad. Valora mucho el rigor en el lenguaje, buscando que éste sea expresión adecuada de la idea. Y quiere que los seminaristas sean también capaces de usar con rigor su vocabulario. En una ocasión en que un seminarista se queja con él de que en el seminario no tenían tiempo de dialogar, su respuesta sorprende al joven interlocutor: «Para dialogar es necesario tener ‘logos’, porque el diálogo es intercambio de ideas. En vuestra situación podréis parlotear, pero no propiamente dialogar, pues todavía carecéis de ‘logos’, es decir, de pensamiento serio, y, en consecuencia, lo que más os conviene es el silencio y la reflexión».

Plasmado por la Eucaristía

La búsqueda de una vivencia radical del Evangelio va suscitando en torno a José Rivera fuertes adhesiones; son muchos los que descubren en él un verdadero modelo sacerdotal, un guía clarividente y respetuoso, un maestro que ilumina. Pero también comienzan a surgir, en otros, actitudes de suspicacia, de incompreensión, de crítica.

Durante estos años hay otros acontecimientos que hemos de resaltar.

El 1 de febrero de 1978 queda instalado el Santísimo en la casa familiar, donde vive.

Un día, conversando informalmente con el señor Cardenal, Don Marcelo, Rivera comenta: «Sólo envidia una cosa de los obispos: que tienen el Santísimo en casa». La conversación continuó distendidamente por otros derroteros. Don Marcelo no dice nada, pero en ese momento toma la decisión de tramitar los pertinentes permisos para que Rivera pueda gozar de la presencia eucarística de Cristo.

Concedida la autorización, José destina para capilla el lugar más venerable de la casa, la habitación donde murió santamente su hermano Antonio. El despacho donde estudia y recibe queda junto a la capilla, separado de ésta por una puerta. Y detrás de la capilla hay otro pequeño cuarto, donde con frecuencia recibirá también a quienes van a dirección espiritual. Los espacios que use José van a girar en torno al sagrario.

La capilla es muy sencilla. Un pequeño sagrario, una imagen de la Virgen de Montserrat, un cuadro del descendimiento del Señor, un reclinatorio, un sillón y un altar de madera.

Para recibir a Jesucristo en su presencia eucarística Don José dedica las semanas previas a meditaciones y lecturas que le ayudan a prepararse para este acontecimiento.

«Decimos –anota él– que voy a tener oratorio, o sagrario. La verdad es incomparablemente más alta y más gozosa: es que Cristo me va a tener a mí, y va a tener la casa, aunque no sea mía» (D. 5-I-1978).

Si viene Cristo, ha de ser el centro real:

«Liquidar todo aquello que noto me cuesta algo. Me refiero a ciertas cartas, retratos, incluso míos, versos... Dejaré pasar unos 15 días antes de la liquidación efectiva; se trataría de que, al llegar Jesús, no encuentre nada que me atraiga fuera de Él en toda la casa» (ibid.).

El día de la primera Misa en el oratorio le acompañan el vicario general de la diócesis y un reducido grupo de personas. Rivera está emocionado. Uno de los participantes, muy cercano a él durante muchos años, testificará después: *«Sólo le he visto llorar dos veces, cuando se puso el Santísimo en su casa dijo unas palabras y lloró de emoción y agradecimiento» (Positio, testigo 13).*

La presencia eucarística de Jesucristo polariza su vida en casa. Cuando está solo estudia en su despacho, con la puerta de la capilla abierta, para estar así frente al sagrario. Eso sí, respetuoso, cierra la puerta cuando va a fumar un cigarro, para no faltar a la debida reverencia al Señor.

Cuando recibe dirigidos en el cuarto contiguo a la capilla, separado de ésta por un tabique, Don José tiene viva conciencia de que el sagrario está junto a él, al otro lado de la pared, y así lo comenta alguna vez, para que la persona que viene a dirección espiritual viva también esa atmósfera eucarística y espere de ella gracias abundantes. ¡Cuántas veces habrá recomendado acudir al sagrario, en primera instancia, cuando hay una oscuridad, un problema, una duda...! Él, prisionero bajo la apariencia de pan, es la luz. De Él hemos de esperar la claridad y la fortaleza. Se ha de acudir a mediaciones sólo en la medida en que Él quiera usarlas.

Para Rivera la instalación del Santísimo en casa significa *«una fecha literalmente cumbre en mi vida» (D. 10-II-1977)*. Y cada año, agradecido, hará conmemoración de ella.

Aunque un poco larga, leamos una reflexión –entre otras muchas sobre este hecho– que escribe en su diario al recibir este don:

«Zaqueo, pecador, trata de ver a Jesús; pero era bajo de estatura. Hace años que trato de conocer a Jesús sin apenas distinguirlo. No

alcanzo a su humanidad: mucho menos a su personalidad divina. Y Jesús me ha dicho: hoy tengo que alojarme en tu casa. Ciertamente lo ha dicho Jesús. Yo ni lo he pedido. Lo ha dicho inspirando al Obispo, fuente de la vida en la diócesis. Él me lo ofreció en nombre de Jesús mismo. No por mérito alguno; por pura misericordia. Porque Jesús es la manifestación del amor de Dios a cada uno de todos los hombres. Y por eso viene a alojarse a la casa del pecador. Porque ha venido a buscar lo que estaba perdido; a salvarlo. Por ello tenía que venir. No de paso, sino a instalarse aquí, a hacer suya la casa, pues la salvación no es operación de un momento, sino de mi vida toda. Y yo estaré siempre, como estoy, a pique de perderme. «Hoy ha sido la salvación de esta casa». Un hoy permanente, una permanente salvación. Inmediatamente se convierte Zaqueo. Yo tardaré mucho más en convertirme... Pero la salvación se está realizando ya [...]

La comunión realiza lo que significa. He de esperar –y lo contrario sería pecado, y muy grave– que esta comunión, esta convivencia real produzca la convivencia personal, total con Cristo. Y no puede ser, sino porque yo me deje mover íntegramente por Él. Han de quedar suprimidas toda clase de iniciativas mías. Como mi cuerpo no tiene sino un alma que lo vivifica, mi personalidad no puede tener sino un principio vivificante, que es Jesús, el Esposo. He de pensar con su pensamiento, y querer con su voluntad, y sentir con su sensibilidad, y amar con su afecto, y actuar con su energía. Es seguro que Él lo quiere así, y Él es todopoderoso...

Por ello, salvo unas ciertas necesidades impuestas por Él mismo, como creador mío, todas las tendencias han de irse apaciguando, enervando, muriendo a todo lo que no es Él mismo» (D. 11-II-1977).

Varios años después su diario nos revela que el joven Rivera había pedido ser, de algún modo, mártir de la Eucaristía. Entiende que Dios se lo va concediendo, no por derramamiento de sangre, sino porque la presencia de Cristo en el sagrario le impulsa a la penitencia, de tal modo que ésta va desgastando su vida corporal:

«El misterio de la presencia eucarística se me impone raudamente: repugnancia a alejarme de Jesucristo presente en ella. La certeza, continuamente operante, de que tal presencia corporal de Jesús suscita mi presencia corporal frente al sagrario [...]. No puedo olvidar –¡porque Él no lo olvida, nada olvida!– que allá muy lejos, hacia los 19 o 20 años, pedí a Don Anastasio ofreciera una Misa pidiendo para mí la gracia del martirio por la eucaristía. Ignoro si tal ruego habrá sido escuchado, de manera que materialmente sufra la muerte por alguna causa explícitamente, ostensiblemente «eucarística». En todo caso, la

destrucción lenta en vigiliias, insomnios, ayunos... siempre por esta causa...» (D. 21-VI-1984).

Esperar lo inesperable

Decíamos que en estos años suceden diversos acontecimientos relevantes. Hemos querido destacar la presencia eucarística en la casa familiar que habita porque para él ése es el gran acontecimiento. Simultáneamente tienen lugar otros hechos que –destacados para la sociedad– tienen mucha menos incidencia en el corazón de Rivera.

El 20 de noviembre de 1975 ha muerto el general Francisco Franco y España inicia un período político de transición hacia la democracia. Sin duda, estamos ante un hecho histórico de gran relevancia. En cambio Don José apenas hace alusiones a ello. Más aún, cuenta el psiquiatra Rafael Sancho que la noche en que Franco estaba agonizando, ellos dos tuvieron una reunión para intercambiar pareceres sobre algunas personas que acudían a ambos. Al acabar la reunión, bien entrada la noche, el doctor quiso acompañar a Don José hasta su casa. En las calles había una discreta, pero inhabitual, presencia policial. La gente estaba pendiente de la noticia. Pues bien, Don José caminaba pareciendo ignorar la situación, sin el menor comentario al respecto, hablando y perfilando un poco más alguna de las cuestiones tratadas en la conversación previa. Centrado en lo que Dios le encomendaba; en aquello en que realmente tenía algo que decir o hacer. Muy propio de él este no ocuparse sino de lo que es misión suya y desentenderse de conversaciones vanas.

Cuando tiempo después le preguntaban qué le parecían los políticos, respondía con sorna: «*Ninguno se dirige conmigo*». Y zanjaba así una cuestión que, en el mejor de los casos, sería inútil, y posiblemente podría prestarse a murmuración.

En este tiempo de transición política se elaboró y se sometió a referéndum una nueva constitución, que resultó aprobada por amplia mayoría. Este hecho sí hizo mella en el ánimo de Rivera, tal como él registra en su diario. No puede entender que el pueblo español apruebe un documento de este estilo, donde no se reconoce a Dios o se define ambiguamente el derecho a la vida, dejando la puerta abierta al aborto. Le dolió ver que los españoles fueran tan poco perspicaces y tan manipulables y aceptaran unas reglas de comportamiento que, al menos en algunos puntos, son inconciliables con la visión cristiana de la vida.

La Iglesia vive también su «transición». El 6 de agosto de 1978 muere el papa Pablo VI. Tras el pontificado de 33 días de Juan Pablo I, el 22 de octubre de este mismo año tiene lugar la solemne ceremonia de inicio de

pontificado de Juan Pablo II. La Iglesia, muy zarandeada durante más de una década, parece recobrar, de la mano de este pontífice entusiasta y audaz, el gozo y la seguridad que nacen de la esperanza.

En este mismo año de 1978, en febrero, ha muerto el obispo de Palencia, Don Anastasio Granados, a quien Don José ha tenido tanto tiempo como director espiritual.

El 9 de septiembre de 1979, mientras dirige una tanda de ejercicios en Cuenca, Rivera redacta su testamento. No es un documento legal, sino un folio con varias indicaciones para después de su muerte. La herencia no puede ser más exigua: la máquina de escribir, sus ropas, los retratos y estatuillas que adornan la biblioteca... Entresaquemos algunas frases:

«Mi cuerpo: está ofrecido a la facultad de Medicina de la Universidad Complutense para los trabajos de disección de los alumnos [...] Mis ojos están ofrecidos el Banco de ojos. [...]

Casa no poseo [...]

Los libros: los considero propiedad de la diócesis, no mía. Por tanto deben ser puestos a disposición del Obispo [...]

Dinero: es seguro que no quedará nada. Salvo que la muerte me sorprendiese recién recibida la paga» (Texto original mecanografiado).

Cuando redacta este testamento todavía no ha cumplido 54 años. Aunque siempre le gustará bromear afirmando que va a vivir hasta los 104, la verdad es que tiene un sentido claro e intenso de la fugacidad de la vida, y experimenta que, si bien es un hombre muy vigoroso, sus capacidades físicas van descendiendo. Especialmente notable en él es el cansancio, producto de una entrega consciente a los demás, con la intención de no reservarse nada, sino de gastarse enteramente por ellos. Él, que en su día aconsejará a uno de sus dirigidos «aprender a vivir cansado», anota ahora en su diario, con cierta frecuencia, su sensación de cansancio, que, sin embargo, no le impide entregarse a las tareas encomendadas. Más aun, éste se convierte en un ingrediente que fecunda la obra sobrenatural.

Un texto, entre varios:

«Anoche me quedé dormido haciendo la lectura, y ni siquiera sé cómo apagué la luz. He despertado a las 3,15, con un cansancio indecible, vestido y calzado... Y he vuelto a despertar a las 5,30 con el mismo agotamiento» (D. 20-IV-1977).

En noviembre de 1979 recibe el nombramiento de capellán del convento de dominicas de Jesús y María. Allí, además de las monjas, comienzan a participar en la Misa otras religiosas y laicos, que quieren be-

neficiarse de sus luminosas homilias. Algunos aprovechan para confesar e iniciar dirección espiritual con él.

Precisamente de estos tiempos de capellán son algunas anécdotas que revelan su cansancio:

Mientras predica se queda dormido, pero sigue hablando y, al despertar instantes después, continúa con normalidad lo que estaba diciendo.

En otra ocasión se desmaya. Las monjas y quienes están en la capilla, asustados, no saben qué hacer. Uno de los asistentes es el doctor Sancho, colaborador y buen conocedor de Don José, que inmediatamente diagnostica y da el tratamiento adecuado: «Denle de comer porque lo que sufre es ayuno acumulado». Así lo hacen. Tras recobrar el conocimiento le sirven los alimentos preparados e inmediatamente el «enfermo» se recobra.

Como es habitual en él, todo lo vive con un tono de gozo desbordante, de esperanza firme.

Y es que «no hay nada –¡ni pecado!– poderoso a desalentar al creyente. Él lo tiene ya todo vencido... Y cuando uno se experimenta enervado, entonces es realmente fuerte. Mi esperanza no puede apoyarse hoy en sentimiento propio ninguno, sino puramente en Él. Motivo de más para esperar lo inesperable» (D. 30-III-1977).

Solícito del bien espiritual

La misión de director espiritual de los seminaristas le llevaba, como hemos visto, a una entrega generosa a ellos. Su obediencia a la misión encomendada le impulsaba a buscar más y mejores caminos para la formación. Por esa fidelidad a la misión se siente llamado a seguir acompañando a los seminaristas cuando ya son ordenados sacerdotes. Él sabe que los primeros años de ministerio son muy importantes, y que la dirección espiritual es una ayuda valiosísima. Por eso, en estos años irán surgiendo iniciativas que mantiene hasta su muerte.

En primer lugar, la disponibilidad para la dirección espiritual. Si bien no es aceptado, e incluso criticado, por diversos sacerdotes, otros descubren en él un guía lúcido y le piden su ayuda. El número de éstos irá creciendo progresivamente. Se dirigirán con él, de forma asidua, no menos de cincuenta sacerdotes. Además, otros acudían de forma esporádica. Con frecuencia les dedicaba horas nocturnas, sin prisas, cuando ellos terminaban sus quehaceres pastorales. En los últimos años, tras pedir indicaciones a su obispo, Don José da mayor prioridad a los sacerdotes, no aceptando nuevas direcciones de laicos o religiosas y suprimiendo

otras posibles tareas. Normalmente recibe a los sacerdotes en la casa familiar, donde vive, pero ya a partir de 1983 comienza a desplazarse él mismo a diversos pueblos para visitarlos. En parte para facilitar la dirección a aquellos que viven lejos, pero también para encontrarse con otros que, aun teniendo confianza con él, tienden a postergar indefinidamente estas conversaciones de acompañamiento espiritual. Para estas visitas usa transporte público o le lleva en coche particular algún sacerdote, casi siempre Claudio García. Los sacerdotes lo acogen con gozo, agradeciendo la solicitud que muestra por ellos. Precisamente el infarto que le llevó a la muerte le sorprenderá yendo a encontrarse con cuatro sacerdotes jóvenes para impartirles una charla y recibirles en dirección espiritual.

Esta solicitud por la santificación de los sacerdotes le llevó a ofrecerles retiros de manera sistemática, pues muchos de sus dirigidos buscan tiempos más prolongados y silenciosos. En ellos escuchan la predicación profunda y fogosa de Rivera y disfrutan de una dirección espiritual sin prisas. Dada la extensión de la diócesis de Toledo, Don José los ofrecerá en tres lugares, facilitando así la participación de los sacerdotes. Estos días son muy intensos para él. Viaje, predicación, conversación sin prisas con cada uno... La noche se dedica a la adoración y a la dirección espiritual. Rivera apenas duerme.

Y no se limita a la diócesis de Toledo. Invitado en varias ocasiones a dirigir los ejercicios espirituales en el seminario de Sigüenza, algunos de sus seminaristas inician una relación más estrecha con él. Una vez ordenados, también ellos tienen mensualmente su retiro y su dirección espiritual con Don José.

Además, anualmente comienza a ofrecer una o dos tandas de ejercicios espirituales. La experiencia de los organizados por la diócesis es insatisfactoria para bastantes sacerdotes: pocos días y poco silencio. Cada verano Rivera predica una tanda de diez días, en un clima de oración y silencio profundos. Para los que no pueden asistir a ésta, ofrecerá con frecuencia otra semana. También éstos son días muy intensos para él. Tiene dos predicaciones y una homilía larga. Los sacerdotes tienen confianza y le buscan continuamente para hablar. Cada día son muchas horas de conversación, en las que cada uno se siente acogido como si fuera el único. A veces acuden también personas de fuera para la dirección espiritual. Don José no parece cansarse, aunque al inicio de cada predicación se le suele notar cierta fatiga. Pero son sólo unos instantes. En seguida su palabra fluye con vigor, brota de su boca como la lava del volcán: ardiente, abundante, incontenible, capaz de arrasar los obstáculos que el Maligno siembra en los corazones. La suya –como palabra en la que va contenida la Palabra– es creadora. Sobre todo de esperanza. Nace

de la sobreabundancia del corazón, sin necesidad de largas y sesudas reflexiones. De hecho nunca lleva escrito lo que va a predicar, ni siquiera un guión.

No muestra afán de convencer, ni se le ve buscar la eficacia, ni manifiesta afán por controlar o constatar frutos. No le preocupa el número de participantes. Su palabra irrumpe como un acontecimiento.

Lógicamente no todos aprovechan sus enseñanzas con la misma profundidad. Incluso alguno de sus dirigidos abandonará el ministerio. Pero nada le desalienta, todo es una invitación a una esperanza cada vez más teologal:

«Toda experiencia de fracaso, personal o pastoral, es de cierto, una invitación a la confianza, que, por carecer de bases naturales, será más pura, más eficaz» (D. 20-IV-1977).

Su solicitud por el bien espiritual se manifiesta también en la atención a laicos y religiosas. En 1978 constata que, además de los sacerdotes y seminaristas, hay más de un centenar de personas que se dirigen con él. Éstos, a su vez, suelen traerle a otros para conversaciones puntuales. Dada la forma de dirección empleada por Rivera –dedica una hora a cada individuo– la tarea es ingente.

Como hay personas bien dispuestas, deseosas de recibir formación, que no encuentran alimento espiritual en otra parte, Don José inicia unas charlas semanales sobre temas de espiritualidad. Otro año lo dedica a comentar el evangelio de San Juan. Y además surge la iniciativa de retiros al inicio de los principales tiempos litúrgicos. En la casa de ejercicios de Toledo se congregaba un nutrido grupo de laicos, y algunas religiosas, que dedicaban al menos una tarde para prepararse a vivir con mayor fruto estos tiempos fuertes de la Iglesia. Rivera elabora un esquema que entrega a cada persona para que pueda seguir las predicaciones y pueda tener después una ayuda para ahondar en el sentido del tiempo litúrgico. En estas jornadas solía colaborar algún sacerdote, dado que son muchos los que buscan el sacramento de la confesión.

Además de los retiros en los tiempos litúrgicos fuertes, laicos y religiosas hacen ejercicios espirituales cada año con él. Las religiosas, de varias congregaciones, tienen en verano una semana. Los laicos los organizan en tres épocas: los más largos, también una semana, en verano; en torno a la fiesta de la Inmaculada y a la de San José, aprovechando la acumulación de días libres, el retiro suele ser de cuatro días. Son jornadas en las que Don José es asediado, pues muchos buscan esclarecer con él su situación particular. Muchas horas de conversación. Siempre ecuánime, paciente, acogedor. Cada persona es tratada con caridad exquisita.

Y en las noches, oración y lectura.

Muy ocupado durante el curso académico, los veranos le quedan más libres: los seminaristas están de vacaciones. Durante esos meses predica ejercicios espirituales por toda la geografía española, de manera prácticamente ininterrumpida: acaba una tanda, día de viaje, inicio de otra.

Alguna vez ha comentado cómo discernía si tenía que asumir o no estas predicaciones. Por febrero empezaban a llegar peticiones. Él se examinaba a sí mismo: si sentía deseos de quedarse en Toledo para entregarse a la oración y al estudio, decidía aceptar la petición de predicar. Si no sentía ese deseo de dedicarse más a la contemplación –raramente sucedió esto– no aceptaba. Miles de veces ha repetido un principio de san Gregorio Magno: «Hay que dejar el gusto de la contemplación por el trabajo de la acción». Él usaba este principio como clave de discernimiento para sí mismo.

Eran sobre todo congregaciones religiosas las que solicitaban sus servicios, pero también sacerdotes de diversas diócesis. Su modo de predicar, seguro, profundo, rotundo, no dejaba indiferentes a los oyentes, ante los que hablaba con inmensa libertad, propia de quien vive del juicio de Dios. Así, por ejemplo, una vez que tenía concertada una semana de ejercicios para sacerdotes de una diócesis, le llamó unos días antes el vicario general para prevenirle:

–Tenga en cuenta que el señor obispo ha decidido estar en los ejercicios.

Respuesta de Rivera: – *Comprenderá usted que estoy acostumbrado a predicar ante nuestro Señor Jesucristo; así que la presencia o ausencia de un obispo poco puede influirme.*

Por el bien espiritual de los demás sigue escribiendo cartas a personas que se dirigen con él. Y por esa misma razón continúa publicando, con José María Iraburu, los *Cuadernos de espiritualidad*, que en 1982 desembocarán en el libro *Espiritualidad católica*.



Familia Salinero (sólo una parte)

En una parte de la casa familiar, tanto él como su hermana, posibilitaron que pudiera vivir un matrimonio. El esposo, Antonio Salinero, era nieto de la que había sido su niñera. El influjo de Don José contribuyó poderosamente al crecimiento de la vida cristiana de este matrimonio y de los nueve hijos que trajeron a este mundo.



Primera comunión de una niña de la familia Salinero

Como su condición económica no era holgada, Rivera, solícito del bien integral de la persona, se preocupaba de buscarles ayudas económicas, de manera que no les faltara lo necesario. Pero también, con mayor interés, atendía su vida espiritual: les confesaba, les orientaba, les sugería lecturas... Y, en el caso del marido, buscaba horas tempranas para que pudiera recibir la comunión:

«Como yo no podía asistir a Misa por el tipo de trabajo que tenía, no entendía que no pudiera comulgar diariamente; entonces, al ser nombrado Don José adscrito a la parroquia de San Andrés, nos acercábamos todas las mañanas a las 6 a la iglesia de San Andrés, me daba la comunión y hacíamos media hora de oración.

Desde que tuvo el Santísimo en casa, ya no era adscrito a San Andrés, celebraba la Misa a las seis de la mañana para que yo me pudiera beneficiar de la Eucaristía» (Positio, testigo 13).

Rivera tiene muchas motivaciones para gastarse por el bien espiritual de los demás. Recojamos, con sus ideas y sus palabras, dos de ellas:

Todos estamos llamados a metas sublimes. Nuestra colaboración, sobre todo nuestra esperanza, contribuirá a que muchos puedan alcanzar la grandeza para la que fuimos creados:

«Confiar intensamente; rechazar más que cualquier otra cosa, las tentaciones de desmayo, o incluso del desinterés que engendra la desconfianza, respecto de mí y de los demás, de todos, de cualquiera. Podemos llegar a cumbres jamás conjeturadas por hombre alguno; estamos llamados eficazmente a elevaciones incomparablemente más sublimes de cuanto pensamos» (D. 18-X-1972).

El ver que el amor de Dios no es acogido espolea con fuerza la solicitud pastoral:

«Voy a que el asunto es urgente; a que la gente está sufriendo horrendamente, a que se dañan unos a otros, aun sin mala voluntad positiva, a que, digan lo que digan muchos hoy, hay multitudes que se encaminan alegremente, inconscientemente al infierno [...]

Pero urge, urge. Porque el amor de Dios se pierde sobre nosotros, y porque los hombres se pierden a millares sin Dios. Y cada persona que es santa, recoge ese amor divino y lo proyecta –con Cristo– sobre multitudes de una manera eficaz, salvífica» (Cta. 18-XI-1974).

9

Plasmados por la misericordia

La aspiración a la santidad recorre toda la vida de José Rivera. Pero en los últimos años esa llamada va adquiriendo matices nuevos. Cada vez más la santificación aparece como fruto del encuentro entre la misericordia divina, y la confianza del hombre. Y como una vivencia eclesial: ser santos en la santidad de la Iglesia. Además, como dice él, *«se va agrandando el formato de la esperanza, el volumen de lo esperado»* (D. 29-I-1988).

La audacia de su esperar causa asombro. Leamos un texto de 1988:

«La misericordia de Dios es más grande, infinitamente mayor, que la miseria mía. Y cabalmente orientada a salvarme de ella. Y en este sentido sí que vivimos y hemos de vivir como si tal cosa. Lo que no ha sucedido, de bueno, puede suceder mañana: y debo esperarlo. Imposible que no llegue lo que espero, pues sólo se trata de la operación de esa misericordia sobre nosotros» (D. 9-II-1988).

Y un año después escribe:

«Relectura de los párrafos de Juliana de Norwich sobre el pecado y la misericordia divina. Bellísimos. El pecado es ocasión de perdón, que lleva consigo crecimiento de gloria [...]: en proporción al arrepentimiento, vergüenza, etc. el pecado será recordado como glorificación en el cielo. Algo así como una cicatriz, que hermoseea por la habilidad de la cura... Que resultara, al tiempo de sanación de la herida, cirugía estética...

La idea de que en el cielo resplandecerán nuestros pecados es idea resplandeciente en sí. Y muy coherente con toda la revelación. No a pesar de nuestros pecados, sino por nuestros pecados brillaremos... Magnificencia del aspecto sanante de la gracia. Claro que la obra comienza ya en la tierra. La permisión del pecado más esclarecidamente justificada. Y la exaltación del humillado... ¡Los drogadictos,

borrachos, homosexuales, adúlteros... –arrepentidos, claro– brillando por sus vicios, por sus humillaciones! El inicio es aceptarlos como humillantes...» (D. 22-V-1989).

Construir el hombre interior

Leyendo en su Diario las páginas de los últimos años de su vida se percibe con facilidad la creciente intensidad de la convicción que siempre le ha acompañado: hay que partir del hombre interior, de la intimidad con Cristo. Sólo la santidad construye verdaderamente. Para alcanzar este objetivo, Rivera ve el estudio como tarea muy necesaria:

«Me inclino más y más a considerar necesaria la dedicación al estudio. No he de tener reparo en diferir visitas, haciendo menos frecuentes las conversaciones de dirección, para obtener horas de lectura reposada, elaboración de pensamiento y aprendizaje (perfeccionamiento) de idiomas. Eliminar el fetichismo de la proporción entre abundancia de palabras y fruto. Por supuesto, Dios emplea nuestra palabra; mas la «proporción» se establece con nuestra personalidad, aun en el nivel natural... El instrumento natural usado es, primordialmente, la personalidad, no la palabra» (D. 28-XI-1984).

Un estudio que busca la sabiduría, que es fuente de conversión, que se transforma en un servicio de luz a los hermanos. Recojamos unas líneas escritas un año antes de morir:

«No cejar en la dedicación al estudio, que se me manifiesta más y más provechoso, en todos los campos imaginables. Y un estudio como el acostumbrado, aparentemente somero, poco serio, informal...»

«Notar que desde la infancia, para mí el estudio ha sido un entrar en relación con personas particularmente valiosas. Jamás he instrumentalizado la tarea intelectual para dominar nada, para mostrarme yo valioso, para obtener algún efecto...» (D. 19-I-1990).

Hasta el final de sus días mantiene una profunda amistad con santo Tomás de Aquino. Si bien lo estudió ya en sus tiempos de seminarista, no cesa de acudir a él. De vez en cuando relee algunas cuestiones, descubriendo siempre matices nuevos. Mantiene igualmente la costumbre de estudiar cada año alguna obra sobre los sacramentos en general o alguno en particular. No cesa de leer exégesis que le ayuden a entender mejor la Sagrada Escritura. Y sigue, como siempre, acudiendo a todo tipo de autores. Lo que intensifica notablemente es la revisión de su actitud de estudio, a fin de que esta dedicación no brote de su gusto, sino de la voluntad de Dios.

Para estudiar aprovecha cualquier momento. Su capacidad de recogimiento le permite leer en los viajes o mientras espera un autobús urbano. O mientras está hospitalizado: en el verano de 1982 es ingresado a causa de una tromboflebitis. Durante los días que permanece allí relee –entre otras cosas– a Bernanos y diversos estudios sobre él. Para quienes le conocen mejor no es difícil adivinar que prefiere no tener visitas –aunque deferentemente las recibe–, porque éstas le impiden la soledad y le restan tiempo de lectura.

Durante esta estancia en el hospital, una doctora, sabiendo que era fumador, le dijo con mucha seriedad: «*Tiene usted que elegir entre el tabaco y la heparina*» [medicina para curar la tromboflebitis]. Don José, respetuoso, se calla. Pero después, cuando ya ha salido la doctora, comenta bromeando: «*La elección es clara, me quedo con el tabaco. Primero, porque son muchos años de amistad y yo soy fiel a los amigos. Y, segundo, porque la heparina es del género femenino y no está bien que un sacerdote tenga amistades tan íntimas con una señorita*». El humor le permite dar a la salud su justo peso, que es siempre relativo.

Junto al estudio, Rivera persevera, de modo creciente, en la vida de oración. En el Código de Derecho Canónico que se promulga en 1983 encuentra un nuevo camino para intensificar su vida eucarística: se permite comulgar dos veces al día asistiendo a una segunda Misa. Desde ese momento ordena su vida para, después de celebrar la Eucaristía, poder asistir a otra, comulgando así la segunda vez.

Estudio, oración, Eucaristía... Mortificación. Tiene hambre de sacrificio. Se acrecienta la mortificación y se acrecienta la alegría. Se reafirma en lo que viene siendo una constante en su vida:

«La sangre de Cristo me baña en mis mortificaciones [...] Este malestar corporal, que apenas cesa nunca... Como de golpe, se me resucitan las viejas visiones, y se me resucitan potentes, para hacerme gozar de esas pequeñísimas cruces que me regocijan. ¡Y cómo deseo más cruz! –pero todavía apenas podría con ella– para entender un poco más este amor de Cristo, que me ha amado en la cruz, para limpiarme, para embriagarme, para regenerarme con su sangre» (D. 21-IV-1972).

Ese deseo de cruz lo concreta no sólo en la aceptación de contrariedades y molestias, sino también en la búsqueda de mortificaciones:

«Insistencia en el ayuno, pero muy seriamente. En el cilicio, en el aguante del frío, que ya tortura... En el desprendimiento de objetos» (D. 20-XI-1984).

Y unos días después: «*Ponerme el cilicio todos los días, ya por la mañana al vestirme, antes de la Misa. Esmero en el ayuno: suprimir a*

rajatabla el desayuno (tomar solamente el café con un poco de leche) y no hacer ningún día dos comidas. Evitar todo gusto innecesario en la comida y, por lo mismo, toda comida fuera de hora» (D. 1-XII-1984).

Hay, sin embargo, algún aspecto que no logra mortificar suficientemente. Por ejemplo, el tabaco. Lucha por fumar menos cigarrillos, pero nunca consigue eliminar del todo este hábito. Aunque es cierto que él usaba el tabaco, también, como un medio para combatir el sueño. Tampoco suprimió el café, pero en él no parece que fuese una dependencia, sino una ayuda para vencer la somnolencia. De hecho, lo tomaba siempre frío y sin azúcar. Y, con frecuencia, era, bien recuelo, de sabor desagradable, bien café soluble que mezclaba con un poco de agua, sin buscar gusto alguno en ello.

La mortificación en la comida le lleva a tomar lo que sea más rápido, lo que ya esté preparado, sin fijarse demasiado en ello. A veces, esto suscita alguna situación cómica. En cierta ocasión llegó a la casa, fue a la cocina para aprovechar el tiempo y se puso a comer lo que allí había, preparado por su hermana. En su afán de no buscar su gusto ni sus planes, se lo comió todo, aunque con dificultad. Al día siguiente le dijo a su hermana: «Ana, sería mejor que no me dejes tanta comida». A lo que ésta, asombrada, respondió: «Pero, Pepe, si eso era lo que había cocinado para toda la semana».

Otra actitud que va puliendo de modo cada vez más exquisito es la obediencia. Como sacerdote diocesano, se sabe colaborador inmediato del obispo, a través del cual se le manifiesta la voluntad de Dios. Por eso busca ajustar sus planes a los mandatos del prelado, también en las cosas pequeñas. Por ejemplo, Don José tenía tendencia a no asistir a determinados actos académicos que el seminario organizaba, hasta que en una de sus revisiones personales cae en la cuenta de que tal vez sea otra la voluntad del obispo. Le pregunta a éste y, visto que su deseo es la asistencia de los profesores, Don José no dejará ya de participar en estos eventos. Eso sí, a veces un poco dormido.

Y por ese afán de obedecer, en estos años deja de admitir más laicos para dirección espiritual, a fin de centrarse en sacerdotes y seminaristas, tal como el prelado quiere. En cambio, precisamente por secundar los deseos de éste, imparte, en la cuaresma de 1985, ejercicios espirituales a los miembros de la Academia de Ciencias Morales. Es éste un gesto de confianza del señor Cardenal, que está convencido de que Rivera está bien capacitado para predicar a personas de alta preparación intelectual.

Cuida también con esmero la lectura del magisterio del Papa y del obispo para ajustarse cada vez mejor al querer de la Iglesia.

Su afán por construir el hombre interior pareció cobrar mayor intensidad en 1983, fecha que el Papa declaró Año Santo de la Redención. En esa época Rivera multiplica los exámenes de conciencia y la frecuencia de la recepción del sacramento de la penitencia. Al examinarse, sin caer en escrúpulos, hace una revisión muy extensa y muy minuciosa, no sólo de su actuar, sino de sus actitudes, de su carácter, de todos los niveles de su personalidad. Sus exámenes, hechos en clima de oración, denotan un conocimiento profundo del corazón humano.

Hace confesiones generales y algunos votos particulares. Elabora fichas de los escritos del Papa y las relee y medita. Se dispone con fervor para ganar la indulgencia plenaria y predica sobre ella. En sus predicaciones urge a abrir de par en par las puertas a Cristo. Estimula, alienta. «*Nunca te sentías juzgado por él, sino avisado por Dios*» (Positio, testigo 52).

Fustiga la mediocridad, que es, a sus ojos, la peor lacra de la vida cristiana. Se le confió a él la lección inaugural del año académico 1985-86 en el Seminario (fue publicada posteriormente: *La mediocridad*, Toledo 1996). El tema que eligió fue, precisamente, la mediocridad. Su forma y su contenido fueron sal y luz que no dejaron indiferentes a muchos de los oyentes. Contra la mediocridad, propugna la radicalidad, es decir, partir de la raíz, de lo profundo, de la interioridad, de las Personas Divinas. La originalidad del cristianismo debe impregnarlo todo; la identidad cristiana es singular, vive de la perenne novedad de Cristo. «*La educación de un hombre espiritual es muy diversa de lo llamado universalmente educación*» (D. 16-IV-1977).

Con esta convicción, no se atiene a determinadas costumbres, que se supone son propias de alguien bien educado. Un día uno de sus dirigidos, viéndole caspa en los hombros, le dice:

—Don José, debería usted mejorar su aspecto. Por ejemplo, ¿se ha cepillado la sotana?

—¿Y tú has hecho examen de conciencia?, le espeta Rivera.

La confianza existente entre los dos les permitió ese diálogo. Rivera continúa: ciertamente hay que ser ordenado, pero el orden parte desde dentro. Un cuidado de lo exterior es muchas veces un desorden, por más que una mirada superficial lo vea de otra manera.

El cuidado del hombre interior le hace crecer cada día más en buen humor, en una cierta informalidad jocosa, que expresa en cualquier momento, también en las predicaciones. Un ejemplo: hablando de la salvación en unos ejercicios espirituales comenta:

*«Dichoso el que tiene calva,
si muere en gracia se salva;
dichoso el que tiene pelo,
si muere en gracia va al cielo».*

Tal como apunta en su Diario, ve en sí mismo crecimientos innegables, pero, a la vez, abismos de miseria. Ni lo uno ni lo otro turban su ánimo. Sigue anclado en la esperanza:

«Yo he dicho –hace muchos años, muchos ya, pero lo he repetido no pocas veces–: un santo es un hombre que está siempre a la espera del milagro. Del milagro de la perfecta conversión. Y por lo menos en esta actitud persevero» (D. 29-I-1988).

Nunca cree nada perdido. Vive en Cristo y de Cristo, *«cuyo oficio es perdonar» (D. 29-XI-1972).*

Jamás es tarde para Dios

Su realismo sobrenatural le llevó a establecer una profunda amistad con los santos. Desde pequeño conoce sus vidas y sus obras. En los tiempos convulsos del postconcilio se aferra especialmente a ellos, en quienes ve una guía segura y el referente de lo que es la normalidad cristiana. Leemos en su *Diario*:

«Jamás he podido sintonizar con la mediocridad. Me hallo, en cambio, en perfecto acuerdo con los santos de todas las edades y de todos los temperamentos» (D. 1-V-1972).

Y unos días más tarde:

«Los santos, pese a casi mi total ausencia de santidad, a mi puerilidad, ¡cómo los siento amigos, hermanos! ¡Aquí sí que siento las mismas vibraciones que percibo en mí mismo! No me siento rechazado en mi yo nuclear. Para ellos no soy exagerado, todo lo contrario; para ellos no exagero bastante; comprenden perfectamente esta tendencia irrefragable, esta aspiración terca hacia las alturas, este apenamiento de la limitación, que veo casi momento a momento incomprendido, rechazado, ridiculizado, o al menos inatendido, dondequiera que me vuelvo» (D. 28-VI-1972).

Ahora, en los años finales de su vida, esta relación personal con ellos crece intensamente. Los experimenta cercanos, profundamente amigos, intercesores eficaces. Cada semana leía una biografía; a veces más. Y con frecuencia, según él mismo comenta, se emociona hasta las lágrimas, sobre todo cuando lee su modo de morir. Además se adentra continuamente en sus escritos. Algunos los repasa con frecuencia: cada año

releía a santa Teresa y a San Juan de la Cruz. Con los santos se encuentra en su medio ambiente, lejos de la mediocridad asfixiante. Ya años atrás había escrito que *«propiamente amigos, sólo pueden serlo los santos»* (D. 21-X-1979). Ahora subraya el estímulo indecible que recibe de ellos: *«La continua lección de los santos me descubre panoramas indefinidos; me incita a la obediencia al Espíritu; me incendia en deseos»* (D. 20-VI-1988).

Obviamente la relación más intensa es con la Virgen María. Antes de las clases o de las charlas o de cualquier otro acto, rezaba, muy recogido, el Ave-María, no de una manera mecánica, sino con la clara conciencia de estar acogiéndose a la intercesión eficaz de la Virgen. Y también era muy estrecha su relación con san José, cuya estatuilla tenía en su mesa como signo de una presencia permanente.

Le alegraba la muerte de personas conocidas que, dado su tenor de vida, presumiblemente habían marchado al cielo. Para él, estas muertes eran un éxito y la ocasión de un contacto más continuo y más cercano con estas personas.

En una ocasión, mientras predicaba un retiro a sacerdotes, le llamaron urgentemente, al teléfono. Era para anunciarle la muerte de Paía en un accidente de autobús en Perú, donde vivía inserta entre los pobres. Paía –Paula María– era una religiosa, hermanita de Jesús, de una vivencia evangélica muy radical. Desde la juventud conocía a Don José. Se dirigía con él y había entre ellos una estima mutua grande. Rivera recibió la noticia y retomó la charla donde la había dejado. Simplemente dio la noticia a los sacerdotes y les comentó precisamente que esa muerte era una victoria y la oportunidad de una relación más personal, así como la ganancia de tener una intercesora. Ningún sentimentalismo, ninguna turbación: la muerte, para quienes están en Cristo, no es una tragedia, sino una plenitud. Si la amistad en la tierra puede ser hermosa, lo es mucho más cuando ya no está condicionada por el espacio y el tiempo.

Hablando de muerte, un día un sacerdote joven, dirigido suyo, medio en broma le pregunta:

–Don José, ¿qué vamos a hacer cuando usted se muera?, aludiendo a la gran importancia que para muchos tenía su ayuda espiritual.

Rivera, de forma inmediata, le responde:

–Salir a recibirme.

La muerte, como la vida, era para él una especie de juego con el Padre eterno.

Él está convencido de que en la Iglesia *«los avances se han debido siempre a los santos»* (D. 4-V-1987), pues son ellos quienes hacen espe-

cialmente presente a Aquel que, viniendo a este mundo, trajo consigo toda novedad. Ellos, porque viven en el amor, encuentran siempre caminos para el Evangelio. «*Los santos han hallado modos de conmover a los mediocres y pecadores*» (D. 22-VI-1988).

A veces comentaba que en la historia de la Iglesia se ven algunos santos que han tenido una influencia más profunda y más extensa; su presencia ha sido una potentísima luz que ha inundado de claridad la historia de los hombres. Él quería ser de éstos. Y quería que todos los creyentes aspirásemos no sólo a la santidad, sino a una santidad que fuese un vendaval capaz de transformar la sociedad:

«Un santo es fuente de crecimiento incalculable; pero un santo de esta época de la Iglesia debe ser una especie de ciclón, o mejor, una permisión necesaria en su plan, para que el Espíritu sople en huracán sobre la tierra» (D. 29-XII-1989).

El conocimiento de multitud de santos también le influye para relativizar las formas externas de la manifestación de la santidad. Son muy diversos los modos en que fructifica la vida de gracia. Y, desde luego, el Espíritu impulsa a vivir de manera discordante con las que provienen del mundo y de la carne.

La familiaridad con los santos refuerza también su convicción personal de vivir a la espera del milagro. Dios puede irrumpir en cualquier momento en la historia de una persona, y puede hacerlo en todo tipo de circunstancias. Y llevarles a la plenitud soñada por Él. Al hablar de su padre, de su madre o de otras personas conocidas por él, buenos cristianos, pero no santos heroicos, solía afirmar que –dado que sustancialmente habían caminado en Cristo y hacia Cristo– la muerte habría constituido para ellos la ocasión de alcanzar, en ese momento, la perfecta santidad. Su esperanza, como siempre, era rotunda: «*Jamás es tarde para Dios*» (D. 17-XII-1980).

Amistad con los santos. Y celo porque todos alcancen la santidad. Este es el fuego que arde en el corazón de Rivera:

«Mientras pueda vivir sin el acucio continuo de la santificación de uno y otro... Sin el temor estimulante de que tal o tal (incluidos todos los ignotos) se condene, mi caridad –mi personalidad– es insuficiente. Sueño, comida, bebida, diversiones, actividad, conversaciones. Todo debe estar organizado, espontáneamente, desde y por esta realidad. Tal debe ser el motivo de todos mis actos» (D. 6-IV-1986).

Además de su relación con los santos del cielo, en esta etapa final de su vida admira al papa Juan Pablo II y a la Madre Teresa de Calcuta. De ellos afirma que «*viven con facha de santos*» (D. 17-VI-1987).

En octubre de 1982 la Madre Teresa visitó el seminario de San Ildefonso. El diácono Christopher Hartley, dirigido de Don José, tenía una relación cercana con ella y propició esta visita. Desde Madrid, donde estaba Madre Teresa, el diácono telefoneó con tiempo a Rivera para que pudiera asistir a la charla que ella daría en la capilla del seminario. Christopher soñaba con este encuentro de dos personas tan excepcionales. El seminario se llenó de personas que querían ver y escuchar a Teresa de Calcuta. Don José no estaba. Cuando terminó la charla, el diácono llevó a Madre Teresa en coche a Madrid. Habían recorrido pocos metros cuando vieron a Don José en la calle. Christopher detuvo el auto y religiosa y sacerdote saludaron brevemente.

Al día siguiente nuestro diácono le preguntó a Rivera: «¿Por qué no vino usted a escuchar a la Madre?». A lo que él respondió: «A esa hora tenía concertada una cita con una persona, y ésa era para mí la voluntad de Dios».

Un mes después fue el Papa Juan Pablo II quien visitó Toledo y se detuvo en el seminario para la comida, un rato de descanso y la bendición a los seminaristas. Don José, como todos los sacerdotes de la diócesis, concelebró la Misa presidida por el Santo Padre. Éste, tanto al ir como al volver del seminario, pasó –no hay otro camino– ante la puerta del domicilio de los Rivera.

Don José admiraba a este Papa. Leía y meditaba sus escritos y tenía una empatía profunda con él. Sólo en una ocasión se le oyó expresar un deseo que parecía manifestar un cierto desacuerdo: ¿Por qué este Papa no dará pasos más decididos para llevar a toda la Iglesia hacia una vida de mayor pobreza?

El 13 de mayo de 1981 Juan Pablo II sufrió un atentado que le puso al borde de la muerte. Los católicos estaban conmocionados. Muchas personas, preocupadas, le comentan a Don José la gravedad en que se encuentra el Papa. Rivera, una vez más, reacciona de forma inmediata desde la fe: «Si muere –dice él– habrá dado la vida por Cristo, y esto es un bien inmenso para él y para la Iglesia. Por lo demás, nada escapa a la Providencia divina. ¿Cuál es el problema?»

Don José pasó por este mundo como amigo de los amigos de Dios. Conocedor de que «no hay belleza más esplendorosa que las vidas de los santos» (D. 7-VIII-1987), quedó seducido por su estilo de vida y decidió seguir sus huellas:

«Seguir las normas de los santos. Ellos entendieron, ciertamente, el Evangelio. Cuando hay un camino seguido por todos, es que, indiscutiblemente, es senda divina» (D. 4-II-1976).

Santidad no ejemplar

Entre quienes se dirigen con Rivera no es infrecuente encontrar personas con dificultades psíquicas. Él siempre ha creído en la santidad para todos. También para los psicológicamente desequilibrados. Con frecuencia, éstos son poco valorados. Más bien se les considera un problema, personas con las que «se puede hacer poco». Don José, por el contrario, los ve como predilectos de Dios. Sabe distinguir entre el nivel espiritual, en el que arraiga la vida teologal, y el psicológico, que –en condiciones ordinarias– quedará impregnado por el espiritual. Pero puede ocurrir –afirmaba él– que a veces haya taras psíquicas inculpables que impiden una manifestación normal de la vida espiritual. No por eso queda cerrado el camino a la santidad.

Don José reflexiona, lee muchas obras de psicología, consulta con expertos... y va sacando sus propias conclusiones. Si a una persona le falla la estructura psíquica, quedará más inmediatamente apoyada en la pura fe; no hay nada en su personalidad donde pueda afianzarse. Por tanto está más en Dios, único fundamento posible. Y eso es la santidad. Habrá, por tanto, «santos no ejemplares», es decir, personas santas cuya manifestación externa es, sin embargo, deficiente, a causa de las taras psicológicas que padece. De manera análoga a como algunas deficiencias físicas imposibilitarán a otros ciertas expresiones de la caridad.

Con estas convicciones, no es extraño que llamaran a la puerta de Rivera personas aquejadas por estas dificultades. Él las acogía con inmenso respeto, las trataba con imperturbable afecto y con inquebrantable esperanza. Sabía trascender circunstancias, estados de ánimo, modos caracterológicos, situaciones morales, para ir directamente al fondo último de la persona. El encuentro con él significaba para ellos un estímulo en su ser más profundo, un acrecentamiento en la confianza, un entender mejor los caminos de la gracia. Don José sabía que las taras psicológicas impedirían a algunos determinadas obras, cosa que no iría en detrimento de su valía personal y de su fecundidad sobrenatural. Ya, años atrás, había escrito a su madrina:

«Las obras exteriores: Ya sabes que me suelen preocupar muy poco, ni aun en el buen sentido. Y que efectivamente pienso que si se les diera en general mucha menos importancia, saldríamos ganando todos. Las obras exteriores de N tienen la enorme belleza de que no existen» (Cta. 15-I-1973).

No confundía la santidad con su expresión. Quienes hablaban con él no se sentían exigidos, sino comprendidos, estimulados, mirados con afecto y esperanza. La profundidad de su mirada le hacía esperar lo ines-

perable. Donde otros sólo veían un desierto, él atisbaba el brotar de una primavera. Así se expresa un sacerdote, también psicólogo:

«Su confianza en la fidelidad y misericordia de Dios era de tal calibre que parecía que nada pudiera ser capaz de arrebatarle esta virtud teologal. Siempre me sorprendía, y casi me escandalizaba, con su actitud de plena esperanza en la santidad de los demás. Recuerdo haber conversado con él sobre ciertas personas que yo las veía poco menos que imposibles de sanar, y él con toda naturalidad veía no sólo posible, sino cierto, el que pudieran ser santas» (Positio, testigo 44).

Por su despacho pasaron personas angustiadas, deprimidas en diversos grados, homosexuales, esquizofrénicas... Algunos iban después de escucharle en un retiro. Otros llegaban acompañados por dirigidos de Don José. No faltaban sacerdotes que, sintiéndose sobrepasados, incapaces de ayudar a algunas personas, las remitían a él.

Nunca intentó hacer de psicólogo. Se mantenía en su misión de director espiritual. Pero sí intentaba conocer lo mejor posible al ser humano. Y, además de ofrecer orientación espiritual, buscaba que el individuo fuese ayudado integralmente. Para eso él mismo les enviaba a un psicólogo o a un psiquiatra de confianza, a fin de que éstos les dieran la ayuda pertinente.

Animaba también a los sacerdotes a que leyeran obras de psicología. No pretendía que fueran expertos, pero sí que tuvieran conocimientos suficientes para tratar adecuadamente a las personas.

Aunque de alguna forma queda dicho, subrayemos de nuevo que su manera de ayudar no era la de quien siente una emoción compasiva por alguien débil y se apresta a ofrecerle algún tipo de alivio. No. Rivera veía en estos individuos personas valiosísimas, elegidos de Dios para colaborar en la redención del mundo. Así escribe a una persona que padecía depresiones severas:

«Recordar que el sufrimiento, sobre todo interior (como la angustia, la soledad, la incapacidad de sentir el gusto de las cosas espirituales) constituye el material más valioso para expiar los pecados propios y ajenos» (Nota mecanografiada, entregada a esta persona).

Y, siendo todavía seminarista, había dicho a su madrina: *«Gracias a Cristo, toda tristeza está al servicio del amor» (Cta. IX-1952).*

El trato con estas personas fue ocasión para que algunos propalasen cierta maledicencia sobre él: los que se dirigen con Rivera –al menos algunos– se vuelven locos. Hay quienes imaginaban que Don José era muy riguroso, exigiendo renunciadas y mortificaciones duras, y que esto producía desequilibrios en los dirigidos. La prueba serían estas perso-

nas, psicológicamente enfermas. Él, demasiado ocupado, obviamente no se tomó la molestia de hacer caso a estos comentarios. Y siguió creyendo que la atención a quienes sufren así debía ser objeto prioritario de la acción pastoral. Estas personas, aparentemente inútiles, se convierten en colaboradores particularmente eficaces en la obra de la redención. En carta a la persona anteriormente citada, lo expresa así:

«Los sufrimientos que la acarrea la enfermedad, con la simple aceptación de usted tantas veces hecha de antemano, dan un altísimo valor expiatorio a su vida. Nada de inutilidad aunque “no pueda hacer nada”» (Cta. s. f.).

La fe le permite ver que los «inútiles» son imprescindibles.

Somos en la Iglesia

En los últimos años de su vida, la pasión por la santidad adquiere connotaciones nuevas. Cada persona sólo existe como miembro de la Iglesia o como llamada a serlo. Es la santidad de la Iglesia y la misión que en ella se nos haya encomendado lo que moldea nuestra santidad personal. Rivera lee, relee, estudia, medita multitud de libros y artículos sobre la Iglesia. Sus predicaciones se enriquecen con esta perspectiva, que se convierte en tema al que recurre frecuente y ardorosamente.

«Voy calando más y más –escribe en su Diario– este criterio para discernir lo «imitable» de los santos. La mayoría de los modernos – desde la Edad Media al menos!– han buscado deliberadamente su propia santidad, o la santificación de mucha gente por individuos o por grupos... Actualmente hemos de buscar inmediatamente el crecimiento de la Iglesia en santidad. Y ello matiza muy diversamente ciertas maneras de vivir» (D. 2-III-1990).

Su ansia de santificación queda matizada por esta dimensión eclesial: *«Es cierto que ya no me «ilusiona» ser santo sin más... Necesito que la Iglesia como tal, sea santificada. Y en particular: la Iglesia diocesana» (D. 28-XI-1989).*

Habla de la Iglesia como Cuerpo Místico, como Esposa, como Madre virgen y fecunda, como sacramento de salvación... La contempla en toda su hermosura, le fascina su belleza, le entusiasma su realidad misteriosa. Afirma con rotundidad que es a la Iglesia, en cuanto tal, a quien Dios ha constituido como prolongación de la presencia de Cristo en el mundo. No a individuos aislados o a grupos, sino al conjunto del Cuerpo Místico. Es éste el que ha de transparentar la belleza del Resucitado. Le entusiasma una Iglesia fiel al Evangelio, al estilo de las primeras comunidades, dócil al Espíritu, fervientemente apostólica, fecunda...

Porque ama a la Iglesia le duele encontrarla, con cierta frecuencia, realizada de un modo mediocre, lejos del ideal. Rivera sufre al ver que los cristianos deformamos su rostro; sufre porque, a veces, más velamos que revelamos el Misterio que ella encierra.

Esto lo ve en primer lugar de sí mismo; con frecuencia se descubre aquejado de puerilidad, de modos caóticos, de desproporción inmensa, de poca docilidad al Espíritu... Frente a todo ello, sólo le queda orar y esperar:

«¡Oh, Dios mío, compadécete de mi enorme debilidad, de mi malicia, renuente durante toda mi vida a las operaciones de tu amor!

No puedo hacer más que esto: lamentar mi maldad y presentarla ante el Señor: que me sane cuando y como quiera. Mas he de esperar: si me descubre la llaga, querrá curarla» (D. 1-XII-1980).

Y ve que no sólo él, sino que el clero en general está atascado en una mediocridad que dificulta la eficacia de Cristo. En una carta a su madrina (el carácter de privacidad le permite expresarse sin matices) afirma, de un modo que puede resultar duro a algunos oídos, y profético a otros:

«Los curas que estamos en circulación hace años no estamos, ni de lejos, a la altura de nuestro ministerio. Es tristísimo –lo único triste– pensar que se han pasado tantos años y estamos en tanta mediocridad. Y con la certeza de que nuestro nivel, al subir, arrastra muchas, pero muchas personas hacia niveles más levantados» (Cta. 10-III-1981).

Su mirada crítica descubre incoherencias también en los altos estamentos de la jerarquía. Refiriéndose a algunos de éstos –también en carta confidencial a un sacerdote– no duda en hacer suya la frase que en su día usara san Carlos Borromeo: *«Los cardenales necesitan, al cabo de los siglos, una eminentísima y reverendísima reforma» (Cta. 17-XII-1989).*

Ve urgente un nuevo impulso que revitalice la Iglesia en cuanto tal, cada diócesis, con su obispo, sus sacerdotes y sus bautizados. Anhela este impulso total, no de grupos particulares, que posibilite una nueva primavera eclesial. Mientras tanto, su juicio, aunque transido de amor, suena fuerte, casi hiriente:

«La Iglesia está cubierta de remiendos y atiborrada de medicinas, que galvanizan, momentáneamente, zonas parciales, pero no sirven para acrecentar el vigor maternal de la totalidad. Por lo menos en nuestras regiones» (D. 15-I-1988).

Algunos, al escuchar afirmaciones de este tipo, consideraron que había perdido el juicio, o que era muy pesimista o que su doctrina no estaba acorde con el Magisterio eclesial. Sin embargo, por carácter, era optimista y extraordinariamente equilibrado. Un cualificado psiquiatra dirá de él:

«En cuanto a la personalidad global de Rivera, ya he comentado en otra ocasión que uno de sus rasgos más singulares y característicos era la total coherencia entre lo que creía, pensaba, sentía y hacía; algo muy difícil de conseguir; y que le permitía, sin desajustes internos, tener y mantener una personalidad sólida, armónica, equilibrada, cohesionada, resistente a la fatiga y a la adversidad» (R. SANCHO DE SAN ROMÁN, en AAVV, *José Rivera. Sacerdote, testigo y profeta*, Madrid 1996).

Y él constata de sí mismo: *«Suelo decir, con verdad, que hace años no me siento, durante diez minutos, desanimado ni irritado»* (D. 21-X-1998).

En cuanto a la doctrina, era fidelísimo. De hecho, no cesaba de leer los escritos del Papa y del obispo diocesano.

Y si bien es incisivo al detectar los males que hay en la Iglesia, sabe verlos en su contexto real: Dios guía a su Pueblo; por tanto todo bien es posible. Si de un cadáver, el de Jesús, ha brotado la vida eterna, en todo mal se debe atisbar un bien mayor. En sus reflexiones anota precisamente cómo suele ocurrir que muchos no aciertan a entrever el bien en medio del mal:

«Generalmente, las personas que trato parecen más los perros del pastor, que el pastor mismo: ladran a cualquier posible peligro, y no captan prontamente la manifestación divina, siempre positiva. Son demasiado sensibles al mal, y ello les ciega para el bien patente o posible, en cuanto ya existente o en cuanto hacedero... Aspecto inevitable de la limitación humana, por donde habrán de pasar todos. Unos admiten cualquier mal, como si no pudiera eliminarse; otros, por el mal constatable, no ven la posibilidad del bien presente o futuro» (D. 28-VI-1984).

En todo caso, es cierto que en los últimos años de su vida hay una especie de «noche oscura» al constatar el desajuste desproporcionado entre lo que es la Iglesia y cómo vivimos sus miembros. Siente que muchas realizaciones eclesíásticas constriñen el Espíritu. Y él mismo se siente constreñido:

«Probablemente, nunca he experimentado como ahora la sensación de “asfixia”, en el ambiente de las gentes de Iglesia; tal vez por el contraste con la contemplación de la realidad de la Iglesia de Cristo» (D. 17-IX-1990).

Su dolor, no obstante, se convierte en ardor. Sus predicaciones tienen un tono rugiente. Se siente urgido y urge para que la Iglesia viva la belleza que le es propia.

Y nunca pierde la esperanza ni la alegría. Los ratos largos a solas con el Señor son el oasis donde se renueva. Hace ya muchos años, aludiendo a sus vigiliass, afirmaba: *«Mi noche es pura luz gozosa; pues mi noche es ciertamente la noche de Dios»* (D. 16-IV-1972). Ahora, haciendo referencia a los tiempos de soledad, que, muy de mañana, se toma cada día, dice:

«Oración de 4,45 a 7. Realmente estos ratos deliciosos, anticipadores de la madrugada, prolongados, ¡aunque nunca lo suficiente para llegar a satisfactorios!, son mi nutrición. Frente al sagrario, con libros espirituales, con la liturgia de las horas. Me pacifican y alientan para días» (D. 22-II-1990).

El cielo de tu casa me devora

El 11 de junio de 1983 el señor Cardenal de Toledo promulgó el decreto de erección del «Centro Santa Leocadia» para la formación sacerdotal de aspirantes adultos. El seminario «San Ildefonso» formaría a los jóvenes, y este centro a aquellos que provenían de experiencias de trabajo o de vida universitaria y que tenían ya una cierta edad. Dos años después, el centro es constituido seminario mayor. Desde el inicio Don José ha sido el alma. Fue sugerencia suya la creación y fue su presencia y su influjo lo que impulsó un estilo de formación centrado en la urgencia de la santidad, en la prioridad de lo sobrenatural, en la persona como centro, en la importancia de los pobres, en la hondura del estudio, en el carácter netamente diocesano...

Desde que nace el centro hasta que Don José muere en marzo de 1991, se le encarga la misión de director espiritual. Sigue, además, colaborando en el seminario «San Ildefonso» como profesor y director espiritual, acompaña espiritualmente a un numeroso grupo de sacerdotes y seglares, predica retiros, atiende a los pobres...

Y no cesa en su dedicación a la oración y al estudio. Su imagen es la de un hombre pletórico, feliz. Siempre raudo, eliminando actividades no esenciales, hirviente, entusiasta, de buen humor, un tanto informal y bromista. Alguien que vive con intensidad:

«Un día cualquiera, un día de mi vida actual, con sus 19 horas como mínimo de trabajo, con sus 20 horas normales de vigilia, con la conciencia iluminada de fe, está henchido, rebosante por todas partes, de gracia divinizante: casi todo es oración, reflexión orativa sobre la palabra de Dios, instancias al ejercicio de la caridad en su forma más explícita, comunicación con las Personas divinas, entrega a la gracia, colaboración en la divinización de los hombres...» (Meditaciones sobre Ezequiel, Toledo 1993, 96).

Sin embargo, este hombre plétórico es un hombre que sufre. No por cuestiones particulares, sino por la Iglesia. No con un sufrimiento que desalienta y paraliza, sino que le hace más activo, más profético, más esperanzado.

Ama a la Iglesia universal. Ama a su diócesis de Toledo. Entiende más y más que es necesario un impulso renovado y vigoroso de santidad en toda la diócesis: *«No se trata de que algunos curas o seglares sean santos, sino de que la Iglesia diocesana sea luz»* (*Reflexiones personales* 1990).

Desea una Iglesia dócil al Espíritu, sin componendas ni falsos apoyos de este mundo. Pero su diagnóstico no es positivo. En un escrito que envía a su obispo dice: *«La Iglesia diocesana, como la Iglesia Española, como probablemente la Iglesia en Europa se derrumba vertiginosamente»* (*ibid.*).

Y en su diario anota:

«Visión más y más realista del panorama. La mentira y la muerte, como «ambiente» inmediatamente irrespirable en nuestras Iglesias diocesanas. Esta semilla de mentira –humo de Satanás que lleva asfixiando la acción de Cristo en sus santos desde siglos– es actualmente cultivada esmeradamente por los estamentos «clericales», y sus afines seglares. Mentiras desfachatadas, o astutos disimulos de la verdad. Es el estilo clerical ya viejo...» (D. 22-II-1990).



Seminario de Sta. Leocadia, 1985. Iraburu, D. Marcelo, Demetrio Fernández, Rivera, Diufain

Esta visión no merma su esperanza. En las reflexiones que envía al señor Cardenal se muestra convencido de que *«podemos todavía reedificar la Casa de Dios; revitalizar la Iglesia Madre Toledana. Pero es urgentísimo un impulso evangelizador genuino»* (*Reflexiones personales* 1990).

Lo que sí va produciendo este tipo de afirmaciones es un cierto clima de malestar alrededor de él. Muchos de sus dirigidos escuchan con fervor y entusiasmo estas predicaciones que parecen surgir de la boca de un profeta. Pero otros discrepan, se sienten juzgados, piensan que son exageraciones deformantes, incluso delirios de quien está perdiendo la razón.



Santa Leocadia, 1986. Primer equipo de formadores en despedida de Salvador Cristau

El obispo y su equipo de gobierno comienzan a no verle con buenos ojos. Además sus actividades con los pobres, de las que hablaremos en el capítulo próximo, suscitan suspicacias y desacuerdos. Por lo demás, su lenguaje, contundente, rugiente, explosivo, no facilita la buena comprensión de sus superiores. En estos últimos años es cada vez menos estimado por ellos. Más bien hay desconfianza. Y no faltan quejas e informes negativos, que se hacen llegar al obispo.

Rivera vivía todo esto con paz. Las críticas e incomprensiones no parecían afectarle. Aunque está envuelto en este conflicto y en una actividad trepidante, asediado por los pobres y por quienes buscan su dirección espiritual, se mantiene en su imperturbable buen humor. Él mismo, en diversas cartas, explica a su obispo que su postura no nace ni del pesimismo ni de resentimientos ni de ninguna otra actitud negativa. Está contento. Y se nota. Quienes tratan con él sienten que —sin necesitarlos— está a gusto con ellos, bromea, ríe. Cada domingo le ven ir a celebrar la Misa en la parroquia de Santiago, donde ha sido nombrado adscrito, contemplando, gozoso, la belleza de la ciudad. Sólo le dolía la lentitud y mediocridad eclesial.

Sigue con entusiasmo esperanzado el sínodo diocesano, cuya apertura tiene lugar el 20 de enero de 1990. Dos años antes ha podido dejar resueltos los trámites administrativos que le permiten conseguir que la casa familiar pase a ser propiedad de la diócesis.

En medio de las dificultades renace en él con más fuerza el interés por lo estético. Lee y relee poesía, novela, teatro... Le queda tiempo para bucear en estudios sobre la literatura de Galdós o de Machado... Dejémosle la palabra:

«Esta especie de novedad de la etapa presente: inclinación fuerte a volver, por un tiempo, a faenas de tipo estético: versiones de poemas, repasos de novelas, teatro, críticas, ya leídas, o lecturas primeras de obras literarias. Estudios de castellano, vocabulario, sintaxis... Momentos de contemplación de paisajes –¡el de Toledo ante todo!– Nunca lo he dejado de mano por completo; pero me va pareciendo provechoso dedicar otra temporada a estas labores» (D. 3-IV-1990).

Y sigue rompiendo esquemas. Con la informalidad que le caracteriza pide a personas desconocidas (en algún caso a turistas japonesas) que le fotografíen en tal o cual rincón de la ciudad, particularmente hermoso.

Físicamente sí se le ve más desgastado, aparenta una edad superior a la que tiene. Pero también esto forma parte de su ideal sacerdotal. En efecto, está convencido de que el sacerdote debe desgastarse por sus fieles, más de lo que una madre de familia numerosa lo hace por sus hijos. Y él ciertamente no busca cuidarse, sino ponerse al servicio de cuantos le necesitan.

Igualmente es notable en él un creciente recogimiento que le permite aprovechar cualquier momento. Por ejemplo, el instante entre una visita y otra lo aprovecha para leer alguna página. Pero es sobre todo en la celebración eucarística donde su recogimiento causa asombro. Si en alguna ocasión celebra solo, la Misa puede durar dos o tres horas. Pero también puede ser muy breve. Con frecuencia se prepara a ella con el rezo del rosario completo o de algún misterio.

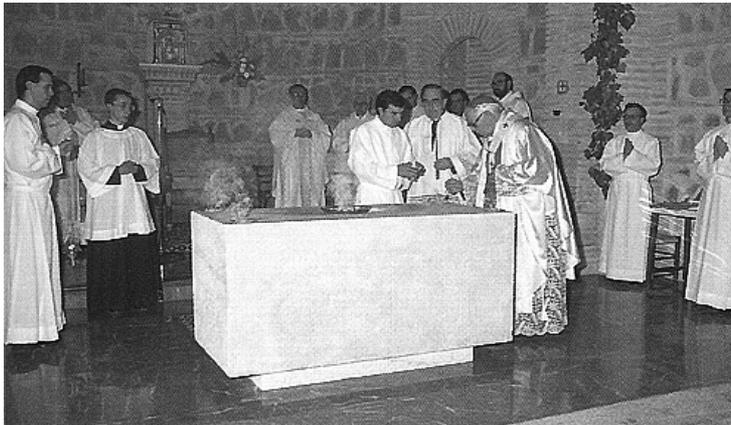
Se le ve muy unificado. Poco antes de su muerte, cuando un sacerdote joven le comenta sus dificultades de dispersión, Rivera, tras responder,



Seminario Sta. Leocadia. Rivera, Stgo. Mtz. Acebes (rector Sem. S. Ildefonso), J. L. Pérez de la Roza, Demetrio Fernández, J. Esquerda

termina aludiendo a su experiencia personal: «*A mí ya nada me interrumpe*». Experimenta su vida como una convivencia personal con Cristo, que se hace presente con apariencias diversas. Pero José ya no se fija en las apariencias. Como escribió en otro tiempo, su camino va «*del Señor al Señor*».

Imperceptiblemente Dios le está preparando para la muerte. En sus escritos íntimos constata que su quehacer ya no se queda en artefactos, planes, realizaciones... es siempre como un estar actuando sobre el corazón de Cristo. Lo temporal no le atrapa. Afirma no tener ansia de morir, pero sí se experimenta sin miedo a la muerte, cada vez más anclado en lo eterno. Hermosa paradoja: vive apasionadamente la realidad temporal de la Iglesia o las necesidades de los pobres, y a la vez su corazón vibra en la eternidad.



Seminario Sta. Leocadia. Don Marcelo, Card. Arzob. de Toledo, consagra el altar de la iglesia de Sta. Leocadia (mudéjar toledano, s. XIII)

10

La presencia desmirriada de Dios

La realidad es Cristo. Todo lo demás es real en la medida en que participa de Él. José Rivera ha empeñado su vida en realizarse, es decir, en hacerse real, en pasar de las tinieblas a la luz. Por tanto, en configurarse con Cristo. Los últimos años este ardor se acrecienta. Busca ser uno con Él. Pero ahora su Señor se le hace aún más atractivo en la presencia desmirriada de los pobres. La belleza absoluta se le hace especialmente seductora en el Cristo que, en el pobre, aparece desfigurado. Los considerados despreciables por este mundo son el rostro adorable del Amado. José arde en pasión por los pobres porque en ellos vive un profundo desposorio con Jesucristo. Son un sagrario viviente. El Jesús adorado en la Eucaristía es el mismo buscado, amado, servido en el pobre.

«No podemos recibir las comunicaciones de Cristo si no las recibimos en todas las formas de comunicación; ahora bien, es evidente que una de ellas, situada posiblemente en la misma línea de la Eucaristía y después de ésta, es la presencia cuasi-sacramental en los pobres» (D. 15-XI-1989).

Una tendencia siempre presente y siempre insatisfecha

Hemos visto que, desde su ordenación, José Rivera ha querido ser un sacerdote pobre y cercano especialmente a los pobres.

Coadjutor en la parroquia de Santo Tomé, no cesa de visitar a los pobres que viven en cuevas junto al río. Pero, sujeto a la obediencia, tiene que vivir en la casa familiar, con las comodidades que ésta le ofrece. En Totanés sí pudo realizar su deseo de pobreza y de dar cuanto le llegaba a los necesitados. En sus años de formador en los diversos seminarios también se ha desprendido de todo, pero su vida no era tan pobre como deseaba y tampoco estaba dedicado a los más desvalidos.

En esta etapa final se acrecienta en él el espíritu de pobreza. Ya había hecho testamento para donar su cuerpo. Su biblioteca ha pasado al semi-

nario de Santa Leocadia. De la casa familiar van desapareciendo día tras día los objetos que pudieran tener algún valor.

En ese afán por dar, por ayudar a los desvalidos, llega incluso a pequeños detalles: si ha recibido unos calcetines de invierno, no los usa, sino que pide a su hermana que los done a alguien. Una persona dirigida por él necesita un buen psicólogo y no se ve capaz de buscarlo: él mismo viaja a Madrid para buscarlo y comprometerse a pagar lo que cueste. Un gitano está preso a cientos de kilómetros de Toledo: Rivera viaja y le da el gusto de llevarle una guitarra.

Obsesionado por dar, por desprenderse, por hacerse pobre:

«Es preciso no tener, a no ser que me conste positivamente que Dios quiere que tenga. Es decir, es para tener para lo que hay normalmente que pensárselo dos veces o las que hagan falta... En cambio, para no tener, la tendencia debería funcionar más fácil y espontáneamente y también más confiadamente» (La caridad, Toledo 1992, 21).

Cuando los medios de comunicación dan a conocer hambrunas padecidas en ciertos países, Rivera parece rugir. Así, cuando se supo de la situación calamitosa de Etiopía, él incrementa sus ayunos, predica con fuerza enorme, clama para que los cristianos despierten. ¿Podremos salvarnos si dejamos morir de hambre a nuestros hermanos? En su despacho, en el que ya apenas queda una mesa y dos sillas, pone varias fotos de niños famélicos, recuerdo permanente de la pasión de Cristo y llamada a asumir su condición.

Se hace proverbial una frase repetida por él: *«Si no puedo ir a la India, debo traer la India aquí»*. Si no se puede ejercitar la caridad estando con los más pobres, siempre será posible hacer propias las penurias que ellos sufren:

«Ya que no puedo dar de comer a todos, he de compartir sus hambres e insatisfacciones» (D. 21-IX-1989). «No se trata de ponerse del lado de los pobres, de los que sufren. Se trata de otra cosa: de sustituirlos, con otro estilo de pobreza y otro estilo de dolor; aunque la materialidad sea semejante [...] Se trata de sustituirlos en la vida terrena, para alcanzarles la pureza eterna» (D. 10-II-1985).

Con esa convicción, Don José se ha despojado de todo. Pero ahora quiere dar un paso más. En la casa familiar, donde vive, pasa frío, y hambre a causa de los ayunos, y tiene posibilidad de llevar una existencia muy austera. Pero hay casas peores. Pide a personas de su confianza que le encuentren una vivienda mucho más pobre. Tras una temporada de búsqueda le encuentran lo que desea. José está contento y decide trasladarse. Pero, mientras tanto, un sacerdote muy cercano a él le ha contado

estas intenciones al Cardenal. Enterado éste, llama a Rivera y le prohíbe cambiar de vivienda. Don José, una vez más, obedece y continúa viviendo en la casa familiar.

Si no puede vivir en una casa peor, sí acrecienta un estilo de vida más duro, más consonante con el que millones de pobres llevan en el mundo. Más cilicio, más frío, más ayuno... No sufre vivir en mejores condiciones que la multitud de personas que carecen de lo necesario. Amar es dar bienes, pero más aún asumir los males que padece el otro. Si nunca pudo compatibilizar con la mediocridad, ahora menos. Tiene ansias de ser radical.

«Creo sinceramente —escribe en su Diario— que no hay más aportación posible a estas fechas que morir de hambre con los que mueren de hambre [...] He de recomenzar, llevándola mucho más allá que hasta ahora, esta manera práctica de vivir. No aceptar convites, no aceptar regalos de comida sino en dosis de hambre real» (D. 28-XI-1989).

La caridad de Cristo nos urge

Durante los últimos siete u ocho años de su vida, la pasión de Rivera por los pobres le enardece superlativamente. Predica con vehemencia. Reflexiona, ora... Y actúa.

Traba contacto con numerosos gitanos, que viven en condiciones precarias, y mantiene con ellos relaciones cada vez más abundantes. Los acoge con afecto, los trata con sencillez y humildad, bromea con ellos... Y se involucra en sus necesidades materiales.

Empieza por ayudarles con limosnas para que puedan solucionar problemas inmediatos. Después va a más: quiere ayudarlos para que tengan medios que les permitan vivir de manera autónoma, sin depender de limosnas esporádicas; medios con los que puedan ganarse honradamente la vida y mantener dignamente sus familias.

Como muchos de ellos se dedican a la venta ambulante, Don José comienza a comprarles furgonetas y mercancía para que puedan negociar y mantener a sus familias por sí mismos.

Según pasan los meses, la demanda se acrecienta. Cada vez son más los gitanos que conocen a Don José y que le buscan en su casa. Cada vez son más los negocios económicos en que se embarca Rivera.

Obviamente no tiene dinero. Y sin embargo, se empeña en cantidades grandes. Su predicación y su testimonio mueven el bolsillo de muchas personas cercanas a él, unos dirigidos, otros simplemente conocidos. Ellos

le dan de sus ahorros. Pero el dinero no alcanza. Rivera pide. A veces, verbalmente, a las personas que conoce y trata; otras, por carta, también a personas no conocidas sino indirectamente. Son muchas las que escribe. Las plantea siempre desde la fe: Jesucristo sufre en el pobre; a usted se le ofrece la gracia de poder acercarse a Él y servirle con su ayuda. El donante es el primer beneficiado.

Las personas que se dirigen con él ven mermar con rapidez sus ahorros. No cesan de escucharle las palabras de san Juan: «Si viendo a tu hermano pasar necesidad le cierras las entrañas, ¿cómo podrás decir que está en ti el amor de Dios?» (1Jn 3,17). Le oyen continuamente predicaciones contundentes, abrasadoras... y entregan sus bienes. Y no precisamente porque se sientan halagadas por él. Al contrario, como afirmaba una bienhechora: «Cuando hago una limosna a otras personas, por ejemplo, a unas religiosas de clausura, éstas me agradecen efusivamente el donativo. Incluso muestran esta gratitud con algún detalle. En cambio, cuando la limosna –en una cuantía mucho mayor– se la doy a Don José, la actitud de éste expresa algo así como: ¿No crees que tienes que dar más, puesto que todavía tienes ahorros en el banco?»

En cuanto a aquéllos a los que pide por carta, hay reacciones diversas. Unos agradecen que les haga caer en la cuenta de la necesidad de la limosna. Otros, en cambio, se sienten molestos. Tal vez, en algunos casos, por ese estilo tan contrario a la adulación. Finalmente, unos meses antes de morir, el obispo le prohibirá que escriba estas cartas y que atienda a los gitanos.

Su testimonio estimula a otras personas. Entre sus dirigidos, muchos se implican en esta colaboración con los gitanos. Surge un pequeño grupo



Rivera, familia gitana, Diufain

–llamado Zaqueo– que se reúne periódicamente con él y asume un compromiso más intenso y más concreto para ayudar a los pobres, sean gitanos, drogadictos o personas con cualquier otro tipo de necesidad.

Don José sufre porque los pobres no son atendidos debidamente, pero a la vez le alegra ver que su testi-

monio despierta la conciencia de no pocas personas. Y espera que al incorporarse otros la caridad adquiera un aspecto más práctico, pues está convencido de que ésta debe ser vivida también de un modo más inteligente, de forma que el necesitado pueda recibir la ayuda más eficazmente. Ratificaba esta idea bromeando: «*Hay que hacer adecuadamente las cosas. No estaría bien que alguien tuviera que decir: estuve desnudo... ¡y viniste a verme!*»

Pero mientras se logran estos objetivos, él no cesa de dar impulsos, aun sabiendo que las concreciones deben ser mejoradas.

Los que están más cerca de él se contagian de ese entusiasmo. Al seminario de Santa Leocadia vienen frecuentemente gitanos buscando ayuda. Para Don José es claro que el encuentro con los pobres es un elemento necesario en la formación de los futuros sacerdotes.

En su vida se introducen elementos quizá poco acordes con su manera de ser, no muy práctica: tiene que visitar casas de ventas de automóviles, talleres de reparación, negociar con vendedores, ir a los bancos, asumir letras... Por ayudar a los necesitados contrae cuantiosas deudas que va sorteando como puede. Su humor, no obstante, continúa siendo muy alegre. Su aprovechamiento del tiempo, sorprendente. En medio de todo ese tráfigo, continúa su ministerio de dirección espiritual, es fidelísimo en la oración y las vigiliyas y sigue leyendo mucho. Los apuros económicos no parecen inquietarle, ni tampoco el asedio continuo de los gitanos.

Su deseo se ensancha. No se trata de ayudar un poco a unos pocos, sino de solucionar todos los problemas económicos, culturales, etc. de muchos.

Y sorprende la paga que espera a cambio: «*Dios me premiará mis cuidados a los que sufren dándome la capacidad de sufrir*» (D. 7-I-1990).

Una madre se desgasta

La dedicación de Rivera a los pobres, particularmente a los gitanos, no pasa desapercibida. En la ciudad es un fenómeno notorio. Y a nivel de diócesis es conocido y comentado.

Las críticas comienzan a aparecer. Hay quienes piensan que está invadiendo un campo pastoral que no le corresponde, asumiendo tareas propias de las instituciones caritativas de la diócesis. Y además lo hace con criterios muy diferentes a los usados por estas organizaciones. A Rivera se le acusa de ser una especie de Cáritas paralela a la oficial, que deja a ésta en mal lugar. Otros piensan que estamos ante rarezas de este sacerdote, que siempre ha sido un tanto especial. Y, por supuesto, muchos

piensan que está malgastando el dinero, que es un iluso del que algunos pícaros se aprovechan, y que este modo de hacer caridad es inútil.

Las críticas llegan hasta el obispo, que, como hemos visto, le mandará –algunos meses antes de fallecer– dedicarse sólo a las tareas encomendadas y le prohibirá seguir pidiendo dinero.

También algún vecino manifiesta su incomodidad, pues los gitanos a veces causan alborotos a la puerta de Don José. Alguno pensó incluso en denunciarlo alegando que estas personas lo dejan todo lleno de suciedad y de piojos.

Don José no parece afectado por las críticas. De hecho así lo registra en su *Diario*. Incluso a veces, bromeando, comenta: «¡No querrán pobres cultos, educados, agradecidos, bien aseados y que huelan bien...! Un pobre es un pobre, y se caracteriza por lo contrario».

Los gitanos, por su parte, tampoco le hacen fácil la vida. Insisten, le asedian a cualquier hora y en cualquier lugar, exigen... Y en algún caso con modos agresivos. Parecen querer conseguir de este hombre lo que no tiene. Parecen no entender que este sacerdote pide para ellos, que no cesan de reclamar ayudas a Don José como si éste, teniéndolas, se las estuviera negando.

Hay después todo un sector de personas que le apoyan. Muchos le admiran. Otros le dan cuantiosas limosnas. Pero unos y otros, en el fondo, le siguen de lejos, sin comprender del todo esta «locura de caridad» que se ha desatado en el corazón de Rivera. Él es consciente de este quedarse solo. Quizá ha subido muy alto y quienes le valoran y le quieren, simplemente no tienen capacidad de escalar esas cimas.

Pocas semanas antes de su muerte anota en su diario esta realidad. Subraya que, aunque no le hace mella, es una cruz que sirve para vivificar a muchos:

«Y luego, en general, esta desaprobación general de casi todos mis modos de actuación, respetados, eso sí, por unos cuantos; pero compartidos... por nadie» (D. 10-II-1991).

Y en la última página que deja escrita:

«En cuanto menester de misión, creo que he sembrado ansia de cultura, y fervor de caridad, incluso respecto de los gitanos. Pero mis modos peculiares, no creo que los haya aceptado nadie, ni siquiera como punto de partida para realizarlos mejor» (D. 28-II-1991).

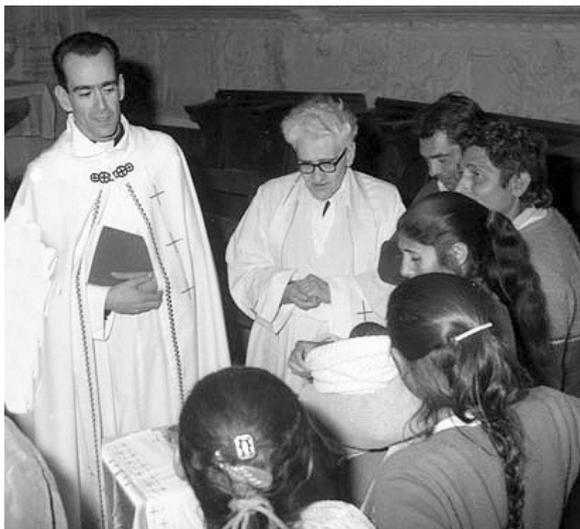
En su modo de afrontar la realidad de los pobres, particularmente de los gitanos, Rivera no deja indiferentes a los demás. Pero aún menos indiferente queda él ante esa realidad. Poco antes de su muerte constata

progresos notables en su vida espiritual. Son, en buena parte, fruto de la oración, del estudio y de la mortificación. Pero, sobre todo, del trato con los pobres. En ellos reconoce una gracia particular de Dios:

«Pero lo fundamental en mi progreso es el trato con los gitanos, y la multitud y densidad de los «problemas» que me plantean en todos los niveles [...] Ante todo, porque he esgrimido siempre, como criterio para discernir el influjo del Espíritu, la propia santificación. Ahora bien, la actitud hacia los pobres y el trato con ellos me estimula casi incesantemente a la confianza, a la mortificación, al entendimiento real de la pobreza, a la identificación con los pobres. Y esto último, ante todo, porque me obliga a moverme en su misma situación de inseguridad, de impotencia, de humillación» (D. 19-I-1991).

Frente a la objeción de la falta de eficacia en sus ayudas, él perfila su planteamiento afirmando que espera que, tras su impulso inicial, otros hagan posible, efectivamente, que la caridad resuelva de una manera más práctica las dificultades. Pero subraya que la primera intención es que los pobres, en este caso los gitanos, se sientan amados, experimenten que Cristo, a través de su Iglesia, los quiere. Ante todo, hacerles presente el Amor:

«Entiendo más y más, según pasa el tiempo, el amor a los pobres como actitud personal total del que ama, y total, en la realización. Y dirigida al más pobre y, desde luego, al «menos digno» de recibir ayuda. Por lo menos si se trata de misericordia y de testimonio. Con la



Bautizo de niño gitano. Fernando Fernández de Bobadilla, Rivera

salida en dilema: o, pese a su dureza, el pobre acaba en converso, y el testimonio vale particularmente por eficaz; o el pobre no muda de conducta, y el testimonio vale por la perseverancia del amor del amante» (D. 2-IV-1990).

Él sigue viendo en la madre la imagen más adecuada de lo que debe ser la caridad: una madre no da algo al hijo necesitado, sino que le da todo hasta quedarse ella sin nada; le da su

vida; no quiere vivir bien mientras su hijo vive mal... Don José busca eso para él y para toda la Iglesia. Quiere vivir como los que de verdad no tienen recursos, que son muchedumbre.

«*Toda madre genuinamente madre se desgasta por sus hijos*» (D. 24-IX-1989). Así ha de ser de manera especial en el sacerdote. Y ciertamente a Rivera se le veía aviejado, gastado, buscando siempre cómo cargar más sobre sí el sufrimiento de los otros.

«*Más y más –escribe– voy creciendo en la persuasión de que no existen sino dos términos de elección para una madre: o proporciono una manera de vida suficientemente digna y cómoda –así es lo humano– a mis hijos, o muero yo con ellos... Y no puedo admitir, salvo necesidad inmediata clara, ser tratado mejor que ellos...*» (D. 15-XI-1989).

Piensa seriamente compartir la indigencia de los más necesitados. En los últimos años de su vida se plantea una huelga de hambre: rebajar las ya austeras dosis de comida hasta límites que no alcanzarían ni el nivel mínimo para vivir:

«*La propia conservación merece poca atención. ¿Puedo plantear la vida de cara a morir de hambre, porque muchos mueren así? Los moralistas dicen que no. Pero sí que es una vocación cristiana posible*» (La caridad, Toledo 1992, 28).

Él aduce el ejemplo del padre Kolbe, que voluntariamente pierde su vida por salvar a otro, y de Monseñor Kozal, que en el campo de concentración va repartiendo la mísera ración de comida que recibe para poder paliar el hambre de sus compañeros. ¿Y el mundo actual no es como un campo de concentración donde muchos perecen porque no reciben lo necesario?

Prudentemente consultó a un experto en moral y finalmente no llevó al extremo esa realización, pero sí intensificó sus ayunos, de manera que con cierta frecuencia sentía mareos, cuya causa era la escasez de alimentos. De hecho, con ocasión de una revisión médica, el diagnóstico y el tratamiento fue –en palabras del doctor Sancho– el siguiente:

«*Hace relativamente poco tiempo –el doctor está hablando pocas semanas después del fallecimiento de Rivera– empezó a presentar unos edemas, es decir, unas hinchazones en párpados y maléolos, tobillos preferentemente; en esta ocasión se le hizo un completo reconocimiento, análisis incluidos; según me dijo uno de los médicos que le atendió, lo único que le encontraron fue hipoproteinemia, es decir, desnutrición, hambre, ayuno, en suma; y cuyo único tratamiento era hacer una comida caliente al día*» (R. SANCHO DE SAN ROMÁN, Sesión académica en memoria de Don José Rivera Ramírez, Toledo 1991, 46).

En sus reflexiones responde también a otro comentario permanente en torno a él: los gitanos le engañan. Rivera afirmaba que Jesús hacía milagros sin preguntar previamente cómo iba a ser usada la salud recobrada. Tal vez el paralítico utilizase el brazo sanado para robar o abofetear a un hermano, tal vez la vista recobrada por el ciego sería instrumento de miradas lascivas... Jesús simplemente da:

«El amor disfruta con dar para que el otro haga lo que quiera. No es el arte de no dejarse engañar por los pobres. Ciertamente Cristo no actúa así con nosotros; Dios no ha convertido su amor para con nosotros en el arte de no dejarse engañar. Nos ha dado muchísimas cosas que hemos usado mal y Él lo sabía perfectamente» (La caridad, Toledo 1992, 20).

Igualmente su *Diario* responde a algo que esporádicamente ocurría: alguno de los gitanos que le visitaban se encolerizaba al no recibir la ayuda esperada y trataba con malos modos a Don José. Éste entiende que, como sacerdote, es también víctima que debe cargar sobre sí las consecuencias de los pecados propios y ajenos:

«Si N. me matara en uno de esos arrebatos de cólera [...] se tomaría por su mano la justicia que el mundo le ha negado siempre –sus derechos desde niño a la educación, a la evangelización, a los bienes temporales que tantos disfrutaban– eligiendo para particularizar tales justicias una persona que al cabo está destinada por Dios para cargar con las consecuencias de los pecados de la sociedad» (D. 29-XII-1989).

Una Iglesia pobre apoyada en los pobres

Rivera entiende que arder de amor a Jesús en el pobre es una actitud propia de toda la Iglesia, que, como esposa, quiere configurarse con su Señor. Piensa de manera especial en la Iglesia diocesana.

Madre, como fruto de ser esposa, la Iglesia ha de vivir en consonancia con lo que es. Y esto debe llevarla a gastar y a desgastarse por los hijos más necesitados.

La pretensión de Don José no es, por tanto, que sólo algunas personas, a modo individual, den limosnas a los pobres, sino que la Iglesia, como tal, recorra el camino de la pobreza y de la caridad extrema, haciendo realmente visible su opción preferencial por los pobres.

Don José constata que, si bien se hacen obras buenas, falta mucho para alcanzar una pasión maternal de la Iglesia por los más abandonados:

«La caridad se vive en caricatura, contra las expresas llamadas y ofrecimientos de la Palabra divina, oída hasta cierto punto, pero nun-

ca escuchada, obedecida. Los pobres son continuamente degradados, escarnecidos. No se puede hacer una advertencia a un rico –quiero decir: una persona acomodada–, pero los pobres son tratados con desprecio, insultados, han de sufrir desplantes, advertencias, dilaciones en sus necesidades, ¡aun ficticias, si así lo quieren los acomodados!» (Reflexiones personales, 1990).

La pena que esta situación le produce le impulsa a actuar, a expresarse. No es sufrimiento paralizante, sino estimulante. Sus predicaciones, siempre ardientes, tienen también un tono de denuncia, que no es desamor contra nadie, sino deseo vehemente de que todos vivan la caridad tal como Cristo quiere. Anhela que la Iglesia sea un hogar de amor, que caldeará a unos, derretirá el hielo de otros y, en la oscuridad de este mundo, será luz para todos.

Este modo de predicar, tanto por los contenidos como por la vehemencia, despertó recelos, incomprensiones, críticas y denuncias ante el obispo. Pero no por eso cesa de hablar. Siente que el clamor de los pobres del mundo entero no encuentra eco adecuado en la Iglesia, cuyo rostro queda dañado precisamente por esa atención insuficiente a los más menesterosos. Así escribe dos meses antes de su muerte.

«La cachaza con que enfrentamos las desgracias y dolores enloquecedores de la humanidad circundante, constituye pecado gravísimo... y origina nuevas y más densas pesadumbres, que derrumban la Casa de Dios» (D. 8-I-1990).

Piensa que la Iglesia puede y debe solucionar muchos problemas de muchas personas. Una madre no queda indiferente ante los sufrimientos de sus hijos, sino que se implica en ellos con todo lo que es y lo que tiene. «¿Qué madre –decía Rivera– viendo sufrir necesidades a sus hijos, se limita a enviarle una limosna mientras ella continúa viviendo confortablemente?» Las personas y las instituciones eclesiales han de revisar sus posesiones desde la perspectiva de los pobres.

«Nuestra actividad caritativa no puede limitarse a proporcionar comida a un número de pobres, por alto que sea, sino que ha de dirigirse inmediatamente a solucionar todos sus problemas. El poder de la Iglesia, ahora mismo, es enorme [...] Cuenta ya con medios de alcance casi indefinido. No tenemos que andar buscándolos... La Iglesia diocesana dispone de bienes muy sobrados, como he notado tantas veces, en “su patrimonio” –así se le llama: el patrimonio de la Iglesia– y en sus miembros. Y no puede dudarse, sin pecado, de que el Espíritu Santo les impulsa a su administración bajo el impulso de la caridad» (D. 3-XII-1989).

Para José Rivera es claro que la caridad no mira sólo a la solución de problemas alimenticios, habitacionales, laborales o culturales. Él piensa siempre en el bien integral: que los pobres –sintiéndose amados– sean evangelizados. Él mismo lo intentó, visitándolos en sus casas, enseñándoles a orar, celebrando bautismos... Pablo Jiménez, gitano, lo recuerda así:

«Él comía conmigo y me invitaba y enseñaba a rezar el Padrenuestro y otras oraciones a mí y a mis hijos. Nos trataba de educar... [...] Para mí como si fuera del cielo» (Positio, testigo 5).

Además se preocupó de que algunas personas intentaran acercar a estos hermanos a la experiencia de Cristo y no dejó de pedir que a algún sacerdote se le nombrase capellán de gitanos para poder entenderles mejor y, en consecuencia, evangelizarles mejor.

Para él, evangelización y pobres son temas profundamente interrelacionados:

«El negocio de los pobres, con toda la extensión que yo lo contemplo, con mucha más aún, es ciertamente fundamental en la propagación del evangelio» (D. 2-III-1990).

Ellos no sólo son los destinatarios prioritarios de la evangelización, sino sus agentes más eficaces.

«Hemos de plantearnos cómo realizar la caridad, para que nos evangelicemos unos a otros. Y para que los pobres lleguen a evangelizar ellos mismos. ¿Me quema el que todavía los pobres no conozcan a Cristo? [...] Hemos de invertir por completo los criterios con los que durante mucho tiempo se ha actuado en la Iglesia. Hay que evangelizar a los pobres: sólo así se convertirán también los ricos. Dios elige descaradamente la pobreza. Hay que cambiar la mentalidad que, en este aspecto, predomina en la Iglesia» (La caridad, Toledo 1992, 54).

Los pobres son los más aptos para acoger el Evangelio y para transmitirlo. *«La evangelización comienza por «abajo»; es subversiva, son los pobres los que tiene que evangelizar a los acomodados, a los ricos, no viceversa» (Reflexiones personales, 1990).*

Las cárceles, los hospitales, los centros para drogadictos o alcohólicos... han de ser puntos preferenciales de la acción pastoral de la Iglesia. Y a esos lugares deben ser destinados sacerdotes especialmente valiosos.

Rivera ve en los pobres a Jesús crucificado, de quien brota el río de vida que es el Espíritu Santo, alma de la evangelización. Por eso está persuadido de que son fundamentales en la Iglesia. No sólo destinatarios de

la caridad de los cristianos, sino piedras vivas particularmente valiosas para la construcción de la Iglesia:

«Los pobres son –con el Obispo y la Liturgia– la base de la Iglesia. Deben ser ya evangelizados y evangelizadores, encontrarse en su casa en la Casa de Dios; porque lo es» (Reflexiones personales, 1990).

11

Morir de amor

Cuando Don José predicaba sobre la pasión y la muerte de Jesucristo, insistía en la dimensión trinitaria de este misterio. Jesús, decía él, va a la cruz movido por el Espíritu Santo. Su crucifixión y su muerte son ante todo una declaración de amor que recibe del Padre. Es tanto el amor que recibe Jesús, y es tal la intensidad de su amor al Padre, en el Espíritu Santo, y a cada persona humana, que su humanidad se rompe. Jesús muere porque su corazón ha estallado de amor, del amor recibido y del amor entregado. Por eso la cruz es manantial de la Persona-Amor que es el Espíritu Santo.

El cristiano ha de hacer de su peregrinar por este mundo un empeño por dejarse incorporar en plenitud a esta Pascua de amor.

Sacerdote y víctima

A finales de 1988 un sacerdote recién ordenado, dirigido de Don José, estaba viviendo una crisis grave. Algunos sacerdotes jóvenes, compañeros suyos, intentaron ayudarlo, pero la situación empeoró. Finalmente decide abandonar el ministerio. En un último intento por salvarle, consiguen que tenga una entrevista con Don José, cosa que hasta ahora había rehusado. Para sorpresa de los amigos sacerdotes, la conversación fue muy rápida. Según contó el interesado, Rivera fue contundente: no tenía nada que decirle, pues él conocía la gravedad de la decisión que había tomado. En cambio, le avisaba de que continuar por ese camino significaba encaminarse directamente al infierno. Y, eso sí, quedaba abierta la esperanza de la conversión. El tono fue tajante. Le dio un papelito en el que le recordaba estas verdades, sobre todo la del infierno, y le despidió.

Después de esa entrevista, vivida por sus amigos como último recurso, el sacerdote decidió marcharse rompiendo su compromiso ministerial.

Algún tiempo después llamó a estos amigos. Había cambiado de planteamiento. Apoyado en un laico consagrado, marchó unos días a un monasterio. Su aspecto era deplorable. Hundido bajo el peso de la culpa y

del desconcierto interior, su abatimiento era tal que apenas podía hacer nada.

Por estas fechas, Don José dejó consignado en su diario:

«Ofrecimiento de mi vida por N [el sacerdote de que estamos hablando]. Propiamente tal ofrecimiento no constituye novedad alguna, puesto que celebro todos los días, y la Misa es ofertorio. La novedad consiste, simplemente, en la petición de que tal oferta aproveche ahora a N. Por otra parte, puede contribuir, pienso, a incrementar mi conocimiento de la esencia y el valor de la victimación como tal. Ciertamente, por el sacramento del bautismo, y luego, con matices nuevos, por el sacramento del orden, soy víctima con Cristo. [...] Pensar en morir como consecuencia del ofrecimiento no me causa efecto alguno: morir así, en acto de caridad, garantiza ciertamente la santidad sin más. Y largarme raudamente al cielo no es, precisamente, perspectiva ingrata, sino viceversa. Me apunto ahora mismo... Se trata de si la petición incluye la obtención de sufrimientos, físicos, morales, psicológicos. Cantar diverso, miedo difuso» (D. 26-XII-1988).

En torno a esos días un sacerdote tenía esta conversación con Rivera:

–Don José, he ofrecido mi vida por N. No sé si es tan sólo un acto motivado por la emoción...

–En tu caso no sé, le responde Rivera. Pero te puedo decir que yo he ofrecido la mía y en mí ése es un acto consciente, voluntario y muy firme.

No mucho después el sacerdote que vivía esta crisis recomenzó sus conversaciones con Don José. Durante dos años atravesó todo tipo de vicisitudes, en las que siempre encontró en él un padre y un guía seguro. Pasados dos años, coincidiendo con la enfermedad y muerte de Rivera, reinició el ejercicio de su ministerio en otra diócesis, con notable fruto. Dejémosle a él la palabra:

«La última vez que vi al siervo de Dios fue el 17 de febrero de 1991, en un retiro espiritual que me dio particularmente en Madrid, y en el cual se decidió plenamente mi reincorporación al ministerio. Después, el trece de marzo, me llegó la noticia de su infarto. Desde el principio fui muy consciente de la ofrenda que Don José había hecho por mí: su muerte, aunque en la distancia, la viví como uno de los momentos de gracia más decisivos en mi vida, que ha marcado profundamente toda mi vida sacerdotal actual, que vivo con inmensa alegría y agradecimiento» (Positio, testigo 17).

A sus 63 años Don José ofreció su vida, a los 65 morirá. Durante esos dos años un sacerdote, en situación grave, recupera el gozo y la fecundidad de su ministerio.

Pero también durante estos dos años, como ya hemos apuntado, vive con intensidad creciente otros dos conflictos: la situación de los pobres y la de la Iglesia, en la que ve síntomas graves de decadencia, en gran parte motivados por la mediocridad de muchos de sus miembros. Su reacción es la misma: la propia vida ofrecida es la mejor ayuda que puede prestar en esta causa de Dios. En las grandes crisis de la Iglesia y de la humanidad, la solución es siempre la misma: el sacrificio de las almas consagradas.

Su visión de la situación de la Iglesia diocesana y de la Iglesia en España y en Europa, le llevará a una situación difícil, especialmente con su obispo y los inmediatos colaboradores de éste. Mientras en general se vive con una sensación de satisfacción por la marcha de la diócesis, que entre sus logros cuenta con un seminario rebosante de aspirantes al sacerdocio, Rivera ve la situación de manera diferente.



Don José Rivera, al final de su vida

Distinguiéndose siempre por una exquisita y leal obediencia, informa ahora a sus superiores sobre los deterioros graves que ve en la diócesis, a la vez que sugiere caminos de revitalización. Cual profeta, vislumbra realidades que ellos no avizoran; escudriña la vida eclesial y detecta enfermedades que deterioran la Casa de Dios y amenazan con llevarla a su derrumbamiento, evidentemente en zonas o aspectos; la Iglesia como tal es indefectible.

Ora, estudia mucho sobre la Iglesia, ayuna, se mortifica... y escribe a su obispo. A principios de 1990 le envía una larga reflexión, escrita en un lenguaje muy libre y muy incisivo, en la que habla sobre los males de la Iglesia y los remedios imprescindibles. Como no obtiene respuesta, en mayo vuelve a escribir de nuevo. Ahora explica su situación personal: cree que en la diócesis su presencia no ayuda; además muestra su desacuerdo en algunos aspectos; particularmente juzga escasa la opción por los pobres y la pobreza. Por eso

propone dejar la diócesis e irse a vivir fuera, solitario, para rezar, estudiar, expiar y recibir en dirección espiritual a algunas personas. El obispo –probablemente estupefacto y desconcertado– tampoco responde esta vez. Pasan algunos meses más y, en octubre, Don José vuelve a insistir con otra misiva en la que pide poder aclarar su situación.

Mientras tanto, él nota que la relación ha cambiado. El señor Cardenal le ha manifestado siempre aprecio y confianza. Ahora estos signos parecen haber desaparecido. Y es que en verdad en el Cardenal se ha generado una desconfianza. No entiende a Rivera y además recibe comentarios negativos sobre él.

En los primeros días de septiembre, el señor Cardenal habla con el rector del seminario de Santa Leocadia y con otro sacerdote, ambos muy unidos espiritual y afectivamente a Don José. Quedan sorprendidos: el Cardenal, que estima y quiere a Don José, plantea, sin embargo, la posibilidad de que haya perdido el juicio, en cuyo caso tendría que retirarle la misión de director espiritual. Ambos sacerdotes explican con claridad la situación y Don José continúa en su cargo.

Cuando, finalmente, tras casi un año de espera, obispo y sacerdote pueden conversar, Rivera percibe que la confianza que el Cardenal depositaba en él está un tanto quebrada. Le prohíbe escribir pidiendo en favor de los pobres y atenderlos como venía haciendo hasta ahora. Rivera constata además que su obispo no ve, al menos de la misma forma y con la misma intensidad, lo que para él es tan claro: la urgencia de la opción por los pobres y la situación de mediocridad eclesial que amenaza con producir daños terribles en la vida cristiana de muchos.

En su diario queda reflejada la perplejidad que esta situación le causa. ¿Debe obedecer, callar y aceptar prescindir de actuaciones que considera imprescindibles? ¿O debe dejar la diócesis? No ve claro. Que le hayan considerado loco no le afecta, pero que no se acuda con decisión al servicio de los pobres y a la revitalización de la Iglesia, le hace sufrir. El silencio obediente es para él una cruz mayor: ésa es su opción.

«Vive los meses que le quedan hasta su muerte –declara el entonces rector del seminario de Santa Leocadia–, inmolido en la cruz del silencio y de la inactividad en campos que considera de máxima urgencia, como es la atención a los pobres por parte de la Iglesia Madre. Dios le hace ver un amplísimo panorama, pero al mismo tiempo le cierra el horizonte de las realizaciones prácticas. El siervo de Dios obedece, y muere. Sabe que la muerte así producirá mucho fruto» (Positio, testigo 30).

De alguna manera, Don José se romperá por la tensión que experimenta en su alma: intentar vivir fielmente el Evangelio le lleva a chocar en

algunos aspectos con esta Iglesia diocesana. Él sabe bien que sin Iglesia no es posible vivir el Evangelio, pero también conoce que algunas estructuras y algunos modos de los miembros de esta Iglesia pueden transformarse en obstáculos para seguir a Cristo. Para él esta situación se convertirá en una paradoja resuelta en la cruz.

El otro conflicto al que hemos aludido es la situación de los pobres. Ve con claridad que hay que ir –como Iglesia– mucho más lejos en el amor a ellos. Pero constata que no se avanza con decisión por ese camino. Es ésta otra espada que se clava en su corazón: una madre –la Iglesia– que no atiende a sus hijos a la medida de la necesidad de éstos. Rivera arde interiormente, esta situación le consume, le exaspera:

«La exasperación con esta sociedad, contra estos hombres «de Iglesia», asciende como una marea, no precisamente suave... Y así debe ser. Pues no veo a Cristo de otra manera en la presentación que nos hace de Él el Espíritu Santo...»

Es evidente que no soy exactamente un “viejo gruñón, agriado”. Todo lo contrario, mi buen humor es notable, y aunque no se haya desvanecido totalmente, la acritud –la falta de mansedumbre– va disminuyendo. La exasperación de que hablo no tiene nada que ver con el egoísmo, es completamente evangélica... Y casi completamente. Puede faltar a veces discreción y sobrar entusiasmo... pero son defectos ocasionales, que no afectan a la postura» (D. 17-III-1990).

Pobres no atendidos adecuadamente. Iglesia diocesana de Toledo, e Iglesia en España y en Europa, sufriendo grave deterioro... Es hora de dar la vida.

En su diario aparecen numerosos párrafos en los que expresa esa necesidad. Con frecuencia habla de huelga de hambre, de ayuno extremo: ante tantas personas que sufren enormes indigencias, *«la huelga de hambre, digamos en lenguaje cristiano, el ayuno, ha de ser llevado al extremo» (D. 28-XI-1987).*

Añade en otro texto, hablando de radicalizar el ayuno hasta el punto de que pueda causarle la muerte:

«Más y más me persuado de que se trata del único medio real en estos momentos en que la Iglesia muere y nadie lo advierte» (D. 30-V-1989).

Solamente haciendo propio el sufrimiento de los indigentes, podrán alcanzar éstos la gracia que necesitan:

«La situación de mi entorno es verdaderamente terrible... Y sólo hundiéndome en el sufrimiento que les corresponde a tantos puedo alcanzar su redención» (D. 14-XII-1989).

Piensa que ha hablado con claridad y con fuerza, pero no ha sido suficiente:

«A las predicaciones se les hace poco caso, por lo menos, absolutamente insuficiente, hasta ahora [...]. La Iglesia, Madre agonizante, requiere, muy prestamente, un hijo que muera por ella. No tengo el menor peligro de vanidad. Pues de antemano sé que, mientras viva, nadie va a estar conforme con mis prácticas espirituales: el ayuno a muerte. Las palabras van resultando ineficaces. Acudamos al testimonio último...» (D. 28-XI-1988).

La conclusión es clara. Así escribe un año antes de su muerte:

«¿No ha llegado de verdad la hora de pensar que «conviene que uno muera por el pueblo»? Lo refiero naturalmente a mí» (D. 17-III-1990).

Amor a los pobres. Amor al más pobre de los pobres, que es un sacerdote en trance de abandonar su ministerio. Amor a la Iglesia.

Amar es dar la vida.

Ser sacerdote es morir por los demás.

Don José sabe que el sacerdote y la víctima se unen en su persona.

Un corazón estallado

La mañana del 13 de marzo de 1991 ha amanecido lluviosa en Toledo. No sabemos a qué hora ha comenzado la jornada de Don José. Imaginamos que, fiel a su estilo, habrá sido hacia las cuatro. *«Sobre las siete de la mañana dio a su hermana varios encargos para pobres que iban a venir; y hablaba con esfuerzo por la fatiga» (Positio, testigo 14).* A las ocho ha celebrado la Misa en el seminario de Santa Leocadia. Tras un parco desayuno, tiene clase con los seminaristas del curso de espiritualidad, que, al plantearle diversas preguntas, hacen que el tiempo le quede muy justo para llegar a la estación y coger el autobús que le llevará a Los Yébenes, localidad situada a 46 km. de Toledo, donde ese día cuatro sacerdotes jóvenes van a tener con él unas horas de retiro y dirección espiritual. Camina rauda. En la plaza de Zocodover ve una familia gitana. Breve parada. Como llueve y ellos no tienen paraguas, Don José les regala el suyo.

Permítasenos un paréntesis. Don José usaba un paraguas antiguo, poco funcional, que había sido de su padre. Cuando en alguna ocasión alguien le sugirió usar uno nuevo, más práctico, y no éste, viejo, de su padre, él contestó, con su clásico gracejo: *«No veo por qué tendría que cambiar; también yo soy viejo y de mi padre, y sigo valiendo».*

Los miembros de esta familia le notaron algo extraño, pero él dijo que todo iba bien y los citó para las seis de la tarde, hora en que pensaba estar de regreso. Los despidió y continuó su caminata apresurada. En el viaje se sintió mal.

Un poco antes de las doce llegó a la casa del vicario parroquial, Eugenio Isabel, donde estaba previsto tener la jornada con los cuatro jóvenes sacerdotes. Cuando Eugenio sale a recibirle le encuentra apoyado en la pared, muy fatigado. Saluda bromeando. Pero –cosa absolutamente extraña– pide una cama donde poder recostarse.

Avisado el médico, llegó pronto. Tras revisarle, aconsejó llevarle al hospital más cercano, la residencia sanitaria «Nuestra Señora de la salud», de Toledo, porque presentaba síntomas de infarto. Un dato le hace dudar al doctor al diagnosticar: el enfermo ha estado bromeando con él mientras le reconocía.

Los sacerdotes lo llevan en coche al hospital. Uno de ellos declarará: «*Al ir a Toledo iba con una sonrisa que me impresionó*» (*Positio*, testigo 10). En el trayecto Don José dio un extraño ronquido mientras se le caía la mano. Ante el susto de los sacerdotes, él vuelve a bromear: «*Estad tranquilos, no me he muerto*».

Al ser reconocido en el servicio de urgencias del hospital, el diagnóstico es claro: infarto de miocardio. Grave. En la analítica realizada se detecta también hipoproteinemia e hipotrigliceridemia, es decir, mala alimentación prolongada, hambre acumulada. A las dos de la tarde se le interna en la unidad de cuidados intensivos, donde sólo podrá recibir dos breves visitas cada día. A las tres y media pasan a verle su hermana Ana María y Don Demetrio, quince minutos cada uno. Está consciente, sereno y de buen humor. Con ella habla tranquilizadamente. Le dice que le duele la espalda, que está bien preparado espiritualmente y le pide que rompa todo lo que tiene escrito sobre asuntos de conciencia y de dirección espiritual. Y esbozando una sonrisa la despide diciéndole: «*Esta noche no me prepares cena*» (*cf. Positio*, testigo 23).

Con Demetrio el diálogo es diferente (*cf. Positio*, testigo 29).

–*Los médicos dan un diagnóstico muy grave. Dios podría llevárselo en cualquier momento.*

–*Entonces confíesame, respondió de inmediato Don José, que recibió devotamente el perdón de manos de Don Demetrio. Viéndole conmovido a éste, Rivera lo quiere tranquilizar:*

–*No me muero todavía. Me falta mucho para ser santo.*

Y es que Don José siempre había confiado en que Dios le daría la gracia de alcanzar la santidad plena, de forma que muerte cronológica y

perfección espiritual coincidirían. Su deseo fue siempre «no morir sin alcanzar la estatura deseada por Dios» (D. 25-X-1983). De hecho, pocos días antes del infarto, le había dicho a su hermana: «Yo sé que Dios no me lleva sin hacer en mí la obra que él quiere, la que me ha hecho desear» (Positio, testigo 14).

A la observación de Don José, que se veía tan imperfecto aún, Don Demetrio le responde algo que Rivera mismo ha dicho mil veces: «Dios le puede conceder esa santidad, tanto tiempo esperada, en un instante».

Y continuó Don Demetrio: «No se preocupe; nos hacemos cargo de todas las deudas». «Ante lo cual Don José sonrió como sintiéndose aliviado. Y, tomándole inmediatamente la palabra, comenzó a darle encargos sobre este tema que tan personalmente había llevado él hasta entonces. Cuando se acudió a su despacho en los días siguientes, se encontró sobre su mesa una lista con todas las deudas pendientes, las cantidades y los acreedores, cuidadosamente anotado; ascendía a unos quince millones de pesetas. Todo se pudo pagar con donativos que se fueron recibiendo tras su muerte» (M. SEBASTIÁN, *Experiencia del dolor y la enfermedad en José Rivera*, en AAVV, *José Rivera Ramírez, un sacerdote diocesano*, Toledo 2004, 228-229).

Después de estas dos breves visitas, el capellán del hospital le administra el sacramento de la Unción de enfermos, que Don José recibe con plena conciencia.

El día catorce la impresión médica es pesimista. El proceso médico está muy bien descrito por Miguel Sebastián en la obra anteriormente citada. No ha respondido satisfactoriamente al primer tratamiento y la situación se agrava. Continúa con dolor, le han puesto marcapasos, sonda urinaria, catéter en la femoral, oxígeno... está consciente. En la noche entran a verle dos sacerdotes, Don Claudio García y Don Miguel Sebastián. Algo adormilado, al verlos despierta y sonríe. Este último, también médico, le expone con realismo la gravedad de la situación. Don José no parece hacer mucho caso de ello; le interrumpe para decirle que ha recomendado a un matrimonio que venga a hablar con él, y le pide que le atienda. Está más atento al bien de otros que al sufrimiento propio. Miguel le encomienda a los sacerdotes jóvenes, para que, si se va al cielo, les cuide desde allí. Don José asiente.

En esa misma noche, del catorce al quince, sufrirá dos paradas cardíacas, que pudo superar tras un complicado e intenso tratamiento de reanimación. En la mañana del día quince se teme el desenlace final. Intubado, con respiración asistida, sedado, hinchado, atadas sus manos a la cama... No obstante, tiene una leve mejoría y supera esa jornada.

En las breves visitas permitidas, quienes entran a verle, sobre todo sacerdotes, rezan, le dicen alguna frase, le dan la absolución... Muy sedado, hace esfuerzos por atender a quien le habla, pero, entubado, no puede pronunciar palabra alguna.

El dieciocho de marzo, víspera de san José, Don Demetrio le comenta que ha pedido a quienes estaban en la Misa que rezaran por él. «Si Dios nos concede que vuelva con nosotros –le dice– haremos gran fiesta. Pero si se lo quiere llevar pedimos que le dé mucho cielo». Y le habla de la alegría de estar eternamente con el Señor... Don José intenta decir algo, pero no puede expresarlo. La enfermera lo entiende: «*Lo que Dios quiera, lo que Dios quiera*». Queda sereno al verse entendido. Don Demetrio vuelve a darle la absolución, así como la bendición de parte del señor Cardenal. Reza un Avemaría y le dice que le deja en manos de la Virgen. Don José se emociona y llora.

Los días siguientes transcurren con la misma tónica. Situación estabilizada en la gravedad. Parece que el veintidós ha sufrido un nuevo infarto.

Mientras tanto, en la entrada del hospital hay un movimiento continuo, sobre todo de sacerdotes, que acuden para conocer cuál es su situación y, si les es posible, pasar a visitarlo. Hay muchas personas orando por él. Bastantes piden el milagro de su curación. Sus amigos gitanos expresan la certeza de que no va a morir...

El día veinticuatro hay un empeoramiento notable.

El veinticinco, a las siete de la tarde fallece. *Es el día de la Encarnación del Verbo en el seno de la Virgen María*. Entrando en nuestra oscuridad nos ha abierto las puertas de la luz eterna. Este año de 1991 la fiesta ha quedado trasladada porque es Lunes santo.

Aquella serenidad regia

En febrero, un mes antes de morir, dando un retiro a seglares, Don José, urgiendo a aprovechar la gracia de la cuaresma, advierte que ésta puede ser la última. No hay nada premonitorio. Es habitual en él esta conciencia de provisionalidad. Se sabe eterno, y por tanto, las formas temporales tienen un carácter relativo. Con cierta frecuencia, en sus charlas aparecen expresiones que aluden a este vivir anclados en la eternidad y a este realismo según el cual la muerte puede sucedernos en cualquier momento. Le gustaba subrayar lo absurdo que es hablar de muertes repentinas o inesperadas.

Aun pareciéndole el momento culminante de la etapa terrena, Don José bromeaba respecto de ella. Para él éste era un momento más, aunque

particularmente importante, de esta experiencia lúdica que es nuestra existencia. Vivir es jugar con el Padre; morir es el momento más interesante de ese juego. Le gustaba decir que él viviría hasta los 104 años, entre otras cosas para ayudar a bien morir a sus dirigidos, de los que esperaba que –cuando muchos años después muriese él– salieran a recibirle a la puerta del cielo. Este sentido del humor indica que el hecho de la muerte estaba, para él, transido de levedad. Aunque a la vez se le revela como un acontecimiento majestuoso, divino.

Asistir, siendo niño, a la muerte de su hermano, dejó en su corazón la certeza vital de que morir es entrar en Dios de una forma plena, y desde entonces –así lo confiesa él– nunca tuvo miedo a este hecho. Más bien le suscita asombro el estupor que nace del encuentro con algo fascinante. En otro momento hemos recordado estas líneas de su *Diario*:

«Una muerte de esclavo me ha horrorizado siempre; pero ¡aquella serenidad regia de Antonio en su 20 de noviembre! [...] Tras la puerta de la muerte, inevitablemente cercana, la gloria del triunfo postrero, la gloria del amor mutuo, y por consiguiente, la gloria compartida de Cristo y de su amigo [...] Mire como mire, el panorama futuro de mi vida se me manifiesta como victoriosamente letificante» (D. 5-II-1973).

La muerte de otras personas, cuando tenía certeza moral de que habían muerto cristianamente, le producía alegría. Los avances y logros en esta etapa terrenal los vivía con cierta indiferencia, dada su condición relativa. En cambio, la salvación eterna, dado su carácter definitivo, sí le suponía motivo de gozo. Y es que *«el único éxito real es morir en cristiano» (Cta. 8-V-1981).*

Quería vivir su muerte. Para él, ésta no podía ser simplemente un cese de funciones biológicas, un perder la vida por fenómenos físicos externos o internos. Morir es donar libremente la vida, no perderla porque nos es arrancada.

Aparte de otras, tiene dos años antes de su fallecimiento, el Sábado santo de 1989, una preciosa predicación sobre la muerte. Ahí subraya, como escribió en otra ocasión, que *«la muerte mía debe ser participación de la suya [la de Cristo], y participar es recibir» (D. 16-VI-1972).* Morir es ser introducidos de una manera plena en la Pascua del Señor, en la que ya habíamos sido injertados por el bautismo. Viva cristianamente, se convierte en el momento cumbre de nuestra vida y en el más alto servicio que podemos ofrecer a los hombres.

Don José ha vivido con la conciencia de que *«la muerte crece en mi interior. Madura inexorable y felizmente, y me acerca a ese otro lado del reino, que en resumidas cuentas, deseo vivamente conocer» (ibid.).* Y por eso ha ido muriendo poco a poco. O, mejor, ha dejado que la vida

eterna vaya adueñándose de toda su persona, expulsando de ella la precariedad que nace del tiempo y del espacio. Ese ir muriendo, o ese ir eternizándose, le han hecho centrarse en lo esencial, relativizar la salud física y vivir la urgencia de ser santo. Declara su hermana Ana María:

«Tenía, en los últimos meses, mucha prisa, como si le faltara el tiempo para todo lo que tenía que hacer; estaba en lo suyo, desentendiéndose de todo lo demás. Los días últimos antes de enfermar del infarto del que murió, estaba con gran actividad, pero sufriendo bastante fatiga [...] llevaba mes y medio sufriendo mareos» (Positio, testigo 23).

Es decir, estaba realizando su ideal: un sacerdote debe morir desgastado, consumido por el amor.

A lo largo de su vida había soñado diversos modos de muerte. Le atraía el martirio, y más específicamente morir mártir de la Eucaristía. Otras veces se ilusionaba con morir joven para encontrarse pronto con el Amigo. En otros momentos reflexionó sobre la belleza de la muerte del anciano: el testimonio de que la gracia puede hacer a la persona vivir del señorío de Cristo, incluso en la decrepitud del propio cuerpo. Se planteó compartir el hambre de muchos hasta acabar, como ellos, muerto por inanición. En todo caso, quería morir con y como Jesucristo, solo, abandonado, rechazado, sufriente, humillado, ignorado de todos... Y quizá, en buena parte, así fue: en los últimos años fue criticado y rechazado por muchos, y tal vez incomprendido por todos. No tenía nada, sino deudas.



Funeral de D. José Rivera, iglesia de la Compañía de Jesús, 26-III-1991

Estaba consumido por el celo, desgastado por los trabajos y viglias, desnutrido por una alimentación voluntariamente deficiente, en la soledad de una sala de cuidados intensivos donde había un tiempo mínimo para las visitas...

En todo caso, más allá de sus sueños, lo único que deseó consciente y voluntariamente fue morir la muerte de Cristo, en la forma en que Él deseara concedérsela.

Un adiós emocionado

Tras amortajarlo con vestiduras litúrgicas en el mismo hospital, el cadáver de Don José fue trasladado a la capilla del seminario de Santa Leocadia. Allí comenzaron a llegar muchas y muy diversas personas. Se percibía en todos la emoción. Había una mezcla de gozo sereno y pena por la ausencia sensible. Junto a un sentimiento de orfandad se vivía también la certeza de una victoria y la gratitud por el don inestimable que había sido Don José para cada uno.

Había lágrimas en muchos ojos. Pero transidas de paz. Afecto hondo al padre que se había ido y seguridad de que continuaba con cada uno.

Durante la noche fueron desfilando muchas personas ante el cadáver. Fue una vigilia de oración en la que sucesivamente se celebraron Misas, según iban viniendo sacerdotes. Muchos se quedaron toda la noche en oración; otros estaban ratos largos. Todos vivían esas horas con la certeza de que este hombre había triunfado. *«Al morir –testifica su hermana Ana María–, la gente lo sintió, pero convencidos de que había ido al cielo. Por eso no me daban el pésame, sino que me felicitaban por la muerte de mi hermano, no sólo en las exequias, sino mucho tiempo después»* (Positio, testigo 23).

En la tarde del día 26, el cadáver fue trasladado a la iglesia de los Padres Jesuitas, la de mayor cabida en Toledo. Todos querían tener el privilegio de llevar el féretro. Los seminaristas lo sacaron del seminario, los gitanos lo introdujeron



Gitanos amigos de Rivera entran el ataúd en la iglesia

en el templo y los sacerdotes lo cargaron al acabar la celebración eucarística. La Misa, presidida por el rector del seminario de Santa Leocadia, fue concelebrada por 140 sacerdotes. Asistió también el señor Cardenal, junto con su Obispo auxiliar y el Obispo dimisionario de Albacete. El templo estaba completamente abarrotado de fieles. La celebración se vivió en un clima de intenso fervor.

En la homilía Don Demetrio calificó a Don José como maestro de vida espiritual, formador de sacerdotes y padre de los pobres. Y pidió al señor Cardenal, haciéndose eco de multitud de voces, que, en su día, se abriera el proceso de investigación de la fama de santidad del difunto.

Terminada la celebración exequial, el féretro fue sacado del templo por un grupo de sacerdotes. En la puerta esperaba el coche fúnebre que trasladaría el cadáver a la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. Ante la mirada emocionada de muchos, el señor Cardenal, conmovido, afectuoso, impartió la bendición al cadáver. Mientras el vehículo partía, en el ambiente quedaba flotando un sentimiento de orfandad y, a la vez, de gozo sereno.

Se cumplía así el deseo de Don José: que su cadáver fuera entregado a los estudiosos de la medicina. Como recuerda su hermana, *«él había donado su cuerpo años antes, por pobreza, por caridad (para el estudio) y por desaparecer, pidiendo que quemaran aquello que no sirviera»*.

En la Misa Crismal, celebrada al día siguiente, Miércoles santo, el señor Cardenal tuvo un cariñoso recuerdo para Rivera. Lo mismo hizo días después: predicando un retiro volvió a recordar su figura con gratitud y admiración: *«Don José, ése sí era un sacerdote de cuerpo entero»*.

Si durante su vida se ha ido dejando hacer, sin buscar nunca que se cumpla su voluntad, tras la muer-



Preside Demetrio Fernández. Diáconos, José Vicente Reina y José Ruiz Osuna

te, la Providencia continúa usando con él los mismos métodos. En la cátedra de anatomía, el cadáver de Don José había infundido un respeto inusual; también allí llegó su fama de santidad.

Pasados más de dos años, el cuerpo seguía intacto. El señor Cardenal pide entonces que fuera devuelto a la diócesis para enterrarlo en un lugar apropiado. Concedido el permiso, el cadáver fue trasladado a Toledo. El día 24 de marzo de 1994 se celebró el segundo funeral de cuerpo presente (parece una broma más de Don José) en el mismo templo. De nuevo acudió una gran multitud de personas. Al acabar la Misa, el cadáver fue trasladado y enterrado en la capilla del seminario de Santa Leocadia. Allí descansa y espera la resurrección final.



En el funeral, Ob. Ireneo G^a Alonso (emérito Albacete), Card-Arzob. D. Marcelo González Martín (Toledo), Ob. Rafael Palmero (aux. Toledo)



Sepulcro de D. José Rivera,
en capilla de la iglesia de Santa Leocadia



Jornadas de estudio en 50 aniversario de la ordenación sacerdotal de Rivera (III-2004).
Julio Alonso (pres. Fund. "José Rivera"), Fdz. Benito (dir. ISET Toledo), Ob. Saiz Meneses (aux. Barcelona),
Ob. Arizmendi (S. Cristóbal de las Casas, Méx.), Arzob. Cañizares (Toledo), Ob. Sanz (Huesca-Jaca),
Ob. Carmona (Puerto Escondido, Méx.), Sánchez Torrejón (rector Sem. Mayor de Toledo)

Cronología

- 1925*, 17 diciembre. Nacimiento en Toledo.
- 1926*, 2 enero. Bautismo.
- 1927*, 27 marzo. Confirmación.
- 1933*, Primera Comunión (día del Sagrado Corazón).
- 1936*, 18 julio. Inicio de la guerra civil española.
20 noviembre. Muerte de su hermano Antonio.
- 1939*, 1 abril. Final de la guerra.
- 1942*, junio. Termina estudios de bachiller.
- 1942-1943*. Inicia carrera de Filosofía y Letras en Madrid. Decisión por el sacerdocio.
- 1943*, octubre. Ingresa en el Seminario de Comillas.
- 1948*, junio. Termina Filosofía en Comillas.
octubre. Inicia Teología en Salamanca.
- 1952*, 20 diciembre. Ordenación de diácono.
- 1953*, 4 abril. Ordenación de presbítero.
7 julio. Coadjutor en la Parroquia de Santo Tomé.
- 1955*, 28 junio. Parroquia de Totanés.
- 1957*, primavera. Director espiritual en el Colegio El Salvador (Salamanca).
Septiembre. Director espiritual en el Colegio Hispanoamericano (Salamanca).
- 1962*, 11 octubre. Inicio del Concilio Vaticano II.
- 1963*, otoño. Recuperándose en el noviciado de los Hermanos de San Juan de Dios.
- 1965*, octubre. Vice-director de la Casa de ejercicios de Toledo.
- 1965*, 8 diciembre. Clausura del Concilio Vaticano II.
- 1966*, octubre. Profesor de Teología de la vocación en el Seminario de Toledo.

1968, octubre. Curso de espiritualidad en Talavera.

1970, septiembre. Director espiritual en el Seminario de Palencia.

1972, 19 marzo. Intenta ingresar en la Cartuja.

1975, octubre. Profesor y director espiritual en el Seminario de Toledo.

1978, 1 febrero. Instalación del Santísimo Sacramento en su casa.

1979, verano. Testamento. Donación del cuerpo, cuando muera, a la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense.

1983, junio. Se erige el Centro Santa Leocadia. Director espiritual.

1985, julio. El Centro Santa Leocadia queda erigido como Seminario. Director espiritual del mismo.

1988, 26 diciembre. Voto de víctima.

1990, 20 enero. Apertura del XXV Sínodo diocesano.

1991, 8 marzo. El sacerdote por quien ofreció su vida vuelve a celebrar Misa, tras el largo paréntesis motivado por su crisis.

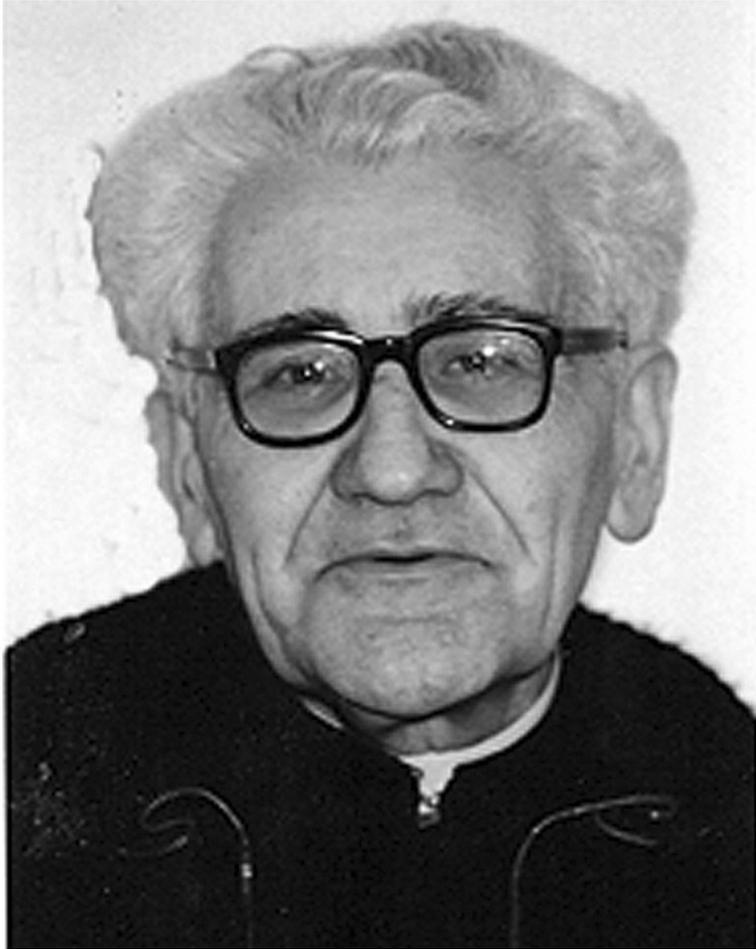
13 marzo. Infarto.

25 marzo. Muerte.

1994, 26 marzo. Su cadáver, hasta entonces conservado en una Facultad de Medicina, es enterrado en el Seminario de Santa Leocadia.

1998, 21 noviembre. Apertura del proceso diocesano de canonización.

2000, 21 octubre. Clausura de la fase diocesana del proceso de canonización.



Índice

Prólogo, 3.

Fuentes, siglas y bibliografía, 5.

1. A la luz de un héroe

Las raíces, 10. -Un niño que conoce a Dios, 13. -En una España conculsa, 15. -Un intelectual precoz, 16. -El influjo de un testigo, 18.

2. Los amores de un adolescente

Las razones del corazón, 21. -Seducido por el amor y la poesía, 23. -Católico militante, 25. -Ese indefinible deslumbramiento, 26. -Entre la angustia y la esperanza, 28. -Para salvar muchedumbres, 30. -Relectura de una adolescencia, 33.

3. Asediado por la gracia

Con un hombre de Dios, 36. -Antes que nada, santificación, 37. -El estímulo de un corazón ardiente, 41. -Las vacaciones de un seminarista, 44. -De Comillas a Salamanca, 47. -Hacia el altar, 50.

4. Somos porque somos amados

Días de gozo, 55. -Hundirse en el misterio, 58. -El celo se acrisola en la obediencia, 60. -¿Vivir mejor que los pobres?, 62. -Certezas de un principiante, 65.

5. Testigo de su ternura

Ars soñado: Totanés, 68. -Un hombre que reza, 70. -Completar la pasión de Cristo, 73. -El gozo de evangelizar, 76. -Entrañas maternas, 82. -Ars ya no es Ars, 83.

6. Formador de sacerdotes

Dejarse hacer por la Providencia, 85. -Para unirse a Cristo, 88. -Oración prolongada y tranquila, 91. -Especiales condiciones para la dirección espiritual, 92. -Dios es luz, 95. -De buen humor y sin complicaciones, 97. -Sacerdote enamorado de Cristo, 99.

7. Firme en la tempestad

La primavera se hizo tempestad, 103. -La luz del estudio, 105. -Anclado en lo esencial, 107. -Maestro espiritual, 110. -Desarraigándose, 114. -Sus días en mis noches, 118.

8. Inmerso en la eternidad

El sueño de un Cardenal, 128. -El sueño de un sacerdote, 130. -La llave de la cosecha, 133. -Plasmado por la Eucaristía, 138. -Esperar lo inesperable, 141. -Solicito del bien espiritual, 143.

9. Plasmados por la misericordia

Construir el hombre interior, 150. -Jamás es tarde para Dios, 154. -Santidad no ejemplar, 158. -Somos en la Iglesia, 160. -El celo de tu casa me devora, 163.

10. La presencia desmirriada de Dios

Una tendencia siempre presente y siempre insatisfecha, 168. -La caridad de Cristo nos urge, 170. -Una madre se desgasta, 172. -Una Iglesia pobre apoyada en los pobres, 176.

11. Morir de amor

Sacerdote y víctima, 180. -Un corazón estallado, 185. -Aquella serenidad regia, 188. -Un adiós emocionado, 191.

Cronología, 195.

Índice, 198.

Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154, 31080 Pamplona, España – Teléfono y Fax 948-123612
fundacion@gratisdate.org – www.globalsdate.org

–**GRATIS DATE** es una Fundación católica, benéfica y no lucrativa, que publica libros o cuadernos sobre temas cristianos básicos, y que los difunde gratuitamente o a precios muy bajos.

–**Obras publicadas:** –Paul ALLARD, *Diez lecciones sobre el martirio*. –José Manuel ALONSO AMPUERO, *José Rivera Ramírez. Pasión por la santidad*. –Julio ALONSO AMPUERO, *Espiritualidad del apóstol según San Pablo* (2ª ed.); *Éxodo* (2ª ed.); *Historia de la salvación* (2ª ed.); *Isaías 40-55* (2ª ed.); *Iglesia evangelizadora en los Hechos de los Apóstoles* (2ª ed.); *Meditaciones bíblicas sobre el Año litúrgico*; *Personajes bíblicos*. –Ignacio BEAUFAYS, *Historia de San Pascual Bailón*. –Horacio BOJORGE, *La Virgen en los Evangelios*. –Enrique CALICÓ, *Vida del Padre Pio* (2ª ed.). –Santa CATALINA DE GÉNOVA, *Tratado del Purgatorio* (2ª ed.). –Alberto CATURELLI, *Liberalismo y apostasía*. –Jean-Pierre DE CAUSSADE, *El abandono en la divina Providencia* (2ª ed.). –Juan ESQUERDA BIFET, *Esquemas de espiritualidad sacerdotal* (4ª ed.). –Eudaldo FORMENT, *Id a Tomás; principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás* (2ª ed.). –Manuel GARRIDO BONAÑO, *Año litúrgico patristico: (1) Adviento, Navidad; (2) Cuaresma; (3) Pascua; (4) Tiempo Ordinario I-IX; (5) Tiempo Ordinario X-XVIII; (6) Tiempo Ordinario XIX-XXVI; (y7) Tiempo Ordinario XXVII-XXXIV*. –San Luis María GRIGNION DE MONTFORT, *Carta a los Amigos de la Cruz* (2ª ed.). –José María IRABURU, *Caminos laicales de perfección* (3ª ed.); *Causas de la escasez de vocaciones* (2ª ed.); *Católicos y política; De Cristo o del mundo* (3ª ed.); *El martirio de Cristo y de los cristianos; El matrimonio en Cristo* (3ª ed.); *Elogio del pudor* (2ª ed.); *Evangelio y utopía; Gracia y libertad; Hábito y clerman; Hechos de los apóstoles de América* (2ª ed.); *Gracia y libertad; Infidelidades en la Iglesia; La adoración eucarística* (2ª ed.); *La adoración eucarística nocturna* (2ª ed.); *La Cruz gloriosa; Las misiones católicas; Lecturas y libros cristianos; Los Evangelios son verdaderos e históricos; Mala doctrina; Maravillas de Jesús* (2ª ed.); *Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción; Por obra del Espíritu Santo; Reforma o apostasía; Sacralidad y secularización* (3ª ed.); *Síntesis de la Eucaristía* (2ª ed.). –San Francisco JAVIER, *Cartas selectas*. –JUAN PABLO II, *El amor humano en el plan divino* (129 catequesis). –Julian LÓPEZ MARTÍN, *Oración al paso de las Horas* (2ª ed.). –Beato Columba MARMION, *Jesucristo, vida del alma* (4ª ed.); *Jesucristo, ideal del sacerdote*. –Yves MOUREAU, *Razones para creer*. –Enrique PARDO FUSTER, *Fundamentos bíblicos de la teología católica, I-II*. –Miguel PEQUENINO, *El Directorio ascético de Scaramelli* (2ª ed.). –José María RECONDO, *El camino de la oración, en René Voillaume*. –José RIVERA-José María IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica* (7ª ed.). –Alfredo SÁENZ, *Arquetipos cristianos; El Apocalipsis, según Leonardo Castellani; La Cristiandad, una realidad histórica*. –José Antonio SAYÉS, *El tema del alma en el Catecismo de la Iglesia Católica* (2ª ed.). –Raimondo SORGIA, *La Sábana Santa, imagen de Cristo muerto*. –Charles SYLVAIN, *Hermann Cohen, apóstol de la Eucaristía* (2ª ed.).

–**Pagos y donativos:** pueden hacerse por cheque o giro enviado a la F.GD, Apartado 2154, 31080 Pamplona; o por vía bancaria: «Fundación GRATIS DATE», *Barclays Bank*, Av. Carlos III,26, 31004 Pamplona, c.c. ES64 0065 0019 62 0001051934.

La F.GD permite la reproducción total o parcial de sus obras (Estatuto, art. 18), y la facilita empleando formatos A5 y A4. «*Gratis lo recibisteis, dadlo gratis (gratis date)*» (Mt 10,8) – «*Dad y se os dará*» (Lc 6,38).

Fundación JOSE RIVERA

Apartado 307, 45080 Toledo, España
fundacionjoserivera@gmail.com – www.jose-rivera.org

–El siervo de Dios don José Rivera Ramírez (1925-1991), sacerdote, fue miembro fundador de la Fundación GRATIS DATE (1988). El 21 de octubre de 2000 se clausuró en Toledo su Proceso de Canonización, que actualmente prosigue en Roma. La Fundación JOSE RIVERA ha recogido y transcrito todos sus escritos personales, y ha publicado hasta ahora una parte de ellos en los siguientes

–**Cuadernos:** –*La Teología* (1994). –*La Eucaristía* (1994). –*La caridad* (1994). –*Meditaciones sobre Ezequiel* (1994). –*Adviento* (1994). –*Meditaciones sobre Jeremías* (1994). 11- *Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles* (1994). –*Cartas I* (1995). –*Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos* (1995). –*La vida seglar* (1995). –*Adviento, Navidad* (1996) –*Semana Santa* (1996). –*La mediocridad* (1996). –*Cartas II* (1996). –*Cuaresma* (1997). –*Jesucristo* (1997). –*El Espíritu Santo* (1997). –*Poemas* (1998). –*Textos proféticos I* (2002). –*Textos proféticos II* (2003). –*Fecundidad* (2004). –*De la muerte y la vida* (2004). –*La Iglesia* (2006). –*La Belleza y la Verdad* (2007).

–**Ayudas:** La Fundación JOSÉ RIVERA distribuye gratuitamente estos Cuadernos a quienes se los piden. Y los donativos que se le quieran hacer pueden ser enviados a su Apartado postal, por giro o por cheque, o pueden ser ingresados en la c.c. ES37 0049 2604 41 1811068090 del Banco Central Hispano, sucursal 2604, c/ Comercio 47, 45001 Toledo.